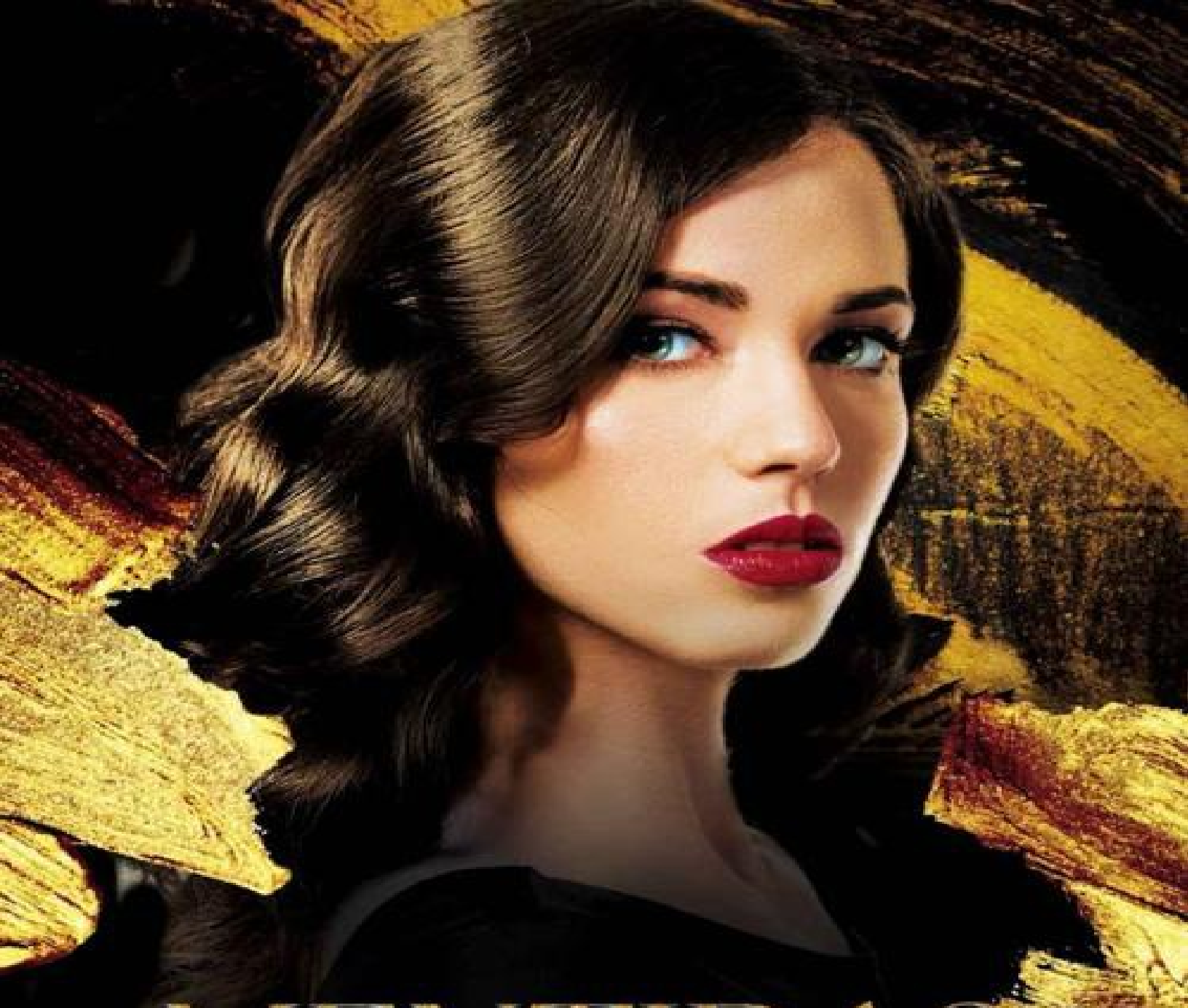


MENTIRAS DE MEDIANOCHE

LIBRO 2 DEL DÚO DE LA BRATVA TASAROV

NAOMI WEST

MENTIRAS DE MEDIANOCHE

LA BRATVA TASAROV

LIBRO 2

NAOMI WEST

ÍNDICE

Mi lista de correo
Otras Obras de Naomi West
Mentiras de Medianoche

1. Adrik
2. Emery
3. Emery
4. Adrik
5. Adrik
6. Emery
7. Adrik
8. Adrik
9. Emery
10. Emery
11. Adrik
12. Adrik
13. Emery
14. Adrik
15. Emery
16. Emery
17. Adrik
18. Emery
19. Emery
20. Emery
21. Emery
22. Adrik
23. Adrik
24. Emery
25. Adrik
26. Emery
27. Adrik
28. Adrik
29. Emery
30. Adrik
31. Adrik
32. Emery
33. Adrik
34. Emery
35. Emery
36. Adrik
37. Emery
38. Adrik
39. Emery
40. Adrik

41. Adrik
42. Adrik
43. Epílogo: Emery

Copyright © 2024 por Naomi West

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

MI LISTA DE CORREO

¡Suscríbete a mi lista de correo! Los nuevos suscriptores reciben GRATIS una apasionada novela romántica de chico malo.

Haz clic en el enlace para unirte.

OTRAS OBRAS DE NAOMI WEST

La Bratva Nikolaev

Dmitry Nikolaev

Gavriil Nikolaev

Bastien Nikolaev

La Bratva Sorokin

Príncipe Arruinado

Novia arruinada

MENTIRAS DE MEDIANOCHE

UN ROMANCE DE MAFIA RUSA (DUETO DE LA BRATVA TASAROV LIBRO 2)

Están tratando de robarme a mi hija.

Mi falso marido y su depravado hermano son los dos hombres que conspiran para arruinar mi vida.

Hice lo único que podía hacer:

Tomé a mi bebé y corrimos como si nuestras vidas dependieran de ello.

Pero ya sabes lo que dicen: de mal a peor.

Pensé que mi matrimonio falso era una pesadilla.

Pero no sabía que…

Las cosas que mi marido pretende hacer a continuación son mucho, mucho peores.

MENTIRAS DE MEDIANOCHE es el segundo libro del dueto de la Bratva Tasarov, de la exitosa autora de suspenso romántico mafioso Naomi West. ¡No olvides comenzar desde el principio de la historia de Adrik y Emery en el Libro 1, JURAMENTO DE MEDIANOCHE!

ADRIK

Mi mundo se ha reducido a un pinchazo.

Hay un único objetivo frente a mí, y mi vida depende de él.

De ella.

Tengo que salvar a Emery.

—Estás sangrando —gruñe Stefan, tratando de mantenerme en el suelo—. No puedes ir a ningún lado. Tienes que quedarte abajo.

La voz de mi mejor amigo suena lejana a pesar de que está sobre mí, presionando ambas manos sobre mi hombro.

—¡Necesito un puto vendaje! —grita por encima del hombro—. Y ¿dónde diablos está Toma? Si todavía está vivo, no lo estará por mucho tiempo. Tráiganlo aquí. *¡Ahora!*

—Ella… se está escapando —gruño. Intento apartar las manos de Stefan, pero mis fuerzas se están desvaneciendo rápidamente.

—La recuperaremos —me dice. Hay algo apaciguador en su voz. Casi como si estuviera hablando con un niño.

Eso desencadena un nuevo pensamiento. *Un niño*. Joder.

—Isabella —digo de repente—. Isabella está en mi oficina. En el armario. Tenemos que…

—Ella ya está fuera de la casa —dice Stefan—. Yo la cuidé. Ahora, cállate y déjame detener este maldito sangrado.

Ya perdí demasiada sangre. Lo sé por la confusión en mi cabeza y el modo en que mis brazos son demasiado livianos para mi cuerpo. Siento que podrían flotar en el aire como globos.

—Waters no puede… escapar, Stefan. Entró en mi casa y se llevó a mi esposa. Y vamos a perseguirla… ahora mismo.

Stefan niega con la cabeza, pero, antes de que pueda discutir, agarro su camisa y acerco su rostro al mío.

—No te lo estoy pidiendo —escupo—. En este momento, no eres mi amigo. Ni mi hermano.

Eres un obstáculo. Te estoy dando una oportunidad para ayudarme antes de eliminarte por la fuerza.

Me mira fijamente. Las emociones parpadean en su rostro tan rápido que no puedo leerlas. Aunque eso podría deberse a que mi visión se está volviendo negra en los bordes.

Luego, aprieta la mandíbula y maldice.

—Joder. ¡Vale! —él hierve—. Si quieres desangrarte hoy, eres bienvenido.

Gruño en reconocimiento y comienzo a levantarme, pero Stefan me empuja hacia abajo justo cuando llega un hombre con una toalla y un rollo de cinta adhesiva.

—Pero te vendaré primero —cuando ve los suministros, vuelve a maldecir—. ¿Estamos en una maldita mansión y esto es lo mejor que podemos hacer? Por el amor de Dios. Vale, dámelo.

Stefan hace un rápido trabajo envolviendo la toalla alrededor de mi hombro y fijándola con cinta adhesiva, refunfuñando en voz baja todo el tiempo. Solo cuando está seguro de que la toalla no irá a ninguna parte me ayuda a ponerme de pie.

—¿Cuál es el plan, tipo duro?

Ignoro su tono. Le pedí que me ayudara. No le pedí que se alegrara por eso.

—Los perseguimos.

Arquea una ceja. —¿Y cómo sugieres que lo hagamos? No tenemos idea de dónde fueron.

—Por suerte para nosotros, puse un rastreador en el anillo de bodas de Emery.

Stefan se ríe, asombrado. —Eres un astuto hijo de puta. ¿En serio lo hiciste?

Saco mi teléfono y abro la aplicación. —No tuve tiempo de configurarlo antes de que ella se fuera corriendo a ese motel. Pero, mientras ella estaba en el calabozo, encontré tiempo. Debería funcionar ahora.

Efectivamente, la pantalla se carga. Un punto rojo parpadea en el mapa, a media milla del complejo.

—Vámonos.

Mis hombres se movilizan rápidamente y me siguen hasta el garaje. Stefan está a mi lado, mirándome de reojo, claramente preocupado.

—Stefan, irás conmigo —le digo una vez que estamos en el garaje—. Todos los demás, sigan detrás.

—Yo puedo conducir —sugiere Stefan.

Sacudo la cabeza. —Ella es mi esposa. Yo conduciré.

—Esa es la mierda más tonta que escuché en mi vida —murmura en voz baja. Pero sube obedientemente al asiento del pasajero.

Por lo general, golpearía a Stefan por discutir conmigo, pero tengo que conservar mi energía.

Necesito todo lo que tengo para recuperarme ahora mismo. Mi hombro es como un sol ardiente, poniéndose bajo mi piel.

Le entrego mi teléfono. —Tú navegas.

Salgo del camino. Una fila de vehículos negros me sigue, como un cortejo fúnebre.

Stefan tenía razón: no debería conducir. Me siento mareado, delirante.

Pero soy el único que puede solucionar este desastre.

Emery nunca debería haber estado en el calabozo. Nunca debería haber estado allí con Pietro. Es mi culpa que haya sido capturada.

Y seré yo quien la salve.

A menos que llegues demasiado tarde, dice una voz en el fondo de mi cabeza. *A menos que esto sea como la última vez. A menos que esto sea como Sofía. A menos que falles.*

Aparto el recuerdo. No me servirá de nada ahora.

Preocuparme por Emery no la salvará de Waters. Igual que preocuparme por Sofía no la salvó de mí.

—Gira a la derecha —Stefan me devuelve al presente—. Están a una milla por este camino.

Es un camino secundario, pero lo reconozco. Los árboles son más altos que hace años. Los arbustos a los lados de la carretera son más densos y cubiertos de maleza.

Pero todo es muy similar. Incluso el cielo azul de arriba es el mismo que ese día. Se siente como si se burlara de mí. Como si el universo dijera, en un gemido burlón: *¿Cómo podría algo estar mal en un día tan hermoso?*

Si seguimos por el camino el tiempo suficiente, nos conducirá a un escondite de la mafia Volandri. Al mismo escondite al que intentó llegar Sofía el día de su muerte.

Stefan recuerda. Él también estuvo allí.

—Van al escondite —se vuelve hacia mí. Tras un segundo, pregunta—: ¿Estás bien?

—Estoy bien.

Pero eso es mentira. Veo lo imposible: el coche de Sofía en la carretera delante de mí.

Veo la forma en que su silueta sigue girando en el asiento del conductor para comprobar si todavía la sigo.

Me acerco más a ella, conduzco con imprudencia, me niego a quedarme más atrás que la longitud de un auto.

Luego ella se va.

Puf. Desaparecida.

En su lugar, no hay más que camino abierto. Y, más adelante, el paso elevado. El pilar de

cemento. Ahora es de un color más claro que el resto del puente. Tuvo que ser reparado tras el accidente.

Y entonces, Sofía vuelve a estar delante de mí. Estoy de nuevo en las garras de ese día.

Veo que su auto colea, lento al principio y luego cada vez más rápido, y ella frena bruscamente, deja largas rayas negras en la carretera, pero no alcanza o es demasiado, y de cualquier manera no importa, porque es entonces cuando los neumáticos se atascan y ya no es posible detenerse y la muerte está por delante y luego *CRASH* golpea el puente con un sonido repugnante y crujiente, como un trueno que parte mi mundo en dos.

Recuerdo cómo me detuve para intentar ayudarla. Salía humo del capó de su coche, ascendiendo en espiral hacia el cielo azul, cubriendo el cielo. La saqué a través del metal retorcido que humeaba y gritaba en señal de protesta.

Pero ella ya se había ido.

—¿Estás bien? —pregunta Stefan de nuevo.

El corazón late con fuerza en mi pecho. El dolor en mi hombro late junto con él.

Me aferro a ese dolor. Es lo único que me impide caer de cabeza en mis recuerdos. Es lo único que me mantiene atado al presente.

—Estoy bien —gruño—. Deja de hacer preguntas estúpidas y dime a dónde ir.

—Ya sabes adónde ir, Adrik —suspira Stefan.

Tiene razón. Así que aprieto el acelerador y acelero bajo el puente, dejándolo todo atrás.

Un pasado que no puedo cambiar se desvanece en el espejo retrovisor.

Delante de mí, hay un futuro en el que no puedo fallar.

Sofía murió ese día. Pero Emery no se fue. No todavía. Mi esposa sigue viva y voy a recuperarla.

El camino se inclina hacia ese cielo azul brillante. Cuando llegamos a la cima de la colina, puedo ver la carretera que se desarrolla más adelante.

Y allí, como un escarabajo plateado que se escabulle, veo el coche de Malcolm Waters.

—Ahí está.

Antes de que las palabras salgan de mi boca, una bala rebota en la carrocería blindada de nuestro coche. Nos están disparando.

Stefan maldice y envía mensajes a los hombres que conducen detrás nuestro. Luego saca su arma.

—Necesitamos acercarnos —dice—. O encontrar una manera de ralentizarlos. Podría dispararle a uno de los neumáticos, pero…

Más disparos rebotan en el coche, dejando desagradables abolladuras.

—¿Cuál es la decisión, Adrik? —Stefan rebota en su asiento, con la adrenalina bombeando. Está

nervioso, pero Stefan vive para esta mierda. Siempre le gustaron las peleas.

—Saca la rueda trasera, pero no dispares a las ventanillas —le ordeno—. Solo tenemos que detener el coche. No apuntes a matar.

Él asiente y baja la ventanilla.

Voy lo suficientemente rápido como para que el viento entre a raudales en la cabina, haciendo que mis oídos exploten y ahogando todos los demás sonidos. Sin embargo, Stefan es un tirador increíble. Solo le hacen falta dos intentos para darle a la rueda trasera derecha del coche.

—¡Listo! —grita, justo cuando el coche de Waters comienza a desviarse.

La goma se desprende de la llanta y vuela hasta el arcén de la carretera. Tan pronto como el tapacubos toca la carretera, el coche empieza a girar.

Lo veo suceder en cámara lenta. Dos líneas de tiempo se fusionan.

El SUV frente a mí, que lleva a Emery, combina con el pequeño auto deportivo blanco que conducía Sofía ese día. Las imágenes van y vienen como una ilusión óptica. La primera es la segunda y la segunda es la primera, Sofía es Emery y Emery es Sofía y son la misma y no estoy seguro de qué es real y qué ya no lo es.

El coche gira hasta quedar perpendicular a la carretera, patinando hacia un lado.

Y luego, rueda.

—¡*Blyat'*! —rujo. Piso el freno de golpe, para no chocar contra la parte inferior.

El SUV se inclina hacia un lado y sigue patinando, deslizándose y cayendo a la zanja.

Llevo el coche hasta el arcén y aprieto el freno. Stefan sale y se pone de pie inmediatamente. Se arrodilla y ocupa una posición protegida detrás de la puerta abierta.

Pienso: *A la mierda eso*, y empiezo a correr hacia los escombros.

—¡Adrik! —Stefan llama—. No…

Pero es muy tarde. Ya estoy a mitad de camino. Detrás de mí, lo oigo maldecir y luego el crujir de la grava bajo sus pies mientras me sigue.

Estoy a medio camino entre nuestro coche y los restos humeantes cuando la puerta principal se abre de golpe y uno de los hombres Volandri sale del coche.

—Maldita sea —gime Stefan desde unos metros atrás. Se agacha y dispara. Golpea al hombre justo en el pecho.

Puede que el hombre lleve chaleco, pero el disparo lo aturde igualmente. Se deja caer dentro del casco destrozado del coche como en un enfermizo juego de Aplasta Al Topo.

Entonces, emerge otra figura vestida de negro. Lo elimino yo mismo, disparándole en la pierna antes de que pueda encontrar el equilibrio. Stefan dispara al mismo tiempo.

El hombre gime y se agarra el estómago. La sangre brota de sus dedos entrelazados. Luego, se

deja caer sobre la hierba y ya no se mueve.

—¿Dónde está? —me digo a mí mismo—. ¿Dónde carajo está…?

Justo cuando las palabras salen de mi boca, veo su cabeza asomar por la ventana rota del asiento trasero.

El cristal en su cabello capta la luz del sol y brilla como diamantes. Puedo ver un nuevo hilo de sangre corriendo por su rostro.

Pero ella está bien. Ella está viva.

Gracias al puto Dios.

Entonces, Malcolm Waters aparece detrás suyo, con una pistola en la mano.

—¡Dispara de nuevo y la mataré! —grita Malcolm.

Hay una abertura entre los árboles a la derecha, y el viento sopla a través de la zanja, haciendo difícil escucharlo. Haciendo difícil escuchar cualquier cosa. Incluso mis propios pensamientos se pierden entre los agudos gritos del viento.

—¿Cuántos hombres más crees que hay en el coche? —pregunta Stefan uniéndose a mí.

—Malcolm no saldría si hubiera alguien más a quien pudiera forzar a salir antes que él —gruño —. Está solo.

Con el arma todavía apuntándola, Malcolm los maniobra a ambos a través del coche y afuera por la escotilla del maletero. Mantiene a Emery frente a él todo el tiempo, lo que hace imposible un tiro limpio.

Su rostro es una máscara violeta de pura rabia, puro veneno, puro miedo. —La mataré, joder. Lo haré. Si te mueves, yo…

De repente, Emery golpea su brazo derecho hacia arriba, apuntando al aire el arma de Malcolm. Jala el gatillo y dispara al cielo. Luego, Emery gira y le da un rodillazo en las pelotas.

—Santo cielo —parece que Stefan se ríe, pero no tengo tiempo para mirar. Ya estoy corriendo por la zanja inundada para llegar hasta mi esposa.

Malcolm se inclina, agarrándose a sí mismo por un segundo, antes de intentar erguirse nuevamente. Pero Emery cuadra como la vi hacer con el saco de boxeo muchas veces antes.

Luego, ella se echa hacia atrás y le da un golpe frío en la mandíbula.

Es un golpe perfecto. Experto. Vicioso y directo.

La cabeza de Malcolm se echa hacia atrás. La sangre brota de sus labios. Y el arma se le cae de los dedos flojos.

—¡Muévete! —le rujo.

Por una vez en su puta vida, obedece. Emery se lanza hacia la derecha, rodando sobre la hierba, fuera de la línea de fuego.

Levanto mi arma. Malcolm no puede hacer nada más que mirar con horror.

Y luego, aprieto el gatillo que acaba con su jodida y miserable vida.

EMERY

Malcolm Waters… lo que queda de él… se perfila alto por un momento contra el cielo azul claro.

Donde me salpicó, su sangre es de color rojo brillante y caliente. En él, cae por su cuello y empapa la parte delantera de su camisa.

Por muerto que esté… y no hay duda de que está muy, muy muerto… se sigue moviendo, pero lento, como si estuviera atrapado en el barro. Cae de rodillas. Luego, boca abajo sobre el césped.

Solo entonces se queda quieto.

Solo entonces soy libre.

—Emery.

Escucho que Adrik dice mi nombre, pero no puedo apartar la vista de Malcolm. Sigo esperando que se levante, como si estuviéramos en una película de zombis. Que se ponga de pie y me siga persiguiendo, más implacable que nunca.

Pero él no se mueve. No respira.

—Emery —vuelve a decir Adrik. Se deja caer en el suelo junto a mí. Sus manos recorren mi cuerpo, se manchan con la sangre de Malcolm como si fuera tempera—. ¿Estás bien? ¿Estás herida?

Intento negar con la cabeza, pero mis músculos están fuera de mi control. Mis brazos y piernas tiemblan. Tiemblan tan fuerte que no puedo pararme. No puedo alcanzar a Adrik.

Mi respiración era constante antes, pero ahora es errática. Siento como si tuviera un cinturón alrededor de mi pecho. Mis pulmones se niegan a expandirse.

—Estás en shock —Adrik me rodea con sus brazos y me levanta—. Estás bien ahora. Te tengo.

Eso no debería hacerme sentir mejor.

En las últimas veinticuatro horas, Adrik me persiguió y encerró en una celda. Es el hermano de mi violador. Es el hombre que quiere quitarme a mi hija.

Y, sin embargo, cuando me acuna en sus brazos, lo dejo. Porque, Dios mío, es el único lugar que

me queda donde realmente me siento segura. Apoyo mi cabeza contra su pecho y cierro los ojos.

A donde sea que me lleve, sea lo que sea que el destino me depare a continuación, me alegro de que sea él quien lo haga.

—Ad… Adrik —respiro.

Creo que siento sus labios susurrar en mi sien, pero mis ojos ya están cerrados. Ya me estoy quedando dormida. O inconsciente, tal vez. Es imposible saber cuál.

Ni siquiera estoy segura de que importe.



CUANDO ME DESPIERTO, estoy envuelta en tantas mantas que forman un muro alrededor de mi cabeza. No puedo ver nada.

Destellos de imágenes horripilantes aparecen detrás de mis párpados. Sangre contra un cielo azul claro. Cuerpos esparcidos por un pasillo. Un disparo, Adrik retrocede y *ya estás bien. Te tengo. Te tengo. Te tengo.*

De repente, un rostro severo se asoma por encima de las mantas y me mira. Me sobresalto y dejo escapar un grito estridente y vergonzosamente impotente.

—Lo siento —dice Toma, con una mueca de dolor—. No quise asustarte.

—No, es… estoy bien. Está bien —tartamudeo, tan avergonzada como sorprendida.

Toma es el médico de Adrik para su personal. Pero ahora mismo no se parece a ningún médico que haya visto. Tiene la cara magullada y arañada. Y, cuando se acerca para bajar mis mantas, puedo ver que tiene las uñas sucias y rotas debajo de los guantes de látex que lleva.

—¿Estás bien? —pregunto.

Se ríe y señala su cara. —He estado peor. He visto peor y hecho peor también. Fui médico militar en una vida anterior. Me preparó bien para el ataque de hoy.

El ataque.

En algún lugar, en el fondo de mi mente, escucho explosiones. Veo los escombros de las ventanas rotas y las paredes derrumbadas. Pero es confuso. Estaba tan concentrada en sobrevivir que no pude asimilarlo todo. Incluso ahora, mi cerebro mantiene todo a raya, porque recordar me dolerá mucho más de lo que soy capaz de soportar.

Viví bajo el peso de un miedo intenso durante tanto tiempo. Una onza más y podría desmoronarme.

—Más importante aún —dice—, quiero saber si tú estás bien. ¿Te duele alguna parte?

Intento sentarme e inmediatamente gimo. —En todos lados. ¿Es eso un problema?

Toma se ríe de nuevo. —Supongo que probablemente estés dolorida por el accidente

automovilístico. Pero, si hay algún dolor agudo, necesito saberlo.

Sacudo la cabeza. —Simplemente me duele. Siento como si llevara días acostada aquí. ¿Cuánto tiempo pasó?

—Un par de horas. Cuando Adrik te trajo aquí, estabas inconsciente. No te despertaste ni una sola vez durante ninguna de mis pruebas.

Arrugo la frente. —¿Pruebas?

—Adrik quería que te examinaran minuciosamente. Recuerdo que hubo una amenaza contra mi vida si morías por algo que me perdí.

Él sonríe y niega con la cabeza, como si ese tipo de amenaza fuera algo normal para él. Supongo que, de parte de Adrik, lo es.

—Este escondite no es exactamente como mi laboratorio en el complejo —continúa—, pero es la mejor opción. Tengo la mayor parte de lo que necesito aquí. Y algunos amigos míos en un laboratorio al otro lado de la ciudad cubrieron la diferencia.

—¿Y cuál es el veredicto? —pregunto—. ¿Viviré?

—Vivirás. Y algo más.

Frunzo el ceño de nuevo. —¿Qué significa eso? ¿Soy inmortal ahora, o algo así?

—Algunas personas explican a los niños de ese modo —dice—. Se llevan una parte de nosotros, incluso una vez que nos hemos ido.

No puedo comprender muy bien lo que dice hasta que lo expone en un lenguaje sencillo.

—Estás embarazada, Emery.

Miro fijamente su rostro tranquilo. Las palabras golpean contra mi cráneo como si chocaran una pared de ladrillos. Les lleva demasiado tiempo penetrar. Entender incluso a medias lo que me está diciendo.

—¿Disculpa? —espeto por fin.

—¿Cuándo fue tu última menstruación? —pregunta—. Tu análisis de sangre resultó positivo, pero no proporciona la edad fetal. Necesitarás una ecografía para eso.

Intento recordar, pero controlar mi ciclo no era exactamente una prioridad en mi lista con todo lo que estuvo sucediendo en las últimas semanas. Ni siquiera lo pensé, para ser honesta.

—¿Por qué me analizaste en primer lugar?

—Precaución —dice—. No quise exponerte a ninguna radiación por si estabas embarazada. Y estabas inconsciente, así que no pude preguntar exactamente. Disculpa si se siente invasivo. Solo intentaba darte la mejor atención…

—Está bien —le digo, con la sonrisa más sincera que puedo esbozar—. Gracias por cuidarme. Solo estoy… estoy en shock. No tenía ni idea.

El último día de mi vida se desarrolla en una especie de carrete de lo más destacado.

Pietro golpeándome contra la pared de cemento.

Pietro tirándome al suelo de mármol de la entrada.

El SUV volcándose en medio de la carretera.

Malcolm arrastrándome hacia el asiento trasero.

Me han golpeado, magullado y maltratado, maltratado, magullado y golpeado. Mis manos caen sobre mi estómago.

—¿Está… está bien el bebé? —susurro.

Toma se acerca y pone una mano en mi muñeca. —Revisé los latidos del corazón fetal con un Doppler. Fueron unos fuertes ciento cuarenta latidos por minuto.

Suspiro de alivio. Es un momento puro, instintivo, tan antiguo como el tiempo. *La madre protege al niño. El niño está a salvo. La madre puede respirar.*

Y entonces, el miedo y la duda paralizantes vuelven a apoderarse de mí. Por todo lo que significan esas simples palabras.

Estoy embarazada.

Del bebé de Adrik Tasarov.

Como si eso no fuera lo suficientemente complicado con todo lo que está pasando con Yasha. Ni siquiera sé si Adrik quiere este bebé.

No sé si él siquiera me quiere *a mí*.

Antes de que Toma pueda alejarse, giro mi mano y aprieto sus dedos, sujetándolo con fuerza. —¿Se lo has contado a alguien más? ¿Alguien más lo sabe?

Él sabe a qué me refiero. Sus ojos se agrandan y traga nerviosamente antes de responder. —Solo informé que, por lo que pude ver, estás sana y bien.

—¿Eso es todo? —pregunto, aplastando sus dedos aún más—. ¿No dijiste nada más?

Toma abre la boca para responder, pero, antes de que pueda, se abre la puerta de mi habitación.

Dejo caer su mano al instante. Toma está muy feliz de alejarse de la cama. El pobre hombre pasó por un infierno hoy. Lo último que necesita es verse involucrado en mi drama.

Miro hacia la puerta y, de repente, nada más importa.

—Isabella —respiro, un sollozo alojado en mi garganta.

Isabella sonríe y se acerca a mi cama. Sus ojos azules me recorren nerviosamente, pero sonríe. —¡Mamá, estás despierta! Sabía que había oído tu voz.

—¿Estabas en la otra habitación?

Ella asiente. —Yo estaba aquí antes de que tú llegaras. Adrik te cargó y… —su voz se tambalea y se apaga. Las lágrimas se acumulan en sus ojos—. Pensé que estabas… parecías…

Extiendo la mano y tomo su mano. —Estoy bien, cariño. Pregúntale al Dr. Toma.

Isabella mira al médico con los ojos muy abiertos y esperanzados. Toma le sonríe. —Tu madre está tan sana como un caballo. Ella es una dama fuerte. No necesitas preocuparte por ella.

La preocupación desaparece de su rostro y quiero abrazar a Toma en señal de gratitud. Entonces…

—Más bien, tu madre es demasiado terca para dejarse destrozar por un accidente automovilístico.

Adrik llena el marco de la puerta. Su repentina aparición saca todo el oxígeno de la habitación.

Pero no puedo obligarme a mirarlo. Incluso cuando siento que cada nervio de mi cuerpo está consciente de él, levantándose para hacerle caso, mantengo mis ojos fijos en Isabella.

—¿Fue aterrador? —pregunta Isabella. Ella no siente el miedo que yo siento. Sus ojos están llenos de curiosidad y el tipo de amor más sencillo. *El niño ama a la madre*. Si tan solo todo lo demás fuera tan simple.

—¿El accidente? —pregunto—. Fue un poco aterrador, pero no tan malo.

No fue nada comparado con Pietro apuntándome con un cuchillo a la garganta, o Malcolm jurando lo miserable que planeaba hacerme el resto de mi existencia.

Y el accidente no fue nada comparado con el miedo que siento ahora.

Tengo miedo de que Adrik esté tan cerca de mí. Además, tengo miedo de cuánto desearía que estuviera aún más cerca, o tal vez a mil años luz de distancia; no puedo decidirme del todo.

Y luego, debajo de todo, está la bomba que acaba de lanzar Toma. La pequeña vida que crece dentro de mí, uniéndome para siempre a Adrik Tasarov.

Y el hecho de que no estoy tan asustada como debería.

Eso podría ser lo más aterrador de todo.

Isabella deja escapar un suspiro tembloroso. —Me alegro de que estés despierta.

—Todos lo estamos —murmura Adrik. Se acerca para pararse junto a Isabella. Su mano cae ligeramente sobre su hombro y ella no se inmuta. Comparten una facilidad que hace que mi corazón palpite.

Finalmente, me obligo a mirar a Adrik a los ojos. Hoy son de un azul claro y brillante. Del mismo color que el cielo detrás de la cabeza de Malcolm.

Veo la sangre brotar de su cuello otra vez. Un chorro rojo.

Adrik hizo eso. Mató a Malcolm para… ¿para qué? ¿Para salvarme? ¿Para capturarme?

No, eso no.

Puedo escuchar el recuerdo de su voz en la entrada del complejo, haciendo eco en el mármol manchado de sangre y las paredes derrumbadas. Se ofreció a cambio de mí.

Llévame a mí en su lugar.

¿Por qué?

Inclino mi cabeza hacia un lado y miro fijamente sus ojos azul ártico, deseando poder saber qué estaba pasando detrás de ellos. Si los ojos son las ventanas del alma, Adrik corrió las cortinas. No puedo vislumbrar siquiera lo que piensa o siente.

Espero que no tenga ni idea cuando mire los míos. Lo último que necesito es que sepa sobre este bebé porque soy tan absolutamente obvia sobre la fuente del miedo que estruja mi corazón.

Incluso pensarlo tan cerca de Adrik me hace entrar en pánico. Me apresuro a cambiar de tema.

—¿Qué han estuvieron haciendo ustedes dos mientras yo estuve…? —hago un gesto hacia la cama y las mantas.

Isabella se ilumina. —¡Stefan y yo le enseñamos trucos a Travis! Se pone de pie sobre sus patas traseras, y agita sus patas en el aire para pedir golosinas.

—Ay, eso es lindo, cariño.

—Se supone que el perro debe trabajar, no actuar como si estuviera en un circo —Adrik frunce el ceño.

Isabella solo se ríe, sin molestarse en lo más mínimo por las quejas de Adrik. —¡Travis hace mucho trabajo! Es un buen chico. Mamá, tienes que verlo. Es tan lindo cuando baila.

—Él no baila —dice Adrik—. Agita sus patas en el aire. Hay una diferencia.

—Así es como él baila —argumenta.

—Bueno, no es bailar.

—¡Sí, lo es! —ella retrocede en su silla de ruedas y lo golpea en las piernas, explotando en una risita cuando Adrik grita dramáticamente y cae al suelo fingiendo dolor.

Es dulce verlos así. Es precioso ver finalmente a Isabella con la figura paterna que siempre deseé poder darle.

También es por eso que tengo que tomarla y salir de aquí lo antes posible.

Independientemente de lo que Adrik pueda ser o no para nosotras dos, es ante todo el hermano de Yasha. Adrik siempre tiene un plan. Él siempre está preparado. Y no puedo creer que se haya casado *accidentalmente* con la víctima de violación de su hermano.

Ellos tienen un plan. No puede haber ninguna duda al respecto.

Solo tenemos que escapar antes de que puedan ponerlo en acción.

EMERY

La siguiente vez que despierto, la habitación está a oscuras.

Miro a mi alrededor, tratando de descubrir por qué me despertaron de un sueño profundo. Mis ojos todavía están pesados y me ruegan que los cierre de nuevo.

Tomé siestas intermitentes todo el día, pero todavía estoy exhausta. No estoy segura de si es por la emoción del día o por el embarazo. Probablemente ambas.

Las cortinas de la única ventana de la habitación están corridas, pero un poco de luz amarilla, de una lámpara fuera del refugio, se cuela en la habitación. Lo suficiente para que vea que hay una cama colocada contra la pared opuesta, donde antes no la había. Puedo ver la forma dormida de Isabella debajo de las sábanas.

Aquí está. Mi oportunidad.

Isabella está aquí conmigo y, por lo que sé, es medianoche. No habrá mejor oportunidad que esta para escapar.

Lo más silenciosamente posible, salgo de mi cama.

Estaba inconsciente cuando me trajeron, así que no sé dónde está nada. Pero encuentro una bolsa de lona vacía debajo de la cama y la dejo abierta sobre el colchón. Busco en algunos cajones una muda de ropa. Lo único que tengo puesto ahora es una camiseta grande, que supongo que es de Adrik. La huelo y sí, es suya. No hay duda de ese rico almizcle.

Finalmente, encuentro algo de ropa en un cajón y elijo un par de pantalones de yoga y una camiseta sin mangas para ponerme. Luego tiro el resto del contenido del cajón junto con la camiseta grande en la bolsa de lona.

Doy un paso atrás, con las manos en las caderas, y examino la habitación. No sé qué más llevar. No sé a dónde vamos. Ni siquiera estoy segura de qué pasará una vez que abandonemos esta habitación.

Pero no puedo pensar en nada de eso ahora. Si me detengo y contemplo lo que estoy haciendo durante demasiado tiempo, me acobardaré. Volveré a meterme bajo las mantas, me iré a dormir y esperaré lo mejor. Soñaré con un futuro con Adrik, que ya no estoy segura de que exista. Es posible que nunca haya existido para empezar.

Las lágrimas calientes me queman los ojos como ácido.

Estoy parada en medio de la habitación, intentando decidir cómo explicarle todo esto a Isabella, cuando escucho un ruido detrás de mí.

Me doy la vuelta justo cuando la puerta se abre.

Espero que sea Adrik. Por supuesto que no puedo escapar de él, ¿verdad? Él lo sabe todo, ¿no? ¿Cuántas veces me ha dicho esas palabras exactas?

Demonios, probablemente haya una cámara en esta habitación, preparada para rastrear el movimiento. Probablemente estuvo sentado en la otra habitación, riéndose de mi débil intento de escapar.

Excepto que, cuando el hombre frente a mí mira hacia arriba, no estoy mirando a mi marido a la cara.

Estoy mirando a la cara de mi violador.

—Yasha —respiro, incapaz de creer completamente lo que veo. Incluso decir su nombre ahora es extraño. Durante mucho tiempo, no tuvo rostro ni nombre, solo la sombra más oscura en el callejón más oscuro de mi mente.

Ahora tiene un nombre. Una forma. Un pulso.

Es jodidamente aterrador.

Resisto la tentación de mirar a Isabella. Está escondida en un rincón oscuro. Quizá él no la vea.

—¿Qué estás haciendo aquí? —grazno.

No sé qué sabe Yasha. ¿Se acuerda de mí? ¿Sabe que lo reconozco? Todas las posibilidades giran a nuestro alrededor, acumulan la conmoción y la confusión de verlo parado frente a mí.

—Podría hacerte la misma pregunta —cierra suavemente la puerta detrás de él y se gira para verme.

Parpadeo hacia él. —Yo… estuve en un accidente. Hubo un ataque, y Malcolm…

—Eso no, idiota. ¿Por qué te casaste con mi hermano? —me interrumpe—. ¿Por qué estás en esta familia?

La respiración de Isabella se entrecorta. Es un sonido suave. Aparentemente, uno que solo escucho yo, porque Yasha ni siquiera mira hacia arriba.

Podría gritar por Adrik. Pero, por lo que sé, él envió a Yasha aquí. Y no quiero despertar a Isabella. Quiero salvarla de todo esto, si puedo evitarlo.

Así que termino mirando tontamente a Yasha, incapaz de formular una respuesta.

—¿Necesito explicarte esto? ¿Aún no juntaste las piezas? —suspira casi como si estuviera aburrido—. Sé quién eres.

—Soy la esposa de tu hermano —digo.

Ante eso, Yasha sonríe. —Cierto. Pero él no fue el primero en tenerte, ¿verdad?

Mi estómago se revuelve. El ácido sube por mi garganta. Y aun así, me quedo completamente inmóvil.

Yasha se inclina. —Recuerdo nuestra noche juntos, pequeña. ¿Tú?

Me mira de reojo como si fuera un conejito indefenso en su trampa. Eso me enoja. Ni siquiera es mi intención consciente, pero de pronto me encuentro tirando de mi brazo hacia atrás y abofeteándolo tan fuerte como puedo.

El sonido cruje por toda la habitación. Me pica la mano. Isabella se contrae y suspira dormida.

Pero Yasha está demasiado ocupado lanzándose hacia adelante para notarla. Me empuja contra la cama, luchando por el control de mis brazos.

Rasguño su cara, sacando un poco de sangre sobre su ceja. Pero él es más fuerte que yo. Me obliga a bajar los brazos a los costados y los sujeta con fuerza contra el colchón.

Mis omóplatos crujen dolorosamente, y todavía me duelen los músculos por el accidente. Todo me duele y lloro, demasiado asustada para gritar.

—No peleaste tanto la noche que nos conocimos —sisea—. Fuiste mucho más complaciente.

—Que te jodan —le escupo el ojo.

Me suelta el tiempo suficiente para limpiarse los ojos. Intento aprovechar la oportunidad para golpearlo de nuevo, pero él me coge la muñeca con fuerza y me sujeta el brazo por encima de la cabeza.

—Sabía que te acordabas de mí la noche que vine a cenar —dice—. Parecía que habías visto un fantasma.

—No un fantasma —corrijo, sacudiendo la cabeza—. Un monstruo.

—Desafortunadamente, sea cual sea el cuento de hadas que te hayas contado a ti misma, no existen los monstruos, Emery Montague.

—Entonces, ¿qué eres?

—Me gustaría hacerte la misma pregunta —se lame los labios—. La noche que nos conocimos… la noche que nosotros…

—*Nosotros* no hicimos nada —gruño—. *Tú* te aprovechaste de mí.

Él pone los ojos en blanco. —¡Qué melodramática! ¿Recuerdas siquiera lo que pasó? Cuéntame la historia. Quiero escucharlo de esos lindos labios.

No recuerdo nada. Aparte de algunos destellos de Yasha asomando sobre mí, la noche es un vacío oscuro en mi memoria.

—Me drogaste.

—Buena suerte demostrándolo —se burla—. Pero la noche que tú y yo nos juntamos fue el

mismo día en que Sofía huyó de mi hermano. Fue el mismo día en que ella murió.

Arrugo la frente. —¿Qué tiene eso que ver con esto?

—Es parte del equilibrio —explica—. El día que mi hermano tomó una vida… yo creé otra.

Mi estómago se revuelve de nuevo. *Isabella*.

—No puedes atribuirte el mérito de ella, puto enfermo —siseo, tan brutalmente como puedo—. Ella es *mía*.

—Pero se parece a mí, ¿no? —su sonrisa flaquea—. La silla de ruedas fue una sorpresa. No estoy tan seguro de lo que pasó allí. Pero, de otro modo…

—Ella es mejor de lo que tú jamás serás —espeto—. Mantente alejado de ella.

—Ay, relájate —dice—. Me gustaría que no insistieras en la teatralidad. Solo estoy aquí para…

Con todas mis fuerzas, me hago a un lado. La mano de Yasha todavía está alrededor de mi brazo, pero ahora está desequilibrado. Da un paso atrás para estabilizarse, libero mi pierna derecha y le doy una patada. Mi pierna se conecta sólidamente con su cadera, y él cae hacia la mesita de noche. Golpea contra la pared.

Y eso es todo lo que se necesita.

Oigo movimiento en el pasillo. Y, cinco segundos después, mi puerta se abre de golpe.

—Aléjate para que pueda tener un tiro claro, hijo de pu… —la voz de Adrik se corta bruscamente—. ¿Yasha?

Los siguientes segundos son borrosos. Adrik entra en la habitación. Tiene la boca abierta. Parece sorprendido. No puedo imaginar por qué. Estos dos trabajan juntos, ¿verdad?

Yasha finalmente parece avergonzado de sí mismo. Pasa rápidamente junto a su hermano y sale de la habitación.

Adrik lo ve irse y luego se gira hacia mí, con el ceño fruncido. —¿Qué carajo fue eso?

—¿Me estás preguntando *a mí*? —espeto con incredulidad.

Isabella suspira de nuevo. Por algún milagro, aún está dormida y me gustaría que siga así.

Empujo a Adrik de regreso al pasillo. Todavía tiene un arma en la mano. Sus hombros están tensos y sigue mirando hacia atrás, por donde huyó Yasha.

—¿Qué estaba pasando allí? —su voz es ahora acusatoria.

—No tengo ni idea —le digo—. ¿Me estás diciendo que no enviaste a Yasha allí?

—¿Por qué habría enviado a mi hermano a…?

—¡No sé lo que planeas! —la frustración y la incertidumbre que sentí durante los últimos días surgen de golpe. Cierro los ojos con fuerza y respiro profundamente—. Yo solo… quiero saber qué tienes planeado para mí. Sea lo que sea… lo que sea que ustedes dos vayan a hacerme, solo díganmelo.

Adrik niega con la cabeza. Por primera vez, me doy cuenta de que no lleva nada más que un par de calzoncillos bóxer ajustados. Su cuerpo es delgado y esculpido, y una parte de mí sospecha que incluso esto es parte del plan. Quiere distraerme, ponerme nerviosa y de mal humor.

Lo peor es que está funcionando.

Aparto los ojos de sus abdominales y me concentro en su rostro. —¿Qué quiere Yasha de mí? —pregunto.

—¿De qué carajo estás hablando? —él gruñe—. Apenas conoces a Yasha. ¿Por qué mi hermano entraría sigilosamente en tu habitación en medio de la noche? Ni siquiera debería saber que estás aquí. No se lo he dicho a nadie. ¿Estás en contacto con él?

—Que si est… ¿Realmente no sabes? —pregunto—. ¿Es posible que tú… que no lo sepas?

—¿Qué no sepa qué? —él gruñe.

Está confundido. Puedo verlo escrito en toda su cara. Adrik está a oscuras y lo desprecia.

Pero él realmente no sabe la verdad.

—Adrik —digo, mirándolo a los ojos—. Yasha es el hombre que me violó. Yasha es el padre de Isabella.

ADRIK

—Patrañas —desecho la idea sin siquiera considerarla—. Eso no es posible.

—Es la verdad —Emery da un paso hacia mí, pero extiendo una mano para detenerla. El dolor cruza su rostro—. No mentiría sobre esto.

—Por supuesto que lo harías.

—¿Por qué mentiría, Adrik? ¿Qué gano con mentir?

—Me separarías de mi hermano —le explico—. Estás tratando de dividir a mi familia. Ponernos unos contra otros.

Ella no sería la primera en intentarlo. Para el último terminó mal.

—¡Traté de irme con Isabella para no tener que hacer eso! —sus ojos verdes están vidriosos por las lágrimas no derramadas—. Solo quiero estar a salvo. Solo quiero que mi *hija* esté a salvo. No tengo motivos ocultos aquí.

No estoy convencido. —En nuestra luna de miel, me dijiste que ni siquiera sabías quién era tu violador.

—No lo sabía —admite—. No sé si me drogó o… joder, no lo sé. Pero Yasha tiene una cicatriz en el brazo. La vi esa noche durante la cena y tuve un flashback. Lo recordé.

—Eso no prueba…

—Lo recordé encima de mí —continúa. Sus ojos se cierran como si pudiera bloquear el recuerdo manteniéndolos así—. Empujé, grité y traté de quitármelo de encima, pero era demasiado débil. Y después… lo recuerdo hablando por teléfono, riéndose.

Ya ni siquiera me habla. Lo está viendo todo de nuevo, reviviendo la experiencia.

Joder.

Ella está diciendo la verdad.

—Así que, cuando te fuiste la otra noche…

—Es porque me acordé de él —termina, parpadea hacia mí—. Me acordé de él y tuve que salir. Tenía que alejar a Isabella de él. De ustedes dos.

—¿Nosotros dos?

De repente, Emery retrocede. Se abraza fuertemente a sí misma. —No puede ser un accidente que terminé en tu casa, Adrik. ¿Por qué decidiste casarte conmigo? ¿Por qué *conmigo*?

—Porque fuiste la primera mujer que vi después de saber que necesitaba una esposa.

Hace una mueca.

No es del todo cierto. Hay muchas mujeres a las que no les habría propuesto matrimonio si me las hubiera topado primero.

Pero tampoco es una completa mentira. Emery simplemente estaba… ahí. Y hermosa. Tenía sentido.

—¿Realmente esperas que lo crea? —ella susurra—. ¿Es solo una extraña coincidencia que terminé casada con el hermano de mi violador?

—Tienes que tener cuidado con acusaciones como esa, *kiska*.

—No quedé embarazada por un beso apasionado en el asiento trasero de alguien —espeta—. ¡Tengo un pequeño humano en la otra habitación, que demuestra lo que me hizo!

—Dijiste que no recuerdas nada de esa noche. Quizás ambos estaban borrachos. Quizás ambos cometieron un error, y…

—¡Él lo confesó! —ella grita—. Entró sigilosamente en mi habitación en medio de la noche y confesó todo. Sabía lo que estaba haciendo entonces, y sabe lo que está haciendo ahora.

—Emery, tú…

—Sucedió la noche en que murió Sofía —dice—. Él soltó una perorata sobre el "equilibrio". Sobre cómo tomaste una vida ese día y él creó una. Es… es jodidamente enfermizo. Es un monstruo, Adrik.

Justo así, es mi turno de intentar y fracasar en defenderme de un recuerdo.

Recuerdo esa noche. Sentado en casa, esperando que salga la noticia. Stefan estaba conmigo, respondiendo llamadas telefónicas de la policía y los periodistas. Mi padre estaba allí, despotricando sobre una guerra que se avecinaba con los Volandris. Sobre la venganza.

Pero Yasha no estaba.

Desapareció esa noche. No volvió a aparecer hasta pasados unos días.

En ese entonces, su cabeza todavía no estaba bien. Pietro lo jodió bien. Se iba de juerga y se metía en problemas. Él no era él mismo.

Tal vez podría haber… No. No. Porque, si eso es cierto, significa que tengo que…

—¿Qué estás pensando? —Emery da un paso adelante, con los ojos entrecerrados—. Estás pensando en algo. Quiero saber qué es.

Se ve tan pequeña parada frente a mí. Tiene la mejilla magullada por el golpe de Pietro. Hay un

corte en su cuello causado por su cuchillo, y mil pequeños rasguños por el accidente.

Hace unas horas, pensé que era una espía. Quería odiarla. Destruirla.

Pero ahora…

—Estoy pensando en que te hice una promesa.

Ella niega con la cabeza. —¿Qué promesa?

—Te dije que mataría al hombre que te violó.

La comprensión aparece en su rostro, seguida rápidamente por el horror. —Adrik. Adrik, no. No puedes. Él es tu hermano.

—Y, si hizo lo que dices que hizo —respiro profundamente—, si se aprovechó de otra persona de la forma en que se aprovecharon de él… entonces merece la misma justicia que yo debí haberle dado a Pietro. Merece morir.

Ella me agarra del brazo. Sus dedos son fríos y delgados. —No lo hagas. Nunca quise que lo hicieras.

—¿Me estás diciendo la verdad? —pregunto—. ¿Me estás contando toda la verdad?

La miro profundamente a los ojos, buscando cualquier indicio de engaño.

No encuentro ninguno.

Ella solo me mira fijamente, y no hay nada más que sinceridad allí. Ella asiente. —Lo estoy, lo juro. Cada palabra es la verdad.

—Entonces, cumpliré mi promesa. Juré que te mantendría a salvo, Emery. Lo dije en serio.

Antes de que pueda decir algo, le rodeo la cintura con un brazo y la arrastro contra mi cuerpo. La beso, largo y profundo.

Ella es cálida y dócil conmigo. Se curva contra mi pecho. Cuando sus labios se abren, deslizo mi lengua dentro de su boca, saboreando su dulzura natural.

Cuando me retiro, ella está sin aliento. —Adrik, por favor…

Pero sus ojos todavía están medio cerrados cuando me doy vuelta y me alejo.

ADRIK

—¿Cómo carajo no sabes dónde está todavía? —ladro.

Stefan levanta las manos y aleja su silla de la computadora. —Esta mierda tecnológica era la timonera de Yasha, no la mía. Ya lo sabes. Si tu hermano no quiere que lo encuentren, no lo encontrarán. Y no puedo hacer nada más al respecto.

—Tú estás a cargo del equipo de seguridad —le recuerdo fríamente—. ¿Nunca has aprendido a rastrear el teléfono de alguien?

—¿Necesito recordarte que estoy trabajando desde el punto de acceso de mi teléfono ahora mismo, porque tu hermano interfirió nuestras redes?

—No sabemos si fue él.

Stefan arquea una ceja oscura. —También apagó todas nuestras cámaras de seguridad. Las redirigió para que ya no tengamos acceso a las transmisiones. ¿Quién más crees que es capaz de hacer eso de forma remota?

Sé que tiene razón, pero no puedo entenderlo del todo. No tiene ningún sentido. O, joder, tal vez sí, y soy demasiado ciego o demasiado estúpido para ver la luz.

Saco mi teléfono y vuelvo a llamar a Yasha. No respondió ninguna de las otras diez veces que lo llamé, pero ¿qué hay de malo en intentar con el número once?

Como las otras, va directamente al buzón de voz.

—¡Joder! —lanzo mi teléfono a la silla frente a mí. Rebota en el cojín y repiquetea en el suelo—. Nunca debí haberlo dejado salir de esta casa.

—No lo sabías.

—Lo encontré en el dormitorio de mi esposa en medio de la noche. Debí haberlo detenido y haberlo descubierto.

—Él es tu hermano —dice Stefan en voz baja—. Tu hermanito menor. Eres un cínico hijo de puta el noventa y nueve por ciento de las veces. ¿Pero ese último uno por ciento? Allí vive Yasha. Piensas lo mejor de él.

—*Pensaba* lo mejor de él —corrijo—. E incluso ese poco de optimismo fue un error.

Respira profundamente y luego gira en su silla, con los codos apoyados en las rodillas. —Solo tengo que preguntarte algo una vez y luego podré terminar, ¿vale?

—Decidiré si está bien una vez que hayas terminado de preguntar.

—Solo quiero asegurarme de que estás… —Stefan suspira—. Quiero asegurarme de que estás pensando con la cabeza y no con la polla.

Aprieto los puños a los costados. —Qué voto de confianza más alentador en mi liderazgo.

—Vamos, hombre. Confío en ti. Tú lo sabes. Pero tengo que preguntar —dice—. ¿Estás seguro de que Emery dice la verdad? Pensábamos que era una espía de los Volandris hace menos de veinticuatro horas. ¿Y ahora persigues a tu hermano porque dijo que es el padre de Isabella?

—Él no es el padre de Isabella —gruño—. Es una maldita bestia, y hay que sacrificarlo.

—Vale, pero vamos, Adrik, sabes a qué me refiero. Este es un cambio loco. Y sería una mano derecha de mierda y un amigo aún peor si no me asegurara de que piensas bien en todo esto y eres racional.

—¿Tienes que asegurarte de que el sexo no me ciegue?

—A todos nos puede pasar —dice, dándome una pequeña sonrisa.

Asiento y hago una mueca. —Estoy seguro, amigo mío. Emery se escapó esa noche porque reconoció a Yasha. Ella no es una espía. Simplemente estaba muerta de miedo.

Stefan me estudia por otro segundo y luego finalmente asiente. —Vale.

—¿Vale? ¿Eso es todo lo que necesitabas?

—Eso es todo lo que necesitaba —confirma—. Confié en ti toda mi vida y sigo aquí, ¿no?

—Hoy estuvo muy cerca.

—He estado más cerca —Stefan se ríe y vuelve a la computadora. Tan pronto como lo hace, se hunde en su silla—. Pero una parte de mí esperaba que cambiaras de opinión. Porque no tengo ni puta idea de lo que estoy haciendo.

Me levanto y camino por el suelo. —El wifi y las cámaras son distracciones. Solo intenta mantenernos ocupados para que no podamos seguirlo.

—Pero no podemos simplemente ignorar esto y perseguirlo.

—Por supuesto que no. Necesitamos a alguien aquí que se ocupe de los problemas técnicos, y debemos desconectar todas las cámaras. Seguiremos a la vieja escuela en materia de seguridad hasta asegurarnos de que Yasha no pueda abrirse camino en nuestro sistema.

—¿Como haremos eso? —pregunta—. Yasha construyó nuestro sistema. Completo. Aquí, en el complejo, en todos los demás refugios. Él *es* nuestro sistema.

No me pierdo el simbolismo.

Yasha está en el centro de mi vida desde que tengo uso de razón. Siendo doce años mayor, a

veces siento que yo lo crié. Como si fuera mi propio hijo.

Soy el hombre que soy hoy gracias a Yasha.

Pero ahora es el momento de descubrir cómo seguir adelante sin él.

EMERY

Adrik me encuentra sentada en el pasillo, afuera de la puerta de mi habitación.

—Isabella todavía está durmiendo —le digo—. No pude…

—Nos vamos —interrumpe. No es una pregunta.

—Pensé que este era el refugio.

—Es el refugio de la Bratva —explica, impaciente—. Toda la Bratva lo conoce.

—¿Y eso es algo malo…?

—Si mi hermano es quien dices que es, entonces sí —aprieta el puente de la nariz como para protegerse de una migraña—. Necesito llevarlas a ti y a Isabella a algún lugar al que él no pueda llegar. Hasta poner en marcha mi plan.

—Solo pasó una hora desde que Yasha estuvo aquí. ¿Cómo es que ya tienes un plan? —me miro a mí misma, todavía usando las mallas y la camiseta sin mangas con las que estaba preparada para huir—. Ni siquiera moví un músculo desde… desde que…

Dejo que las palabras desaparezcan. No hay ninguna razón para mencionar el beso ahora. No cuando no tengo idea de lo que significó, si fue real, si fue parte de un plan que todavía ni siquiera empiezo a vislumbrar.

Adrik interpreta bien su papel… siendo serio y protector, actuando preocupado por mi seguridad y la de Isabella… pero no puedo confiar en nada de eso.

En realidad, no puedo confiar en nadie. Todo esto podría ser una artimaña para quitarme a Isabella. Un truco para asegurarse de que obedezca cuando me roben y me hagan desaparecer.

—Siempre tengo un plan.

Lo miro fijo. Es una figura imponente y altísima. La tenue luz del pasillo es una luz de fondo, que cubre su sombra sobre mí.

Me levanto. Siento un hormigueo en las piernas, con alfileres y agujas recorriendo mis pantorrillas y mis pies por estar sentada en el suelo durante tanto tiempo. Incluso entumecida, todavía puedo sentir dónde Yasha clavó sus rodillas en mis muslos. Donde envolvió sus manos alrededor de mis muñecas.

Siento que necesito una ducha.

—Bueno, yo no tengo un plan —murmuro—. No he tenido un plan desde el momento en que entré a tu mansión para recuperar a Isabella.

—Yo no diría eso. Parece que tu plan ha sido gritar, pelear y molestarme hasta salirte con la tuya.

Lo miro. —Solo porque tu plan es siempre ponerme en tiempo de espera hasta que haga lo que tú digas.

—Da resultados.

Levanto mi mano para alejarlo, pero él simplemente atrapa mi muñeca y me acerca. Sucede en un instante. Otro recordatorio más de lo más fuerte y rápido que es Adrik que yo. De lo impotente que soy ante él.

Como si necesitara otro recordatorio.

Su agarre alrededor de mi brazo se suaviza. Pasa su dedo por el interior de mi muñeca y se inclina. Su aliento mueve mi cabello. —Yasha llegó a ti cuando estabas en un refugio en la habitación de al lado. ¿Cuánto más fácil crees que será para él si te vas?

Mi corazón ya latía con fuerza por su cercanía, pero ahora está en mi garganta. —¿Por qué estás…?

—¿Ya no quieres estar encerrada? —pregunta, alza sus cejas oscuras—. Vale. Entonces aprende a escuchar. Tengo un plan para mantenerte a salvo, y será muchísimo más fácil si no tengo que arrastrarte pataleando y gritando.

—¿Cómo sé que puedo confiar en ti? —dejo escapar.

Adrik solo me mira fijamente. Su dedo todavía susurra por el interior de mi muñeca, lo que dificulta la concentración. Pero logro mirarlo a los ojos. Mantenerme firme.

Es una victoria moral, por lo menos.

—Yasha es tu hermano. Dejaste absurdamente claro hasta dónde llegarías para protegerlo. —una sombra pasa por sus ojos, pero avanzo—. ¿Cómo sé que no trabajas con él? *¿Cómo sé que puedo confiar en ti?*

Los ojos de Adrik están muy abiertos y azules, pero parece cansado. El peso de este mundo debe ser mucho sobre él. Estar a cargo, ser la persona que siempre toma las decisiones… Tengo una pequeña idea de lo que es eso, como madre soltera.

Pero solo tengo una persona que depende de mí. Incluso eso es más que suficiente.

¿Toda una Bratva? Eso es insondable.

Adrik suelta mi mano. Cae contra mi costado y da un paso atrás. —No puedes.

—No… ¿no puedo? —parpadeo.

—Si esperabas otra respuesta, no debías. Eso es todo lo que tengo para ti. Mi historial habla por

sí solo. ¿No te gusta eso? Menuda mierda, Emery.

—¿Tu historial? ¡Me encerraste en un calabozo!

—Después de que escaparas sin decir una puta palabra —gruñe.

—No podía decirte que Yasha fue mi violador. No sabía si podía confiar en ti. Es cíclico, Adrik.

Ante eso, se ríe. Es un sonido cruel. —Ese es el problema. No confías en mí, entonces no me escuchas y luego te lastimas. Es un patrón.

—Eso no es lo que…

—Ve a empacar. Nos vamos en una hora —me interrumpe—. Tengo una cabaña que nadie conoce. Estarás a salvo allí. Te guste o no.

Se da vuelta y camina por el pasillo, así que lo llamo. —¿Una cabaña remota en el bosque para que puedas asesinarme y nadie escuche mis gritos?

Es medio en broma, pero incluso la sugerencia me provoca un escalofrío.

Quizá debería decirle que estoy embarazada. Si matarme está en su radar, estar embarazada de su hijo me tiene que dar por lo menos nueve meses.

—Nadie escucharía tus gritos aquí tampoco —Adrik mira hacia atrás por encima del hombro—. E incluso si lo hicieran, no les importaría. Yo soy el jefe. Lo que digo va. Me sorprende que todavía no te hayas dado cuenta de eso.

Con eso, desaparece por la esquina.

Coloco una mano sobre mi estómago. —¿Eso debía ser reconfortante? —murmuro para mis adentros.



—¿ESTO es como unas vacaciones? —Isabella gorjea desde el asiento trasero—. ¿Vamos a ir al océano otra vez?

Me doy la vuelta para ver cómo está por enésima vez desde que nos fuimos hace unas horas. Todos los coches accesibles para sillas de ruedas tenían GPS y sistemas informáticos en los que Adrik no confiaba, por lo que Isabella está apoyada en el asiento trasero de un coche que es más viejo que yo, con almohadas y mantas arrugadas.

No es exactamente ergonómico. Tampoco es particularmente seguro.

—¿Estás bien ahí atrás? —pregunto.

—Bien, mamá —resopla—. ¿A dónde vamos? ¿Es esto como… como la miel… cómo se llamaba?

—La luna de miel —sugiere Adrik.

Ella sonríe. —¡Sí! ¿Es esto como esa luna de miel?

Sacudo la cabeza. —No, cariño. Esto no es así.

—Entonces ¿qué es? ¿Por qué no nos vamos a casa? —parece decepcionada. Travis también debe sentirlo, porque el perro presiona la nariz húmeda contra su codo. Isabella suspira y coloca la mano sobre su hocico.

A casa. Qué concepto. Los niños pueden acostumbrarse a cualquier cosa, es todo. Isabella llama "casa" a la mansión porque vivimos allí durante algunas semanas. Ninguna otra razón.

Mientras trato de mentirme a mí misma, Adrik le responde. —Nos vamos a acampar.

Isabella parece horrorizada. —¡No puedo ir a acampar!

—¿Por qué no?

—Por… por mi silla —dice Isabella—. Mis ruedas se atascan en el barro.

—Yo te cargaré —dice Adrik.

—Y necesito una cama para dormir. Me duelen los músculos, así que necesito…

—Empacamos todas tus almohadas —dice—. No dormirás en el suelo.

Isabella me mira. Sé que espera que le diga por qué es una idea imposible. De pronto me sorprende cuántas veces en su corta vida le dije que no puede hacer algo. *Esto no, aquello no, no es seguro.*

—Todo estará bien —le digo con una sonrisa—. Nos encargaremos de todo, ¿vale?

Ella me mira fijamente por un momento. Mientras lo hace, no puedo creer que no haya podido verlo antes… cuánto se parece a los Tasarov. No solo Yasha, sino también Adrik. Es tan obvio ahora que por sus venas corre la misma sangre.

Isabella sonríe. —Entonces, ¿acampar es como unas vacaciones?

—Más o menos —me río—. Pero vamos a una cabaña. Tendremos una casa donde dormir. Solo espera. Estaremos allí en poco tiempo.

Apenas termino de hablar, el coche empieza a chisporrotear y a toser.

Volteo y miro a Adrik. Frunce el ceño hacia el parabrisas. Sale humo por debajo del capó.

—¿Qué está sucediendo?

—No lo sé —gruñe.

—¿Le pasa algo al coche?

—Acabo de decir que no lo sé.

El coche frena con sacudidas y espasmos. Adrik lo conduce hasta el arcén de la carretera. Es tarde… casi anochecer… y la carretera está desierta hasta donde alcanza la vista en ambas direcciones.

—¿Podemos arreglarlo?

—No. Lo. Sé.

Me quejo. —¿Pensé que siempre tenías un plan?

—Sí, pero no soy un puto adivino —gruñe.

Isabella jadea en el asiento trasero y me doy vuelta. —No repitas esa palabra.

Me vuelvo hacia Adrik mientras nos detenemos con dificultad en el arcén. —¿Deberíamos salir? Y no digas "No lo sé".

Hace una mueca. —Sí, sal.

—¿Y *a dónde* iré? —espeto—. Estamos en el medio de la nada.

—¿Cuántas veces seguirás cuestionando mis decisiones, Emery?

—Cuando lo que decidas es que nos sentemos al costado de la carretera mientras cae la noche, puedo decir con seguridad que tendré preguntas.

De repente, Adrik se acerca y habla lo suficientemente bajo como para que Isabella no pueda oírlo. —Nos guste o no, esto es a lo que nos enfrentamos. ¿Quieres quedarte en el coche? Haz lo que quieras. Pero Isabella vendrá conmigo.

—¿Qué está sucediendo? —pregunta Isabella.

Fuerzo una sonrisa hacia ella. —¡Nada! Solo un segundo.

Cuando miro a Adrik, su rostro está lleno de determinación. —Esta noche acamparemos aquí —dice—. Mañana, cuando haya suficiente luz, revisaré el coche y averiguaré qué pasa.

Miro por la ventana. Los árboles bordean la carretera. Más allá de ellos, no hay nada más que oscuridad.

Sacudo la cabeza. —No podemos quedarnos aquí.

Adrik abre la boca para soltar otra reprimenda fulminante, pero luego, para mi sorpresa, la deja cerrarse. En cambio, exhala, toma mi mano y la encierra en la suya.

Cuando finalmente sale su voz, es mesurada, tranquila, imposible de dudar.

—Confía en mí, Emery.

Joder. No puedo decir que no cuando sus ojos se ven así.

Retiro mi mano de la suya y me giro en el asiento. Isabella me mira expectantemente. —Bueno, cariño, hubo un cambio de planes.

~

LA PRÓXIMA HORA es un desastre. Afortunadamente, Adrik se había preparado para un escenario "por si acaso" y trajo una tienda de campaña, un colchón inflable, sacos de dormir y algunas linternas. Pero ninguna cantidad de suministros puede preparar a una niña de seis años para un

viaje de campamento improvisado al costado de la carretera.

—¿Hay lobos? —pregunta, tiembla en su silla de ruedas. Las ruedas siguen firmes sobre el asfalto. Llevo diez minutos intentando atraerla al césped. Detrás de mí, Adrik se impacienta.

Empiezo a negar con la cabeza, pero Adrik responde antes de que pueda pronunciar las palabras. —Algunos. Pero dudo que nos encontremos con alguno.

Sus ojos se agrandan. Lo maldigo en voz baja.

—No hay lobos —le digo suavemente.

—¿Arañas?

—Hay arañas por todas partes —dice Adrik.

Isabella gime. Me vuelvo hacia Adrik con fuego en los ojos. —Quizá déjame manejar esto yo, gilipollas.

—Y por "manejar" te refieres a "mentirle".

—¡No estoy mintiendo!

—Sí, lo haces —dice—. Le estás diciendo que no hay nada ahí fuera que pueda lastimarla, pero es mentira. Siempre hay algo que querrá lastimarla.

—¿Qué quiere lastimarme? —pregunta Isabella. Sus ojos están vidriosos y las lágrimas se acumulan en las comisuras.

—¡Nada!

—Todo —responde Adrik—. Las personas, los animales y la naturaleza… todos ellos solo se preocupan por sí mismos. Solo se cuidan a sí mismos. Y eso puede significar que las cosas se pongan peligrosas para ti.

—¡Entonces no iré! —Isabella se queja.

Adrik se arrodilla frente a su silla de ruedas y le pone una mano en la rodilla. —¿Pero quieres saber la diferencia entre tú y todas las demás personas y animales que existen?

Ella lo mira con recelo durante unos segundos, y luego asiente.

—La diferencia es —dice—, que tú me tienes a mí para protegerte.

Ante eso, Isabella esboza una sonrisa vacilante. —¿Puedes luchar contra un lobo?

—Dormido —se levanta y se limpia los pantalones—. Ahora, ¿estás lista?

Isabella mira nerviosamente la línea de árboles. No la culpo. Yo tampoco me siento precisamente bien con este plan.

Pero, si Adrik tiene razón… cosa que, lamentablemente, siempre tiene… no tenemos otra opción. Al menos, no por esta noche.

—Estoy lista —ella asiente—. Vamos.

Su silla de ruedas logra atravesar la zanja y algunos árboles antes de quedar atrapada en una raíz. Adrik se encarga de cargarla, así como la tienda y la bolsa con los colchones de aire.

Verlo caminar por el bosque con mi hija y todo nuestro equipo como si nada… es un espectáculo digno de contemplar. Es una noche fría, pero puede que no necesite mantas. Ya me siento sonrojada.

Encontramos un claro que no está muy alejado de la carretera, pero que tiene un anillo de matas y arbustos que nos sirven de cobertura. —Nos instalaremos aquí —dice Adrik.

Para mi total sorpresa, es eficiente y sin esfuerzo con el montaje de la tienda. Ocho minutos después de nuestra llegada, la tienda está en pie y el colchón de aire inflado. Isabella come uno de los sándwiches que empaqué en el refugio y luego se acuesta sin pelear, agotada por el día.

—¿Estarás aquí cuando despierte, Mamá? —pregunta.

—Por supuesto —aparto el cabello de su cara—. Esta tienda solo es suficientemente grande para ti, así que dormiré afuera. Pero, si dices mi nombre, estaré aquí en un segundo, ¿vale?

—¿Y Adrik también? —ella pregunta.

Antes de que pueda responder, la voz de Adrik atraviesa el fino material de la tienda. —Adrik también.

Isabella sonríe y cierra los ojos, confiando en que Adrik la cuidará como dijo que lo haría.

Ojalá pudiera sentir lo mismo.

ADRIK

—¿Aún te preocupa que sólo te traje aquí para asesinarte? —pregunto—. ¿Dónde… cómo lo dijiste… dónde nadie puede oírte gritar?

Emery me mira, nada divertida. —No estamos en un lugar donde se pueda bromear sobre eso en este momento.

Me inclino hacia atrás y levanto los pies hacia el fuego. No he tenido que encender un fuego desde hace al menos diez años, pero hay cosas que nunca olvidas. Es un incendio fuerte. Debería durar hasta que estemos listos para irnos a dormir. E incluso después de que se apague, las brasas nos mantendrán calientes el resto de la noche.

—Tienes razón. Obviamente estás en peligro claro y presente.

—Basta —advierte—. Lo digo en serio, basta.

—Crees que este fuego es para mantenerte abrigada y cómoda. Pero en el momento en que me des la espalda, te empalaré en un asador y te asaré sobre él.

—Eso no es gracioso.

—¿Qué clase de marido bromearía sobre cosas tan viles? El horror. Soy realmente un monstruo.

Ella suspira y se inclina hacia adelante. La luz del fuego le da a su piel un brillo saludable. La luz danzante juega en su cabello, convirtiéndolo en oro hilado.

—Ni siquiera puedo confiar en que seas realmente mi marido —murmura. No es una acusación, sino una admisión. Suena cansada—. Toda la ceremonia fue en ruso. El sacerdote casi muere antes de que terminara. Y luego descubrí sobre… sobre Yasha. —Su voz se atraganta con su nombre—. Es todo… es mucho, Adrik.

—La ceremonia fue auténtica, si eso es lo que te preocupa.

—Las X y O legales de nuestra boda son la menor de mis preocupaciones en este momento —espeta—. Tu conexión con tu hermano es el verdadero problema.

—Ah, ¿te refieres a la “conexión” que he pasado todo el día haciendo todo lo posible por cortar?

—Así es como *parece*. ¿Quién sabe qué es verdad?

Me levanto y camino alrededor del fuego. Principalmente porque tengo demasiada energía pulsando a través de mí como para seguir sentado. Agarro un palo y atizo el fuego. Las chispas estallan y se elevan en espiral hacia el cielo.

—Ustedes dos son cercanos —dice desde su asiento, sin atreverse a mirarme—. Lo dejaste muy claro. Simplemente no puedo imaginar que desperdicies todo eso por mí.

—Tienes razón. No es por ti.

Ella se sonroja, su rubor es visible a la luz del fuego. —Cierto. No soy importante. Lo has dejado claro.

—Por el amor de Dios, eres frustrante —gruño. Rodeo el fuego para sentarme a su lado. Ella trata de alejarse de mí, pero la acerco—. Solo quédate quieta y escucha.

Puedo notar que quiere discutir, pero cruza los brazos con fuerza sobre el pecho y me mira fijamente.

—Yasha es mi hermano menor.

—Sé cómo funciona la familia, pero gracias por el repaso.

—Yasha es mi *hermano menor* —repito con gravedad—. Pero yo era lo más parecido a un padre que tenía. Nuestro padre estaba ocupado dirigiendo la Bratva. Ciertamente no tenía tiempo para Yasha, y ¿por qué le importaría el hijo de respaldo? Planeaba pasarme todo a mí. Fui entrenado. Coronado. ¿Para qué necesitaba a Yasha?

—Porque es su hijo —dice—. Yasha es su *hijo*.

—Esa es la forma en que la persona normal lo ve. Pero la forma de la Bratva no es tan optimista. No tiene sentido perder el tiempo con algo o alguien que no te beneficia. —Me encojo de hombros—. Y Yasha no beneficiaba a mi padre. Así que me tocó a mí sacarlo adelante. Especialmente después de la muerte de nuestra mamá.

—Lo criaste como a un hijo.

—Hice lo mejor que pude. Sólo quería que Yasha entendiera la importancia de la familia. Quería que él supiera que siempre estaría ahí para él. Que siempre cuidaría de él. —Me vuelvo hacia ella. Las llamas bailan en sus ojos verdes—. Porque eso es lo que hacen las familias.

Ella suspira. —Entonces, ¿es tan loco que no puedo evitar preguntarme si esa conexión trasciende todo? Como acabas de decir, él es tu familia, Adrik.

—Tú también lo eres.

Ella frunce el ceño. —Bueno, pero…

—No —sacudo la cabeza—. Sin «peros». Isabella y tú se convirtieron en mi familia el día en que nos casamos. Y, cuando Yasha entró en ese refugio e irrumpió en tu habitación…

Mis manos se aprietan solo de pensar en ello. Imaginando a mi propio puto hermano con las manos encima de mi esposa. Burlándose de ella. Hablando de cómo la lastimó. Disfrutándolo.

—Cuando hizo eso —continúo—, lastimó a mi familia. O sea que me traicionó. A sabiendas. Y

no dejaré pasar eso. No estaría apto para ser don si lo hiciera.

Emery mira el fuego. —¿Así que… qué? —pregunta—. ¿Se supone que debo creer que todo esto fue solo una coincidencia? Que tú y yo nos conocimos, nos comprometimos y nos casamos, que Yasha es tu hermano… ¿Se supone que debo creer que todo eso es solo destino? Porque no creo en el destino. Nada podría ser así de cruel.

—Yo tampoco. Creo en la elección.

Tomo su mano. Tiene los dedos fríos. Ella permanece en silencio.

—Cuando nos conocimos, elegiste pedirme ayuda —digo con voz áspera.

Todavía puedo verla parada en mi oficina. Su vestido sin espalda y la elegante curva de su columna. El miedo en sus ojos, mezclado con una esperanza inmerecida. Esperanza que todavía no puedo extinguir, incluso ahora.

—Y yo te elegí para que fueras la mujer con la que me casé. Tú me elegiste para ser el hombre que te salvó de una pesadilla. Así que, al diablo con el destino. Nosotros hacemos nuestros propios destinos.

—Nunca sentí que tuviera otra opción —ella deja caer la barbilla sobre su pecho—. Tan pronto como te vi, yo… quise estar cerca tuyo. Todavía quiero estar cerca tuyo.

—Entonces, elige eso.

Emery se queda quieta por un momento, sin aliento. Luego suspira, y en ese suspiro veo todo lo que siempre necesité saber.

Capto su suspiro en mi boca y la beso con avidez. Ella me devuelve el beso, arquea su cuerpo contra mí, se frota contra mí como si no pudiera controlarse. Ella gime una y otra vez.

Alejándose de mí, Emery agarra el dobladillo de su camiseta y se la arranca por la cabeza. Sus pechos se derraman. Me inclino hacia adelante y me llevo uno a la boca. Giro mi lengua sobre su pezón y ella reprime otro gemido.

—Todo este desierto te está volviendo salvaje —bromeo con voz ronca.

—No —ella niega con la cabeza—. Ese eres tú haciendo eso —ella agarra mi camisa y la pasa por encima de mi cabeza—. Dios, eres perfecto. Quiero decir, mírate. Estás…

Se detiene de repente y su mano se mueve con cautela sobre el vendaje de mi hombro. Antes, en el refugio, dejé que Stefan reemplazara la toalla y la cinta adhesiva con una venda real. La tensión de levantar los leños en el fuego debe haber abierto la herida lo suficiente como para dejar escapar la sangre fresca que ahora se filtra a través de la gasa.

—¿Estás bien? —pregunta, alarmada.

Aparto su mano de mi hombro. —No —gruño—, no estoy bien. Porque si no estoy dentro tuyo antes de volver a respirar, voy a morir.

Ella se ríe mientras me inclino hacia delante y entierro mi cara entre sus pechos. Ella agarra mi cara y me tira hacia atrás, mirándome a los ojos. —Pero lo digo en serio. Hoy fue una locura.

Pensé… pensé que iba a morir. Pensé que *tú* ibas a morir —deslizo mi mano entre sus muslos y ella se tensa con un grito agudo—. ¡Adrik, hablo en serio!

—Yo también —gruño, doblo mi dedo sobre la tela que cubre su raja—. Estás aquí conmigo, Emery. Estás a salvo. Estamos vivos. Y estoy a punto de hacerte correrte como una puta en mi polla.

Sonríe coquetamente, esa misma sonrisa tímida que me ha vuelto loco desde el momento en que nos conocimos. Pero la forma en que se mueve contra mi palma no es nada tímida.

—Bueno —murmura—, cuando lo dices así…

Sonrío ante su actitud, incluso ahora, y muevo mi mano dentro de sus mallas. Está mojada y sus bragas ya empapadas. Deslizo un dedo dentro suyo. Mi pulgar gira sobre su clítoris y sus piernas se aprietan alrededor de mis muslos.

—Tenemos que… ay, joder, justo *ahí*… tenemos que ser silenciosos —jadea con la voz entrecortada.

—¿Tienes miedo de que los lobos te escuchen?

—Tengo… *ay*.

Ella comienza a poner los ojos en blanco, pero luego deslizo un segundo dedo dentro suyo y los cierra, dejando caer su cabeza contra mi pecho.

Emery balancea su cuerpo contra mí, buscando lo que necesita. Y la dejo tomarlo. Le doy todo lo que puede manejar y algo más.

—Otro —jadea, deslizándose sobre mis dedos—. Dame uno más.

Deslizo un tercer dedo dentro suyo y ella gime guturalmente. Me folla la mano, frotándose contra mis dedos y contra mi pulgar hasta convertirse en un manojo de tensión, lista para estallar. Su cara está torcida por la necesidad mientras se retuerce encima de mí.

Finalmente, ella se inclina hacia atrás, con la boca abierta en un grito silencioso, y siento que su cuerpo se aprieta alrededor de mi mano.

—Estoy… estoy… estoy llegando, ay Dios, Adrik, estoy llegando tan jodidamente…

Ella exhala bruscamente y se calma, aguanta la ola de su orgasmo hasta que colapsa contra mi pecho.

—Joder —respira cuando todo termina—. Eso fue… ay, Dios mío, eso fue…

—Solo el comienzo —le susurro al oído—. Queda mucho más por venir.

Ella jadea, pero no tiene tiempo para nada más antes de que la levante de encima de mí y la recueste sobre la manta extendida junto al fuego. Engancho mis dedos en la cintura de sus mallas y las deslizo por sus piernas. Ella levanta sus caderas para ayudarme, lamiéndose los labios, sus ojos brillando con calor.

—Eres jodidamente hermosa —gruño. Le doy un beso en cada uno de sus muslos. Luego, los abro y disfruto de su dulzura.

Me deleito con ella durante un rato hasta que se resiste y tiembla en mi boca. Pero no puedo esperar mucho más.

Ella se acerca para tocar con cautela mi hombro mientras me arrastro sobre ella. —¿Estás seguro de que deberías hacer esto? No quiero que te lastimes.

—Eso no es una preocupación —le digo.

—Lo es para mí. Estoy preocupada por eso.

—Deberías preocuparte por ti misma —le digo—. Tú eres la que está a punto de salir lastimada.

Ella frunce el ceño, confundida por un segundo. Hasta que me deslizo dentro suyo.

Ella ahoga un grito mientras me presiono hasta el fondo. Luego la saco y lo hago de nuevo.

—Eso no duele —suspira.

—Hm. ¿Deberíamos intentar más entonces?

—Más —ella asiente. Sus manos arañan mis omóplatos, acercándome—. Dame más.

No necesita pedírmelo dos veces. Nunca jamás necesitará pedirme eso dos veces.

El fuego calienta mi costado izquierdo, pero la noche es fría a nuestro alrededor. Emery me rodea con sus piernas y me inclino hacia ella, encontrando calor contra su cuerpo.

Nos balanceamos juntos, conectándonos una y otra vez a la luz del fuego. Emery besa la piel alrededor de mi herida. Ella me clava los talones en la espalda, exigiendo más de mí. Sus dedos suavizan los músculos anudados de mi espalda.

Follar suele ser solo eso: follar.

Pero esto roza otra cosa. Algo casi… tierno.

Puedo sentir que mi orgasmo se acerca, por mucho que intente evitarlo. Los testículos se aprietan con fuerza, sus gemidos son como un canto de sirena en mi oído… y luego, de repente, a lo lejos, un animal aúlla.

Emery se pone rígida. Todo su cuerpo se pone rígido como una tabla debajo de mí.

—¿Todavía temes a los lobos? —engancho la mano detrás de una de sus rodillas para abrirle más las piernas y luego la embisto implacablemente.

Ella lucha contra un gemido y su mano se aferra a mi muñeca. —No es gracioso, Adrik. ¿De verdad hay lobos aquí?

—Incluso si los hay, los lobos no son a quienes debes temer.

Antes de que pueda responder, me inclino y le muerdo ligeramente la garganta. Muerdo su cuello y su clavícula, reclamándola como una bestia salvaje.

Ella inclina la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados y la boca abierta.

Entonces, de repente, me siento erguido.

Emery jadea ante la oleada de frío. Observo cómo sus pezones se endurecen hasta convertirse en puntos duros.

—¡Oye! —se queja—. ¿A dónde…?

Me arrodillo frente a ella y alzo sus caderas. Luego la pincho en mi polla dolorida. De pronto, estoy dentro suyo en un nuevo ángulo y Emery olvida cómo hablar. Ella solo puede gemir y yo empujo, toco lugares que nadie tocó antes. Su cuerpo se contrae a mi alrededor.

—Estás tan apretada —gruño, embistiéndola.

Sus quejas se transforman en gemidos y pronto se retuerce frente a mí. Pasa los brazos por encima de su cabeza y arquea la espalda. Puedo ver todos sus músculos tensos. Su cuerpo pide una liberación que solo yo puedo darle.

Sostengo sus caderas con un brazo y presiono mi otra mano sobre su calor. Todo lo que se necesita son unos cuantos roces con mi pulgar sobre su clítoris y Emery se derrumba.

Tan pronto como me rodea, mi presa estalla. La bombeo con un propósito. Mi ritmo coincide con el de Emery, y es como si ella me estuviera ordeñando, extrayendo hasta la última gota que tengo para ofrecer. Ella toma mi semen, mi corazón, mi alma.

Yo la tomo a ella a cambio.

Una vez que termino, salgo y me acuesto junto a ella en la manta, pasando una mano por su vientre plano. —Joder, eso estuvo bien.

Se gira hacia mí y engancha una pierna desnuda sobre mi muslo. —Tenías razón.

—Siempre la tengo —digo—. ¿En qué tengo razón en particular ahora?

Emery entrelaza sus dedos en mi cabello y levanta mi rostro para que nos miremos a los ojos. Sus ojos verdes casi se pierden en la negrura de sus pupilas.

—Das más miedo que los lobos.

ADRIK

Emery todavía está desnuda a mi lado.

En algún momento de la noche, las brasas se apagaron. Arrastré un saco de dormir abierto sobre nosotros para protegernos del frío. Ahora amanece. Una luz dorada atraviesa los árboles y mi esposa brilla con la luz de la mañana.

Sus labios rosados están parcialmente abiertos. Su pecho sube y baja en respiraciones profundas y uniformes. El moretón en su mejilla se está poniendo verde en los bordes.

Mientras miro la marca, una verdad se instala en mi mente. Una verdad simple, grabada en piedra.

Si vuelvo a ver a Pietro Volandri, lo mataré.

Mataré a cualquiera que la lastime. Incluyendo a mi propio hermano.

Emery se da vuelta y abre los ojos. Con sueño, apenas abiertos, pero me mira directamente.

—¿Me estás viendo dormir? —murmura, desconcertada.

Me recuesto y miro hacia la copa de los árboles. —Solo me aseguro de que estás respirando. ¿Sabías que roncas?

—No lo hago —dice, sin preocuparse—. Nadie me ha dicho eso nunca.

—Porque nadie tuvo la oportunidad.

La siento ponerse rígida a mi lado. —No lo sabes.

—¿No es eso lo que me dijiste? Soy la primera persona con la que estás desde…

—Pero dormí *cerca* de otras personas —me interrumpe—. Y estoy segura de que no ronco.

—No lo sabes todo.

Ella rueda sobre su espalda, mirando hacia los mismos árboles. —*Tú* no lo sabes todo.

—Sé que no te corriste durante seis años antes de conocerme.

—Dios —sisea—. Puedes simplemente… por el amor de Dios, acabamos de despertar.

Me río entre dientes. —¿Te molesta la verdad?

—Solo cuando sale de tu boca —dice—. Lo usas como un arma.

—Porque lo es. El conocimiento es poder.

—No tiene por qué ser así. Al menos, no conmigo —dice en voz baja—. El conocimiento puede ser simplemente… conocimiento. Puedes contarme cosas.

—Si de repente necesito una sesión de terapia, te lo haré saber.

Ella suspira, pero no dice nada.

Un sonido distintivo de rasguño detrás de nosotros me llama la atención. Me siento y miro a mi alrededor, con los ojos entrecerrados, tratando de afinar mis sentidos. Luego hay una vocecita.

—¿Mamá?

Isabella está despierta. Puedo ver la silueta de Travis tocando la puerta de la tienda.

Emery estira los brazos por encima de la cabeza. El saco de dormir se desliza hacia abajo, dejando al descubierto sus pechos perfectos y respingones. Necesito cada gramo de mi control para no inclinarme hacia adelante y chuparle un pezón.

Tal vez haya tiempo suficiente para que volvamos a follar antes de…

—¿Mamá? —Isabella vuelve a llamar, un poco más fuerte esta vez.

Emery no la escuchó antes, pero ahora sí. Ella me mira y se da cuenta de dónde está atrapada mi mirada. Se apresura a agarrar la manta y cubrirse.

—Ya los he visto —digo, haciendo lo mejor que puedo para no parecer afectado, a pesar de que mi polla es una jodida barra de acero.

Emery se sienta, presa del pánico. —¿Cuánto tiempo lleva Isabella despierta?

—Escuchaste lo mismo que yo. Ella acaba de despertar.

Nuestra ropa está esparcida por el suelo a nuestro alrededor. Emery rebusca entre los montones hasta encontrar su sujetador y su ropa interior, luego me lanza una mirada crítica.

—Si esperas que te dé la espalda, estás desperdiciando tu energía —me recuesto, con los brazos cruzados detrás de la cabeza—. Que comience el espectáculo.

—Eres un cerdo.

—No. Soy un lobo, ¿recuerdas? —Enseño los dientes y me río.

Su cara y cuello se tiñen de un rojo intenso. Luego, con la barbilla en alto, rápidamente se quita la manta y se levanta. —¿Cuál es el plan para hoy?

—Pensé en quedarnos aquí unos días. Disfrutar el paisaje. Follar un poco más al aire libre.

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué no? —me encojo de hombros—. Parecía que disfrutabas siendo salvaje anoche.

La comprensión aparece y ella entrecierra los ojos. —No eres gracioso.

—Estamos en desacuerdo —aparto la manta y alcanzo mis bóxeres, disfrutando de la forma en que Emery parece no poder mantener los ojos en su lugar. Al parecer, dos pueden jugar a ese juego—. Cuida a Isabella y limpia el campamento. Iré a ver el coche.

—¿Nos dejarás aquí? —mira nerviosamente a su alrededor, como si esperara que un oso pardo saltara de entre los árboles en cualquier momento.

—Estarán bien.

Ella levanta la barbilla. —Sé que lo estaremos. Podemos cuidarnos solas.

—No por lo que vi —resoplo—. Pero volveré antes de que puedan meterse en demasiados problemas.

—¿Ya he dicho que no eres gracioso? —pregunta—. Porque realmente no eres gracioso.

—Eso es porque no estaba bromeando —me pongo la camisa por la cabeza y empiezo a caminar hacia la carretera—. Cuidado con los lobos.

—Aún sin ser gracioso —me grita.

Solo sonrío.

Pero mi sonrisa desaparece en el momento en que levanto el capó del coche. Veo el problema de inmediato: hay un agujero muy deliberado en la manguera del radiador.

El coche no se averió por casualidad en la carretera. Alguien manipuló mi motor. Fue intencional.

Y las únicas personas con acceso a mis vehículos son de la Bratva.

Lo que significa que alguien que trabaja para mí es un traidor.

Supongo que alguien quiso arruinar el coche para poder atacarnos en la carretera. Afortunadamente, no le dije a nadie a dónde íbamos, y la fuga fue más lenta de lo que querían. Esa es probablemente la única razón por la que no fuimos atacados anoche.

Pero, cuanto más tiempo permanezcamos aquí, mayores serán las posibilidades de que nos encuentren.

—Tanta gente que matar —murmuro.

Hay un juego de herramientas básico en el maletero, pero no tengo lo que necesito para reparar el daño. Si enciendo el coche ahora, volverá a fallar unos kilómetros más adelante. Está casi muerto hasta que pueda repararlo.

Cierro el capó de golpe, disgustado, y vuelvo al campamento.

Cuando entro al claro, Isabella está acostada sobre una manta junto a Travis. El perro tiene la cabeza apoyada en su vientre, y Emery les está dando a ambos pequeños bocados de un

sándwich.

Ella alza la mirada cuando aparezco. —¿Bien? —pregunta esperanzada—. ¿Cómo se veía?

—Saboteado.

Ella frunce el ceño. —¿Qué significa eso?

—Significa que caminaremos el resto del tramo hasta la cabaña.

Isabella me sonríe. —¡Buenos días, Adrik!

—Buenos días, princesa —ser alegre está un poco fuera de mi alcance esta mañana, pero le dedico una pequeña y tensa sonrisa.

Ella es tan pura. “Sabotaje” no significa nada para ella. Solo una palabra que suena divertida. Ella no siente nada de mi rabia, de mi ira. Me pregunto cómo es vivir tan libre.

Emery se acerca a mí. —Entonces, ¿qué hacemos?

—Acabo de decirte. Caminamos el resto del camino.

—¿Qué tan lejos está?

—No lejos —la rodeo para empezar a desmontar la tienda.

—¿Qué tan lejos es “no lejos”? —ella pregunta.

—Menos que muy lejos.

Ella se queja. —Esa no es una respuesta real.

—Es la respuesta que estás recibiendo.

—Adrik —se queja—. Por favor. Háblame.

Me doy la vuelta y me acerco hasta que Emery tiene que inclinarse hacia atrás para mantener cierta distancia entre nosotros. —Mantenerte con vida es un trabajo de tiempo completo. No tengo tiempo para charlar sobre mi toma de decisiones.

—Anoche tuviste mucho tiempo para hablar —argumenta.

—Eso no fue hablar. Eso fue follar —siseo—. Y, si tengo que elegir entre los dos, aceptaré follar diez de cada diez veces.

Su rostro se contrae en una mueca de dolor, pero no tengo tiempo para lidiar con esa mierda. Tenemos que movernos ahora. Ya nos demoramos demasiado.

Me doy la vuelta y sigo desmantelando la tienda. Unos segundos más tarde, escucho a Emery moverse detrás de mí, empacando el resto del campamento.

Hacemos un trabajo rápido. Para empezar, no teníamos muchos suministros. En diez minutos todo está empacado. Engancho el colchón de aire y la bolsa de la tienda sobre cada brazo, y luego levanto a Isabella y la acuno contra mi pecho.

—¿A dónde vamos ahora? —pregunta Isabella.

—Nos vamos a mi cabaña —le explico.

—Pensé que íbamos allí ayer.

—Sí íbamos —interviene Emery—. Pero nos retrasamos.

—¿Porque el coche explotó? —pregunta con curiosidad.

Emery se ríe. —No explotó.

Afortunadamente. Podría haberlo hecho. Si algún cabrón se metió con la manguera del radiador, fácilmente podría haber colocado una bomba.

Debo tener más cuidado en adelante. No más errores. No más supervisión.

Isabella resopla de frustración. —Entonces, ¿por qué no lo conducimos?

—El coche no explotó, pero aun así está averiado —explico, avanzando con cuidado sobre el terreno irregular. Isabella no pesa, pero quiero empujarla lo menos posible.

—¿Entonces tienes que cargarme todo el camino? —pregunta—. ¿Qué pasa con mi silla?

—Se queda.

—¿En qué me sentaré cuando lleguemos allí?

Emery se acerca a nosotros y pone su mano en la frente de Isabella. Inmediatamente, la tensión en su cuerpecito parece aliviarse. —Todo estará bien, cariño. Nosotros nos ocuparemos de ti.

—Regresaré al coche y recogeré tu silla de ruedas una vez que lleguemos a la cabaña —le digo —. Y no me importa cargarte todo el camino. No pesas.

—Pero podemos cambiar cuando quieras —dice Emery.

La miro. —No es necesario.

—No dudo de tu fuerza, sabes, hombre macho —ella retira su mano de la frente de Isabella—. Nadie duda de que eres lo suficientemente fuerte. Pero tu hombro aún se está curando.

—Estoy bien.

—Eso es lo que siempre dices.

—Entonces, tal vez deberías empezar a escuchar.

Emery me mira entrecerrando los ojos y luego camina delante de nosotros, abriendo el camino con altivez.

Espero que retroceda en unos minutos, pero mantiene el ritmo. Incluso cuando chocamos contra algunos arbustos densos y el suelo se convierte en una maraña de raíces, sigue adelante.

Es admirable. Además, proporciona una excelente vista de su culo flexionándose con esas mallas. No necesito motivación, pero mirarla ayuda a evitar el aburrimiento.

Media hora después, Isabella se está quedando dormida en mis brazos. El día cálido y la calma de mi paso la están haciendo dormir.

Emery se da vuelta, mira a su hija por encima de mi brazo y luego se adapta a un ritmo tranquilo a mi lado. —Le gustas.

—Soy agradable.

—Estamos en desacuerdo —resopla.

—Te gusto a ti. Simplemente no quieres admitírtelo a ti misma.

Emery suspira y se da vuelta. No lo niega. Unos minutos más tarde, vuelve a mirarme. —Isabella y yo podríamos simplemente… podríamos irnos.

—¿Quieres cargarla por el bosque? ¿Vivir de la tierra?

—Eso no es lo que… no quiero decir en este momento —dice—. Pero después de que esto pase, digo. Podríamos desaparecer de tu vida. Ya no tendrías que preocuparte por nosotras.

—No *tengo que* hacer nada —le digo.

—Pero, mientras vivamos contigo, siempre querrás cuidarnos. Y lo que quiero decir es que podríamos irnos y no sentirías la necesidad de hacerlo —explica entrecortadamente—. Y tal vez… tal vez no tendrías que matar a tu hermano.

—Nuevamente, no *tengo que* hacer…

—Lo sé —espeta—. Dios. Hablar contigo es imposible.

Resoplo. —Tú eres quien dificulta hablar. Estás diciendo tonterías.

—No, no lo estoy —insiste—. Se suponía que este acuerdo duraría hasta que tu padre muriera. Así que, cuando eso suceda, Isabella y yo nos iremos, tal como acordamos. Yasha y tú pueden discutir lo que quieran y… y… pueden olvidar que alguna vez existimos.

Ella no se equivoca. Nuestro acuerdo nunca tuvo la intención de ser permanente.

Pero si ese es el caso, ¿por qué Emery parece tan molesta ante la perspectiva? ¿Y por qué siento yo también en mi pecho una maraña tan espinosa de emociones?

—Yasha no respetó mi autoridad, Emery. Traicionó mi confianza. Vino tras mi familia —sacudo la cabeza—. Estés aquí o no, no lo olvidaré.

—Vale, pero eso no significa que tengas que…

Me detengo de repente y la enfrento. —Te estoy eligiendo. Acéptalo.

Emery abre la boca para responder, pero Isabella se mueve en mis brazos. Parpadea y mira a su alrededor. —¿Todavía no llegamos? Esto está tardando una eternidad.

—Estaremos allí pronto, cariño —arrulla Emery.

—Especialmente, si tu mamá habla un poco menos y camina mucho más.

Isabella se ríe, pero Emery simplemente se adelanta de nuevo.

Quince minutos de silencio después, Emery sigue a la cabeza. Esta vez, sin embargo, va por el camino equivocado.

—Gira a la derecha —le digo.

—¿Cómo puedes saber a dónde vamos? —se queja—. Todo esto parece igual.

—Porque tengo sentido de la ubicación.

Ella mira hacia atrás por encima del hombro y me lanza una mirada fulminante. —Yo también. Pero ni siquiera podemos ver el sol aquí. Los árboles son demasiado espesos.

—Solo ve a la derecha, maldita sea.

—Por lo que sé, nos estás guiando en un círculo —se queja.

—¿Quieres un sándwich, Mamá? —pregunta Isabella. La niña me mira y susurra—: Se pone de mal humor cuando tiene hambre.

Me río en voz baja, pero Emery igual me oye. Se detiene de golpe y se vuelve hacia nosotros, con las manos firmemente plantadas en las caderas. —¿Sobre qué están susurrando ustedes dos?

—¡Nada! —gorjea Isabella rápidamente.

Emery intenta mirar fijamente a su hija, pero Isabella lo aguanta sorprendentemente bien. Su mandíbula está apretada, sus labios apretados en una línea recta. Luego, vuelve su mirada hacia mí. —¿Por qué estás *tú* sonriendo?

—Estás siendo tan encantadora hoy —arrastro las palabras—. Simplemente no puedo evitarlo.

Ella arquea una ceja rubia. De alguna manera, tiene una mancha de suciedad en la frente y el sudor hace que la camiseta se le pegue al pecho.

Quizás debería llevarla a acampar más a menudo. Ahora tiene el mismo aspecto que cuando se corre sobre mi polla… completamente desatada.

—*Realmente* no eres gracioso —sisea—. Esto es porque no sé a dónde vamos, ¿verdad? Apuesto a que me dijiste que fuera por el camino equivocado solo para divertirte.

—¿Eso crees?

—Sí —dice, levantando la barbilla—. Pero la broma es tuya. Conozco tus trucos.

Emery se da vuelta y sale hacia la izquierda, atravesando algunos arbustos que le llegan hasta las rodillas. Arranca algunas ramas y apenas se recupera de caer contra un árbol.

—¿Qué estás haciendo? —llamo.

—Senderismo —grita ella.

—Vale. Bueno, cuando te canses, siéntete libre de entrar.

Emery se detiene y mira a su alrededor con los ojos entrecerrados.

Capto la atención de Isabella y señalo hacia la derecha. Le lleva un segundo ver lo que señalo.

Pero luego grita—: ¡Llegamos!

Emery frunce el ceño hacia la dirección en la que estoy mirando. Le toma unos segundos, pero finalmente también lo ve.

La cabaña está a unos cincuenta metros delante de nosotros, a la derecha. Es una casa extensa, pero está bien escondida, porque está construida en la colina. Uno de los niveles está completamente bajo tierra. En la colina crecen césped y plantas, y la construcción de madera natural de la fachada ayuda a mezclarse con el antiguo crecimiento del bosque.

—No mentías —respira, caminando de regreso—. Está camuflado.

—Eso no es un accidente.

Emery niega con la cabeza. —Es… es hermosa.

—Es incluso mejor por dentro —la rodeo y tomo la iniciativa—. Sígueme.

EMERY

Cuando Adrik dijo que íbamos a una “cabaña”, imaginé una pequeña choza de madera en el bosque. Me imaginé alfombras polvorientas en el suelo, ventanas con corrientes de aire y una letrina.

Vale, quizá no una letrina.

Pero igual no me imaginaba… *esto*.

—Hay un jacuzzi —digo efusivamente, saliendo del dormitorio principal y regresando al pasillo. Señalo hacia el techo—. Y techos abovedados. Y candelabros. Candelabros en plural. Como en múltiples candelabros.

—Soy consciente de cómo funcionan los plurales. ¿Vas a inventariar toda la casa? —Adrik descansa en un sofá en forma de L en la sala de estar hundida. Enormes ventanas del piso al techo abarcan la pared detrás de él, mostrando el impresionante paisaje por el que caminamos penosamente toda la mañana. Se ve mucho más hermoso cuando no estoy sudando y defendiéndome de las garrapatas, las arañas y Dios sabe qué más sentí arrastrándose sobre mí en el camino hacia aquí.

—No lo entiendes… esto no es la realidad —digo—. No puedo creer que no vivas aquí todo el tiempo. Este lugar es increíble.

—Increíble, a menos que te guste tener wifi confiable y señal celular.

—¿No puedes simplemente desembolsar algo de dinero y encargarte de ese tipo de cosas?

—Podría, pero… —se encoge de hombros—. Es un buen escape. Me gusta estar lejos de todos.

—Puedo ver por qué. Es agradable aquí. Pacífico.

Puedo escuchar a Isabella riéndose en la parte trasera de la casa. Ella y Travis eligieron rápidamente su dormitorio y ella no salió en media hora. Cuando finalmente volvamos a nuestra vida normal, me preocupa que tenga dificultad para adaptarse.

Pero, por ahora, es agradable disfrutar de la fantasía de que somos una familia normal en unas vacaciones normales. Simplemente disfrutando de un poco de soledad.

Bueno, tan normal como puede ser quedarse en una mansión camuflada en el bosque.

De repente, se abre la puerta corrediza de cristal que cruza la habitación. Grito de sorpresa, pero Adrik ni siquiera se inmuta.

Un hombre corpulento con una espesa barba, jeans gastados y una camisa de franela entra corriendo. Levanta la mano en un brusco saludo. —No lo esperaba hoy, señor.

—Nadie me esperaba —dice Adrik—. Me gustaría que siguiera así.

El hombre asiente, completamente impasible. —Entendido. ¿Necesita algo de mí?

—Almuerzo —dice Adrik—. Y, antes de que vuelvas a la ciudad, tengo mensajes que me gustaría que transmitieras. Pero lo mismo de siempre. Nadie puede saber dónde estoy.

—Puedo hacerlo.

El hombre parece y suena brusco, pero se dispone a seguir las órdenes de Adrik con tanta eficiencia como cualquiera de las sirvientas de la mansión. Siempre supuse que las sirvientas eran así de eficientes porque se acostaban con él, pero dudo que sea por eso que este hombre está tan motivado para complacer a Adrik.

—¿Quién es ese? —susurro.

—Sasha —dice Adrik.

Espero a que me explique, pero no lo hace. Qué hombre tan frustrante.

—¿Y quién es Sasha? —pregunto.

—El encargado de la casa.

—¿Tienes un encargado?

—Sí —inclina la cabeza hacia el leñador—. Sasha.

Le doy un codazo en el costado. —¿Me molestas a propósito o es así como eres?

Él suspira. —Sasha es el encargado de la casa. Vive en la propiedad y mantiene la casa durante todo el año.

—¿Y confías en él? —pregunto en voz baja.

—Obviamente —Adrik frunce el ceño—. No te habría traído aquí si no fuera así. Sasha quería vivir fuera del mapa. No tiene familia y básicamente le pago para que cace y pesque durante todo el año. Él es leal a mí. Así que sí, confío en él.

El encargado avanza pisando fuerte por el pasillo hacia lo que supongo que es la cocina. Todavía no he visto lo suficiente de la casa para saber con certeza dónde está todo.

—Entonces, ¿confías en mí? —pregunto.

Adrik se vuelve hacia mí. Está en silencio, sus ojos me evalúan.

—Porque si lo haces, entonces me gustaría conocer tu plan —continúo, dejando la verdad al descubierto—. Quiero saber qué esperar.

—Y yo quiero que confíes en que sé lo que estoy haciendo.

—Lo hago… —Suspiro y me corrijo—. Quiero, al menos. Y estaré de acuerdo con cualquier plan que implementes. Pero tengo que pensar en Isabella. Necesito saber lo que viene para poder protegerla.

Los ojos de Adrik se estrechan. —Puedo hacer esa parte muy bien.

—Podemos hacerlo mejor juntos.

Él junta los labios, pensando. Luego, se vuelve hacia mí. —Haré que mi padre finja su muerte.

Arrugo la frente. —Eh… está bien. Dejando de lado todas las extrañas implicaciones shakesperianas de eso, ¿cómo ayudará?

—Nuestra madre murió cuando yo era joven. Yasha era joven. Tan joven que, más tarde, no pudo recordar el funeral. Lo carcomía el hecho de no poder recordar haberle dicho adiós.

—Ah —arrugo la nariz—. Eso casi me hace sentir mal por él.

Adrik ignora mi comentario. —El punto es que no perderá la oportunidad de despedir a nuestro padre.

Me estremezco. Es como meter un dedo en la llaga. Pero no puedo negar que tiene cierto sentido.

—Entonces sigamos adelante —digo—, aunque ten la seguridad de que tengo muchas, muchas más preguntas. ¿Cómo vas a escenificar la muerte de tu padre?

—Primero tendré que involucrarlo en el plan.

—¿Y crees que aceptará un plan para matar a su hijo menor? —digo, consternada.

Adrik se sienta más alto, su postura es casi majestuosa. En otra vida, podría ser de la realeza, con toda la variedad de corona y capa. Está en su estructura ósea, en su porte. Demonios, está en su respiración y en la forma en que las manos descansan en su regazo, si esas son cosas que pueden ser de naturaleza real.

—Él entiende las leyes que cumplimos mejor que nadie. La traición debe ser respondida de la misma manera. Tan simple como eso.

Se me pone la piel de gallina en los brazos. Odiaría estar frente a Adrik en una batalla. El hombre tiene niveles impíos de terror.

—Entonces atraerás a Yasha al funeral falso… ¿y luego qué?

—Luego yo me encargo.

—Eso no es una respuesta.

—Es la única respuesta que obtendrás.

Quiero insistir en el tema, pero escucho a Isabella rodeando por el pasillo. Vacila frente a los escalones que conducen a la sala de estar.

—Pondré una rampa allí —le dice Adrik—. Así puedes moverte libremente.

Ella sonríe. —Vale. Pero tengo hambre.

—Sasha nos está preparando el almuerzo.

—¿Quién es Sasha? —hace girar su silla y mira alrededor de la habitación.

—Él trabaja para Adrik y vive en la propiedad —le digo—. Es agradable.

No lo sé a ciencia cierta, pero, si Adrik confía en él, yo confío en él. O… quiero confiar en él, de todos modos. Propiedad transitiva o lo que sea.

—Le dije a Travis que aquí estaríamos solo Mamá, Papi y yo —Isabella frunce el ceño.

Mi respiración, mis manos, mi corazón… todo se detiene cuando dice "Papi" tan casualmente.

Pero Isabella sigue como si nada. —Así que debería presentarle a Sasha —dice, acaricia la cabeza del perro—. ¿Dónde está?

Adrik señala el pasillo. —En la cocina, creo.

Si captó lo que dijo Isabella, no muestra señales de ello.

—Vale —Isabella se gira casualmente y va hacia la cocina con una sonrisa fácil en su rostro.

Mientras tanto, sigo conteniendo la respiración. No me atrevo a mirar a Adrik, pero tampoco puedo dejar de preguntarme qué estará pensando.

Isabella lo llamó Papi. Ella nunca llamó así a nadie.

Cuando tenía alrededor de tres años, me preguntó si tenía un papi. Busqué a tientas una explicación, tratando de dejar en claro que el hecho de no tener un papá no era su culpa.

—Hay un hombre que me ayudó a hacerte, pero no te cuida como lo haría un verdadero papi —le expliqué entrecortadamente—. Porque no es muy amable. De todos modos, no lo queremos por aquí. Las cosas van mejor solo con nosotras dos.

Ella lo aceptó muy bien en aquel entonces.

Al parecer, ya no.

Dejo escapar un suspiro lento y me giro hacia Adrik. Todavía está recostado en el sofá en la misma posición, con la mirada fija en el pasillo por el que se acaba de ir Isabella. Su expresión es tan enloquecedoramente ilegible como siempre.

Luego, de repente, hace una mueca y se levanta. —Bueno, tengo trabajo que hacer. Confío en que no empaquetarás tus cosas y huirás al bosque. Pero, si lo haces, ten cuidado con los lobos.

Lo miro fijamente, pero él no se da cuenta. Ya está caminando casualmente por el pasillo y atravesando una puerta. La cierra detrás de él.

EMERY

¿Cómo puede una cabaña ser tan grande?

Ni siquiera puedo imaginar cómo se construyó. Hay árboles altos e imponentes, tan gruesos como tres veces yo, que se ciernen alrededor del lote, ocultando la casa hasta que estás prácticamente en la puerta principal. ¿Cómo consiguieron el equipo para construirlo? ¿Plantaron árboles adultos después? Dudo que eso sea posible. Pero claro, nada en esta casa parece posible.

El nivel principal es amplio. Tres dormitorios, tres baños, sala de estar, comedor, despacho y cocina, todo repleto de muebles que con solo mirar noto que tiene varias comas en la etiqueta del precio.

También hay un piso de arriba. Una estrecha escalera de caracol conduce a un altillo. Las estanterías ocupan toda la línea de las paredes y las lujosas sillas están dispuestas en un círculo suelto centrado en la habitación. En el centro hay una enorme otomana.

En la otra dirección, hay un nivel inferior. Está completamente bajo tierra, iluminado por falsas ventanas esmeriladas colocadas en las paredes y sutiles franjas de luz que recorren la moldura de la corona.

La mayoría de los sótanos parecen oscuros y húmedos, pero este es acogedor. En los pasillos hay alfombras gruesas. La característica central es una sala de cine. Los asientos reclinables están dispuestos en una sola fila frente a una pared plana. Un proyector cuelga del techo. Hay un bar en el rincón más alejado.

Me quedo allí y miro a mi alrededor durante un rato, absorbiéndolo. Intento imaginar qué tipo de películas le podrían gustar a Adrik. Es difícil imaginarlo relajándose el tiempo suficiente para disfrutar de una película. Está muy inquieto la mayor parte del tiempo. Puro movimiento cinético, violencia reprimida y lujuria.

Husmeo en busca de su colección de películas, riéndome para mis adentros mientras me imagino tropezando con un alijo de comedias románticas cursis. Pero no tengo tanta suerte. Mi búsqueda resulta vacía.

Suspirando, giro para ver qué más puedo encontrar.

Otro pasillo se bifurca hacia la parte trasera de la casa, con puertas gruesas colocadas en las paredes con detalles en madera. La de la derecha es claramente una habitación de invitados. La

cama es grande, pero la decoración es impersonal. Ropa de cama de colores neutros, una toalla y un paño doblados y colocados en el estante debajo de la mesita de noche. El armario y los cajones están vacíos.

Espero encontrar lo mismo al otro lado del pasillo. Lo cual es extraño en sí mismo, porque no puedo imaginar que Adrik reciba muchas visitas aquí.

Pero, cuando abro la puerta, me quedo paralizada en el umbral, instantáneamente culpable.

Esta habitación no es impersonal.

Esta habitación es *de alguien*.

Está llena de pertenencias personales, toque personal. Cuadros coloridos y modernos en las paredes, una manta color lavanda a los pies de la cama y mucha ropa.

Ropa de mujer, para ser específicos.

Están en el armario, en el suelo y esparcidos sobre la silla en la esquina… casi como si la dueña acabara de irse.

Excepto por una cosa: la habitación está destrozada.

Los cuadros cuelgan torcidos de las paredes. Uno de ellos incluso tiene un corte en el centro. La cama está hecha jirones, el relleno y las plumas están amontonadas sobre el edredón y la alfombra. El contenido del armario ha sido arrojado por la habitación como si alguien hubiese agarrado puñados y los hubiera arrojado por encima de su hombro con furia ciega.

Miro detrás de mí para asegurarme de que no hay nadie alrededor y luego entro en la habitación, cerrando la puerta casi por completo.

Recojo un vestido negro del suelo. La seda se desliza entre mis dedos como agua.

—Esto no es barato —murmuro para mis adentros. Luego, miro a mi alrededor—. Nada de esto lo es.

Quizás me pregunte quién vivió aquí… pero creo que ya lo sé.

Aun así, merodeo por los bordes de la habitación, de puntillas como si la dueña pudiera aparecer de repente y atraparme. Sin embargo, si mi corazonada es correcta, ya no creo que sea posible.

Me acerco a la cama y noto trozos de papel esparcidos por todos lados. Los recojo y los armo como un rompecabezas.

—“*Felicitaciones*” —leo mientras la imagen se forma—, “*por el compromiso de*…”

Me detengo y entiendo de repente lo que estoy mirando.

Adrik se ve igual en la foto que tengo en la mano. Como si no hubiera pasado el tiempo. Sonríe… algo raro en sí mismo… y su brazo rodea a una mujer pequeña. Ella está bronceada, con dientes blancos brillantes y cabello castaño caramelo.

—Es hermosa —respiro, odiando que sea verdad.

—Menos ahora que está muerta.

Me sobresalto y, con sentimiento de culpa, esparzo los trozos de papel por la cama. Cuando me doy vuelta, Adrik está de pie, con cara de piedra, en la puerta. Su ceja está levantada.

—No hay necesidad de ocultarme nada. Ya lo vi —afirma—. Yo fui quien lo rompió.

Supongo que se enojará porque estoy aquí, pero Adrik se limita a mirarme.

—¿Por qué? —finalmente pregunto.

—Estaba enojado —se limita a decir—. Reaccioné sin pensar. Sabes un par de cosas sobre eso.

Resoplo. —En realidad, *sí* pensaba cuando me escapé de ti. Pensaba: "¿Cómo puedo alejarme de él para siempre?"

Adrik me sorprende riéndose. —En ese caso, yo pensaba: "¿Cómo puedo deshacerme de la memoria de Sofía más rápido?". Triturarlo todo parecía la mejor opción.

—¿Por qué no tirarlo a la basura?

—Esto fue más rápido —entra en la habitación con las manos metidas en los bolsillos—. Pero… no volví aquí desde poco después del accidente. Después de la muerte de Sofía, los Volandris declararon la guerra. Mi padre quería que me mantuviera discreto por un tiempo. Así que vine aquí.

—¿Tú… compraste esta casa con ella? —la sensación de celos en mi estómago es aguda y cruel.

Sofía está muerta. No puedo estar celosa de una mujer muerta.

Excepto que…

Lo estoy.

Adrik niega con la cabeza. —No. Compré este lugar antes de conocerla. Es mío. Pero ella reclamó esta habitación como suya.

—¿Ustedes dos no compartían habitación?

Sé lo que quiero que diga. Lo que quiero que diga es: *Por supuesto que no. Ni siquiera la toqué. Estaba esperando la noche de bodas. Soy tan virginal y puro como la nieve.*

En cambio, asiente. —Lo hacíamos. Pero, cuando tenía que irme por negocios, a ella no le gustaba dormir arriba sin mí. Ella venía aquí.

—Ah. Ya veo.

—Además, tenía demasiada ropa —añade con una risa baja—. No cabía toda en el armario de arriba.

Saca las manos de los bolsillos y comienza a recoger la ropa del suelo. Se coloca jeans, vestidos y camisetas sobre el brazo. Patea los zapatos hacia la puerta, amontonándolo todo.

—¿Quieres ayuda para limpiar? —pregunto.

La idea de ordenar las cosas de Sofía y preservar este extraño monumento a ella me hace sentir físicamente mal… aunque podrían ser las náuseas del embarazo. Pero, si eso es lo que Adrik quiere…

—No voy a limpiar —responde.

—Entonces, ¿qué estás haciendo?

—Voy a quemarlo. Todo. Quiero que esta mierda desaparezca.

Pensé que un homenaje a ella era malo, pero de alguna manera, que Adrik quiera quemar sus cosas me hace sentir aún peor.

—¿Es tan difícil mirar todas sus cosas, incluso después de todo este tiempo? —pregunto en voz baja.

Adrik resopla y se detiene para verme. —De verdad no puedes creer que sea tan sentimental.

—Bueno, no lo sé —admito—. Viniste aquí y destrozaste sus cosas. Eso parece… apasionado.

Tira la ropa que sostiene hacia la puerta y se vuelve hacia mí. —No fue pasión. Fue rabia.

—Es una especie de pasión, ¿no? —pregunto—. Es una emoción extrema.

—Dirigida al hecho de que ella me traicionó.

—Porque la amabas.

No sé por qué insisto en el tema. No quiero que Adrik admita que ama a Sofía. No quiero oír hablar de él con ninguna otra mujer.

Pero parece que no puedo evitarlo.

Quizás simplemente soy adicta a que me lastimen.

De repente, se mueve hacia mí. Acorta la distancia entre nosotros en dos largas zancadas. Miro al suelo, pero Adrik me agarra la barbilla y levanta mi rostro hacia el suyo.

—Confié en ella —dice, lenta y claramente—. Y no debí haberlo hecho. No me equivoco a menudo, y el hecho de haberla juzgado mal… me enojó.

—¿Me estás diciendo que el hecho de que ella fuera hermosa no tuvo nada que ver con que estuvieras ciego a la verdad?

Sueno amarga incluso a mis propios oídos. Estoy siendo vergonzosamente transparente. Por otra parte, creo que mis motivos siempre son transparentes para Adrik, por mucho que intente ocultarlos.

Incluso ahora me mira, pero juraría que está viendo *dentro* de mí. Directo a mis pensamientos y a mi corazón, leyéndome como un libro que memorizó hace mucho tiempo.

—Eres hermosa, *kiska* —pasa su pulgar por mi mandíbula.

Trago audiblemente. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, vibrando con tanta fuerza que creo que volará. —Esa no es una respuesta a la pregunta.

—A la pregunta que hiciste no —admite—. Pero es la respuesta a la pregunta que quieres hacer.

Ahí va de nuevo.

Viendo a través de mí.

Aparto la mirada de él y observo los daños que nos rodean. —¿Realmente quemarás todo esto?

—Hasta la última pieza —dice. Deja caer su mano a su costado—. Y, cuando vuelva a ver a Pietro Volandri, también lo quemaré.

Da un paso hacia mí. Su cuerpo está tan cerca que puedo sentir el calor saliendo de él. Hay un temblor entre mis piernas. Una necesidad, una anticipación que no puedo controlar.

—¿Y entonces qué? —pregunto con un suspiro tembloroso—. ¿Qué viene después?

Inclina la cabeza para susurrar las palabras contra mi oído. —¿Por qué no me lo dices tú?

Estoy en fuego. Las manos de Adrik están sobre mi cuerpo. Sus palabras están en mi oído, llegando a mi corazón. Y su olor está a mi alrededor.

Estoy rodeada de él, pero no es suficiente. Nunca será suficiente.

—Isabella está durmiendo una siesta —le susurro, agarrando un puñado de su camisa.

—Entonces, será mejor que no perdamos más tiempo.

Justo así, sus labios reclaman los míos. Saltan chispas en mi cabeza. Mi cerebro sufre un cortocircuito y todo el poder de procesamiento se transfiere a la bestia pulsante y necesitada entre mis piernas.

Salto y Adrik agarra mis piernas mientras las envuelvo alrededor de su cintura. Su lengua se desliza dentro de mi boca. Gimo, arqueando mi cuerpo contra él.

—Esto es tan sexy —jadeo, paso mis dedos por su cabello—. Me follarás en la cama de tu ex prometida muerta y es tan jodidamente sexy. ¿Qué pasa conmigo? ¿Quién soy?

Adrik me acuesta en la cama y se cierne sobre mí. No sonríe del todo ni frunce el ceño. Flota en el medio como una tormenta que no decide si estallar o no.

—Eres mi esposa. Esa es quién eres.

Se inclina para besarme de nuevo, pero, justo antes de que nuestros labios puedan encontrarse, se oye un fuerte golpe desde arriba.

Ambos nos congelamos.

—¿Es Isabella? —pregunto con miedo.

Adrik niega con la cabeza. —No. Vino del otro lado de la casa. Creo que es…

Lo interrumpe un largo y gorgojeo gemido procedente de arriba.

—Joder —Adrik se levanta y me saca de la cama, sin soltarme la mano mientras salimos de la habitación. Llegamos a lo alto de las escaleras.

Es entonces cuando veo la sangre.

ADRIK

La huella de una mano ensangrentada mancha la puerta corrediza de vidrio a lo largo. Un charco acecha en la entrada y las marcas de arrastre dan a la vuelta de la esquina.

Hijo de puta.

—Ay, Dios mío —jadea Emery. Su mano aprieta aún más la mía—. Adrik, ¿qué está pasando?

—Sasha —llamo. Mantengo a Emery detrás de mí—. ¿Dónde estás?

La única respuesta que recibo es una tos seca y húmeda, que viene del pasillo.

Emery intenta y no logra hacerme retroceder. —¿Estás seguro de que es Sasha? Adrik, tal vez deberíamos salir de aquí. Tal vez deberíamos…

—Quédate aquí —le digo antes de dejar caer su mano y doblar la esquina.

Es incluso peor de lo que imaginaba.

Sasha está apoyado contra la pared del pasillo. Pero, si no fuera por su ropa familiar, no podría reconocerlo. Su cara está hinchada, su ojo derecho casi cerrado por la hinchazón y su boca es un desastre ensangrentado. Su piel es una colcha de retazos de color púrpura, negro y rojo. Es casi como si llevara una máscara.

—Joder, hombre —me dejo caer a su lado—. Dime lo que pasó.

Abre la boca para responder, pero, en lugar de eso, tose. La sangre gotea por su barbilla. Creo que es simplemente por donde sangran sus encías, no por algo interno, pero a estas alturas es imposible saberlo.

Escucho a Emery jadear detrás de mí. No obedeció y ahora está parada al final del pasillo, mirándonos. Su rostro está mortalmente pálido. —Ay, Dios mío… ¿quién hizo esto?

—¿Quién carajo crees? —gruño.

Vuelvo a mirar a Sasha. Sus ojos están inyectados en sangre, más vasos reventados que cualquier otra cosa, pero me mira fijamente, tratando de transmitir algo.

—Yasha —ofrece Emery.

Ante eso, Sasha asiente. Solo una vez, apenas perceptible.

Pero es suficiente.

—Necesito llamar a Toma —me levanto y luego miro a Sasha.

Antes de que pueda decidir qué hacer, Emery interviene y pone una mano en mi hombro. —Yo me ocuparé de él. Haz lo que tengas que hacer.

Asiento y salgo de la casa y bajo el camino de tierra que conduce a la cabaña de Sasha.

Un millón de preguntas arden en mi cabeza: ¿cómo nos encontró Yasha? ¿Quién más sabe dónde estamos?

Pero eso tendrá que esperar. Sasha necesita ayuda. Él es leal a mí, y lo único que importa es asegurarse de que no muera por culpa de mi maldito hermano.

Entro corriendo por la puerta de la casa del encargado, corro directo a la cocina y arranco el teléfono fijo de la pared. Marco el número de Toma de memoria.

—¿Cuáles son sus preocupaciones inmediatas? —pregunta Toma una vez que le cuento lo que está pasando. Puedo oírlo moverse al otro lado del teléfono, ya empacando sus suministros.

—Probablemente que su cara es un montón de carne cruda en este momento —espeto—. Se ve como mierda. Alguien le dio una paliza. ¿Qué más necesitas saber, doctor?

—Dale hielo —dice Toma—. Límpialo, ayúdalo a descansar y llegaré lo más rápido que pueda.

Pienso en llamar a Stefan también, pero no quiero dejar a Emery e Isabella solas en casa ni un segundo más de lo necesario. Cuelgo y corro de regreso a casa.

Cuando entro, Emery trasladó a Sasha al comedor. Está acostado en la gran mesa del comedor y tiene bolsas de verduras congeladas en la cara. Emery seca suavemente algunos de sus cortes con una toallita húmeda.

—Lo siento —sigue diciendo, susurra las palabras como una oración que alejará el dolor—. Lo siento mucho.

Me acerco detrás suyo y ella salta. —Ah. Hola. ¿Llamaste a Toma?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Que hiciera exactamente lo que estás haciendo.

—¿En serio? —parece aliviada—. Bien. Porque lo inventé sobre la marcha. Casi se desmaya en el camino a la mesa.

Por primera vez, noto las manchas de sangre en su hombro y costado. Ella lo ayudó a llevar su peso al comedor.

—Eres buena en una crisis —en mi cabeza agrego: *Como una verdadera esposa Bratva.*

Ella hace una mueca. —No me parece.

—Sasha estaría de acuerdo. Si pudiera hablar ahora mismo.

Miro a mi encargado. Tiene los ojos cerrados. Pero su pecho se mueve constantemente hacia arriba y hacia abajo con cada respiración.

—¿Mamá? —la voz de Isabella es débil y apagada desde su dormitorio en la parte trasera de la casa.

Los ojos de Emery se agrandan. —Joder. Isabella está despierta. ¿Qué le digo? ¿Qué debo hacer? ¿A dónde la llevo?

Extiendo mi mano hacia la tela. —Yo me haré cargo aquí. Ve a buscar a Isabella.

—¿Qué le digo? —ella me mira, presa del pánico, deseando desesperadamente que le dé las respuestas.

—La verdad —digo—. Le decimos la verdad.

Emery no parece del todo convencida, pero se lava las manos ensangrentadas en el fregadero y corre por el pasillo hacia la habitación de Isabella.

Tomo el control por ella, limpiando la sangre de Sasha. Los paños se vuelven gruesos y pesados y desatan cascadas rojas cuando los estrujo sobre el fregadero.

—Él pagará por esto —le murmuro—. Él pagará por todo —lo digo una y otra vez hasta que las palabras se funden.

Emery rezó pidiendo perdón.

Yo rezo por la venganza.

Sasha no responde de ninguna manera. Si no lo quiere hacer o simplemente no puede, no estoy seguro. Solo el tiempo dirá.

Unos minutos más tarde, oigo el motor de la silla de ruedas de Isabella que retumba por la casa. Me doy la vuelta. Tan pronto como ve a Sasha, sus ojos se agrandan.

—Él está bien —dice Emery de inmediato—. Estamos cuidando de Sasha. Y el Dr. Toma está en camino.

Isabella parpadea. —¿Está muerto?

—No, no está muerto —Emery presiona su mejilla contra la parte superior de la cabeza de Isabella y luego besa su frente, como si ese simple gesto pudiera mantener a raya las feas realidades de la vida y la muerte—. Él no está muerto, cariño. Él… se lastimó. Pero estará bien, ¿vale? Y tú también estarás bien. Cuidaré de ti. Adrik y yo cuidaremos de ti.

Isabella me mira. Sus ojos son del mismo tono de azul que los míos, que los de Yasha.

Lo he notado antes, pero verlo ahora… me hace algo. Mi pecho se aprieta con fuerza, dolorosamente. Un dolor punzante que se instala allí y no da señales de irse.

Si esto es amor… joder.

Sé lo que tengo que hacer para protegerlo.

~

—HICISTE TODO LO CORRECTO —le dice Toma a Emery mientras se reúne con nosotros en la sala de estar—. Sasha va a estar bien.

—¿Estás seguro? —pregunta.

Toma le dedica una sonrisa tranquilizadora. —Tan seguro como puedo estar. La hinchazón ya está bajando y le cosí el peor de los cortes. Puede que tenga algunas cicatrices, pero ningún daño permanente.

—¿Le duele? —pregunta Isabella—. Parecía que sufría. Estaba sangrando.

—También le di algo para eso —dice Toma. Luego se vuelve hacia mí—. Le di *mucho* para eso, de hecho. Sasha no sentirá dolor durante bastante tiempo.

—Gracias, Toma —le digo—. Hay una habitación de invitados abajo. Póngase cómodo.

El hombre me saluda perezosamente y agarra su maletín médico. —Grita si algo cambia. De lo contrario, regresaré en un par de horas.

Isabella recurre a Emery tan pronto como Toma se va. —¿Sasha estará bien?

Me encojo de hombros. —Ya escuchaste a Toma. Estará bien.

La niña frunce el ceño. —Pero ¿y si se equivoca?

—Si alguna vez se hubiera equivocado, no lo habría contratado en primer lugar.

—Pero que si…

Emery interviene antes de que Isabella pueda continuar. —¿Por qué no voy a ponerte una película en tu habitación, cariño?

Los ojos de Isabella se agrandan. —¡Pero aquí no hay internet! Tú lo dijiste.

—Tengo películas descargadas en mi teléfono —admite Emery tímidamente—. Solo dije eso para que hicieras algo bueno para tu cerebro por un tiempo. Pero ahora creo que tu cerebro necesita un descanso. Así que es hora de ver películas.

Isabella lo toma al pie de la letra y sonríe. Los pensamientos sobre el dolor de Sasha ya están olvidados. ¿Cómo será tener una memoria tan corta como la de un niño? Sin rencores, sin deseos de venganza.

Insondable.

Tan pronto como se van, tomo el teléfono satelital que trajo Toma bajo mis órdenes y llamo a Stefan.

—¿Qué está pasando, Adrik? —él responde—. Toma dijo que alguien estaba herido.

—Todos están bien ahora.

—¿Isabella está bien?

—Ella es parte de todos, ¿no? Está bien. Mejor pregunta es, ¿por qué no te preocupas por mi bienestar?

Stefan resopla. —Isabella es más linda que tú.

—Tu apego es encantador.

—Sí, bueno, la forma en que tú finges que no estás apegado no es tan encantadora.

Pongo los ojos en blanco. —Apegado, no apegado, no me importa cómo lo llames. Estoy haciendo todo lo que puedo para mantenerlas a salvo de un puto psicópata. Yasha estuvo aquí.

Hay un momento de silencio antes de que Stefan hable. —Joder.

—Exactamente mis sentimientos.

—¿Todavía está allí?

Me río sin humor. —Si lo estuviera, ¿crees que estaría hablando por teléfono contigo?

—Entonces, ¿dónde es exactamente "aquí"? No puedo evitar notar que no tengo ni puta idea de dónde estás.

—Eso fue a propósito —le digo—. Se suponía que nadie debía saberlo.

—Pero Yasha sí sabía.

Aprieto los dientes. —Aparentemente.

Sofía fue la única persona a la que le conté sobre este retiro en el bosque. Aparte de Sasha, obviamente. Y, hasta donde yo sabía, ninguno de los dos compartió esa información.

Pasaron años desde que murió. Seguramente, los Volandris ya habrían atacado esta casa si hubieran sabido que existía.

Entonces, ¿cómo diablos se enteró Yasha de esto?

—Vale, entonces, ¿qué quieres que haga? —pregunta Stefan—. ¿Rastrearlo?

—Exactamente. Todos los lugares habituales y más allá.

—Vale, entonces los bares y clubes habituales —dice Stefan—. Pero, ¿qué significa "más allá"? No soy el puto Buzz Lightyear.

—Significa "encuéntralo", *sobrat* —gruño.

Emery regresa a la sala de estar, con los ojos fijos en mí y la frente arrugada por la concentración.

—¿Dónde nos vamos a reunir? —pregunta Stefan.

—No lo haremos.

—Espera. ¿No vienes?

—No esta vez. Tengo cosas de las que ocuparme aquí.

Más bien tengo *gente* a la que cuidar.

—No puede ser —resopla Stefan—. Siempre tienes que estar en acción. Normalmente soy yo quien intenta sacarte de situaciones que ponen en peligro tu vida. ¿Y ahora quieres quedarte al margen?

—No me estoy quedando al margen —ladro—. Estoy luchando en otro frente. Yasha quiere que deje atrás a Isabella y Emery. Quiere que las deje desprotegidas. No le daré eso.

Stefan silba. —Nunca lo habría imaginado.

Dudo en complacer a mi mejor amigo cuando obviamente me está provocando. Pero al final lo hago. —¿Pensar qué?

—Adrik Tasarov, un hombre de familia —suspira—. Verdaderamente de lo que están hechos los sueños.

—Cállate, Stefan.

—No lo digo como algo malo —añade rápidamente—. De hecho, creo que es agradable. Suaviza ese exterior gruñón tuyo. Te he estado diciendo durante años que…

—Cállate y haz tu trabajo, hombre. Puedes ponerte sentimental más tarde. La gente está sangrando ahora mismo.

Se recupera rápidamente. —Sí, sí, Capitán.

Cuelgo y tiro el teléfono satelital en el sofá justo cuando Emery se sienta a mi lado. Su pierna roza la mía.

—¿Ese era Stefan?

Asiento con la cabeza. —Él va a localizar a Yasha.

—¿Y no irás con él?

—Estabas escuchando. Sabes la respuesta.

Ella suspira. —Lo sé, pero…

—¿Preferirías que te dejara sola? —pregunto—. ¿Quieres ser lo único que se interponga entre Yasha e Isabella?

—No, pero…

—Porque eso es lo que pasaría —espeto—. Yasha quiere sacarme y dejarte a solas. No sé qué planea, pero no me quiere cerca, eso te lo puedo asegurar.

—Pero tu Bratva es importante para ti —Emery se vuelve hacia mí—. Es… es todo.

Levanto una ceja. —Hace unos días ni siquiera sabías sobre la Bratva.

—Entendí lo suficiente —dice con timidez—. Sabía que estabas conectado. Sabía que tenías hombres que te eran leales. Ahora conozco la terminología, pero entendía cuáles eran tus prioridades antes.

—No tienes la más mínima idea de cuáles son mis prioridades, Emery.

Ella arruga la nariz. —Quiero decir, te casaste conmigo solo para asegurarte de tener el control de la Bratva. Eso me dice todo lo que necesito saber.

¿Cuántas veces necesita Emery estar completamente equivocada antes de dejar de confiar en sus propios instintos? Sería entrañable si no fuera tan frustrante.

—Haces que parezca un gran sacrificio —me burlo.

Ella se encoge de hombros. —¿No lo es?

Sus ojos verdes se fijan en los míos por solo un segundo. Quiere mirarme, pero tiene miedo de lo que encontrará en mi cara.

Tiene miedo de que esté de acuerdo con ella.

—Incluso alguien como tú debe querer casarse por amor —añade, casi en un susurro.

Me inclino hacia adelante. —¿Alguien como yo? ¿Crees que sabes quién soy?

—Alguien que… alguien que tiene todo lo demás —dice—. Alguien que puede conseguir lo que quiera y a quien quiera.

—Entonces deberías saber que, si quisiera ir a ayudar a Stefan a encontrar a Yasha, ya me habría ido.

Ella me mira. —Solo digo que no quiero que te arrepientas…

—No me arrepiento —gruño—. Jamás.

Ella se muerde el labio. —Está bien, pero…

—Suficiente —interrumpo—. Tomé mi decisión. No necesito explicarle nada a nadie.

Puedo notar que todavía quiere discutir, pero ya terminé de escuchar. De todos modos, no hay tiempo. Aparto su mano de mi pierna y me levanto. —Prepara a Isabella.

—¿Por qué? ¿Nos… nos vamos de nuevo?

—¿Si correremos como cobardes, quieres decir? —espeto—. Joder, no.

—Vale, entonces, ¿qué haremos?

—Tenemos nuestro propio trabajo que hacer —le digo—. Estén listas en media hora.

ADRIK

—¿Me vas a cargar a todas partes? —pregunta Isabella.

—No a todas partes. Solo al granero —hago un gesto hacia el gran edificio que tenemos enfrente.

—Este lugar es enorme —dice Emery. Resopla y jadea sin aliento a mi lado. Hace todo lo posible por seguirme mi ritmo—. ¿También tienes una plataforma de lanzamiento de cohetes por aquí en alguna parte?

Me encojo de hombros. —Dejaré que eso sea un misterio.

—Agrégalo a la maldita lista —murmura en voz baja.

La ignoro y muevo a Isabella a un brazo para poder abrir la puerta del granero. Estoy a medio camino, con la puerta derecha abierta, cuando Emery entra. Inmediatamente, jadea. —¿Qué es esto?

Abro la otra puerta y la sigo al interior. —¿Cómo se ve? Es un avión.

El elegante Cessna monomotor está ubicado en el centro del hangar privado. Sasha lo mantiene bien cuidado, aunque rara vez lo uso.

—No soy estúpida. Sé que es un avión —espeta Emery.

—Entonces, ¿por qué preguntas?

Isabella está mirando el ala roja que cuelga sobre nosotros, con la mandíbula abierta al suelo. —¿Esto es tuyo?

—De hecho, sí —abro la puerta y le muestro el interior—. ¿Quieres sentarte en él?

—¡Sí! —grita.

Subo los escalones de metal y llevo a Isabella al asiento trasero del avión. Cuando está ubicada, se vuelve hacia mí con los ojos más abiertos que nunca.

—¿Vamos a dar un paseo?

—¿Quieres? —deslizo sus brazos a través de las correas y aprieto la hebilla alrededor de su pecho.

—¡Sí! —chilla—. Sí, por favor. Nunca estuve en un avión. Nunca estuve en ningún lado. Quiero ir. ¿A dónde vamos?

Lanza más preguntas, demasiado rápido para poder responder, pero está tan ocupada mirando todo a su alrededor que no parece especialmente preocupada por mis respuestas.

El interior del avión se oscurece. El olor de Emery lo sigue. Hago una mueca cuando llega a mis sentidos. Esa mierda me hace algo. Incluso ahora, no puedo explicarlo completamente.

—¿Qué está sucediendo? —pregunta.

—¡Daremos un paseo! —Isabella grita. Luego frunce el ceño—. ¿Quién va a conducir el avión?

Tiro de su correa para asegurarme de que esté apretada, y luego me muevo hacia la cabina. —No conduces un avión. Lo vuelas.

Ella resopla, frustrada con mi respuesta. *De tal madre tal hija*. —¿Quién va a *volar* el avión?

Me acerco y levanto a Emery por la cintura. Es tan fluido que ni siquiera tiene tiempo de reaccionar antes de que yo también la abroche a su asiento.

Luego, cuando las dos mujeres Montague están atadas sin poder moverse… gracias a Dios por los pequeños favores… tomo mi asiento al frente.

—Yo lo haré.

—¿Qué? —jadea Emery, me golpea las manos—. No puedes… ¿Sabes siquiera cómo volar un avión? ¿Es esto seguro? No estoy segura de que puedas manejar…

Me giro, me lanzo hacia atrás y pongo mis manos en el asiento a cada lado de su cabeza. Su camisa es escotada, provoca una suave hinchazón de sus pechos.

Emery recupera el aliento y las palabras mueren en sus labios.

Me inclino y susurro—: Puedo manejar cualquier cosa.

Sus ojos se oscurecen. Sus pupilas se dilatan. Paso mis manos sobre las correas, arrastrando mis dedos por su piel nuevamente. Se le pone la piel de gallina por los brazos. Sonrío ante lo fácil que es hacer que la pequeña *kiska* se sonroje por mí.

—La verdadera pregunta es si *tú* puedes manejarlo.

Ella traga. —Puedo manejarlo. No tengo miedo… de volar.

—¿Y qué hay de mí, Emery? ¿Me tienes miedo a mí? —susurro.

Lentamente, alza la mano. Sus dedos susurran sobre los míos, arrastrándose por el dorso de mi mano y por mi muñeca. Con sus ojos fijos en los míos, ella asiente.

Asiento en respuesta. —Buena chica.

—¡A mí tampoco me da miedo volar! —Isabella interviene desde el asiento trasero.

Justo así, el momento de tensión, increíblemente tenso, se hace añicos.

Emery deja escapar el aliento que contenía. De mala gana aparto mis manos de ella y ambos nos separamos. Probablemente lo mejor.

—Prepárense para el despegue —murmuro.

Emery cierra los ojos con fuerza. Mientras salgo del hangar privado y entro en la pista de media milla de largo que despejamos entre los árboles, creo que la oigo murmurar una oración en voz baja.



DESPEGAR del suelo y salir de los árboles podría haberle quitado algunos años de vida a Emery, pero, ahora que estamos en el cielo, está exuberante.

Es lo más feliz que la he visto en… jamás. Su sonrisa es enorme, contagiosa. Lo único que puede rivalizar con eso es la imagen reflejada en el rostro de Isabella.

Detrás de mí, ella se esfuerza por tener una mejor vista por la ventana.

—¿Están bien ahí atrás? —llamo.

—¡Esto es genial! —ella grita. Es todo lo que ha dicho durante los últimos veinte minutos.

Emery se ríe. —Creo que ella está más que bien.

—¿Y tú?

Se muerde el labio inferior y luego asiente. —Sí. Estoy… estoy bien.

Arqueo una ceja. —¿Solo bien?

Se gira para mirar por la ventana y estudia el horizonte a la derecha. El paisaje se funde y se mezcla. Un mar interminable de verde se agita debajo nuestro.

Finalmente, se vuelve hacia mí. Con la barbilla alta y orgullosa. —Estoy genial.

—¿No te preocupa que todos muramos en un accidente de fuego?

Ella me mira, entrecierra los ojos por un momento, y luego niega con la cabeza. —Por muy loco que suene, yo… confío en ti.

Me quedo en silencio por un momento, mirándola. Lo dice en serio. Realmente lo dice en serio. Todavía hay miedo en sus iris… quizá eso nunca desaparezca… pero debajo hay confianza.

Nunca pensé que vería el maldito día.

—¿Por qué hiciste esto? —pregunta, parpadea para romper el intenso contacto visual.

Vuelvo a los controles. —Porque quería.

—Sabes lo que quiero decir —suspira—. ¿Dijiste que era una misión?

Asiento. —Quería hacer un reconocimiento aéreo de la propiedad. Asegurarme de que Yasha y quien sea con quien trabaja no estén acampando cerca o acercándose a nosotros.

Emery se inclina hacia la ventana, con renovada urgencia. —¿Lo están?

—No que yo pueda ver —le digo—. Ya ni siquiera estamos encima de la propiedad. La "misión" terminó diez minutos después de despegar.

Se recuesta en el asiento, claramente aliviada. —Entonces, ¿regresaremos pronto?

Capto un atisbo de decepción en su voz. —No tenemos por qué hacerlo.

Su cabeza se vuelve hacia mí. —¿Qué significa eso?

—Significa que tenemos combustible —señalo el tablero—. No tenemos que regresar todavía si no quieres.

—¿Depende de mí? —pregunta. Suena sorprendida.

Asiento. —Por una vez, sí. Depende de ti.

Lentamente, su mano se mueve hacia la consola central y se posa sobre la mía. Ella dibuja un círculo en el dorso de mi mano con su dedo. —Entonces no quiero aterrizar todavía.

—Volaremos hasta que quieras.

—Hay una metáfora allí, en alguna parte —murmura para sí misma. Luego niega con la cabeza, como si no quisiera estropear el momento con sarcasmo—. Aquí arriba… todo se siente tan lejano. ¿No es así?

Me encojo de hombros. —No tengo nada de qué preocuparme, así que supongo que no lo sé.

Ella parece alarmada. —¿Cómo puedes decir eso después de todo lo que pasó hoy? —pregunta —. ¿Cómo puedes estar tan tranquilo?

Me giro y la miro con solemnidad. —Porque ya sé que voy a ganar.

Emery se recuesta en el asiento y se aleja de mí hacia la ventana. Pero no retira su mano de la mía.



ESTOY ACUNANDO a Isabella y quitándome los zapatos embarrados junto a la puerta trasera, cuando escucho que alguien se aclara la garganta desde el interior de la casa. Ni siquiera necesito mirar hacia arriba para saber quién es.

—Veo que aceptaste mi invitación —arrastro las palabras.

Emery e Isabella se sobresaltan y miran a su alrededor confundidas. Isabella lo ve primero.

—¡Oye, está en silla de ruedas como yo! —susurra exaltada. Luego se vuelve hacia Emery y agrega—: ¿Quién es?

Asiento. —Isabella, ese es mi padre.

—¿Como… tu papi?

—Exactamente así.

Mi padre no hace ningún esfuerzo por presentarse a Isabella y ni siquiera mira a Emery. Sus ojos están fijos en mí.

—Ven —dice Emery. Da un paso adelante para tomar a Isabella de mis brazos—, déjamela a mí. La llevaré y… me limpiaré. Así ustedes dos pueden hablar.

Le entrego a Isabella y espero hasta que estén al final del pasillo antes de volverme hacia mi padre.

—No te esperaba aquí tan pronto —comento.

Mirándolo ahora, quizá no debería haberlo esperado en absoluto. Estaba en el hospital recuperándose de una caída y parece que todavía debería estar allí. Ha envejecido veinte años en el último mes. Su piel es fina como el papel, y tiene manchas moradas alrededor de los ojos y la boca. Es más cáncer que humano en este momento.

—¿Es ahora realmente un buen momento para un paseo alegre? —pregunta, señalando con la barbilla el hangar de aviones.

—No fue un paseo alegre. Fue reconocimiento.

—¿Así es como lo llamas estos días? Solíamos llamarlo “jodidas travesuras” cuando yo tenía tu edad.

Entrecierro los ojos, pero mantengo mi tono sereno. Es mi padre, lo que le ganó cierto respeto. Pero solo una cierta cantidad. A todos se les puede acabar, incluso a él.

—Yasha entró y salió de mi propiedad sin ser detectado. Tenía que asegurarme de que no tuviera un campamento cerca.

—¿Y miles de pies en el aire era la mejor manera de discernir eso?

—¿Sin dejar a mi familia sola, listas para ser capturadas? —pregunto—. Sí, yo diría que sí.

—*Tu familia* —arruga la nariz, como si las palabras supieran mal—. La Bratva es tu familia. Y están solos en el complejo, lidiando con el desastre que dejaste.

Sacudo la cabeza. —El desastre que dejó la mafia Volandri, querrás decir. Todo esto sucedió porque Malcolm Waters quería a Emery. Sacarla de allí fue la mejor manera de evitar otro ataque mientras aún nos recuperábamos del primero.

Mi padre me mira fijamente, calcula. No recuerdo la última vez que me miró sin ese ceño fruncido.

De repente, se inclina hacia adelante. Sucede tan rápido que creo que está a punto de caerse de la silla, pero se sostiene temblorosamente sobre los codos. —¿La mujer vale la pena todas estas molestias, Adrik?

—Tú eres quien me obligó a tenerla. Al menos, la idea de ella.

Él se sienta y se encoge de hombros. —Y tal vez ese fue mi error.

No, pienso para mis adentros, recordando las sonrisas de Emery e Isabella cuando despejamos las copas de los árboles y el horizonte nos llamó, intacto y puro. *No fue ningún error.*

En voz alta, digo—: Si quieres hablar de tus errores, hablemos de Yasha.

—Vaya, vaya —sisea—. Duras palabras del adorado hermano mayor.

—Adorado solo porque a su padre no se lo podía molestar —respondo—. Yo lo cuidé cuando tú no lo hiciste. No me culparán por no ser suficiente. Pero de nuevo limpiaré el desorden. Siempre lo hago.

Abre la boca para responder, pero, antes de que pueda, deja caer la cabeza en la curva del codo y tose. Su tos es violenta y fea.

Doy un paso adelante y pongo una mano en su hombro para estabilizarlo en su silla. Después de un minuto, saca un pañuelo de su bolsillo y se limpia la boca. Luego me quita de encima, encogiéndose de hombros con un ceño feroz.

—Muy pronto, serás responsable de limpiar cada desastre —dice con voz ronca—. Incluido el mío.

—No hay razón para que no puedas ayudar mientras todavía estás aquí.

—¿Insistes en este plan? —asiento y él suspira—. Realmente quieres que finja mi muerte. Atraer a tu hermano.

—Él no se perdería tu funeral —digo.

—Es cierto, pero no me gusta.

Trago un suspiro. —¿Qué sugerirías en su lugar?

—Te sugiero que dejes de lado tus problemas con tu hermano y te concentres en la Bratva ahora mismo —espeta—. Todo esto es por esta mujer…

—Mi esposa.

Entrecierra los ojos. —Todo esto es por *tu esposa*, pero la policía está husmeando. El ataque al complejo atrajo una atención no deseada, por no hablar de la desaparición de un senador.

—Nos deshicimos del cuerpo.

—Eso no significa que los dedos no nos sigan señalando —dice—. Tu "esposa" estaba del brazo del senador antes de ser conectada contigo. No se ve bien. Lo que debes hacer es sacar la cabeza de la arena y regresar a la ciudad. Muestra tu cara, sonríe y desempeña tu papel. Haz tu puto trabajo, Adrik Tasarov.

Mi puño se aprieta con fuerza a mis costados. —¿Estaba mi cabeza en la arena cuando mi encargado fue golpeado hasta casi morir? ¿O cuando mi coche fue manipulado? —me levanto y empujo mi silla hacia atrás—. Alguien en el complejo le está dando información a Yasha.

—Eso no lo sabes con seguridad.

—Lo sé en mis putos huesos, Padre. No llevaré a mi familia allí hasta que esté seguro de que

puedo mantenerlas a salvo.

—¿Entonces eso es lo que es importante para ti ahora?

Incluso hace unos meses, mi padre se habría levantado para mirarme cara a cara. Se habría enfrentado a mí como el viejo león que era.

Tal como están las cosas, se aleja de la mesa para no tener que estirar tanto el cuello para mirar hacia arriba. —No tenía idea de que había criado a un hijo tan cobarde y tonto.

—Tu ira está fuera de lugar. No estás molesto porque me equivoco. Estás molesto porque no tienes razón.

Levanta la mano en un perezoso adiós y se dirige hacia la puerta. —Mi preocupación es solo por ti, hijo mío.

Suena tan sincero que resulta casi convincente. *Casi*.

—¿Qué intentas demostrar? Eso nunca ha sido cierto, ni un solo día de tu vida, y lo sabes.

Se encoge de hombros. —Pasé mi vida construyendo un legado y preparándote para continuar con él. Nunca tuve la intención de entregarte un imperio de la nada. Pero me consuela el hecho de que, cuando la Bratva se desmorone, no estaré presente para verla. Así que adelante. Haz tus planes. Ve lo que te queda cuando hayas terminado.

Él se aleja. No intento detenerlo.

No tenemos nada más que decirnos el uno al otro.

EMERY

Encuentro a Adrik en su oficina.

—Es hermoso —señalo la ventana, a través de la cual puedo ver una pared agrupada de árboles del grosor de tres de mí—. ¿A quién tuviste que matar para obtener esta vista?

—A los dueños anteriores.

Me congelo en la puerta. Cualquiera otra persona y me reiría. *Jaja, hilarante*. Pero ¿Adrik? Adrik podría decirlo en serio.

Luego, levanta la vista de la bebida frente a él. Capto su sonrisa.

—Estás bromeando —respiro, aliviada.

—Lo hice en ocasiones —se recuesta en su silla, mirándome—. Hice que construyeran la casa desde cero. También compré la propiedad legalmente. Pero sí usé un seudónimo.

Me encojo de hombros. —Querías tu privacidad.

Él asiente. —Sin embargo, Yasha arruinó ese plan. No me sorprendería si Stefan y algunos de los chicos aparecieran con bolsas de viaje para una fiesta de pijamas.

Me río y Adrik levanta una ceja. —¿Algo gracioso?

—Lo siento. Pero la idea de que tengas una fiesta de pijamas… Incluso de niño, no puedo imaginármelo.

Cualquier señal de humor en su rostro desaparece de inmediato. —Nada que imaginar. Mi vida no permitía cosas triviales como esa.

Me muerdo el labio y me apoyo contra el marco de la puerta. —Tu papá estuvo aquí.

—Detallista.

—No seas gilipollas. Sabes lo que pregunto —digo suavemente—. ¿Cómo te fue?

Adrik levanta su vaso en respuesta. Hay al menos dos dedos de whisky ahí. No tengo idea de qué tan lleno estaba al principio.

—Ah —digo—. Entonces, no bien.

—Incluso más detallista de lo que pensé —arrastra las palabras—. Por otra parte, probablemente podrías haberlo adivinado. Ninguno de los dos tiene tiernos padres de comedia, ¿verdad?

—No, supongo que no —hay más palabras en la punta de mi lengua, pero vacilo en decirlas. Pasé tanto tiempo reprimiéndolas que hacer cualquier otra cosa me resulta extraño, incómodo.

Pero, después de unos segundos, decido que cualquier cosa es mejor que el tenso silencio.

—Y mi padre ahora está muerto, así que supongo que ese puente nunca será reparado.

La atención de Adrik se dirige hacia mí. Sus cejas oscuras se fruncen. —No dijiste nada.

—Lo olvidé un poco —admito, encogiéndome de hombros—. ¿No es eso horrible? Malcolm Waters me dijo que lo mató.

Adrik aprieta la mandíbula. —Puto Waters. Debí haberlo matado antes.

—Mi padre fue asesinado y luego su asesino intentó matarme y yo simplemente… lo olvidé —sacudo la cabeza—. Eso no es normal.

—Han sido un par de días muy ocupados.

—Supongo —digo. Obviamente, no estoy convencida.

Adrik se levanta y camina alrededor de su escritorio. Por un segundo, lo imagino acortando la distancia entre nosotros y envolviéndome en sus brazos. Me imagino que caemos juntos en nuestro dolor compartido, abrazándonos y atravesándolo de la mano.

Pero se detiene a unos metros de distancia y se apoya en su escritorio. —No le debes nada, Emery. Ni siquiera tu dolor.

—Pero… él era mi papá. Debería sentir algo, ¿no? —me dejo caer en la silla frente a él, repentinamente exhausta. De los últimos días, de los últimos meses, de toda mi vida… no estoy muy segura—. Pero, hasta que vi a tu papá en la cocina, ni siquiera pensé en el mío. Ni una sola vez desde que Malcolm me lo dijo.

—Sentí lo mismo por Sofía.

—¿No te enojaste cuando ella murió? —pregunto.

—Estaba… sorprendido —murmura—. Pero ella me traicionó. No estaba triste en absoluto porque ella se había ido. En todo caso, era una cosa menos en mi lista de tareas pendientes.

Un ligero escalofrío recorre mi espalda. Intento reprimirlo. Sé quién es Adrik y lo que ha hecho. No sé por qué todavía me sorprende su brutalidad casual cuando asoma su fea cabeza.

—Pero mi papá es mi sangre —digo, sabiendo incluso mientras lo digo que estoy montando un argumento bastante lamentable aquí—. La familia es importante para la Bratva, ¿no es así? ¿No debería significar algo?

—No cuando se rompe la confianza —responde Adrik—. Tu padre ya no es tu padre. Hace mucho que no lo es. No desde Isabella.

—Eso es cierto —admito—. Fue entonces cuando me di cuenta de que no podía confiar en él.

Vio mi violación como poco más que mala prensa para él si salía a la luz. Ni siquiera se preocupaba por mí.

—Porque era un jodido imbécil egoísta.

Le doy una sonrisa tensa. —No creo que se suponga que debas hablar mal de los muertos.

—Cuando los muertos son unos bastardos cobardes que no cuidan de sus propios hijos, diré lo que me dé la gana.

Sonrío con timidez. Adrik a veces tiene habilidad con las palabras. —Me parece bien.

Adrik frunce el ceño por un momento y luego suspira. —Pero supongo que eso es algo más por lo que puedes culpar a Yasha. Lo que le hizo a tu familia.

—De esa manera y solo de esa manera, quizá debería agradecerle —luego arrugo la nariz—. Vale, olvídalo. Nunca le daré las gracias. Pero sabes a qué me refiero.

Él asiente. —Es mejor saber la verdad y sufrir las consecuencias que vivir en la mentira.

—Sé que tienes razón, pero…

—¿Preferirías que te mintieran?

Sacudo la cabeza. —No es eso. Quiero la verdad. Pero a veces sería bueno fingir que las cosas son fáciles. ¿Sabes? Simples. Normales.

—Aburridas, querrás decir.

—Lo simple no siempre es aburrido.

—Estamos en desacuerdo.

Dejé escapar un suspiro de cansancio. Como siempre, discutir con Adrik es tan útil como golpearme la cabeza repetidamente contra una pared de ladrillos. Se siente igual de bien también.

—Hablando de aburrido, ¿qué te tiene encerrado en tu oficina otra vez? —pregunto—. Trabajas demasiado.

—Mi trabajo nunca termina —dice.

—Tu jefe te presiona demasiado.

Él resopla. —Yo soy el jefe.

—¿Pero siempre? —pregunto—. ¿Alguna vez dejas de ser el jefe, aunque sea por un segundo?

Adrik inclina la cabeza hacia un lado y me mira con los ojos entrecerrados. Contemplando algo, aunque Dios sabe que no tengo la menor idea de qué podría ser ese algo.

Luego, descruza los brazos y recorre la distancia restante entre nosotros. Alza la mano, coloca sus dedos debajo de mi barbilla e inclina mi cara hacia la suya. Su tacto es ligero como una pluma, pero es lo único que puedo sentir. Lo único de lo que soy consciente.

Como siempre, soy suya en un instante.

—No —responde en voz baja—. Soy lo que soy en cada momento de mi vida. Es todo lo que he sido. Es todo lo que siempre seré. Así que, si no te gusta eso, Emery… entonces, huye.

Me quedo en silencio durante unos largos momentos. No hay ningún sonido, excepto la temblorosa inhalación y exhalación de mi respiración repentinamente frenética.

Luego—: No iré a ninguna parte.

Me levanto lentamente. Todavía miro hacia arriba para verlo, pero al menos ahora estoy en dos pies, donde siento que tengo algo de posibilidad de defenderme de mi marido.

Quiero que vea que no tiene por qué ser así. Piensa que tiene que ser aquello en lo que fue moldeado todo el tiempo.

Pero vi más allá de eso, vi debajo de eso. Sé que hay un humano ahí. Sé que es capaz de amar.

—Entonces dame órdenes —le susurro. Me agacho para acariciar su dureza a través de sus pantalones—. Dime que quieres. Tenemos tiempo. Los niños están ocupados.

—¿Niños? —pregunta Adrik—. ¿Tenemos varios ahora?

Mi corazón se aprieta de inmediato. Dije demasiado, ¿no? No puede saber sobre el embarazo. Aún no. Es demasiado pronto.

Por primera vez en mi vida, no entro en pánico ni lo arruino. Simplemente, giro sin problemas. —Dos, coma, tres de ellos. Un perro peludo también. El sueño americano.

—Y una puta valla blanca, sin duda.

—Vamos, Adrik —le suplico—. Sé normal, simple y aburrido conmigo, aunque sea solo por un minuto. Olvídate de tu hermano y tu papá. Olvídate de tus guerras y de nuestros traumas. Seamos normales. Seamos felices. Estemos… juntos.

No sé hasta que lo digo cuánto deseo eso. Es el sueño de toda chica, ¿verdad? ¿Reformar al chico malo con un corazón de oro? También es la receta para el desamor, y Dios sabe que ya me han destrozado y pisoteado el corazón.

Pero esto aún no ha terminado. Todavía hay esperanza para nosotros.

Tengo que creer en ello.

Las cejas de Adrik se estrechan formando una furiosa V hacia abajo. Por un momento, me pregunto si fui demasiado lejos.

Luego se da vuelta, me levanta y me pone encima de su escritorio. Sus cálidas manos acarician mis muslos, dirigiéndose al botón de mis jeans.

—No necesito ser normal —dice, rasga los jeans por mis piernas y los arroja sobre su hombro—. No *quiero* ser normal.

—¿Por qué no?

Se inclina, sus labios a solo un centímetro de los míos. —Porque ser yo es mejor.

Adrik mete los dedos debajo de la cintura de mis bragas. Levanto mis caderas para ayudarlo a deslizar el delicado material por mis piernas.

—Soy el tipo de hombre que toma lo que quiere. Soy el tipo de hombre que lucha por lo que tiene. Soy el hombre que se folla a su esposa en la cama de su ex prometida muerta, porque el pasado no puede contenerme y yo moldeo el futuro a mi gusto.

Gruñe todo esto. Una palabra baja, lenta y salvaje a la vez. Mientras lo hace, sus dedos trabajan… separan mis rodillas, suben por mis muslos, aumentan el calor entre mis piernas a niveles que no sabía que podía alcanzar.

Su mano se dirige a mi centro. Perezosamente, pasa su pulgar por mi raja y yo reprimo un gemido. Ya estoy mojada y anhelándolo. Anhelando tanto, jodidamente tanto, que duele lo mucho que lo deseo.

Me acerco entre nosotros y lo siento. Está luchando contra la cremallera. Cuando la bajo y deslizo sus bóxers hacia abajo, su polla se libera.

Adrik gruñe cuando mi mano rodea su grosor. —Mi vida puede ser oscura, sangrienta y desordenada, pero estoy vivo porque me lo gané. Estoy vivo porque luché —dice, aprieta los dientes mientras empiezo a bombear lentamente.

Agarra mi camisa y la rasga por mi cabeza. Mi sujetador está en el suelo un segundo después. Adrik presiona sus manos sobre mis pechos y mis pezones puntiagudos, masajeando mi carne, sacando más y más rápidos gemidos de mis labios.

—Y cuando luchas para ganarte tu lugar entre los vivos, puedes disfrutar del botín —hace una mueca—. Así que bebo más y follo más. Porque, a diferencia de un gilipollas normal con una corbata normal, sentado detrás de su computadora normal, yo sé lo que se esconde en la oscuridad.

Enrosca un dedo dentro de mí y hace círculos lentos sobre mi clítoris. Intento seguir su ritmo, acariciándolo al mismo ritmo, pero mis movimientos son entrecortados, espasmódicos. Adrik está provocando un cortocircuito en mi cerebro y mi cuerpo al mismo tiempo.

—Y… y qué… —mis palabras se pierden en otro gemido estrangulado mientras su pulgar recorre mi clítoris. Envuelvo mis piernas alrededor de sus caderas, acercándolo más, dándole más de mí—. ¿Y qué se esconde en la oscuridad? —finalmente logro decir.

Ahora me folla con sus dedos, atándome en un nudo que no estoy segura de que alguna vez pueda deshacer. Me retuerzo en el escritorio, luchando por sujetarme a él mientras me arqueo para alejarme del placer abrumador.

—Monstruos —dice Adrik en voz baja. Envuelve su mano libre en las raíces de mi cabello y presiona mi cara contra su pecho. Él es todo lo que puedo oler, todo lo que puedo respirar. Su calor calienta mis mejillas mientras jadeo contra él.

Veo estrellas, pero trato de mantener mi ingenio. Este era mi juego. No puedo perder el control total. —Para la gente normal, tú eres el monstruo.

Cuando se aleja para mirarme, su expresión es depredadora. Sus ojos azules carcomidos por el negro de su pupila. Me mira como si quisiera devorarme entera.

—¿Y tú qué piensas, Emery Montague?

Cierro los ojos. Me muevo contra su mano y gimo como si fuera una de sus putas desvergonzadas. Demonios, tal vez lo soy. —¿Pienso… qué? —murmuro.

El calor se acumula en una bola apretada en mi estómago, a punto de estallar. Me tenso. Estoy justo ahí. Estoy justo, justo, justo…

Entonces, de repente, Adrik retira la mano.

Tropiezo hacia adelante, jadeando mientras la tensión se disipa.

—¿Crees que soy un monstruo? —pregunta Adrik. Tiene una sonrisa malvada en su rostro.

Siento como si acabara de echarme un balde de agua fría en la cabeza. Me toma unos segundos escuchar la pregunta.

¡Sí! Una parte de mí quiere gritar eso. Pero sería mentira.

Porque en mi cabeza todavía puedo oírlo ofreciéndose a Malcolm en mi lugar cuando estábamos en el vestíbulo de la mansión. *Llévame a mí en su lugar.*

Aún lo veo acunando a Isabella contra su pecho mientras caminábamos por el bosque en busca de seguridad, con lobos y violadores pisándonos los talones. *No temas, estoy contigo.*

Vi demasiado de lo que hay debajo de la superficie como para seguir creyendo que Adrik es tan malo como quiere que piense.

Yo sé la verdad. Sé lo que es posible.

Así que sacudo la cabeza. —No. No eres un monstruo.

Me mira fijamente por un segundo, y luego sonríe. —Eso es porque tampoco eres normal.

Tan rápido como me abandonó, regresa. Pero esta vez es su polla entre mis piernas. Me arqueo hacia él justo cuando él empuja y, al instante, estoy llena de él.

Intento girar mis caderas contra él, pero Adrik toma el control. Desliza sus manos debajo de mi trasero y luego me arrastra hacia su longitud. Grito cuando sus caderas se encuentran con las mías y está enterrado lo más profundo que puede.

Una y otra vez, me embiste. La lenta necesidad que desarrolló antes regresa rápidamente y todo lo que se necesita son algunos empujones antes de que vuelva a tambalear al precipicio.

—Ríndete a lo que quieres —gruñe Adrik, con el aliento caliente y laborioso—. No huiste del monstruo. Dejaste que te follara. Dejaste que te pusiera el anillo en el dedo. Así que no finjas que todavía tienes miedo, *kiska*. Ríndete. Córrete por mí.

Eso es todo lo que se necesita. No solo me rompo… Me hago añicos.

El orgasmo me invade con violencia. Echo la cabeza hacia atrás mientras gimo como nunca antes había gemido. Cuando el sonido sale de mis labios, araño su piel expuesta, deseando que él duela, necesite y se queme de la manera que lo hago yo.

Adrik ni una sola vez reduce el ritmo. Nuestros cuerpos chocan mientras aprieto impotente su polla dura, una y otra vez.

—Te sientes tan bien —gruñe Adrik—. Tan jodidamente apretada y mojada.

Siento su liberación, caliente y repentina dentro de mí, y eso me hace perder aún más el control.

Nos movemos juntos. El ritmo se vuelve cada vez más lento, hasta que la quietud silenciosa nos invade nuevamente. Respirando pesadamente. Todavía conectados, aunque estoy desplomada contra él como si nunca más pudiera moverme.

—¿Todavía quieres ser normal? —murmura Adrik en mi oído.

Mis piernas todavía tiemblan, mi cuerpo se recupera de lo que acabamos de hacer, pero todavía siento que el deseo se anima. Me pregunto si eso desaparecerá alguna vez. Mi necesidad por él. Este calor entre nosotros.

—No —admito—. No, no quiero ser normal.

Me acaricia el labio inferior con el pulgar y asiente, satisfecho. —Buena chica.

ADRIK

Emery todavía está dormida cuando me despierto.

Me deslizo fuera de la cama y coloco el edredón sobre su hombro desnudo. Luego me pongo algo de ropa y me dirijo a la cocina.

Espero estar solo, pero Toma está sentado en la isla, con sus habituales pantalones azul marino y camisa gris. Abotonado hasta el cuello incluso en medio del bosque.

—Buenos días, jefe —dice, agita su cuchara—. Espero que no te importe, ya me preparé el desayuno.

Miro su comida y hago una mueca. —Si comer avena simple es lo que se necesita para vivir una vida larga y saludable, moriré joven —me sirvo una taza de café negro y tomo asiento.

Toma se ríe. —Dada la naturaleza de nuestra línea de trabajo, yo diría que el colesterol no ocupa un lugar destacado en tu lista de preocupaciones.

—No —concuerdo—, probablemente no.

Toma continúa comiendo su repugnante avena. —Sasha parece estar bien esta mañana.

—¿Cómo se ve?

—¿Actualmente? Como una mierda. Pero los moretones desaparecerán en los próximos días. Tiene suerte de que no haya sido peor.

—Dudo que Sasha se sienta afortunado.

—Es poco probable —coincide Toma—. Pero se sentiría más afortunado si supiera las pocas personas con quien luchó Yasha y dejó con vida.

Mi hermano siempre tuvo la tendencia de ir demasiado lejos en una pelea. El control consiste en conocer tus límites… algo en lo que Yasha nunca fue excelente. Su reserva de ira es demasiado profunda.

—Tú lo sabrías mejor que nadie. Yasha siempre te llamaba para intentar arreglar sus problemas. Pero no se puede hacer mucho por un cadáver.

—No todavía, de todos modos. Pero quizá algún día.

Pienso brevemente en todas las personas que enterré. —Yo digo que dejemos reposar a los muertos.

Toma asiente. —Probablemente sea lo mejor.

—¿Cuánto tiempo planeas quedarte?

—Al menos durante el día —dice—. Quiero estar atento a signos de hemorragia interna. Es solo una precaución, pero importante.

—Quédate todo el tiempo que necesites —termino mi café, dejo la taza en el fregadero y tomo el teléfono satelital del mostrador mientras salgo de la cocina.

Apenas amanece, pero Stefan responde después del primer timbre.

—¿Llamas para un informe? —pregunta. Por lo general, Stefan es un desastre temprano en la mañana. Según lo despierto que suena, supongo que todavía no durmió.

—Sí que no estoy llamando al amanecer para charlar.

—Lástima —resopla Stefan, finge decepción—. Vale, bueno, más malas noticias: no encontré a Yasha.

Aprieto los dientes. —¿Dónde has buscado?

—Todos los lugares habituales —dice—. Tengo ojos puestos en todas partes, pero aún no hay señales de él. Aunque hubo un tiroteo. En Symphonie. Una ocupada noche de viernes, nada menos.

—¿Crees que fue él?

—Yasha no estuvo allí —dice rápidamente—. Pero supongo que los hombres que apretaron el gatillo trabajan para él.

—¿Cómo lo sabes?

—Supongo que no lo sé, pero tengo un presentimiento —dice Stefan—. Aparecieron en dos de los lugares que vigilábamos y dispararon primero. Si no trabajan con Yasha, por lo menos no intentan hacer amigos.

—Hm. Supongo que tendré que confiar en tus instintos —me acaricio la barbilla, sumido en mis pensamientos.

—Vaya, eso podría ser lo más lindo que jamás me hayas dicho —silba Stefan—. ¿Dónde está Emery? Me gustaría agradecerle personalmente.

—Vete a la mierda.

Se ríe para sí mismo. —¿Este pequeño viaje en cabaña es el momento oportuno para tu luna de miel?

—No es un “viaje”. Estamos aquí para mantenernos discretos y poder mantenerla a salvo.

—Y nada mantiene a una mujer a salvo como tu polla dentro de su…

—Suficiente —ladro—. Algunos de nosotros en realidad estamos tratando de trabajar. ¿Estás listo para trabajar o necesito reemplazarte?

—¿Reemplazarme? ¿Con quién? —Stefan resopla—. No hay muchas buenas perspectivas en estas filas.

—Hablando de las filas…

—Oh-oh —dice de inmediato, todo el humor abandona su voz—. ¿A dónde vas con esto?

—¿En quién no confías?

—¿Por qué? ¿Crees que hay un chivato?

Su trabajo es vigilar a los hombres. Si hay un chivato, sé que se lo tomará muy mal. Bromea, pero no quiere decepcionarme. Puede que actúe como un tonto, pero Stefan es tan orgulloso como yo al final del día. Se toma en serio su papel.

—Lo he estado considerando —le digo—. Desde que el coche se averió.

—O sea, el coche es más viejo que tú. No es imposible que simplemente haya muerto.

—Sí —gruño—, sí es imposible. No existen las coincidencias, Stefan. Lo sabes tan bien como yo.

Él suspira. —Sí, lo sé. Bueno, lo mandé a remolcar de vuelta al complejo como me pediste.

—¿Alguien lo ha revisado ya? —pregunto.

—Rurik le echó un vistazo.

—¿Rurik? —repito, los pelos se me erizan de inmediato.

—Parecía pensar que la manguera del radiador tenía fugas debido al uso y desgaste normal. No descartó nada, pero no parecía preocupado.

—Haz que lo vea alguien que sepa de qué carajo habla —sacudo la cabeza—. No permitiré que un niño de veinte años con un fetiche de Hot Wheels tenga la última palabra en esto.

—Hecho. ¿Algo más?

—Quiero acabar con el chivato, si tenemos uno.

—¿Cómo sugieres que lo hagamos? —pregunta Stefan—. No me quejo, pero tengo las manos un poco ocupadas aquí. Buscar a Yasha nos está exigiendo mucho.

—A mí me suena como que te quejas. Quizá realmente quieras que te reemplace.

—Sigue mencionando eso y empezaré a pensar que ya no te gusto —bromea Stefan.

Yo sonrío. —Para empezar, nunca me gustaste.

—¿Eso significa que me contrataste por mi intelecto superior?

—Si tuvieras un intelecto superior, serías capaz de descubrir cómo localizar a un traidor.

Stefan no dice nada durante unos segundos. Prácticamente puedo escuchar sus engranajes humeando mientras intenta idear rápidamente un plan.

Empiezo a darle las respuestas a mi mensaje—: Dale a los posibles sospechosos información difere…

Pero él me interrumpe. —¡Lo tengo! Les daré a los posibles sospechosos información diferente —dice, triunfal—. Entonces, descubriré qué se filtra.

Pongo los ojos en blanco. —Cristo, eres un idiota.

—Un idiota que va a atrapar al chivato.

—Lo creeré cuando lo vea —digo—. Hazlo realidad. Y mantenme informado.

Cuelgo y me dejo caer en el sofá. Stefan es todo lo que lo acusé de ser y más… pero confío en él. Se lo ganó.

Aun así, siento ganas de actuar. No me hicieron para quedarme de brazos cruzados mientras otros hombres hacen el trabajo sucio.

—Te levantaste temprano.

Miro hacia arriba y veo a Emery de pie en el pasillo. Lleva un par de pantalones cortos de algodón diminutos y una camiseta sin mangas. Su cabello está suelto, y cae sobre sus hombros en nudos desordenados.

Un flashback de agarrar su cabello, doblar su espalda mientras la empujo dentro, nubla mi visión. Mi polla cobra vida.

Ella no parece notarlo. —¿No pudiste dormir? —pregunta, acercándose a mí.

—Dormí lo suficiente.

Se sienta a mi lado, con la pierna presionada contra mi muslo. —No estoy segura de que haya algo así después de lo de anoche. Estoy dolorida.

Sonrío. —¿Te agoté?

—No te veas tan engreído.

—Esta es mi cara normal.

—Sí, lo sé. Ese es el problema.

—No tuviste ningún problema con nada de lo que hice con mi cara anoche.

—Estoy demasiado cansada para bromear —suspira mientras se frota los ojos cansados con las manos—. ¿Tienes trabajo que hacer hoy?

Sacudo la cabeza. —Stefan está en ello. Mi plan está estancado hasta que él me avise. —Antes de que pueda responder, envuelvo mi mano alrededor de su muslo—. Pero tengo una idea sobre cómo mantenerme ocupado.

Sus piernas se abren ligeramente. Escucho su respiración entrecortada en su pecho.

—¿Cómo haces esto?

Deslizo mi mano más arriba, subiendo poco a poco mis dedos por su sedosa parte interna del muslo. —¿Cómo hago qué, exactamente?

—Acabamos de pasar toda la noche juntos, pero… estoy lista para más.

—Que digas cosas como esa es la razón por la que siempre me veo engreído.

Ella resopla. —No necesitas que acaricie tu ego.

—No —concuerdo—. Preferiría que acariciaras otra cosa.

Mi mano está a un susurro de sus bragas, y estoy a punto de hacer que se corra aquí mismo, en medio de la sala de estar, al diablo con los espectadores. Si Toma entra, supongo que tendremos audiencia.

Pero, de repente, su mano se posa sobre la mía. —¿Qué piensas de las fiestas de té?

Me recuesto y arqueo la ceja. —¿De qué demonios estás hablando?

Emery suspira. —Por mucho que quiera hacer esto, creo que Isabella me necesita hoy.

Frunzo el ceño de inmediato. —¿Por qué? ¿Qué ocurre?

Niega con la cabeza. —Ella está bien —refuta—. Al menos físicamente. Pero pasó por muchos cambios en las últimas semanas. Ella está fuera de la escuela, moviéndose por todos lados, conociendo gente nueva. Y yo he estado ocupada o… ausente mucho.

Encerrada, quiere decir.

—Estuviste de acuerdo con esto —le recuerdo—. Me pediste ayuda. Y luego lo complicaste todo.

—No te estoy culpando —dice—. Isabella te ama. Digo, la escuchaste el otro día, ¿no?

Asiento brevemente, aunque por dentro mi pecho es un nudo llameante de tensión. Ella me llamó *Papi*. Pero lo más alarmante no es lo que *hice*. Es lo que *no hice*.

No me enojé. No retrocedí.

Simplemente se sintió… bien.

Que me jodan si sé lo que eso podría significar para todos nosotros.

—Actuaste casualmente bien —añade Emery.

—Hago todo bien —digo.

—Como sigo diciendo, *tan engreído* —suspira. Levanta sus ojos para encontrarse con los míos dudosamente—. Sé que estoy pidiendo mucho, y lo entiendo si dices que no. Si… no puedes. Pero si puedes… ¿podrías estar allí con nosotras hoy? Y realmente me refiero a solo estar allí. Ella lo necesita. Y yo… bueno, me haría feliz.

—¿Que tan feliz? —murmuro.

La mirada de Emery se funde. Sus suaves labios se deslizan en una sonrisa, se levanta del sofá y se acomoda entre mis piernas. Sus cálidas manos acarician mis muslos. —Muy, muy feliz.

Ya estoy luchando contra mis jeans. Mi voz sale con un tono ronco. —Muéstrame.

Emery me desabrocha los jeans y hace precisamente eso.

Si Toma me escucha gruñir cuando me corro en la bonita boquita de mi esposa, tiene la decencia de ignorarlo y quedarse en la cocina.



—¿MÁS té, señor? —Isabella inclina su cabeza hacia mí, casi quitándose la deslumbrante corona que lleva en el proceso.

—Seguro —le ofrezco mi pequeña taza de vidrio a Emery, que sirve una saludable porción de té falso. Lleva un delantal de criada con volantes que ya me la imagino usando más tarde… en la cama, sin nada más debajo.

—Gracias —digo, arrastrando mis ojos por su cuerpo.

—Por supuesto, *Mi Señor* —Emery se inclina.

Aprieto los dientes para contener una exhalación entrecortada. Podría acostumbrarme a su pequeño acto de sumisión.

Antes de que pueda fingir que tomo un sorbo de mi taza, Isabella sonríe. —Vale. ¿Ahora qué?

—¿Qué quieres decir? —pregunta Emery.

—¿Qué sigue? —pregunta Isabella.

—Ya hicimos un cambio de imagen —dice Emery, señalando el vestido rosa de lentejuelas y la corona de Isabella, su cabello rizado y el maquillaje vibrante en sus párpados y labios—. Luego el salón de manicura. Y ahora la fiesta de té. Eso parece más que suficiente, ¿no? ¿Qué más hay?

—¿Pastel? —Isabella pregunta, esperanzada—. ¿Y una película? ¿Y dulces?

—¿Pastel *y* dulces?

—Y bebida de chocolate —Isabella le sonríe a su madre como si no hubiera otra opción posible.

Emery frunce el ceño. —Bueno, Bells, eso es mucho. No estoy segura de si Adrik tiene todo lo que necesitamos para…

—Por supuesto que sí —interrumpo—. Hoy es tu día, Princesa Bella. Puedes tener lo que quieras.

—Dentro de lo razonable —añade Emery—. Primero tienes que comer algo de fruta.

Sacudo la cabeza y me inclino para susurrarle a Isabella. —Lo que quieras.

Isabella me sonríe. Emery, todavía sonriendo, nos pone los ojos en blanco a los dos mientras se

pone de pie. —Pásame tus platos para fregarlos —extiende la mano para quitarnos las tazas y los platillos.

Le doy el mío. Luego, tan casualmente como puede, Isabella hace lo mismo. Toma su porcelana con manos firmes, se las extiende a su madre y vuelve a cruzar las manos en su regazo.

Solo cuando finaliza la acción todos nos damos cuenta de lo que pasó.

Es muy normal para el resto. *Pásame tus platos*. Olvidable, irreflexivo. Cotidiano.

Pero, para Isabella…

Emery jadea y cae de rodillas junto a su hija de inmediato. —Cariño, tú… me acabas de dar eso.

Isabella mira la taza en la mano temblorosa de su madre. Frunce el ceño por un momento. Luego, como el sol que separa las nubes de tormenta, su rostro se divide en una amplia sonrisa. —¡Oye! ¡Lo hice! ¡Mis manos funcionaron, Mamá!

Isabella levanta un brazo y luego el otro, probando su nuevo, pero aún limitado talento.

Emery se vuelve hacia mí con lágrimas en los ojos. —Los medicamentos están funcionando, Adrik. Es… es…

Me vuelvo hacia Isabella. —Creo que esto requiere una celebración.

Sus ojos se agrandan. —¿Cómo?

—Pastel y dulces para todos. A la mierda la fruta.

La niña jadea en estado de shock. Sonrío. Y por una vez, Emery no se queja.

Las cosas están demasiado bien para eso.

EMERY

Cuando me despierto, escucho un crujido en un rincón.

Me doy vuelta y levanto la sábana para cubrir mi cuerpo todavía desnudo. La habitación está oscura, pero mis ojos están lo suficientemente acostumbrados como para poder ver una sombra que se mueve cerca del armario.

Sé al instante que es Adrik.

No es solo su tamaño. Lo reconozco *a él*. La forma de sus hombros, la curva de su cuello, la forma estrecha de su cintura. En poco tiempo, me familiaricé íntimamente con cada curva y arista de Adrik Tasarov.

La idea debería horrorizarme.

Pero no es así.

Sonrío. —¿No puedes dormir?

Se da vuelta rápidamente, con los ojos muy abiertos en la oscuridad. Entonces veo el arma en su mano.

Me siento erguida. La sábana se arruga alrededor de mi cintura. —¿Qué demonios estás haciendo?

Presiona un dedo contra sus labios. —Escuché algo.

—¿Así que tomaste un arma? ¿Y si es Travis? —pregunto—. ¿O Toma, vigilando a Sasha?

—Toma se fue esta tarde. Y conozco la diferencia entre un animal y un humano.

—¿Cómo? ¡Yo no sabría!

—Porque pasé toda mi vida entrenándome para ver y oír lo que sucede a mi alrededor y tú te pasaste toda la vida entrenándote para no hacerlo —espeta—. Ahora quédate aquí, en silencio.

—Adrik, no puedes salir. Y si…

—Quédate. Aquí.

Luego desaparece, se desliza por la puerta, una sombra fundiéndose en un océano de ellas.

Dejo a un lado mi frustración y salgo de la cama. Tan silenciosamente como puedo, me pongo el primer bulto de ropa que encuentro. Termino con mis jeans y una de las camisetas ridículamente grandes de Adrik. A él le quedan ceñidas, pero en mí parece que llevo un saco de patatas.

Tendrá que bastar por ahora. Me hago un nudo en el dobladillo de la cadera cuando salgo por la puerta.

En el pasillo, oigo los primeros signos de una pelea. Pasos arrastrados, gruñidos bajos.

Entonces, Adrik habla. —Un paso más y estarás muerto antes de que tu pie toque el suelo.

Siento el corazón en mi garganta mientras camino de puntillas por el pasillo hacia la sala de estar. Debí haber traído un arma. Una verdadera esposa Bratva lo habría hecho, estoy segura.

Por otra parte, no parece que Adrik necesite mi ayuda.

—*Blyat'*, lo siento —responde otra voz.

Hombre, lo sé. Pero suena… ¿familiar?

—No te muevas, joder —dice Adrik.

Ahora estoy en la boca del pasillo. Puedo ver sombras moviéndose por la sala de estar. No tengo idea de cómo Adrik puede saber que el hombre está siguiendo sus órdenes. No me sorprendería que tuviera visión nocturna incorporada, como un depredador superior.

Adrik retrocede y enciende una lámpara. Al instante, mis pupilas reciben una luz blanca, brillante. Siseo y Adrik suspira.

—Te dije que te quedaras en nuestra habitación —gruñe sin mirarme.

—No la lastimaré.

Miro hacia la voz masculina. Mis ojos todavía están llorosos por el brillo repentino, pero ahora puedo distinguir quién es.

—¿Qué carajo estás haciendo aquí, Rurik? —pregunta Adrik.

Noto que no baja su arma. Rurik parece darse cuenta también. Alza las manos en el aire y baja la cabeza en evidente sumisión.

O quizá no. Cuando miro más de cerca, me doy cuenta de que Rurik está encorvado, su cuerpo inclinado extrañamente hacia el lado derecho. Y tiene moretones en la cara.

—¿Estás herido? —pregunto.

—Lo estará si no me dice qué carajo está haciendo aquí —interrumpe Adrik.

Rurik levanta las manos. —Lo siento, señor. Quería hablar con usted directamente y no sabía cómo.

—Debiste haber ido con Stefan.

—No pude —dice Rurik.

Adrik apenas responde, pero puedo leerlo muy bien. Hay una sutil tensión en sus hombros. Una ligera inclinación de cabeza.

Está preocupado.

—¿Por qué no? ¿Dónde está Stefan?

—Está bien —se apura a decir Rurik—. O, de todos modos, está físicamente bien.

—Escúpelo antes de que me aburra y apriete el gatillo —dice Adrik.

Rurik se estremece. —Stefan está… creo que trama algo, señor.

El repentino silencio que cae sobre la habitación es pesado. Se siente como algo físico que necesito atravesar. Me acerco instintivamente hacia Adrik.

Stefan es su mejor amigo. Su confidente. Su mano derecha. Adrik nunca lo dirá, pero, si Stefan se mueve en su contra, necesitará a alguien con él.

Me necesitará a mí.

Me paro detrás de él, lo suficientemente cerca como para sentir la energía frenética que sale de su cuerpo en ondas electrizantes.

—Explícate —dice con voz áspera.

—Stefan me atacó —dice Rurik—. Le dije que el motor de tu coche fue manipulado y perdió la cabeza. Me dijo que no sabía de lo que estaba hablando. Cuando le ofrecí a mi chico para que revisara el coche, me dio una paliza y me dijo que mantuviera la boca cerrada.

Adrik inclina la cabeza para ver mejor las heridas de Rurik. Tiene un corte supurante en la mejilla derecha y algunos moretones debajo del ojo derecho.

—¿Por qué haría eso?

—Que se joda si lo sé —espeta Rurik. Inmediatamente, parece arrepentirse de su tono—. Yo… lo siento. Yo solo… Ha sido una noche larga.

—Se acortará mucho si no empiezas a dar explicaciones —retumba Adrik. Hace círculos con la punta de su pistola en el aire para subrayar el punto.

Rurik traga saliva. —No me gusta involucrarme en política. No me gusta especular sobre nada, ni meter las narices en lo que no corresponde.

—Interesante, considerando que recuerdo que desafiaste órdenes de llevarle comida a mi esposa a escondidas —gruñe Adrik—. Las acciones hablan más que las palabras, Rurik. Y las tuyas gritan.

Rurik se niega a mirarme, pero puedo notar que estoy en su visión periférica.

Adrik ni siquiera sabe que fue Rurik quien me trajo el abrecartas plateado cuando estaba en el calabozo. Fue lo que usé para abrir la cerradura de la puerta de mi jaula. Y la de Pietro Volandri también.

Quizá, por el bien de Rurik, no mencionaré eso.

—Y ahora, ¿te presentas en mi casa, forzando la entrada en medio de la noche? —Adrik se encoge de hombros—. Parece que sí te gusta meter las narices donde no corresponde. En realidad, parece que te encanta.

—No. No, de verdad. No me gusta —protesta Rurik—. Soy demasiado bondadoso. Mi mamá siempre decía eso. No puede creer que me haya enredado en la vida Bratva de la misma manera que mis hermanos. Ella dice que no lo tengo en mí. Quizás tenga razón.

—¡Escúpelo, por el amor de Dios! —ordena Adrik—. Esta no es tu puta sesión de terapia.

—¡Creo que Stefan es un chivato! —Rurik prácticamente grita las palabras. Una vez que salen, vuelve a tropezar contra la pared. Como si quisiera separarse de lo que acaba de decir.

Adrik frunce el ceño. —¿Qué te hace decir eso?

—Sale a horas intempestivas —dice Rurik—. Desaparece. Recibe llamadas telefónicas sospechosas. Y le pasa información a Yasha. Los vi hablando el otro día. En el garaje. Las cámaras todavía están apagadas, por lo que nadie más lo habría visto. Luego, con lo del motor del coche… supe que tenía que decírtelo.

Lentamente, Adrik baja el arma. Al mismo tiempo, Rurik se relaja.

Mi corazón todavía late fuera de mi pecho. No estoy nada relajada. ¿Stefan trabaja contra nosotros? No lo conozco tan bien como Adrik e igual estoy anonadada por la idea. No puedo imaginarlo. ¿Cómo es que Adrik sigue de pie?

—Joder —respira Adrik. Camina hacia Rurik como un hombre derrotado.

Rurik asiente. —Lo sé. Lo lamento. Yo solo… sabía que tenía que ser yo quien te lo dijera.

—Te lo agradezco —dice Adrik. Pone su mano sobre el hombro de Rurik—. Más de lo que podrías saber. Porque me encanta estar ahí en persona para atrapar a los mentirosos.

Antes de que cualquiera pueda siquiera procesar lo que dijo, Adrik levanta la pistola y golpea con la culata el cráneo de Rurik.

Rurik se desploma como una muñeca de trapo.

Yo grito.

—Eres un mentiroso hijo de puta —le sisea Adrik a su inferior—. ¿Crees que soy jodidamente estúpido?

Rurik sigue gimiendo, agarrándose la cabeza y rodando de un lado a otro. Adrik está de pie junto a él, con el arma apuntando firmemente a su pecho.

—Incluso si Stefan no fuera mi mejor amigo… —continúa Adrik—. Incluso si no fuera mi mano derecha… Incluso si no le confiara mi vida, igual sabría que estás absolutamente lleno de mierda.

Rurik gorgotea de dolor, incapaz de formar palabras.

—Stefan sabe dónde está esta cabaña, Toma lo sabe, mi padre lo sabe… y Yasha lo sabe —explica Adrik con gravedad—. No hay manera posible de que puedas saber cómo encontrar esta cabaña sin haberla sacado de una de esas personas. Y la única persona que lo diría es Yasha.

—Y-Yasha debe habérselo… contado a a-alguien más —murmura Rurik. Su voz suena arrastrada y dolorida, pero se fuerza a pronunciar las palabras de todos modos. Su vida depende de lo rápido que hable y lo sabe—. Se… corrió la voz. Lo escuché s-susurrar. Quizá alguien más…

—Cállate —gruñe Adrik mientras le da una patada a Rurik en las costillas—. Además de eso, todos tus moretones están en tu lado derecho. *Solo* tu lado derecho.

Sacudo la cabeza. —¿Qué tiene eso que ver con…?

—Stefan es diestro. La peor de las lesiones de Rurik estarían en la izquierda si Stefan fuera el responsable —dice—. Pero ¿sabes quién no lo es?

Nadie responde.

Adrik se inclina para sisear la pregunta en la cara de Rurik. —¿Sabes quién tiene una mano izquierda dominante? Deberías, considerando que arriesgaste tu vida para seguirlo.

Respiro la respuesta en la noche, como una palabra que nunca debí decir. —Yasha.

—Ella lo entiende. Tú no. —Adrik presiona el arma contra la frente de Rurik—. Entonces dime, Rurik, ¿mi hermano te envió aquí como una especie de sacrificio? ¿O realmente creyó que era un buen plan?

Rurik intenta sentarse, pero Adrik lo obliga a retroceder con la boca del arma.

—Yo no… Yasha no me envió —farfulla—. Estoy aquí porque Stefan…

—Miente de nuevo y aprieto el gatillo.

La boca de Rurik se abre como un pez fuera del agua. Intenta y no logra encontrar las palabras. Luego, finalmente, su cuerpo cae al suelo. Observo cómo se entrega a su don en todos los aspectos importantes.

—Vale —suspira—. Vale. Te diré la verdad, pero… por el amor de Dios, descarga el arma.

Estoy seguro de que Adrik no lo hará. ¿Por qué debería hacerlo? Pero el hombre nunca deja de sorprenderme.

Con un movimiento fluido, saca la munición del arma y la coloca en su bolsillo trasero. El arma, ahora inútil, cuelga a su lado.

—Habla.

—Yasha me envió —admite Rurik. Hace una mueca, como si esperara otra patada en el costado después de admitirlo—. Stefan sospechaba que había un chivato. Me contó una tontería acerca de que tenías cautivo a Yasha.

—Y sabías que era una mierda porque estabas hablando con Yasha.

Rurik asiente lentamente. —Sí. Así que se lo dije a Yasha.

—Qué buen perrito eres —murmura Adrik—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando para él?

—No estoy trabajando para él. Solo…

—Eso es mentira —la mano de Adrik se desvía hacia la munición en su bolsillo trasero.

—¡Espera! Espera —Rurik alza las manos en defensa propia—. Empecé a trabajar para él hace poco. Pero fui… comprensivo con él por un tiempo. Yasha habló conmigo. Se quejó de que no lo consideraran para liderar. Sé un par de cosas sobre eso. Soy el menor de cinco hermanos.

—Yasha nunca lo quiso.

—No podía tenerlo —corrige Rurik—. Gracias a ti.

Adrik ya no amenaza a Rurik con el arma, pero no es necesario. Está parado entre Rurik y la lámpara, proyectando una larga sombra sobre el traidor. Su voz es profunda, resonante, irresistible. No estoy segura de que sea posible oírlo y no obedecer.

—Dime dónde está Yasha.

—No puedo —dice Rurik—. No lo sé. No tengo idea de dónde está.

Adrik niega con la cabeza. —Ustedes dos idearon este plan de mierda. Él te dijo dónde encontrarme. Dime dónde encontrarlo a él.

—De verdad, no lo sé, lo juro —insiste Rurik—. Llamé a Yasha y le dije que Stefan estaba husmeando. En esa misma llamada, me dio tu dirección y me dijo que viniera aquí y acusara a Stefan de ser el chivato. Él me dijo… —Rurik frunce el ceño y mira a Adrik.

—¿Qué?

Rurik duda, y luego maldice en voz baja. —Me dijo que tú y Stefan estaban en desacuerdo. Me dijo que llevabas mucho tiempo sospechando que Stefan se quedaba con una parte de las ganancias. Me dijo que te creerías la historia.

Ante eso, Adrik se ríe. —Yo no me creí tu historia, pero tú sí que te creíste la suya. Yasha te tomó por tonto. Escuchándote ahora, no puedo imaginar que haya sido muy difícil.

La cara de Rurik se está poniendo blanca. Tiene incluso peor aspecto ahora que cuando Adrik le rompió parte del cráneo por primera vez. —¿Por qué haría eso?

—Porque eres un puto traidor —dice Adrik—. Yasha sabía que, si te volvías contra mí para apoyarlo, con la misma facilidad te volverías contra él para apoyar a otra persona. Eso es lo que hacen los cobardes desleales. Podría haber esperado que fuera lo suficientemente estúpido como para creer tu historia, pero, si no lo hice, no es una pérdida para él de ninguna manera. Un chivato más llega a su fin, de una forma u otra.

—Pero no soy… no soy…

—Te preguntaré por última vez: ¿sabes dónde está Yasha?

—No. No lo sé —llora Rurik—. Juro que estoy diciendo…

La voz de Rurik todavía resuena en las paredes cuando Adrik alza el arma y la golpea contra su cráneo.

Cuando se levanta y retrocede, la sangre se acumula alrededor de la cabeza de Rurik, saliendo de sus orejas y de la parte hundida de su cráneo.

Adrik escupe sobre el cuerpo. —Le advertí que no mintiera.

EMERY

Cada vez que parpadeo, veo rojo.

Sé que no hay nada sobre mí. Estaba demasiado lejos para estar en medio del rocío sangriento. Pero me siento sucia.

—Tenemos que limpiar esto —me susurro a mí misma—. Antes de que Isabella lo vea.

—Yo me encargo.

Me doy la vuelta. Adrik está parado en el umbral entre las habitaciones. Hay sangre en su camisa y manchas en su rostro. La pistola en su mano gotea más sobre el azulejo.

—*¿Quién hubiera pensado que el viejo tendría tanta sangre dentro de él?* —cito, susurro como si estuviera soñando. Luego sacudo la cabeza—. Estuve en *Macbeth* en la escuela secundaria. No la protagonista ni nada. Solo una dama. No era una gran actriz.

Adrik me mira en silencio, sin decir una palabra.

Dejo que mis ojos se cierren, para dejar de ver sangre carmesí por todas partes por un momento. —¿Hay baldes? Puedo trapear y…

De repente, siento sus manos en mis brazos. —Emery.

—Estoy bien.

—No, no lo estás —dice, con voz firme en mi oído—. Pero yo me encargo. Cuidaré de ti.

Sacudo la cabeza. —Puedo ayudar. Déjame…

—No. Me desobedeciste una vez al salir de la habitación. No lo hagas por segunda vez.

Sus palabras son duras, pero su tono es suave. No puedo negar que hay una especie de pragmatismo frío en lo que dice. Y sé con absoluta confianza que Adrik sabe cómo manejar esto.

Él sabe lo que hace. Yo solo estorbaré.

Me giro en el círculo de sus brazos y abro los ojos mientras lo enfrento. Todavía hay manchas de sangre en su cara, pero debajo luce igual que siempre. Una barba oscura cubre sus mejillas y su barbilla, sin afeitar hace unos días. Hay una pizca de brillo en su cabello, donde Isabella lo espolvoreó con sombra de ojos brillante durante su cambio de imagen. Y debajo del olor a hierro,

lo huelo *a él*. Cuero oscuro, menta helada y almizcle, sin cambios desde el momento en que lo conocí. Está grabado en mis sentidos ahora. Es parte de mí. Él es parte de mí.

Me pongo de puntillas y presiono mis labios contra los suyos. Nos besamos brevemente, tentadoramente.

Luego, asiento. —Vale.

No miro el cuerpo al pasar. Solo cuando estoy justo afuera de la puerta del dormitorio, escucho a Isabella.

—¿Mamá?

Mi corazón da un vuelco. ¿Cuánto escuchó? ¿Qué sabe ella? ¿Qué le diré?

Me trago mis miedos y camino hacia su habitación, presionando la puerta para abrirla.

Isabella está despierta en la cama. Sus ojos captan la luz de la luna a través de las persianas. Travis está sentado en posición firme en el suelo a su lado. Su nariz tiembla en el aire.

—Travis escuchó algo —murmura—. Me despertó.

Me arrodillo junto a la cama y acaricio el cuello de Travis. —Está bien, cariño. Todo está bien.

—¿Dónde está Adrik?

—Él está… está trabajando —le digo—. Tuvo que resolver una emergencia. Probablemente eso fue lo que escuchó Travis.

—¿Una emergencia?

Levanto la otra mano para alisarle el cabello. —Una emergencia laboral. Todo está bien. Lo prometo.

Ella estudia mi cara. Puedo notar que intenta decidir si le estoy mintiendo. Engañar a Isabella es difícil a los seis años. No puedo imaginar cómo será cuando tenga dieciséis.

Saco ese pensamiento de mi mente casi tan rápido como surge. Un día a la vez.

—Vale —se relaja nuevamente en la cama. Sus párpados ya se vuelven pesados otra vez—. ¿Cuándo iremos al parque otra vez?

—¿El parque? ¿Qué te hizo pensar en eso?

Se encoge de hombros. No tiene más idea que yo. El cerebro de los niños es como una sopa. Todo se vierte y, ocasionalmente, fragmentos aleatorios salen a la superficie. —Ya nunca vamos allí.

—Porque ya no vivimos en ese piso —le digo—. Ahora vivimos en la casa de Adrik.

—¿Es esta la casa de Adrik? —ella pregunta.

—Una de ellas.

Sus ojos se agrandan. —¿Cuántas tiene?

Abro la boca para responder, y luego me detengo. —Bueno… en realidad no lo sé.

—Guao —respira—. Son muchas.

Me río. Isabella también se ríe. —Me gusta su jardín en la casa grande —me informa—. La última en la que estuvimos, había aceras para mí. Como en el parque. Aquí no hay aceras.

—Sí, es más difícil para ti moverte, ¿no?

Ella asiente, su sonrisa se desvanece ligeramente.

Sé con certeza que, si Adrik viera su cara ahora mismo, al amanecer tendría aquí un montón de trabajadores y un camión de cemento. Si fuera necesario, cubriría cada metro cuadrado de bosque del estado con pavimento.

—¿Cuándo podremos volver a la casa grande? —pregunta—. ¿Y cuándo podremos volver a nuestra antigua casa?

—¿Quieres volver a nuestra antigua casa?

Ella bosteza. Su parpadeo se está desacelerando y sus ojos permanecen cerrados un poco más cada vez que se tocan. —No. Me gusta vivir con Adrik. Es agradable.

A lo lejos, escucho un ruido proveniente de la parte principal de la casa. Adrik deshaciéndose del cuerpo. *¿Cuántos cuerpos hay escondidos aquí?* me pregunto.

Entonces, decido que no quiero saberlo. No necesito saberlo.

Beso la mejilla de mi hija. —Buenas noches, cariño.

Ella está dormida antes de que salga al pasillo y cierre la puerta.

Por lo que sé, sigo sin tener sangre encima, pero camino directamente al baño principal y abro la ducha. El agua me baña. Un poco demasiado caliente, pero me gusta el cosquilleo áspero y limpio que deja.

Vi la muerte antes. Vi morir a hombres en el complejo de Adrik. Vi morir a Malcolm.

Pero esto se siente diferente. Rurik no murió en el fragor de la batalla. Yo no estaba llena de adrenalina, operando en modo de luchar o huida.

Allí parada, viendo a Adrik matarlo, me sentí… tranquila. La razón de esto es deslumbrantemente obvia.

Porque sabía que Adrik me protegería.

Ese es el pensamiento que me consuela. Mientras salgo de la ducha y me seco, mientras me cepillo el cabello, mientras me pongo el pijama y me deslizo de nuevo en nuestra cama, sé que Adrik siempre me protegerá.

Aunque no puedo dormir. Mi cuerpo está pesado por el cansancio y no quiero nada más que quedarme inconsciente durante unas horas. Pero sin Adrik a mi lado no puedo relajarme.

Así que, cuando se abre la puerta de nuestra habitación, me siento erguida de inmediato. Adrik

entra, se mueve lentamente, obviamente intentando permanecer en silencio. Pero, cuando me ve sentada, se para recto y suspira. —Deberías estar dormida.

—No pude.

Él asiente. —No quise que vieras eso.

Se acerca a la luz de la lámpara. Veo manchas de suciedad en las rodillas de sus jeans y tierra negra bajo las uñas. La parte de atrás de su camisa está sudada y se le pega.

Cavó una tumba.

—No es eso —digo—. Solo no podía dormir. No cuando no estabas en la cama conmigo.

Se detiene y se gira hacia mí, con una ceja levantada. —Acabo de golpearle la cabeza a un hombre y ¿me quieres a tu lado en la cama?

—Tenías razón antes.

—Por supuesto. ¿Sobre qué?

—No soy normal —susurro—. Porque vi lo que le hiciste e igual no creo que seas un monstruo.

—Te equivocas en eso, Emery. Soy un monstruo —su rostro está perfectamente impasible. No intenta asustarme. Es honesto. Dice la verdad.

O lo que él cree que es la verdad. Ya no estoy tan segura de creerlo.

—Te despertaste en medio de la noche para luchar contra un intruso —le digo—. Ni siquiera ibas a despertarme.

—Quizá simplemente no quería que te interpusieras en el camino.

Sacudo la cabeza. —Sabes, durante mucho tiempo pensé que te sentías extrañamente obligado a cuidar de Isabella y de mí. Pero antes dijiste que no haces nada que no quieras hacer. Tú nos cuidas, Adrik. Nos cuidas y nos proteges porque quieres. Un monstruo… bueno, un monstruo no haría eso.

Entrecierra los ojos mientras piensa. Luego se da vuelta y se quita la camisa por la cabeza. Los músculos bajo su piel se ondulan a la luz de la luna.

Su cuerpo es una obra maestra y un arma. Es mi salvación y mi destrucción.

E incluso después de todo lo que pasó esta noche, lo deseo.

Cuando se queda en boxers y su cuerpo brilla por el sudor, se gira hacia mí. —Estás equivocada —repite—. Soy un monstruo. Todos somos monstruos.

—Esa parece una visión sombría de la humanidad.

—Porque vi lo peor —dice—. Los humanos son egoístas, crueles, posesivos, celosos y codiciosos. Y violentos. Sobre todo, violentos. La única diferencia es… algunos de nosotros somos mejores en eso.

—¿Como tú? —supongo.

Él asiente. —Soy el mejor de todos.

Arrugo la frente. —Pero tú no eres…

—Soy egoísta —interrumpe—. Sería más seguro para Isabella y para ti si matara a Yasha y luego te dejara ir. Estarías mejor si no te volviera a ver nunca más. Pero no haré eso.

—No quiero que hagas eso.

—También soy celoso —arrasa mis palabras como si nunca hubiera hablado—. Y violento y cruel y todo lo demás. Porque eres mía y no me importa si te gusta o no, y mataré a cualquiera que intente arrebatarte de mí.

—No tendrás que hacerlo —digo en voz baja—. Los mataré yo misma.

Él arquea una ceja con evidente diversión y continúa. —Estás a salvo y cálida en mi cama ahora mismo, mirándome con lujuria en tus ojos… y no es porque sea un buen hombre.

Se inclina hacia adelante y coloca las manos al final de la cama. Él me mira a los ojos y siento su mirada como un toque físico que acaricia mi piel.

—Es porque soy el peor monstruo de todos.

Mi corazón late aún más fuerte ahora que más temprano esta noche. —Entonces, ¿qué dice de mí que no me importe?

Su boca se levanta en una sonrisa. —Quizá que no eres tan inteligente.

Pongo los ojos en blanco y le doy una palmada en el hombro. —Gilipollas. Qué manera de arruinar el momento.

—Te dije que te quedaras en la habitación por una razón.

—Sí, bueno, no lo hice. Pero me mantuviste a salvo de todos modos. Quizá te lo devuelva haciendo caso de vez en cuando.

Él se ríe y se levanta. —No voy a contener la respiración.

Se mete en la ducha. Me acuesto en la cama y escucho el ruido del agua sobre el suelo de baldosas. Sé que podría ir y unirme a él. Probablemente me haría cosas deliciosamente monstruosas allí dentro.

Pero me gusta la familiaridad extraña y fácil de este momento. Acostada en la cama mientras él enjuaga la sangre de sus enemigos de su cuerpo, esperando que regrese al dormitorio y se acueste a mi lado.

Es nuestra versión violenta de la normalidad.

Cuando Adrik regresa, tiene una toalla enrollada alrededor de su cintura. Lo deja caer sin ninguna timidez y se gira hacia mí mientras se pone los boxers.

—Tenemos que irnos.

Parpadeo. No estoy segura de lo que esperaba que dijera, pero no era eso. —¿Qué?

—Ya no podemos quedarnos aquí —dice—. Está demasiado aislado. Y demasiada gente sabe dónde estamos. Estaremos mejor en el complejo.

—Pero dijiste que Yasha podría rastrearnos…

—Nos rastreó hasta aquí —dice. Suspira y se inclina para acariciar mi barbilla con sus cálidos dedos—. Estaré a tu lado durante todo esto. Estarás a salvo allí.

—Lo sé —susurro—. Confío en ti.



LA TARDE SIGUIENTE, mientras cargamos el coche, noto un montón fresco de tierra entre dos árboles a la derecha.

Adrik me mira y asiente. —Cavé un hoyo profundo. Sasha se asegurará de que la tierra se aplane y luego plantará un arbusto o algo así. Estará bien.

Asiento y trago. —Lo sé.

Isabella sale al garaje, su voz emocionada resuena en las paredes. —Cuando volvamos, montaré en karts. ¿Crees que Stefan montará conmigo?

—Stefan podría estar ocupado trabajando —le advierto.

—Pero encontrará algo de tiempo —añade Adrik—. Y, si no puede, yo iré contigo.

Ella sonríe. —¿Lo harás?

—Sí —dice Adrik—. Pero solo si no te importa perder.

La sonrisa de Isabella se transforma en un ceño severo y sensato. —Sí, claro. Soy la más rápida.

—Supongo que tendremos que ver eso —dice.

Los dos discuten de un lado a otro sobre quién ganará durante los primeros cinco minutos del viaje. Y luego, Isabella se desmaya sin previo aviso.

—Creo que el medicamento le da sueño —le digo mientras acomodo las almohadas a su alrededor—. No sé lo suficiente sobre ciencia para siquiera empezar a explicarlo, pero quizá reconstruir algunos de sus músculos la agote.

—Me alegro de que esté funcionando.

—Me alegra que hayas podido ayudar a mantenerla en el ensayo clínico. Pensé que quizá, una vez que Malcolm muriera, las cosas se desmoronarían.

Él se burla. —No necesito a Malcolm Waters para una mierda. Puedo cuidar de ustedes dos por mi cuenta.

Su teléfono vibra en la consola central, interrumpiendo la conversación.

—Debemos volver a estar en el rango de servicio —digo.

Adrik toma el teléfono y me lo entrega. —Revísalo por mí.

—¿Disculpa? ¿Quieres que mire tu teléfono?

—Eso es lo que dije, ¿no?

—Sí, pero, pero… —sacudo la cabeza—. ¿Y si es sobre negocios? Hace apenas una semana pensabas que podría ser una espía.

Él pone los ojos en blanco. —Revisa el maldito teléfono, Emery.

Lentamente, le quito el teléfono de las manos. Una parte de mí espera que sea una amenaza críptica de Yasha. O tal vez un mensaje de Stefan, contándonos sobre algún ataque en alguna parte. Estoy equivocada en ambos aspectos.

—Es de tu papá.

—Encantador. ¿Qué tiene para decir ahora?

Me desplazo hasta el mensaje y lo leo. Cuando veo mi propio nombre, jadeo.

—¿Qué pasa? —espeta Adrik.

Leo el mensaje otra vez antes de hablar. —El servicio conmemorativo de mi papá es mañana.

Adrik frunce el ceño. —¿Mi padre envió eso?

Siento que floto por encima de la conversación. Como si estuviera fuera de mi propio cuerpo, observándome procesar esta información.

—Sí. Él cree que deberíamos hacer acto de presencia. Dice que disminuirá las sospechas a nuestro alrededor y evitará que parezca que nos escondemos tras la desaparición de Malcolm. —Dejo el teléfono en mi regazo y suspiro—. No puedo creer que mi papá vaya a tener un funeral.

—Murió —Adrik arrastra las palabras—. Eso es lo que hacen los muertos.

—Lo sé. Quiero decir, lo entiendo. Entiendo que está muerto. Pero aun así… un funeral. El funeral de mi papá. ¿Puedes imaginarlo?

—Fui al de mi madre —dice—. Y muy pronto mi padre tendrá uno propio. Así que sí, me lo puedo imaginar.

Me acerco y toco su pierna. —Lo lamento.

Lo ignora. —La muerte es parte de la vida.

—Sí. Sí, supongo que sí.

Me giro y miro el paisaje que nos rodea. A los árboles que pasan zumbando, transformándose en una pared de puro verde.

—No me di cuenta de lo mucho que era un escape estar en la cabaña —murmuro—. O sea, Yasha y Rurik nos encontraron. Pero igual fue agradable escaparse. No estoy lista para regresar.

—No puedes esconderte para siempre.

—Lo sé.

—Y no es necesario —dice—. No hiciste nada malo. Tu familia te perdió por sus propias decisiones. No tienes nada por qué disculparte o de lo que arrepentirte.

Me giro hacia él, atónita. —¿Cómo supiste que me preocupaba volver a ver a mi familia?

—Porque no eres tan misteriosa como crees —dice.

De repente, la nube oscura sobre mí comienza a disiparse. El temor que colgaba de mí como pesas se hace más ligero.

Puedo hacer esto.

Con Adrik a mi lado, puedo hacer cualquier cosa.

ADRIK

Curtis Montague es… era, más bien… todo un jodido personaje.

—¿Esculturas de hielo en un funeral? —murmuro para mí mismo mientras entramos al servicio conmemorativo—. Tienes que estar bromeando.

Emery resopla. —Sería propio de él exigir esculturas de hielo de sí mismo en forma de león. Lástima que fuera más bien una serpiente.

Ella toma mi mano y me acerca mientras pasa un grupo de personas mayores que admiran los arreglos florales. —¿Te he dicho lo feliz que estoy de que estés aquí?

—Cuatro o cinco veces.

—Ah. Bueno, aún me alegro de que estés aquí —dice de nuevo—. No podría hacerlo sin ti.

—Nunca volverás a hacer nada sin mí, *kiska* —murmuro.

Ella me sonríe, pero la sonrisa se desvanece cuando ve el retrato al óleo de tamaño real de su padre, colgado de cables invisibles desde el techo. —¡Ay, por el amor de Dios! Él no era realeza. Esto es absurdo.

—No sé. Creo que es discreto… distinguido.

Ella pone los ojos en blanco. —No juegues conmigo.

—No puedo resistirme —respondo—. Jugar contigo es lo que más me gusta hacer.

Me golpea el hombro, pero su otra mano todavía agarra con fuerza la mía. Está así desde que llegamos al servicio.

La iglesia es antigua, gótica. Pasillos estrechos y bancos sin cojines. Era imposible entrar por detrás sin ser visto. Cada paso y cada respiración resonaban en los fríos suelos y reverberaban en los altos techos.

Tan pronto como entramos… con unos minutos de retraso, a petición de Emery… todos los ojos del lugar estaban puestos en nosotros.

Todavía lo están, aunque Emery no parece darse cuenta. Me abstengo de decírselo.

—¿Tienes hambre? —pregunto.

Ella niega con la cabeza, pero, cuando pasa un camarero con una bandeja de tartaletas, prácticamente veo que se le sale saliva de la boca.

—Necesitas comer.

—Estoy bien.

—No —digo—. Tienes que comer. Vamos.

—Adrik, no… Quedémonos aquí. Estoy bien. No necesito…

Me doy vuelta y presiono mis labios contra su oreja. —Que se joda esta gente. Eres mejor que todos ellos. Si tienes hambre, comeremos. Ven conmigo o te sacaré pataleando y gritando.

Su respiración se entrecorta. Por un segundo, no sé si vendrá conmigo o me alejará.

Luego, suspira. —Vale. Tú ganas, como siempre.

—Música para mis oídos.

Nos metemos en la fila de comida y, por primera vez desde que entramos a la iglesia, alguien se nos acerca.

—Mi prima Racquel a las doce en punto —sisea Emery en voz baja.

Ya había visto a la pelirroja desfilando en nuestra dirección. Lleva un traje de lana negro y perlas. Tiene la edad de Emery, más o menos, pero está vestida como si tuviera setenta años.

—Emery —canta mientras se acerca—. Ay, cariño, lamento mucho lo de tu papi.

Emery alza las cejas y sé exactamente lo que está pensando. *No lo llamé "papi" ni un solo día en mi puta vida.*

—Qué santo —continúa Racquel sin darse cuenta—. Estaría tan feliz de que estuvieras aquí. Especialmente con tu… —ella me mira—. Eh, compañero.

—Mi esposo —corrige Emery. Pasa su brazo por el mío—. Adrik es mi esposo.

—Adrik Tasarov. Cierto. Bueno, sí que no *pareces* un asesino en fuga. —Racquel se ríe casi como una maníaca—. Los rumores pueden ser tan ridículos, ¿no? El mes pasado, pensaron que mi Randall me estaba engañando con Ashlee DuVry. ¡Qué absurdo! —vuelve a reír, tan irritantemente como la primera vez, y luego sigue su frustrante monólogo—. De todos modos, no recuerdo haber recibido una invitación a la boda.

—Eso es porque no hubo invitaciones —dice Emery, con voz seca y entrecortada.

Los labios de Racquel se curvan. —Qué… original. ¿Tu papá pudo ir? Siempre decía cuánto te extrañaba. Cómo esperaba que pudieran reconciliarse. Lo que me recuerda… —ella hace un gran espectáculo, mira por encima, alrededor y debajo de nosotros antes de terminar—. ¿Dónde está tu bebé?

—Tiene seis años —responde Emery—. Y está en casa.

—Lástima. Me hubiera encantado conocerla. Nadie te vio en años. Seis años, supongo —se ríe,

pero está claro que a nadie más le parece muy divertido. Ella me mira—. ¿Eres el padre?

Emery parece horrorizada por la pregunta. Tiene sentido. Es repugnante preguntarle eso a alguien.

Pero ya no me sorprende la falta de decoro de la llamada "clase alta". Cuando le dije a Emery que todos somos monstruos, lo dije en serio. El oro y las joyas de los ricos simplemente cubren la podredumbre que hay debajo.

—Ahora lo soy —digo antes de que Emery pueda hablar.

—Ah —Racquel frunce el ceño—. Entonces… ¿eres o no eres el biológico…?

—La biología no influye en nuestra relación.

Racquel sonríe como si hubiera ganado un estúpido premio. —Eso debe significar que no estás relacionado de sangre, entonces.

Emery se tensa a mi lado, pero no tiene que preocuparse. Esto no saldrá como ella espera.

—Nunca entendí la importancia de la sangre. O sea, mírense ustedes —señalo a Emery y a Racquel—. Ustedes están relacionadas de sangre, y nunca lo sabrían.

Racquel frunce el ceño y la sospecha nubla su rostro. Una parte suya sabe que esto no terminará bien para ella. Pero no puede evitarlo… tiene que preguntar. —¿Qué quieres decir?

Sonrío agradablemente, el encanto Tasarov activado al máximo. —Bueno —le explico—, Emery tiene aplomo, gracia y moderación. Y tú eres una perra vil y repulsiva.

Racquel jadea, llama la atención de algunas personas cercanas. Pero yo sigo sonriendo. —Un absoluto placer conocerte, Racquel —arrastro las palabras. Cojo la mano de Emery—. Ven, cariño.

Tan pronto como estamos fuera del alcance, Emery suelta una risa de asombro. —No puedo creer que hayas dicho eso.

—Ayer por la mañana me viste asesinar a un hombre —le susurro al oído—. Ya no debería sorprenderte nada de lo que hago.

—Honestamente, eso fue más despiadado —señala con el pulgar por encima del hombro a Racquel, todavía furiosa. Su cara es de color rojo tomate y habla animadamente con una mujer mayor, con exactamente el mismo tono de cabello castaño rojizo. Su madre, estoy seguro.

—No hará mucho para hacerte más popular aquí. Creo que Racquel ya está difundiendo la noticia. Te casaste con un bárbaro.

Emery pone los ojos en blanco. —Déjala. No podría importarme menos. Quizá distraiga a todos del hecho de que su marido realmente se está follando a la chica DuVry.

—¿Lo está? —pregunto.

—Probablemente. Randall adopta el método del Sabor del Mes en sus amantes. La única razón por la que Racquel se miente a sí misma y a todos los demás al respecto es porque él la mantiene en perlas llamativas y la envía a "retiros de meditación en solitario" a playas turísticas. Mientras

tanto, él se abre paso follando a través de la guía telefónica en su cama.

Sonrío. —Tú también eres bastante despiadada cuando te lo propones, esposa.

Emery sonríe, pero no disminuye el ritmo. Purga sentimientos que la han estado pudriendo durante demasiado tiempo.

—Quiero decir, ¿la escuchaste llamar santo a mi papá? Curtis Montague… ¿un santo? Quizá Santo Patrón de los Padres Indiferentes y los Bastardos Egoístas —resopla—. Y puede que le haya dicho a la gente que quería verme, pero eran patrañas. El hombre solo se preocupaba por sí mismo. Probablemente en secreto le gustó que haya huido. Estoy segura de que lo humanizó. Lo convirtió en un personaje comprensivo a los ojos de la gente. *"Ay, el pobre Curtis y su hija descarriada"*. Él, todo lo que dijo, este puto funeral… Todo es una mierda. Como el resto de su maldita vida.

Termina con una profunda exhalación.

Entonces, alguien cerca se aclara la garganta.

Me giro hacia una mujer pequeña que está a nuestro lado… bien dentro del alcance auditivo… y al instante sé que estoy mirando a la madre de Emery.

Tiene el mismo cabello rubio dorado, aunque el suyo está salpicado de blanco y gris, y los mismos ojos verdes brillantes. Las similitudes son notables.

Los ojos de Emery se agrandan. —Mamá.

Su mamá levanta la barbilla. —Me sorprende que hayas venido, Emery.

—Sí. Digo, quería… Él era mi papá —dice con docilidad.

—Eso era —coincide su madre—. Él era tu padre. Por muy… ¿cómo lo acabas de llamar? Ah, sí… por muy indiferente y egoísta que haya sido.

Emery hace una mueca. —Mamá —respira—. Lo siento…

—¿Estuviste en el servicio?

Emery suspira. —Sí. Nos sentamos atrás.

—Me pregunto qué pensará la gente de eso —dice en un áspero susurro—. La propia hija de Curtis, merodeando en el último banco como un cobrador de deudas.

—Probablemente lo mismo que pensaron los últimos seis años, cuando no me vieron ni supieron nada de mí —responde Emery.

Su mamá vuelve a alzar la barbilla. Lo sigue haciendo como si el acto de ajustar su postura pudiera en realidad arreglar todo lo que claramente está roto en su familia. Luego, se vuelve hacia mí con los ojos entrecerrados.

—¿Y quién es este? No pensé que los funerales fueran un evento para acompañantes.

—Este es Adrik —dice Emery—. Mi esposo.

Nunca me canso de escuchar a Emery decir eso. En este caso, la sorpresa en el rostro de su madre lo hace aún más dulce.

—El placer es todo mío —extiendo mi mano—. ¿Y tu nombre es…?

Sus cejas se arquean hacia abajo. —¿No conoces mi…? Kariann. Kariann Montague —se vuelve inmediatamente hacia Emery—. No me informaron que te habías casado.

—Eso no fue un accidente.

Las dos mujeres Montague se miran fijamente y, por un segundo, puedo ver la persona que sería Emery si se hubiera quedado en esta familia. Si hubiera cedido a los deseos de su padre y hubiera hecho cabriolas como un pony de exhibición como su madre quería.

Todo el fuego en ella se habría apagado.

Al final, Emery no rompe el contacto visual. Kariann es la primera en apartar la mirada. La altiva mujer levanta la barbilla absurdamente alto y observa a la multitud como si fuera una reina en la corte. —Dejemos de hablar de cosas desagradables. Hoy no.

—Tú primero.

Kariann frunce los labios con disgusto. —La muerte de tu padre me recordó lo fugaz que es todo. No quiero pasar más tiempo enojada contigo por… por lo que hiciste. Si un infarto al corazón puede matar a un hombre como tu padre antes de cumplir los cincuenta años, entonces no hay garantía para ninguno de nosotros.

Emery me mira, y luego vuelve a mirar a su madre. —¿Un infarto?

—Sí. Esa es la causa de la muerte.

—¿Según quién? —Emery se burla.

—El forense —dice Kariann—. Está en su certificado de defunción.

—A menos que Malcolm Waters haya asustado a Papá hasta el punto de provocarle un paro cardíaco, no veo cómo eso podría ser cierto.

Incluso bajo sus capas de maquillaje, es claro que Kariann está perdiendo color rápidamente. Sus mejillas están pálidas como la muerte, y toda la sangre parece acumularse en su cuello y pecho. Ella mira a su alrededor nerviosa, preocupada de que alguien haya escuchado.

—Estás siendo absurda, Emery.

—No, no lo estoy. La muerte de Papá no fue un accidente. Fue un asesinato.

Kariann se ríe nerviosamente. —Sé que te gusta vivir en tu mundo de fantasía, pero no nos arrastres al resto de nosotros contigo.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunta Emery.

—Sabes muy bien lo que significa.

—No, me temo que no —Emery suelta mi mano, pero se acerca a mí como si estuviera

extrayendo energía y fuerza de mi presencia. Me paro sobre su hombro y miro a su madre.

Kariann me lanza una mirada breve y cautelosa, y luego dirige su hostilidad hacia Emery. —Te metiste en problemas y luego nos culpaste a tu padre y a mí por intentar solucionarlo.

—¿*Me metí* en problemas? —Emery jadea—. Fui violada.

Su mamá realmente pone los ojos en blanco. —Durante los últimos seis años te has estado contando esta lamentable historia. Francamente, me preocupa que empieces a creer las mentiras.

—¡No son mentiras!

—Te haces pasar por víctima de un crimen horrible, víctima de padres horribles. Pero nadie lo cree. No eres ninguna víctima. Solo una niña tonta que se niega a madurar y asumir la responsabilidad de sus acciones.

Emery respira con dificultad. Puedo notar que quiere responder, pero no sabe por dónde empezar.

Por suerte, yo sí.

—Kariann —digo tan cordialmente como puedo con tanta rabia creciendo en mi pecho—, creo que estás confundida.

Ella me mira, entrecerrando los ojos. —No quiero escuchar nada de lo que tengas que…

—Cállate, joder —digo sin perder nunca la sonrisa—. Nadie aquí quiere escuchar lo que tienes que decir, pero nos quedamos al margen y escuchamos. Y, tal como sospechaba, fue miserable e irritante.

Ella jadea. —¿Cómo te atreves?

—Me atrevo porque la gente como tú camina por ahí como si fuera dueña del mundo, cuando en realidad pasa toda su lamentable vida apilando una torre torcida de bloques de juguete, esperando que nadie más grande y más fuerte venga a derribarla. ¿Pero yo? Soy más grande. Soy más fuerte. Y siento un placer muy especial al hacer añicos tu mundo.

—¿Quién diablos te crees que eres? —espeta Kariann.

—Soy el puto Adrik Tasarov —gruño en su cara—. Y tú eres la esposa de un hijo de puta muerto, que heredó millones de su querido papi y lo desperdició todo en tonterías. Tratos corruptos con hombres como Malcolm Waters. Y, cuando no pudo devolverle el dinero a Waters, prostituyó a su hija para cubrir la diferencia.

—Eso no es lo que…

—Eso es exactamente lo que pasó. Pero no te pedí que hablaras. No terminé todavía. Ni por asomo.

Me acerco, obligándola a inclinar la cabeza hacia atrás para mirarme. Ya no hay nada altivo en su postura. Nada majestuoso. Parece un ratón asustado, mirando a un gato de la jungla.

—Pero Emery siempre vio sus tonterías —continúo—. No se paralizó por el dinero o las casas grandes que apenas podían costear. Los vio a todos como lo que son: cerdos superficiales y sin

corazón. Y, cuando no pudieron controlarla, la dejaron a un lado. Podrías pensar que te desprecio, pero te equivocas. Me siento mal por ti. No porque tu marido esté muerto y te estés quedando sin dinero, ni porque vayas a tener la mancha de mierda que es Malcolm Waters durante el resto de tu tiempo en esta tierra. No, me siento mal por ti porque perdiste la oportunidad de conocer a tu hija y a tu nieta. Y, aunque mereces el mismo destino desagradable que tu marido, creo que tener que vivir contigo misma el resto de tu vida es castigo suficiente.

Cuando termino, no queda color en el rostro de Kariann. Espero a que diga algo, pero no parece saber qué decir. Y, después de unos segundos, simplemente gira sobre sus talones y se aleja, pisando fuerte.

Adiós y hasta nunca.

EMERY

Durante años imaginé lo que les diría a mis padres si alguna vez tuviera la oportunidad de hablar libremente. Lo practiqué frente al espejo, con el veneno de toda una vida guardado para la ocasión.

Pero, con la oportunidad finalmente frente a mí, de repente no puedo encontrar las palabras. Mi lengua es una roca en mi boca, inmóvil e inútil.

Entonces, Adrik da un paso al frente.

Lo miro fijamente mientras habla. Mira a mi mamá, pero se siente como si me hablara directamente a mí. Diciéndome todo lo que yo desearía poder creer. Todo lo que necesito saber sobre las personas que me criaron.

Me quedo sin aliento escuchándolo. Cada palabra se siente como sábila en una quemadura. Como ver el sol después de años de oscuridad.

Adrik termina y la mira fijamente. Su rostro no está retorcido por la ira o la rabia. Es uniforme, tranquilo, sereno… lo que hace que lo que acaba de decir sea mucho más cortante.

Mi madre está blanca como una sábana. Su boca se abre y se cierra impotente.

Pero ella lo sabe tan bien como yo: de eso no hay vuelta atrás.

Así que, con un resoplido altivo, gira sobre sus talones y desaparece. No mira hacia atrás, ni siquiera una vez, y mientras se aleja, me asalta la sensación de que nunca volverá a mirarme a los ojos.

Cuando estamos solos, Adrik se gira y me acaricia las mejillas. —Emery…

—Estoy bien —digo. Pero, mientras lo hago, me doy cuenta de que es mentira. Sacudo la cabeza —. No, no lo estoy. Yo…

—No necesitas su aprobación, *kiska*. No necesitas una mierda de ella —dice—. Yo te cuidaré.

—Lo sé —le susurro—. Sé que lo harás.

Los ojos azules de Adrik brillan mientras sonríe, y no puedo evitarlo. Me pongo de puntillas y lo beso.

El beso es demasiado largo y demasiado apasionado para el entorno, pero no me importa lo que nadie aquí piense de mí. Ya no.

—¿Quieres irte? —susurra mientras nos separamos.

—Pensé que querías que comiera.

—Hay otras formas de conseguir comida además de los entremeses de paso en un funeral —arrastra las palabras.

Me río con amargura. —Bueno, ¿entonces estás seguro de que no quieres quedarte por la brillante conversación?

Adrik pone los ojos en blanco. —No le debes nada a nadie aquí, Emery. Vámonos.

Toma mi mano y comenzamos a salir, pero antes de llegar lejos, alguien en mi periferia se aclara la garganta.

Me giro y veo a un hombre con cara de sapo y una zona calva. Su cuello ha desaparecido dentro de la chaqueta de su traje, dejando solo una masa de cabeza y un ceño severo.

—¿Eres Emery Montague? —pregunta.

—Dios mío —me quejo—. Sí, y siéntete libre de ir a decirle a mi madre que me voy. Ella no tiene que preocuparse de que arruine la dignidad que le queda a este ridículo evento.

El ceño del hombre se profundiza. —Disculpa, ¿que le diga qué a tu madre?

—Sé que te envió aquí para echarme —continúo—. Pero ya nos vamos. Así que corre y…

—Srta. Montague —interrumpe—. Yo…

—Tasarov —dice Adrik bruscamente—. Su nombre es Emery Tasarov. Es Sra. Tasarov para ti.

Me acerco más a Adrik. Me rodea con su brazo.

—No sabía que estabas casada —dice el hombre—. Mis disculpas. Pero eso no debería afectar el proceso de herencia de ninguna manera.

—¿Qué proceso de herencia?

—Soy Leonard Graves —dice—. Abogado de tu padre y albacea de su testamento.

Parpadeo, dejando que la información penetre. —¿Estoy en su testamento?

—Sí, lo está. Pude comunicarme con todos los demás nombrados en el testamento, excepto usted, Srta. Mon… Sra. Tasarov.

Me encojo de hombros. —Bueno, aquí estoy. Pero, sea lo que sea que me haya legado, no lo quiero. Pueden quedarse con mi fondo fiduciario. Dónenlo. Quémenlo. No me importa.

—Esto no tiene nada que ver con ningún fondo fiduciario o cuenta que se haya creado para usted —dice Leonard—. Se trata únicamente de lo que se le asignó en el testamento.

Saca un pequeño sobre de su bolsillo y me lo tiende.

No parece mucho dinero es lo primero que pienso. Lo cual demuestra lo poco que estoy familiarizada con las grandes sumas de dinero hoy en día. No será un fajo de billetes. Esto es un legado, no un negocio de drogas. Será un cheque con una cantidad nauseabunda de ceros.

Y no quiero ni un centavo.

Retiro mi mano. —Sr. Graves. Realmente no…

—Debo insistir —dice—. Estoy legalmente obligado a entregarle esto y asegurarme de que lo vea y sea consciente de ello.

Sacudo la cabeza. —Pero no quiero…

—Por el amor de Dios —se queja Adrik a mi lado.

Se acerca y le arrebata el sobre al abogado. Antes de que cualquiera de los dos pueda decir algo, él comienza a abrirlo.

—Sr. Tasarov —jadea Leonard—. Su esposa es la destinataria. Ella es quien debe aceptar el sobre. Yo solo… por el amor de Dios, no puedo entender por qué esto es tan difícil.

El pobre hombre parece estar a punto de tener un ataque, pero Adrik lo ignora y saca un cheque del sobre. Tan pronto como ve lo que está escrito en él, sus ojos se estrechan hasta convertirse en rendijas furiosas.

—¿Qué es? —pregunto.

Adrik me mira. Luego, un segundo después, le da la vuelta al cheque y me lo tiende. —Tócalo para que el Sr. Graves no se cague encima.

Lentamente, tomo el cheque de sus manos.

“Trece dólares y cuatro centavos” escrito en tinta negra y gruesa. La firma de mi padre aparece con enojo en la esquina inferior derecha.

Pero la línea del memorándum es lo que llama mi atención. Reconozco la letra en bloque de mi padre. Lo leo en voz alta en un susurro. Es un versículo de la Biblia. Hebreos 13:4.

—“*El matrimonio debe ser honrado por todos y el lecho conyugal debe mantenerse puro, porque Dios juzgará al adúltero y a todos los fornicadores.*”

El mundo oscila ante mis ojos por un momento. La realidad se dobla en los bordes.

—Qué bastardo —digo con voz áspera, temblorosa—. Qué bastardo tan desalmado y manipulador.

—¿Sra. Tasarov? —Leonard luce preocupado—. ¿Todo está bien? Lamento si…

—Ya tiene el cheque —espeta Adrik—. Cumpliste con tu deber. Ahora sal de mi vista.

El abogado asiente y se aleja aterrorizado, pero ahora puedo sentir los ojos de todos puestos en mí. No me molestaba mucho antes, pero ahora siento que estoy demasiado cerca del sol. Puedo sentir mi piel arder y burbujear.

Si no salgo de aquí, moriré.

El pánico sube por mis entrañas. Me doy vuelta y camino decididamente entre la multitud hacia las puertas principales. Es todo lo que puedo hacer para evitar salir corriendo de la habitación.

El vestíbulo de la sala de recepción está casi vacío, excepto por algunos camareros que toman un descanso. Paso rápidamente junto a ellos y camino por el pasillo, sin tener ni idea de hacia dónde estoy corriendo.

Cuando veo un letrero dorado que dice "Baño" pegado a la pared, ni siquiera reviso si es de hombres o de mujeres. Abro la puerta batiente y me sumerjo dentro.

El baño huele abrumadoramente a lejía y popurrí. Los azulejos son anticuados, de un color marrón oscuro, con hilos brillantes de mármol amarillo por todas partes. No tengo idea de por qué alguien elegiría decorar un baño en marrones y amarillos.

La idea es lo suficientemente absurda como para distraerme por un segundo. Para evitar que las lágrimas caigan, por un momento.

Pero luego miro hacia abajo y veo que el cheque todavía está en mi mano.

Es entonces cuando empiezo a llorar.

Estoy llorando tan fuerte que ni siquiera oigo a Adrik entrar en la habitación. Simplemente siento unos brazos familiares a mi alrededor y me hundo contra su pecho.

—Si tu padre no estuviera ya muerto, lo mataría —murmura en mi oído.

Quiero responder, pero que me jodan si sé cuáles son las palabras correctas. *Estoy agradecida por ti*, tal vez. O *me alegro de que hayas llegado a mi vida.*

Pero estoy bastante segura de que él ya sabe esas cosas.

Adrik me acaricia el cabello hasta que finalmente puedo recuperar el aliento. Luego, besa mi frente. —Eres mejor que todos ellos, Emery.

Las lágrimas vuelven a brotar de mis ojos, pero esta vez por otra razón. Me limpio las mejillas y gimo. —Dios, estoy repulsivamente emocional.

—¿Es el funeral? —pregunta Adrik—. ¿O algo más?

Me doy cuenta de repente de lo que dije.

Y lo que significa.

Una parte de mí quiere decirle a Adrik que estoy embarazada. Las cosas cambiaron entre nosotros recientemente. Confío en él.

Pero también sé que tener un bebé puede cambiar las cosas. Tener a Isabella cambió todo mi mundo de forma irreversible.

Y las cosas están tan bien ahora. La noticia podría arruinarlo. Entonces, egoístamente, al menos por un tiempo más, quiero que mi vida siga exactamente como está.

Dios sabe que merezco un momento para respirar.

—Sí, supongo que sí —asiento—. Sigo sin estar triste por la muerte de mi padre, pero hoy ha sido… demasiado.

—Entonces, vámonos de aquí —dice Adrik—. Trituremos este puto cheque y arrojémoslo a la basura. Mejor aún, dóblalo hasta que sea todo esquinas y mételo por el culo de ese abogado pomposo.

Aprieto los dientes. —Tengo una mejor idea.

Incluso en el mar negro del salón de recepción, me resulta fácil encontrar a mi madre. Está parada junto a la escultura de hielo del león. La melena del león se ha derretido por completo, y hay una espantosa abolladura en su cráneo.

Con quienquiera que esté hablando… una mujer mayor con un moño severo… debe advertirle que vengo, porque mi mamá se da vuelta antes de que me acerque a ella. Alza la barbilla como siempre y me mira fijamente con ojos duros. No aminoro el paso.

Camino directamente hacia ella y empujo el cheque contra su pecho. Ella jadea en estado de shock. —¡Emery! Estás haciendo otra escena. ¿Qué es esto?

—Mi herencia —escupo—. Pero creo que podrías usarlo más. Firmé la parte de atrás para que puedas cobrarlo. Guárdalo para el día en que finalmente te llamen todos tus prestamistas.

Antes de que pueda decir algo más, me doy la vuelta y me voy. Adrik me espera en la puerta, con una amplia sonrisa en el rostro.

Está orgulloso de mí. Está escrito por todas partes en él.

Pero, más que eso, finalmente estoy orgullosa de mí misma.

EMERY

Cuando regresamos al complejo, descubro que todas mis pertenencias fueron trasladadas a la habitación de Adrik.

—¿Ibas a, ya sabes, *preguntarme* sobre eso? —le hablo arrastrando las palabras.

Él se encoge de hombros. —Ni siquiera se me pasó por la cabeza.

Pongo los ojos en blanco. —Claro que no. Es el mundo de Adrik y todos vivimos en él.

Suspiro, abro la cómoda y veo toda mi ropa cuidadosamente doblada y ordenada en los cajones. Camisas, pantalones cortos, jeans…

—Dime que no moviste mi ropa interior tú mismo.

—Si fuera por mi voluntad, *kiska*, lo quemaría todo.

—Si estás tratando de decirme que me quieres desnuda más a menudo, mantenlo en tus pantalones. Si intentas decirme que tengo mal gusto en ropa interior, entonces mete la cabeza en tu trasero.

Se ríe, gruñe y me tira sobre la cama. Sube por mi torso, alrededor de la curva de mi cuello, luego me reclama con un beso caliente, juntando nuestras lenguas.

Alejándose, retumba—: No puedo mantenerlo en mis pantalones desde el momento en que nos conocimos, Emery.

Obviamente, las cosas se dejan llevar un poco después de eso. Hace que me corra tres veces rápidamente: una con sus dedos, otra con su lengua y finalmente, me vuelve un desastre de espasmos en su polla.

Cuando todo termina, no sé si pasaron cinco minutos o cinco horas. Floto en una nebulosa de sensaciones, con los ojos entrecerrados. Es hermoso a través de mis pestañas. Un espejismo de hombre.

—Sin embargo, hablando de tu gusto en ropa interior —dice casualmente, como si nuestra conversación nunca hubiera sido interrumpida en primer lugar—, indiqué a las criadas que tiraran al menos la mitad de la mierda que había allí. Ninguna esposa mía usará bragas de abuela.

—¡Oye! —le doy una palmada en el pecho—. ¡No tengo bragas de abuela! Solo porque son de

simple algodón en lugar de oro hilado, o lo que sea que creas que debo usar…

—Tenías razón la primera vez —se ríe—. Todo es solo una estratagema para mantenerte desnuda.

Se inclina para sacarme la protesta con un beso. Molestamente, funciona.

Luego, se endereza. —Estaré en mi oficina si me necesitas —termina de vestirse rápidamente y sale corriendo de la habitación, dejándome suspirando en el silencio.

Saco un pijama a juego del cajón y me lo pongo con esa suave sonrisa todavía plasmada en mi rostro. Para ser honesta, no estoy segura de que jamás se vaya.

Los pantalones cortos son elásticos, por lo que aún me quedan bien, pero noto que la cintura se estira un poco diferente alrededor de mi estómago. Pronto no podré ocultar nada. Especialmente, si Adrik y yo compartimos habitación.

Presiono las manos contra mi estómago y cierro los ojos.

Pase lo que pase, yo te cuidaré, pequeña, pienso, proyecto mis pensamientos hasta mi útero. *Justo como cuidé a tu hermana mayor*.

La condición de Isabella es genética. Los médicos me dijeron que solo habría riesgo de tener un segundo hijo con la enfermedad si el padre era portador, lo que parecía poco probable.

Por otra parte, era poco probable… incluso imposible… que terminara casada con el hermano de mi violador.

Pase lo que pase, pienso de nuevo. Es tanto para el bebé como para mí.

Me aseguré de que Isabella recibiera la mejor atención que el dinero pudiera comprarle. Incluso si tenía que usar el dinero de otra persona. Incluso si tenía que casarme con alguien como Malcolm Waters.

Siempre haré lo que sea necesario para cuidar de mis hijos.

Estoy a punto de meterme en la cama y hundirme bajo las sábanas para dormir durante este día loco cuando me asalta un pensamiento. Dejo caer el edredón sobre la cama y me doy la vuelta. Estoy en pijama, pero no importa. Esta también es mi casa ahora.

Camino por el pasillo, con mi diminuto conjunto de seda a juego… Adrik realmente se deshizo de todos mis cómodos pijamas, ese imbécil, incluidos los que tienen los pies incorporados y el pequeño pez payaso bordado por todas partes, que amaba más que a la vida misma… y camino directamente a la oficina de Adrik.

—Veronika está embarazada, ¿verdad? —pregunto en el momento en que se abre la puerta.

Adrik está sentado detrás de su escritorio. Apenas levanta la vista cuando entro. ¿Es siquiera posible sorprenderlo? Si es así, nunca lo he visto.

Respira hondo y se recuesta en su silla. —¿Qué?

—Veronika. La esposa de Yasha.

—Sé con quién está casado mi hermano.

—¿Dijiste que estaba embarazada?

—Creo que tiene unos meses —dice—. Lo mantuvo en secreto. El embarazo puede ser peligroso en nuestra línea de trabajo, por lo que Yasha quiso ocultarlo lo mejor que pudiera.

Arrugo la frente. —¿Peligroso?

Él se encoge de hombros. —Líneas de sangre. Linaje. Nuestros enemigos se esforzarían por cortar cualquier rama del árbol genealógico de los Tasarov.

Se me hiela la sangre. —¿Matarían a una mujer embarazada?

—¿Si eso significara asegurar su propio poder? —él asiente—. Absolutamente.

Algo parecido a la culpa me recorre. Aunque también podrían ser náuseas. De todos modos, me lo trago todo, incluso cuando sabe a ácido de batería.

—En el velorio dijiste que la sangre no importaba.

—No me importa a mí. No en lo que respecta a Isabella —corrige—. Pero sí importa.

Debería saber lo del bebé, dice una voz en mi cabeza. *Debería decírselo.*

Pero quizá decírselo sea un riesgo, dice otra. *Cuanta más gente lo sepa, más peligro podría correr yo.*

Lo miro fijo. Mi mente da vueltas sobre el tema tan rápido que me estoy mareando. Entonces Adrik habla. Su voz atraviesa el ruido en mi cabeza.

—¿De qué se trata esto, Emery?

—Ah, cierto —cierro la puerta de la oficina y me acerco al escritorio—. Me pregunté si Veronika sabe lo que está haciendo Yasha.

—¿Cómo podría no hacerlo?

—Puede que no estés familiarizado con el concepto, pero no todo el mundo sabe todo todo el tiempo como tú —murmuro.

Adrik sonríe. —¿Estás tratando de halagarme?

—Si estuviera tratando de halagarte, lo sabrías.

Cruza las manos de una forma que llama mi atención hacia ellas. Son increíblemente masculinas. Con cicatrices y capaces. Sé muy bien exactamente *cuán* capaces. De hecho, mis entrañas todavía se retuercen por su capacidad.

—No tientes, a menos que estés preparada para afrontar las consecuencias, *kiska*.

Concéntrate, Em. Hago mi expresión lo más neutral posible y lo enfrento. —Lo pregunto porque podría tener un plan.

—Oigámoslo.

—Bueno, no lo sé… —balbuceo. No estoy segura de por dónde empezar.

Adrik empieza a aplaudir con sarcasmo. —Hermoso plan. Maravilloso.

Le frunzo el ceño, pero él solo sonríe. —Es menos un plan y más una idea —empiezo de nuevo —. No conozco muy bien a Veronika, pero la conocí en esa cena.

—No pensé que estuvieras precisamente prestando atención, dadas las… circunstancias.

—No lo estaba. Pero sí recuerdo a Veronika intentando mantener a Yasha a raya. Ella quería que él se comportara.

—Ella no es su madre.

—No. Pero ella actuaba un poco así, ¿no? —pregunto—. Quería que él fuera correcto. Así que me cuesta creer que esté completamente bien con todo lo que él está haciendo.

—Él quiere liderar la Bratva y ser más poderoso. Eso la convertiría en la reina Bratva.

—¿Y?

Adrik pone los ojos en blanco. —Para la mayoría de las mujeres, eso es atractivo. Les gusta la idea de poder y riqueza.

—No estoy tan segura de que tengas razón en cuanto a una generalización radical, pero regresaremos a eso. Y, de todos modos, ¿por qué querría eso si está embarazada? Dijiste que eso la pone en una posición peligrosa. Que Yasha ande por ahí iniciando guerras solo lo empeora.

—Hm —dice Adrik—. No estás equivocada.

Levanto la barbilla. —Lo sé.

—Cuidado —advierte—. Alguien podría pensar que estás empezando a volverte arrogante.

—Cierto. Ese es tu trabajo.

Demasiado rápido, Adrik se levanta de su silla y rodea el escritorio. Me giro para mirarlo, pero él me levanta y me sienta en el borde de su escritorio. Instintivamente, mis piernas se abren y él se interpone entre ellas, pasando sus manos arriba y abajo por mis muslos.

—Soy arrogante por una buena razón —dice en un murmullo bajo—. ¿Tengo que recordarte por qué?

—Lo hiciste hace treinta minutos —respiro. Aunque ya puedo sentir la humedad que se acumula entre mis piernas.

Adrik es prácticamente un dios del sexo, pero eso todavía no explica por qué quiero saltar sobre sus huesos cada segundo de cada día. Tienen que ser las hormonas del embarazo.

Él resopla y agita la mano. —¿Eso? Es un recuerdo lejano. Y ambos sabemos que necesitas recordatorios frecuentes para aprender la lección.

Se desliza debajo del dobladillo de mis pantalones cortos de pijama y pasa su pulgar por mi raja. —Tiraré todas las prendas que tienes excepto estas.

—Eso podría ser un poco inapropiado para nuestro encuentro con Veronika —logro decir, aunque estoy medio loca de lujuria.

Adrik pone los ojos en blanco. —¿Todavía estamos hablando de eso? Pensé que habíamos seguido adelante.

—No, simplemente nos distrajimos —empujo su pecho hasta que retrocede lo suficiente como para poder ver su rostro—. Pero realmente creo que tengo una buena idea aquí, Adrik.

—Entonces termina de contármela antes de que me distraiga otra vez.

Se inclina hacia adelante e intenta morderme el hombro, pero presiono su pecho con más fuerza y logro mantenerlo a raya. Aunque lo único que mis manos quieren hacer es acercarlo más a mí. Esas perras traidoras.

—Los hombres no saben lo que es estar embarazada —le digo—. Te pone en contacto con tus instintos más básicos. Harás cualquier cosa para proteger al niño que crece dentro tuyo.

—Sé muy bien lo que significa estar dispuesto a hacer cualquier cosa para salvar a las personas que te importan.

Mi corazón da un vuelco en mi pecho ante esas palabras, una especie de baile feliz de lado, pero hago lo mejor que puedo para ocultarlo con un simple movimiento de cabeza. —Claro. Lo que quiero decir es que estoy segura de que Veronika siente lo mismo por su bebé.

—Entonces, ¿qué tiene eso que ver con todo? —pregunta Adrik.

—Ella también querrá que Yasha ponga fin a cualquier guerra que esté intentando iniciar.

Adrik se encoge de hombros. —Quizá. Pero ella también podría estar involucrada en sus planes.

—Así que conseguimos una reunión con ella y lo averiguamos. Quizás ella venga a nuestro lado y nos ayude. Por el bien de su bebé.

No debería importar, pero quiero que le guste este plan. Quiero ser buena en este tipo de cosas. Poder ayudarlo, ser un recurso para él, no simplemente una decoración inútil que anda deprimida por la casa con lencería cara que paga.

Finalmente, aprieta mis muslos y asiente. —Supongo que vale la pena intentarlo.

—¿En serio? —pregunto. Una brillante sonrisa se extiende por mi rostro.

—¿Qué tenemos que perder?

—La Bratva, la casa, nuestras vidas —digo, marcando los elementos con mis dedos uno por uno con una sonrisa irónica.

Adrik agarra mi mano y la gira detrás de mi espalda, obligándome a arquearme hacia él. —Estás loca si crees que te voy a perder, *moya zhena*.

Antes bromeaba, pero mi pregunta ahora es seria. —¿No es una posibilidad?

—No mientras respire.

Deja caer mi mano y agarra mi cintura, acercándome a él. Grito de sorpresa, pero, un instante después, nuestros cuerpos se están fundiendo juntos. Enredo mis manos en su cabello y engancho mis tobillos detrás de su espalda.

—Joder. Tengo trabajo que hacer —dice. Toma mis pechos entre sus manos y los aprieta.

—Lo siento. Tuve la idea y no podía esperar.

—Créeme, lo entiendo. Tengo una idea ahora mismo. Y tampoco puede esperar.

Su mano se desliza por mi cuerpo, pero, cuando se desliza sobre mi estómago, me tenso.

¿Sentirá el pequeño bulto? Una parte de mí espera que el bebé empiece a dar patadas salvajes, aunque es demasiado pronto para algo así. Quizá me resulte imposible imaginar que hay algo que Adrik no sabe.

—¿Nerviosa? —sonríe, notando mi tensión.

Me río, pero suena maníaco. Como si hubiera perdido mis canicas. Tal vez sí, un poco.

—No. No, no lo estoy. Yo solo… —sacudo la cabeza, tratando de despejar las telarañas—. ¿De verdad crees que mi plan es bueno? ¿No solo lo dices?

—¿Por qué mentiría?

—Para no herir mis sentimientos —sugiero.

Adrik se retira, con una ceja alzada. —¿Alguna vez mentí para no herir tus sentimientos?

—Bueno… no. Supongo que no.

—Exacto —dice—. No hago nada que no me sirva, Emery. ¿Cuántas veces tengo que decirte eso? Esto podría funcionar. No lo intentaría si no pensara que fuera así.

—Vale.

Exhalo y trato de obligar a mi cuerpo a relajarse. No quiero que Adrik sospeche. Y tengo la sensación de que me sentiré muy relajada en unos minutos si puedo mantener la calma y dejar que Adrik continúe con lo que está haciendo.

Sus dedos están justo en la cintura de mis pantalones cortos, coqueteando con deslizarse hacia adentro, cuando se detiene y se retira para mirarme. —¿Qué te hizo pensar en usar el embarazo de Veronika en su contra?

—¿Qué? —pregunto, abriendo los ojos.

—Pasaron semanas desde esa cena. Quiero saber qué te hizo pensar en eso esta noche.

—Bueno, estaba saliendo de la ducha y estaba pensando en cómo… —*miente*—. Pensaba en cómo haría cualquier cosa para mantener a Isabella segura y ayudarla. Y estoy segura de que la mayoría de las madres sienten lo mismo, así que eso me hizo pensar en Veronika. Eso es todo.

Se queda en silencio y estoico por un momento. Me pregunto si se cree mi media mentira. Los latidos de mi corazón se aceleran…

Pero luego sonríe. —Con suerte, Veronika será la mitad de madre para su bebé que la que tú eres para Isabella. Si es así, este plan funcionará perfectamente.

Ah, ¿como lo hago ahora, no contándole a Adrik sobre la vida dentro de mí?

O quizá protejo al bebé manteniéndolo en secreto.

El ruido en mi cabeza vuelve con toda su fuerza. Por mucho que quiera quedarme aquí y dejar que Adrik me distraiga con sus manos, su boca y su absurdamente bendito equipo, no puedo.

Si paso un segundo más en esta habitación, verá a través de mí. Con él es solo cuestión de tiempo.

—Hablando de ser una buena madre —empujo su pecho—. Creo que escuché a Isabella moverse antes. Debería ir a ver cómo está —me deslizo fuera del escritorio y navego alrededor de él, de alguna manera desenredándome de sus manos—. Además, tienes que trabajar, ¿verdad?

Lo miro. Sé con certeza que, si hubiera dicho otra cosa que no fuera que Isabella me necesitaba, todavía estaría sentada frente a Adrik en su escritorio. O me haría gemir su nombre en cuestión de minutos o estaría contándole todo.

Es un juego peligroso el que estoy jugando, ocultarle secretos. No podré jugarlo por mucho más tiempo. Tendré que decírselo eventualmente.

Pero no esta noche.

Todavía no.

Le lanzo un beso al salir, sin poder mirarlo a los ojos. Luego, cierro la puerta firmemente. Cuando él entra a nuestra habitación un par de horas más tarde, finjo estar dormida.

Pero, incluso en mis sueños, él está mirando.

EMERY

Adrik ha tenido un equipo de seguridad vigilando la casa de Yasha toda la noche, y todavía insiste en que esperemos en el coche durante treinta minutos antes de entrar.

—En caso de que intenten colar a alguien dentro o fuera antes de la reunión —explica con brusquedad.

—Veronika no sería tan tonta como para intentar eso —no puedo decir esto con certeza. Realmente no conozco muy bien a Veronika. Simplemente asumo que cualquiera que mire a Adrik puede darse cuenta de que no es alguien con quien jugar.

—Te sorprendería saber cuánta gente es tan tonta como para intentar mentirme —dice, mirándome.

No habla del bebé. No sabe del bebé, me aseguro a mí misma. *Respira y deja de verte tan culpable.*

—¿Qué vamos a decir cuando entremos allí? —pregunto, cambiando de tema.

—Este es tu plan —dice—. ¿Qué dirás *tú*?

Respiro profundamente. —Bueno… supongo que empezaré contándole lo que me hizo Yasha. Ella tiene que saber qué tipo de persona es él.

—Incorrecto.

Arrugo la frente. —¿Incorrecto? No puede ser incorrecto. Esto no es una prueba.

—Todo es una prueba.

—¡Es la vida!

Él asiente. —Y algunos de nosotros aprendimos a navegarla mejor.

—Vale, tal vez seas un gran don de Bratva, pero…

—No es tal vez —interrumpe.

Suspiro. —Solo digo que no importa quién seas, yo conozco mujeres. Soy una de ellas.

Se vuelve hacia mí. —Finge que soy alguien que ya no te agrada mucho.

—No necesito fingir —digo con sarcasmo.

Adrik ignora mi mal humor. —Ahora imagina que te digo que la persona que amas, la persona a la que te has atado para siempre, es un cerdo violador y un monstruo.

Las imágenes pasan por mi mente.

Nuestra boda, Adrik guapo con esmoquin y una corona verde sobre su cabeza.

Adrik cargando a Isabella por el bosque. Bebiendo té falso durante su fiesta de té.

Y ahora nuestro bebé. La cuerda que nos une. Sellando nuestro juramento de medianoche incluso con más firmeza que nuestros votos.

Luego me lo imagino todo arrancado. Se va para siempre.

Me estremezco. Punto entendido. —Vale. Quizá ese no sea un buen enfoque.

—Nadie quiere pensar que está casado con un monstruo —dice—. Deberías saberlo mejor que nadie.

—Hemos hablado de esto, Adrik. No creo que seas un monstruo.

—Pero, ¿qué pasaría si te dieras cuenta en un instante de que soy el lobo feroz que acecha en las sombras de tus pesadillas? —pregunta—. ¿Qué pasaría si alguien viniera y te dijera algo sobre mí que te helara hasta los huesos, que hiciera imposible que volvieras a mirarme de la misma manera?

Sacudo la cabeza. —Eso no sucederá.

Dios sabe que esa línea de pensamiento fue puesta a prueba muchas veces. Me encerró en un calabozo. Mató a un hombre delante de mí. Y sigo aquí a su lado. Así que, después de todo eso, ¿qué más podría haber?

—Esperas que no suceda —corrige Adrik—. Tal como lo espera Veronika. Y, si le quitamos esa esperanza hoy, se pondrá a la defensiva antes de que puedas terminar de explicar.

Estoy agradecida de llevar una camisa de manga larga hoy. Oculta la piel de gallina que florece en mis brazos.

—Entonces, ¿qué digo? —susurro.

—Es más sobre lo que no dices —aconseja—. No le digas que Yasha te violó. No le digas que Yasha casi mata a Sasha. Y no le digas que envió a Rurik a la cabaña para que lo asesinaran.

Me quejo. —¡Eso es todo! Eso es literalmente, exactamente, lo que iba a decirle.

—Por eso estoy aquí. Para evitar que este plan te explote en la cara.

Me cruzo de brazos y me hundo en el asiento de cuero del pasajero. —Empiezo a sentir que realmente no pensaste que este era un buen plan.

—Es un buen plan —insiste—. Solo no sabes exactamente cómo ejecutarlo. Para eso estoy aquí.

Respiro profundamente. —Vale. Entonces ¿qué digo? *"Yasha ha sido muy malo"*.

Adrik frunce los labios. —Le decimos que está siendo imprudente. Dices que él y ella… y, sobre todo, su bebé… serán asesinados si no cancela esta guerra.

—Pero ¿todavía quieres matarlo?

Él asiente.

—Entonces, ¿vamos a mentirle?

—No es mentira —dice Adrik—. A Yasha lo matarán si no cancela esta guerra. Desafortunadamente, también lo matarán si viola a mi esposa y luego aparece en su habitación en medio de la noche para amenazarla.

—Él ya hizo eso.

Adrik me dedica una sonrisa sin humor, que me pone la piel de gallina. —Exacto. Firmó su deseo de muerte hace mucho tiempo. Solo me aseguro de que se haga justicia.

Otro escalofrío recorre mi espalda, pero lo reprimo. —Agrega eso a la lista de cosas que no puedo decirle.

—Probablemente sea lo mejor.

Me quejo. —No sé si puedo hacer esto. Veronika parecía amable. No quiero mentirle. Pensé que podría atraerla como madre, pero ahora tengo que entrar sabiendo que criará sola a ese bebé.

Adrik se inclina y coloca un dedo debajo de mi barbilla, volteándome para mirarlo. —No castigaré a Veronika por lo que hizo mi hermano. Te dije que los linajes significan algo para mí. Ese bebé es mi sobrina o sobrino. Me aseguraré de que esté alimentado, vestido y cuidado.

—¿Qué pasa si Veronika no quiere tu ayuda después de matar a su marido? —pregunto.

—Tengo formas de hacer que la gente haga lo que quiero —dice—. De todos modos, no es tu problema. Yo lo manejaré.

No dudo ni por un segundo que sea verdad. Miro el reloj y veo que solo tenemos dos minutos hasta la reunión. Al instante, mi ritmo cardíaco se dispara.

—Mierda. Es la hora —inspiro profundamente, pero no hace nada para aliviar el ardor en mis pulmones—. No puedo hacer esto, Adrik. No puedo…

—Sí puedes.

—Tal vez deberías ir sin mí. Sabes qué decir. Sabes cómo actuar. Será mejor si tú…

—Cállate la boca.

Cierro los labios y miro a los ojos azules de Adrik. Lentamente, se inclina hacia mí. Sé que me besará, pero eso igual no me permite preparar mi cuerpo para la avalancha de dopamina que inunda mi sistema tan pronto como nuestros labios se tocan.

Al instante, la tensión que tenía se desvanece. Suspiro en su boca y, por un momento, toda la charla constante en mi cabeza se calma.

Cuando se aleja, vuelvo a la realidad.

—Este es tu plan. Lo vas a llevar a cabo —dice.

—¿Y estarás allí conmigo?

—Quieras o no —dice—. Siempre.

En algún momento eso habría parecido una amenaza. Me habría sentido asfixiada. Pero eso es solo porque no conocía a Adrik en ese entonces. No entendía lo que significaba ser cuidada por alguien tan fuerte como él. Tenerlo conmigo para alcanzarme cuando tropiezo y abrazarme cuando tengo éxito…

Es mejor que cualquier cosa que pudiera haber imaginado.

Respiro profundamente y asiento. —Vale.

—Vale —repite Adrik—. Vamos.

EMERY

Es un corto paseo por la cuadra hasta la casa de piedra rojiza que comparten Yasha y Veronika. No es nada difícil saber cuál es la suya. Tiene el mismo gusto exagerado que su padre.

La mansión está pintada de blanco, con cajas doradas frente a ventanas de hierro negro. Cinco de ellas de ancho, casi el doble de ancho que cualquier otra casa de la calle. Una valla de hierro de dos metros de altura cierra el patio delantero.

—Sutil —murmuro—. Se integra perfectamente.

Está abierto, así que entramos y caminamos hasta la puerta principal. Toco el timbre y nadie contesta. Pero un minuto después veo a Veronika a través del cristal de la puerta principal.

Saludo, pero su expresión es plana. Nos mira fijamente a través del cristal durante unos segundos, mirándonos de arriba abajo. Luego, abre la puerta.

—No tenemos armas —dice Adrik de inmediato.

Veronika mira a Adrik con recelo. —Incluso si lo hicieras, estoy segura de que no las llevarías exactamente a la vista.

Se ríe con facilidad, como si se tratara de una llamada social normal, no de una negociación en medio de la guerra. —Me conoces bien. Pero estoy diciendo la verdad.

—Supongo que ya veremos —se vuelve hacia mí y logra esbozar una sonrisa muy superficial y poco sincera—. Encantada de verte de nuevo, Emery.

Lleva pantalones sueltos de lino verde y una blusa blanca fluida. La tela revolotea a su alrededor, pero, a diferencia de la cena de hace un par de semanas, noto un bulto. Lo esconde bien.

—Me alegro de verte también —le devuelvo la sonrisa—. ¿Podemos entrar?

—Acepté la reunión, ¿no?

—Sí. Pero puedes cambiar de opinión. Estamos aquí porque nos lo permites.

Mira a Adrik como si no pudiera creer que me esté dejando decir todo esto. Pero, fiel a su palabra, Adrik me permite liderar este plan. Él simplemente le devuelve la sonrisa.

Veronika niega con la cabeza y se hace a un lado. —Sea lo que sea por lo que estén aquí, no

quiero hablar de ello abiertamente al público, de todos modos. Entren.

—Nunca dijiste si tú tenías armas —comenta Adrik.

Veronika cierra la puerta y nos sigue por el pasillo hasta la sala de estar. —Y tampoco planeo hacerlo. Siéntense donde quieran.

Tomo una silla frente a la chimenea, pero Adrik deambula por el borde de la habitación.

—Yo me mantendré parado —objeta.

Veronika se encoge de hombros y se sienta frente a mí. Al sentarse, es aún más obvio que está embarazada. Su vientre se cierne sobre las piernas y apoya una mano encima mientras se acomoda.

—¿De cuántos meses estás? —pregunto.

—No es asunto tuyo.

Trago fuerte. *Buen comienzo, Em.*

—Muy bien, entonces directo al grano —doblo y desdoblo las manos en mi regazo, tratando de ponerme cómoda antes de darme cuenta de que es inútil. Soy un nervio expuesto.

Sentados fuera de la casa durante media hora, pensé que Adrik estaba siendo sobreprotector. Yasha no intentaría un ataque sorpresa en su propia casa. Pero ahora, sentados en su sala de estar, siento que probablemente se esté acercando sigilosamente detrás de mí.

¿De quién fue esta estúpida idea?

Ah, sí… mía.

—¿Y bien? —presiona Veronika. Tiene las cejas altas y los ojos oscuros expectantes.

Adrik tenía razón. Decirle la verdad sobre Yasha no es una opción. No a menos que quiera que ella saque cualquier arma que haya escondido y nos mate a ambos.

—Bueno —digo sin convicción—. Bueno, llamamos porque… Estamos aquí porque…

Se vuelve hacia Adrik. —Dios mío. ¡Solo dime qué pasa! Tu esposa no puede unir dos putas palabras.

—Estamos aquí gracias a ella —dice Adrik. Pasa el dedo por un pequeño pato de cristal en la estantería empotrada—. Es su idea. Solo estoy aquí por si las cosas se ponen complicadas.

—¿Qué? ¿Como si fuera *yo* quien te atacaría *a ti*? —Veronika se burla—. Tú eres el traidor aquí, Adrik. No yo.

—Habla con Emery —gruñe—. Y piensa bien antes de volver a insultarme.

Veronika suspira, pero puedo notar que está asustada. Conoce a Adrik. No hace amenazas vacías. —Lo estoy intentando, pero tu esposa no quiere hablar.

—Yasha hará que lo maten —espeto de repente.

Veronika me da su atención, pero Adrik ni siquiera se da vuelta. Sigue examinando todos los libros y la decoración de los estantes de Veronika. Es enloquecedor. Ojalá me mirara. Ojalá me dejara saber si estoy haciendo esto bien.

—¿Qué dijiste? —sisea Veronika—. ¿Es eso una amenaza?

Sacudo la cabeza. —No. No es una amenaza. Pero si Yasha no cancela esta guerra, será un hecho.

—¿Es eso así?

—Escucha, Veronika —trago nerviosamente—. Yasha está iniciando una guerra que no puede ganar. No tiene la mano de obra para sobrepasar a la Bratva. Morirá en el intento.

—Él no tuvo otra opción en esta guerra. Otros la empezaron por él.

—¿Qué significa eso? —pregunto—. Todos tienen una opción.

—Como si no lo supieras —escupe—. Tu marido es el que intenta eliminarlo.

Me giro hacia Adrik, pero no responde. Realmente me dejará manejar esto sola. No estoy tan segura de que sea el regalo que pensé que era en el coche. Ojalá interviniera y ayudara.

—Adrik nunca intentó excluir a Yasha —le digo—. Jamás. Yasha está sediento de poder. Quiere liderar y Adrik no se hará a un lado.

—¿Qué diablos sabes tú sobre todo esto? —espeta—. ¿Llevas unas semanas de matrimonio y ahora quieres jugar a ser la esposa Bratva como si conocieras el juego?

Me siento más erguida. —He aprendido mucho.

—Ah, estoy segura de que sí —ella pone los ojos en blanco—. Es más probable que Adrik supiera que no escucharía ni una palabra de lo que tenía para decir. Pensó en traerte aquí y dejarte repetir todas sus ideas, con la esperanza de que yo simpatizara con otra mujer.

—Te conozco mejor que eso, Veronika —Adrik finalmente se gira para mirar a su cuñada—. Y creo que tú también me conoces un poco mejor que eso. ¿Hice alguna vez algo para lastimar a Yasha?

Sus ojos se estrechan. —No, pero eso era solo porque tu padre estaba vivo y bien.

—Siempre fui la primera opción para asumir el cargo una vez que muera mi padre. Siempre —dice Adrik—. Nada cambió. Así que, ¿por qué debería excluir al hermano menor al que pasé mi vida protegiendo?

Veronika mira fijamente a Adrik por un segundo, y luego mira hacia otro lado. Está claro que no tiene una explicación. Porque no hay ninguna.

No una que pueda decirle, de todos modos.

—Todo lo que queremos es que esta guerra termine —le digo—. Pero no podemos hacer eso hasta que Adrik y Yasha estén en la misma habitación. Tienen que hablar.

—Y esperas que te ayude a engañar a mi marido, ¿no es así?

Me encojo de hombros. —Estoy aquí para tu beneficio también.

Ella niega con la cabeza. —No sabes nada sobre mí.

—Sé que estás embarazada —le digo—. Y sé que probablemente tengas miedo de lo que te depara el futuro para ti y tu bebé… para la familia que imaginaste.

De repente sus ojos se ponen vidriosos, pero rápidamente parpadea para secar las lágrimas. —Me gustaría que te fueras.

—Veronika, por favor —protesto—. Podrías llamar a Yasha y decirle que necesitas verlo. Dile que te estás poniendo de parto, que algo anda mal con el bebé, lo que quieras. Pero podríamos hablar con él e intentar arreglar esto antes de que las cosas se descontrolen. Antes de que tú o el bebé salgan lastimados.

De repente, ella se levanta. —Váyanse. Ahora.

Me hundo en el asiento. —Veronika, por favor…

—¡Fuera! —ella pasa junto a mí y se dirige a la puerta—. ¡Vete de mi puta casa!

Adrik se acerca y me ofrece su mano. —Ven, Emery. Vámonos.

No quiero irme. Quiero quedarme y resolverlo. Quiero que este plan funcione. Quiero ayudar. Pero el rostro de Veronika es frío e imperturbable. No quiere escucharme, así que no lo hará.

Supongo que todos estamos ciegos ante una verdad u otra.

Dejo que Adrik me ayude a levantarme y pasamos junto a ella por el pasillo. Él entra primero por la puerta principal, protegiendo mi cuerpo completo mientras mira hacia arriba y hacia abajo en la calle.

Busca atacantes. Cualquier señal de peligro. Mi plan falló y potencialmente nos puso en peligro y, sin embargo, Adrik todavía intenta protegerme.

Las lágrimas queman el fondo de mis ojos, pero no las dejo caer. Ahora no es el momento. Tengo que ser fuerte.

Adrik me guía escaleras abajo. Escucho la puerta cerrarse de golpe detrás de mí. Veronika pasa el cerrojo, dejándonos afuera en venganza.

—Bueno, eso fue un desastre —murmuro.

—Ciertamente lo fue.

Lo miro. —Se supone que deberías hacerme sentir mejor, ¿no?

—Pensé que ya habíamos dejado claro que no mentiré para evitar herir tus sentimientos.

—Sería bueno si lo intentaras por una vez —murmuro.

Me abre la puerta del pasajero y luego rodea el auto con indiferencia hacia el lado del conductor. Observo cómo se deja caer en el asiento, todo gracia y confianza.

—¿Cómo haces eso? —pregunto.

—¿Qué?

Le hago un gesto con ambas manos. —Esto. Ser… tú. Incluso allí, merodeabas por la habitación como cualquier otro día. ¿Nunca te pones nervioso?

—Nunca —dice.

—¿Cómo?

Él se encoge de hombros. —Fácil. Porque, mientras tu plan iba en picada, el mío iba perfectamente.

Parpadeo. —¿Qué plan? ¿Tenías otro plan? ¿Y no me lo dijiste?

Él asiente. El dolor se enciende en mi pecho. —¿Por qué no?

—Porque quería que tuviera éxito.

—Guao. Definitivamente no estás evitando herir mis sentimientos ahora —espeto.

—¿Se supone que debo disculparme? —pregunta—. Porque no lo haré. El plan funcionó. Distrajiste a Veronika por mí.

—¿Eso es todo lo que fue? ¿Una distracción para ti? —sacudo la cabeza—. De verdad pensé que te gustaba mi idea.

—Y me gustaba. Si Veronika hubiera aceptado el plan, lo habríamos llevado a cabo —afirma—. Pero no lo hizo. Por suerte, nos preparé para esa posibilidad. Ahora no perdimos el tiempo por completo allí. De nada.

Me vuelvo hacia Adrik. Me mira sin remordimiento ni simpatía. Hizo lo que había que hacer. Siempre lo hace y siempre lo hará.

Hay una razón por la que va a ser un don. El hombre sabe lo que hace.

Yo suspiro. —Bueno. Vale. ¿Cuál era tu plan?

Adrik saca su teléfono e inicia sesión en una aplicación. Un segundo después, hay una suave estática. Ruido blanco, como un sistema de sonido funcionando sin música.

Al principio, estoy confundida. Pero entonces, de repente, lo entiendo. A pesar de mí misma, sonrío. —Plantaste un micrófono.

Se acerca y acaricia mi mejilla. —Y ahora, escuchamos.

ADRIK

—Veronika todavía nos mira desde la puerta —dice Emery. Se abrocha el cinturón de seguridad.

Levanto la vista y veo la silueta de mi cuñada a través del cristal. Es demasiado inteligente para darnos la espalda. Pero aun así fue lo suficientemente descuidada como para no obligarme a sentarme y mantener las manos quietas mientras estaba en su casa.

Ay, bueno. Su pérdida es mi ganancia.

Arranco el coche y me alejo de la acera.

—¿Qué hacemos ahora? ¿Solo esperar? —pregunta Emery.

—No tendremos que esperar mucho —le digo. Unas cuadras más adelante, estaciono frente a una serie de casas adosadas anodinas. Agarro mi teléfono y vuelvo a abrir la aplicación.

—¿Para qué estás escuchando? Está sola.

Subo el volumen de mi teléfono lo más alto que puedo. —Ella llamará a Yasha y le contará lo que pasó.

—¿Estás seguro?

Me vuelvo hacia ella. —¿A quién llamarías en una situación como esta?

Emery se mete un largo mechón de cabello dorado detrás de la oreja. —A ti.

Asiento con la cabeza. —Y Veronika va a llamar a Yasha. Estoy seguro de ello.

Un segundo después, el micrófono capta el sonido de unos pasos sobre el suelo de madera. Luego, la voz de Veronika.

—Estuvieron aquí —dice en voz baja—…Sí, vinieron juntos.

Movimiento amortiguado. El golpe silencioso de una pisada nerviosa. Otra.

—No les dije nada. De todos modos, no es que sepa nada —espeta Veronika.

—Supongo que tampoco confía en ella —comenta Emery.

Asiento. —No puedes confiar en nadie.

Emery frunce el ceño, pero lo digo en serio. En esta vida, toda persona que conoce la verdad es una debilidad esperando ser explotada. Y la explosión es un asunto sangriento y doloroso para todos los involucrados.

—Sería bueno saber qué estás haciendo —dice Veronika—. Dijeron que Adrik no está tratando de eliminarte. Dijeron que tú estás… ¿Qué? ¿Por qué debería ponerte en altavoz?

Veronika deja de hablar, y luego suspira.

Y la siguiente voz que escuchamos no es la suya.

—¿Dónde lo escondiste? —pregunta Yasha. Su voz es estática y un poco confusa por filtrarse a través del teléfono de Veronika, el dispositivo de escucha y el altavoz de mi teléfono. Pero obviamente es él.

—¿Esconder qué? —pregunta Veronika—. ¿Qué diablos está pasando…?

—Tú no, mujer idiota —sisea Yasha—. Estoy hablando con Adrik.

Chert voz'mi, maldigo en mi cabeza. La frente de Emery está arrugada. Está tan confundida como Veronika.

Pero yo entiendo exactamente lo que está pasando.

—Ya se fueron, Yasha —dice Veronika, desconcertada—. Te lo dije. Ellos…

—Puso micrófonos en la casa —interrumpe Yasha—. ¿Deambuló por la habitación? ¿Se negó a sentarse?

Hay un momento. Un solo segundo de silencio confuso. Entonces…

—Mierda —sisea Veronika—. Yo ni siquiera… Maldita sea.

—Encuentra el micrófono y destrúyelo —Yasha se ríe, pero suena desquiciado. Como un payaso malvado en una película de terror. Luego, me habla directamente—. Me enseñaste todos tus trucos, hermano mayor. Tendrás que esforzarte más que eso.

Mi mano se aprieta con fuerza. Mis nudillos son blancos.

Ambos fuimos criados para ser despiadados cuando era necesario. Para nunca hacer amenazas vacías. Para ejercer la violencia cuando sea necesario.

Pero Yasha es impredecible. Siempre fue una bala perdida, especialmente si está enojado. La cantidad de peleas y situaciones cercanas a la muerte que tuve que interrumpir… Sabía que él era peligroso, pero nunca esperé que mi hermano menor volcara ese caos hacia mí.

—Te enseñé a ser leal —digo, aunque Yasha no puede oírme—. Te enseñé a respetar a tu familia. Nunca te enseñé a lastimar sin razón.

Emery se acerca para ponerme una mano encima, pero me alejo. Me siento como una granada con un gatillo sensible. Cualquier cosa podría llevarme al límite.

—Lamento mucho haberme perdido tu visita —canta Yasha—. Habría sido lindo ponerme al día contigo. *Con los dos*.

Emery se estremece. Es una razón más para matar a mi hermano.

Él la aterroriza.

—Sobre todo, porque lo único que quiero es un pequeño y feliz reencuentro —sigue Yasha—. Quiero que dejemos atrás el pasado. Tiempo pasado y todo eso. Quiero que seamos una familia.

Ella tiembla. Reprimo el fuego que crece en mí y pongo una mano en su rodilla. Mientras lo hago, puedo sentirla inclinarse hacia la comodidad.

—¿Cómo pueden dos personas venir del mismo acervo genético y ser tan diferentes? —susurra.

Aprieto los dientes. —Igual que un hombre como él puede hacer una niña como Isabella.

—Él no la hizo —espeta Emery—. Ella es mía. Ella es tuya. Joder que no es de él.

Siento la verdad de lo que dice en mi pecho. Es como si mi corazón creciera, dejando espacio para Isabella y Emery… para la familia que creamos.

La familia por la que lucharé hasta la muerte para proteger.

—Quiero reunirnos —espeta Yasha—. Hoy.

Veronika jadea. —¡Yasha, no! Dijiste que no era seguro. ¿Qué pasa si ellos…?

—Quiero que nos veamos hoy —vuelve a decir Yasha—. Pero… quiero ver a mi hija.

—¿Qué…? —comienza Veronika.

Yasha la interrumpe. —Sin violencia, sin trucos. Eso es todo lo que quiero.

—Habla de Isabella —Emery pone su mano sobre la mía y la aprieta con miedo—. Quiere conocerla.

Asiento. —Pero hace que Veronika piense que está hablando de su bebé. De su hijo juntos. Como si pudiéramos matarlo y que no regrese a casa.

—Él es bueno —admite Emery de mala gana.

—Podemos reunirnos hoy en el complejo —dice Yasha—. Si estás de acuerdo con mis términos, retira a tus hombres y a tu seguridad del perímetro del complejo. Haz que se retiren. Si veo siquiera una sombra estornudando mal en mi camino a través de las puertas, destruiré todo el puto lugar.

—Isabella —respira Emery.

Ella está a salvo con Stefan ahora mismo. ¿Pero Yasha ya preparó algo? ¿Espera para presionar el botón en el momento en que Emery y yo regresemos a la propiedad?

Quiero decir que no es posible, pero Yasha es astuto. Podría haber podido sortear algunas de las defensas. No hay manera de saberlo…

—Lo encontré —dice Veronika de pronto. Su voz es clara y muy fuerte—. Estaba debajo del pato de cristal, en la estantería. ¿Qué debo hacer?

—Acércalo al teléfono —dice Yasha.

Oímos el ruido de sus dedos sobre el micrófono mientras lo levanta.

—Veinte minutos deberían ser tiempo suficiente para que conduzcas de regreso al complejo desde mi vecindario, ¿verdad? —pregunta Yasha—. Porque estoy seguro de que estacionaste cerca para escuchar.

—¿Es suficiente tiempo? —se preocupa Emery—. No estamos preparados. ¿Qué hacemos?

—Te veré pronto, hermano. Veronika —dice Yasha—, destrúyelo.

Un segundo después, se oye un crujido y una larga serie de ruidos agudos de retroalimentación. Luego silencio. Un silencio tenso y espantoso.

—¿Qué haremos? —pregunta Emery—. ¿A dónde iremos? Tenemos que volver y sacar a Isabella de allí, pero no hay tiempo. ¿Deberíamos llamar a Stefan? Quizá para buscarla e ir a…

—No vamos a huir —enciendo el auto y me incorporo al flujo de tráfico de media mañana—. Nos reuniremos con él.

—No. ¡No! Isabella no puede involucrarse en esto —dice Emery—. Ella no sabe quién es él, Adrik. Y no puedo decírselo así. No lo haré.

—Ella tendrá que saber sobre esto algún día.

—¡Hoy no! No bajo amenaza —espeta.

—Si esperas el día en que no haya amenazas en nuestras vidas y estemos perfectamente seguros, esperarás por siempre —gruño—. No estoy seguro de en qué tipo de cuento de hadas crees que te inscribiste, pero esta es mi vida. Así es como es.

—No me inscribí en nada. Secuestraste a mi hija y me obligaste a hacer esto —escupe Emery.

—Te di la oportunidad de irte.

—¡Sí, si quería sacrificar la salud de mi hija! ¡O volver con un cerdo violador! —molesta, se mete un mechón de cabello caído detrás de la oreja—. No tenía ninguna opción.

Me encojo de hombros. —Entonces, deberías agradecerme.

—¿Por qué?

—Por darte una opción —respondo—. Antes estabas atrapada con Malcolm. Al menos te di la opción de estar con él o conmigo. Sabiendo lo que sabes ahora, ¿te arrepientes de algo?

Emery se queda en silencio. Cuando la miro, su boca está fruncida con firmeza. La verdad está atrapada detrás de sus suaves labios.

—¿Tienes algún arrepentimiento? —repito—. ¿Desearías no haber entrado nunca en mi oficina esa primera noche en que nos conocimos? ¿Desearías no haber bailado conmigo?

Se cruza de brazos y se recuesta en su asiento. —No.

—Entonces no me digas que nunca te di una opción, joder.

Nos corro hacia la carretera. Emery se apresura a agarrar la manija de la puerta y encontrar algo donde agarrarse.

—Lo siento. Yo… yo te elegí. ¿Vale? Yo te elegí. No quise decir… simplemente… no quiero que Isabella se involucre.

—Ella ya está involucrada —digo—. Si Yasha está dispuesto a negociar con nosotros para conocerla, entonces será mejor que creas que está dispuesto a secuestrarla para hacer algo peor que eso. Esta es la manera.

Ella se queja. —Eso no puede ser cierto. Esta no puede ser nuestra mejor opción. Está loco, Adrik. Lo escuchaste. Él te matará.

—Lo intentará —digo con gravedad—. Sin duda lo intentará.



LLAMO y despejo la seguridad cuando estamos a diez minutos del complejo. Mis hombres están confundidos, pero obedecen. Saben que no deben hacer preguntas imprudentes a su don.

—¿Isabella todavía está con Stefan? —pregunta Emery.

Asiento con la cabeza. —Tiene a ella y al perro con él. Estarán a salvo.

El resto del viaje, estamos en silencio. No hay nada para decir. Emery es un manojo de ansiedades y nervios. Prácticamente vibra en su asiento.

Pero yo me siento tranquilo. Estable. La dicha zen de la acción.

Las puertas están abiertas de par en par. Avanzamos a toda velocidad por el sinuoso camino hacia el complejo. Desde este punto de vista, puedo ver los daños persistentes en la mampostería en la esquina delantera de la casa por donde entraron Malcolm y los Volandris. Parece como si hubiera pasado hace toda una vida.

—No veo un coche —dice Emery—. ¿Qué conduce Yasha?

Sacudo la cabeza. —Querrá sorprendernos. O está aquí y se esconde, o entrará una vez que estemos instalados. A mi hermano siempre le ha gustado montar una escena.

—No me gusta esto.

—Será mejor que te acostumbres —le digo—. La vida está llena de decisiones que no me gustan. Pero alguien tiene que tomarlas.

—No, quiero decir… —ella se acerca y agarra mi brazo—. No creo que debamos entrar.

—No soy un cobarde —espeto—. No voy a escabullirme y evitar la realidad que tengo delante. No como otras personas.

Algo parecido a la culpa cruza su rostro, pero no tenemos tiempo para hablar de eso. Tenemos que seguir adelante.

Cuando estaciono el auto y salgo, Emery hace lo mismo. —Quédate detrás mío —le digo.

Hasta obedece para variar, caminando unos pasos detrás de mí.

Es extraño subir las escaleras y ver las cámaras al lado de las puertas de entrada apagadas, la siempre presente luz roja que brilla debajo de ellas apagada.

Realmente estamos solos.

Camino hacia las puertas dobles de la entrada. La de la derecha está parcialmente abierta. Emery se acerca detrás de mí. Aprieta la parte de atrás de mi camisa para que no podamos separarnos.

La entrada está más oscura de lo habitual. Normalmente, la luz rebota en los suelos blancos y los techos altos, pero hoy parece una caverna. Miro y me doy cuenta de que las cortinas de todas las ventanas están corridas.

Frunzo el ceño, tratando de reconstruir lo que está pasando… cuando Emery jadea.

Envuelvo una mano detrás de mí, arrastrándola contra mi espalda y girando en un movimiento automático para lanzarme entre ella y lo que sea que esté ahí afuera, en las sombras.

—¿Qué pasa? —gruño.

Ella sacude la cabeza y me empuja hacia atrás. —Adrik. Mira.

No lo vi cuando entramos por primera vez. El bulto en medio del suelo. Mis ojos todavía se estaban adaptando a la oscuridad.

Pero ahora es obvio. Una masa acurrucada que yace inerte sobre la alfombra.

En forma de cuerpo humano.

—¿Quién es? —pregunta Emery. Puedo sentir el temblor de su mano en mi espalda—. ¿Es Yasha?

—No.

Ella traga saliva. —¿Cómo puedes saberlo?

Porque conozco el tamaño y la forma de mi hermano. También conozco bien a este hombre. Muy bien.

Ese tipo de cosas sucede cuando pasas diez años torturando a alguien en tu calabozo.

Veo las cicatrices por todos sus brazos y cuello. No importa que la cara del hombre haya sido destrozada, irreconociblemente aplastada.

Reconocería a Pietro Volandri en cualquier sitio.

—¿Adrik? —susurra Emery. Su voz resuena en el silencio.

Justo cuando abro la boca para responder, escucho el lejano estridente de las sirenas de la policía. Y entonces, la última pieza del rompecabezas encaja en su lugar.

—Me están incriminando.

ADRIK

—Adrik, eso es… Ay, Dios… Adrik, ¿qué está pasando?

La voz de Emery está a punto de desmoronarse por completo. Pero no es momento.

—No tenemos tiempo para esta mierda —gruño. Aguzo el oído. Las sirenas se acercan. No más de cinco minutos.

No es una respuesta compleja de ninguna manera. Yasha arrojó el cuerpo de un hombre desaparecido en medio de mi vestíbulo y llamó a la policía. A más B es igual a C, y ningún soborno podrá evitar que un detective de homicidios me señale como el sospechoso número uno. Caso abierto y cerrado, en realidad.

Abro la cerradura que da al calabozo y abro la puerta de golpe. Emery vacila a mi lado, sin duda recordando la última vez que estuvimos juntos aquí. Pero cuando enciendo el interruptor de la luz y subo las escaleras de dos en dos, Emery me sigue hacia el aire oscuro y húmedo.

—Así que te está incriminando —dice con cautela. Prácticamente puedo oír los engranajes de su cabeza, girando mientras intenta darle sentido a todo—. Pero… pero… Pietro era malo, ¿no? ¡Era un Volandri! ¡Y un depredador! Tú… digo, en todo caso, ayudaste a la policía, ¿no? ¿No deberían agradecerte?

Me río amargamente. —Si tan solo el resto del mundo tuviera tus lentes rosas.

—No es momento de hacerme sentir estúpida —espeta—. Dime qué está pasando para poder ayudarte.

Dejo de caminar tan repentinamente que Emery se golpea contra mi espalda. La agarro por los hombros y fuerzo sus ojos hacia los míos. —Puedes ayudarme largándote de aquí, Emery.

Ella niega con la cabeza de inmediato, tan terca como siempre. —De ninguna manera, Adrik. Me quedaré contigo.

—Escúchame —gruño—. La policía de esta ciudad come de la mano de quien más les paga. Yasha sabe hasta el centavo lo que les pago a esos corruptos hijos de puta, por lo que para él es un asunto sencillo lograr que los Volandris ofrezcan más. Eso me deja jodido por el momento. Pero estaré frío y muerto antes de que les permita poner un dedo encima de ti o de Isabella. ¿Lo entiendes?

—¡No! —grita—. ¡No entiendo nada! ¿Por qué Yasha haría eso? ¿Solo quiere apoderarse de la Bratva?

—O eso, o destruirla para que nadie más pueda tenerla —hago una mueca—. Empiezo a pensar que solo quiere prender fuego el mundo para poder bailar en el calor.

Con eso, se acaba el tiempo de explicaciones… no es que hubiera tiempo, para empezar. Me doy vuelta y abro el gabinete empotrado en la pared. En el interior hay un lío de equipos de tortura. Pietro estaba muy familiarizado con todo ello.

Meto la mano y saco una lata de gasolina y una caja de cerillas.

—¿Un incendio? —jadea Emery—. Pero… la casa…

—Estará vacía si me envían a prisión por asesinato —termino—. Ahora tienes que irte para que pueda encargarme de esto.

Emery me agarra del brazo. —No. No puedo dejarte. Déjame ayudar. Por favor.

—No. Mantente fuera del camino.

—Adrik, por favor…

—Isabella necesita un padre —le digo mientras empiezo a rociar gasolina dentro de la vieja celda de Pietro. Para empezar, él no tenía muchas pertenencias, pero quiero que se quemen la fina manta y el rollo de papel higiénico junto con toda la evidencia de ADN.

Ella sigue hablando. —Haremos esto juntos, y luego…

—Ya te lo dije: nadie te tocará. Pueden venir por mí. Estoy hecho para esto. Pero hice un juramento para mantenerte a salvo. Es así como se ve.

Ella llora. —No puedo… no puedo dejarte aquí solo. No puedo…

—Estás jugando en las manos de Yasha ahora mismo —gruño—. Estás haciendo lo que él quiere. Por una vez en toda tu puta vida, solo escúchame, joder. Vete.

El hedor acre de la gasolina es espeso y desagradable. Me arden las fosas nasales. Me doy vuelta y tiro del cuello de la camisa de Emery hasta taparle la nariz y la boca.

—No deberías estar aquí. No es seguro.

Ella suspira. —Vale. ¿A dónde voy?

Rápidamente, le doy instrucciones sobre cómo llegar a la casa de Stefan desde aquí. Está lo suficientemente cerca como para caminar… o, mejor dicho, correr.

—Quédate en los árboles —le advierto—. Y, si te atrapan, dile a la policía que escapaste de mi calabozo. Diles que luchaste conmigo y escapaste.

Ella jadea. —¡No!

—Sí —insisto—. Sálvate, Emery. Si hago un buen trabajo aquí, no habrá ninguna evidencia para condenarme. Y puedes negarte a testificar. Pero, si te atrapan…

—Digo que me torturaste —reprime un sollozo—. Que me mantenías como rehén.

Me encojo de hombros. —No está tan lejos de la verdad, ¿no?

De repente, Emery se lanza hacia mí. Es un beso breve, pero pone todo lo que tiene en él. Sus manos se enroscan en mi cabello, su boca se abre, su lengua se desliza por la mía. Cuando se aleja, las lágrimas corren por sus mejillas.

—No es la verdad —murmura—. Para nada.

Beso su frente. —Lo sé.

Ella me mira una vez más, sus ojos verdes vidriosos en la penumbra. Luego, sale corriendo por el pasillo. Me duele el corazón cuando desaparece en las sombras.

Corro una línea de gasolina por el pasillo y luego vuelvo a la entrada. Las sirenas ahora suenan todavía más fuertes. Me queda muy poco tiempo.

—Que te jodan, Yasha —me gruño a mí mismo, como si pudiera oírme.

Arrastro a Pietro hasta el borde de la alfombra en la que está y empiezo a enrollarlo hasta que queda bien envuelto. Luego, arrastro a toda la asamblea por el pasillo.

La alfombra hace que mover a Pietro sea mucho más fácil, pero un cadáver siempre es un hijo de puta pesado. Me lleva más tiempo del que me gustaría llevarlo hasta lo alto de las escaleras. Pero, una vez que lo hago, tiro la alfombra.

El fuego no destruirá completamente su cuerpo, pero le complicará las cosas a la policía. Además, un cuerpo mutilado hace que sea más fácil para alguien de adentro ayudarme. Pietro lleva años desaparecido. Nadie lo busca. Paso algo de dinero al forense y a los detectives y, de repente, tengo un vagabundo muerto en mi calabozo. Quizás esté drogado. Quizá entró e incendió el lugar.

Habrá más opciones. Solo tengo que sobrevivir el tiempo suficiente para alcanzarlas.

Sigo el cadáver destrozado de Pietro hasta el pie de las escaleras, desenrollo la alfombra y le echo gasolina encima. Un pensamiento pasa por mi mente.

Debí haber hecho esto hace diez años.

Las sirenas son lo suficientemente fuertes como para poder escucharlas incluso a través de las gruesas paredes insonorizadas del calabozo. Esto tendrá que ser suficiente.

Bueno, esto y una cosa más.

Stefan me dijo que estaba completamente loco cuando le expliqué lo que había insertado en las paredes de la casa. —No puedes llenar tu puta *casa* con explosivos latentes —espetó.

—Entonces, ¿cómo es que ya lo hice?

—¿Qué pasa si explotan accidentalmente?

—Entonces o recibiré un reembolso —dije—. O estaré demasiado muerto para que me importe.

Es un concepto simple: un botón de autodestrucción. Empezar de nuevo. Borrar todas las pistas. Los hombres en mi posición conocen el valor de semejante herramienta.

Corro hasta el final del pasillo y abro la puerta oculta en la pared de piedra. Dejo mis zapatos, porque están empapados de gasolina, y cruzo la puerta hacia el hueco de la escalera.

Cuando saco las cerillas de mi bolsillo trasero, las sirenas suenan como si estuvieran justo afuera de la puerta principal.

—Es ahora o nunca —digo. Enciendo la cerilla y la arrojo a un charco de gasolina.

Una bola de fuego estalla instantáneamente.

El calor quema mi piel como una marca de ganado. Tropiezo hacia atrás, pero no retrocedo todavía. Quiero asegurarme de que el fuego llegue a la alfombra.

No puedo oír nada por encima del sonido de las llamas crepitando, así que no tengo idea de dónde está la policía, si están dentro, si están casi encima de mí. Pero ya es demasiado tarde para preocuparse.

La llama recorre el pasillo y luego rodea la alfombra como paredes de calor. Roe los bordes, pero se niega a ir más allá. Cada segundo que estoy aquí esperando, el infierno frente a mí se vuelve más caliente.

—Quémate, hijo de puta, quémate —gruño en voz baja.

Finalmente, justo cuando mis cejas empiezan a quemarse, las llamas comienzan a devorar la alfombra y su contenido, masticando la tela, la sangre, la carne, los huesos.

Eso tendrá que ser suficiente.

Me doy vuelta y subo corriendo las escaleras traseras. La puerta al exterior es de metal macizo y está estancada por desuso. Cuando la empujo por primera vez, no se mueve. Por un breve segundo, creo que me encerré en mi propia tumba de fuego.

Y, durante un segundo después de eso, me pregunto si es el camino correcto a seguir. Apropiado, en un sentido morboso. Acabado por mi propia paranoia, mi propio ego.

Pero luego recuerdo lo que me espera ahí fuera.

Mi esposa.

Nuestra hija.

Y sé que no hay fuerza en esta tierra… ni fuego, ni viento, ni policía, ni Volandris… que pueda impedirme llegar hasta mi familia.

Pongo todo mi peso detrás de mi próximo empujón. La puerta gime en señal de protesta, pero se abre con un chirrido. Un bendito aire fresco llena el hueco de la escalera. Solo queda una cosa por hacer.

Me dirijo al panel empotrado en la pared e introduzco el código de seis dígitos.

ARMADO parpadea en la pantalla en un siniestro texto rojo. ***PRESIONA EL BOTÓN PARA***

DETONAR.

Cierro los ojos y respiro profundamente.

Luego, golpeo la tecla.

Siento el temblor en el suelo antes de escuchar algo. Las escaleras comienzan a balancearse bajo mis pies. Me lanzo por la puerta y ruedo sobre el césped cuando la primera de las explosiones comienza a sonar. Golpes masivos y ensordecedores crujen en el aire a través de la escalera frente a mí.

Luego, mi casa se derrumba sobre sí misma, como una estrella moribunda.

EMERY

Tan pronto como salgo, las sirenas suenan por todas partes. Es como si se acercara el apocalipsis. Por lo que sé, es así.

Para mí, al menos. Este podría ser el fin de la vida tal como la conozco.

El ruido resuena desde todas direcciones. Estoy segura de que viene de la carretera principal, pero, por un segundo, me quedo afuera de una puerta lateral de la mansión, sin saber en qué dirección correr.

Entonces, escucho la voz de Adrik en mi cabeza.

Quédate en los árboles.

El jardín paisajístico está formado principalmente por arbustos y delicados setos ornamentales. Cornejos y cerezos en flor rodean caminos pavimentados y fuentes de piedra. Pero un poco más allá hay imponentes robles y pinos. Sombra protectora. Cobertura. Paso seguro.

Corro hacia la línea de árboles, tropezando varias veces con mis propios pies torpes y desplomándome en el césped. Quiero detenerme y quedarme ahí, acurrucarme y llorar todo lo que siento que estoy perdiendo.

Lo que sea que esté sucediendo es demasiado grande para que yo lo comprenda. No sé lo que estoy haciendo. La única razón por la que no sigo parada congelada y confundida en el vestíbulo con el cadáver de Pietro es que Adrik comprendió al instante lo que estaba pasando.

El hombre nunca deja de moverse. Siempre tiene un plan. Nunca duda, nunca teme. Simplemente actúa.

Por favor, déjalo salir.

No sé a quién ni a qué le rezo, pero necesito hacer algo para ayudar y es todo lo que puedo pensar en este momento.

Por favor, mantenlo con vida. Por favor, mantenlo a salvo.

Estoy tropezando entre los árboles cuando siento que la tierra se estremece. Casi espero que el suelo se abra y me trague entera. Pero entonces, un segundo después, escucho la explosión. Sacude el suelo y hace vibrar los árboles. Bandadas de pájaros chillan y vuelan por el aire, desapareciendo en el cielo despejado.

Excepto que no está despejado. Ya no.

Cuando miro detrás de mí, hacia el complejo, hay una extensa columna de nocivo humo gris. Crece, se extiende por el cielo, tapa el sol como una plaga bíblica.

—Ay, Dios mío —gimo, cayendo de rodillas.

Una serie de explosiones más pequeñas retumban en la tierra mientras contemplo las consecuencias. Sigo esperando que las nubes se reordenen en el cielo y me cuenten la historia de lo sucedido.

Pero no hay respuesta.

—Él siempre tiene un plan —digo en voz baja, tratando de convencerme de levantarme. De seguir por donde iba y no dar la vuelta y correr de regreso hacia él—. Adrik tiene un plan. Él sabe lo que hace.

Cuando me pongo de pie, tengo las rodillas húmedas de barro y las palmas de las manos raspadas y sucias de tanto caer. Pero sigo moviéndome. Volver atrás no ayudará ahora. Lo único que puedo hacer es salir de la zona. Llegar a la casa de Stefan. Llegar a Isabella.

Adrik me dijo que Stefan vivía más allá del límite de la propiedad. Lo que no me dijo es que el límite de la propiedad está amurallado con una valla de piedra de dos metros y medio de altura. Camino durante unos minutos, buscando una abertura, antes de rendirme y decidir que no tengo más remedio que escalarla.

Llevo sandalias… no precisamente calzado para escalar… pero me las arreglo bien. Las rocas son lo suficientemente grandes como para que pueda meter los dedos en los surcos entre ellas y levantarme.

Cuando finalmente llego a la cima, paso una pierna por encima de la pared y me siento. Estoy exhausta, sucia y temblorosa por el esfuerzo. Mi cuerpo está dolorido. Tengo sed.

Pero luego miro hacia el complejo, y todo lo demás se desvanece.

No me di cuenta, pero he estado caminando cuesta arriba y los árboles se han ido aclarando. Sentada en esta pared y mirando hacia atrás, puedo ver la parte superior de la casa asomándose por encima de las hojas.

O… lo que queda de la casa.

El techo de un ala entera desapareció y fue reemplazado por columnas de humo. Las vigas de acero sobresalen como huesos en un cementerio. Se me escapa un sollozo y me tapo la boca con una mano.

—No —digo, sacudiendo la cabeza—. No, él está bien. Adrik está bien.

Si lloro ahora, nunca pararé.

Si lloro ahora, hará que esto sea demasiado real. Demasiado permanente.

Así que no puedo llorar. Tengo que seguir moviéndome.

Con cautela, bajo la pared y vuelvo a tierra firme. Luego, como me indicó Adrik, camino hacia el

antiguo campanario de la iglesia.

—Stefan vive a la sombra de la iglesia abandonada —dijo Adrik—. Y sí, él capta el chiste.

Cruzo una carretera estrecha y sin marcas y cruzo otros patios y propiedades, siempre manteniéndome en los bordes y las sombras, asegurándome de que no haya moros en la costa antes de avanzar.

Finalmente, salgo de un estrecho hueco entre dos casas y veo la iglesia frente a mí. Las puertas están tapiadas, pero las vidrieras aún están intactas. Y, justo al lado, hay una casa alta de dos pisos, con un coche negro en el camino de entrada. Las ventanas están tintadas.

Es aquí.

Me siento como una loca que sale del desierto cuando cruzo la calle y subo corriendo las escaleras del porche. Antes de que pueda tocar la puerta, Stefan la abre de golpe.

Por supuesto que estaba vigilando. Me sorprendería más si no me hubiera visto venir.

—¿Qué diablos pasó con…? —comienza.

Pero, antes de que pueda terminar, me lanzo hacia él y le rodeo el cuello con mis brazos. —¿Tienes noticias de él?

—Noticias de… —Stefan me aleja de él y me inspecciona de pies a cabeza. Luego, mira a su alrededor—. ¿Dónde está Adrik?

Mi estómago toca fondo. Es un milagro que siga de pie, porque los golpes siguen llegando. —¿No sabes nada de él? ¿No te llamó?

Puedo notar por la expresión de asombro en el rostro de Stefan que aún no ha oído nada de Adrik, pero aun así saca su teléfono celular y lo comprueba. Él niega con la cabeza.

—No. Joder. ¿Qué está sucediendo?

La historia sale de mí en una divagación incoherente. —Fuimos a ver a Veronika, pero no quiso hablar conmigo. Adrik dejó un micrófono en su casa. Nos subimos al coche para escuchar, pero luego llamó a Yasha y Yasha sabía del micrófono. Le dijo a Adrik que quería reunirse, y…

Stefan pone una mano en mi hombro y me lleva adentro. Ni siquiera me di cuenta de que todavía estaba en el porche, donde cualquiera podía verme. Donde cualquiera podía oírme.

—Tienes que ir más lento —dice—. Sabía que ustedes dos iban a ver a Veronika. Y luego recibí una llamada del equipo de seguridad, diciendo que Adrik los estaba evacuando. Intenté llamarlo para preguntarle qué carajo, pero no respondió.

—Yasha —digo, dándome cuenta de que toda la mierda de hoy… toda la mierda de los últimos seis años de mi vida… se puede resumir en ese nombre—. Yasha pasó.

—¿El hermano de Adrik? —pregunta una vocecita.

Miro y veo a Isabella sentada en el comedor con una tableta en su regazo. Travis está sentado alerta junto a ella. Sus ojos marrones me miran nerviosamente.

Suspiro, exhausta, aliviada. —Isabella.

Isabella arquea una ceja mientras cruzo la habitación y la envuelvo en un fuerte abrazo. —¿Por qué estás toda embarrada, Mamá?

—Caminé hasta aquí —digo.

—¿Por qué?

Miro a Stefan. —Adrik pensó que sería bueno para mí.

Isabella mira a su alrededor, esperanzada. —¿Dónde está Adrik?

—No lo sé, cariño —mis ojos nunca dejan los de Stefan—. Él se quedó en la casa. No sé si me siguió. Stefan, deberías ir a comprobarlo.

Stefan frunce el ceño, pero inclino la cabeza hacia la ventana. Él entiende que estoy tratando de transmitir algo, así que sigue la orden. Tan pronto como llega a la ventana, veo que sus hombros se ponen rígidos.

—Hoy está nublado —murmura.

—Aparecieron hace unos diez minutos.

Se vuelve hacia mí y su rostro está pálido. —Me pareció escuchar un trueno.

Asiento con la cabeza. Él sabe lo que estoy diciendo. Y sabe que no puedo decir más delante de Isabella. Lo último que quiero es que ella esté asustada o preocupada. Adrik la alejó del complejo porque quería que estuviera lejos de cualquier mierda que pudiera suceder hoy.

Te mantendré a salvo. Las mantendré a ambas a salvo.

—Ve a limpiarte, Emery —dice Stefan con suavidad. Señala el pasillo.

Entro al pequeño baño blanco, sorprendida por lo normal que es. Supuse que todos en la Bratva vivían en un castillo. Pero esta podría ser cualquier casa de cualquier vecindario de cualquier ciudad de Estados Unidos. Hay una combinación de bañera y ducha blanca, un lavabo de pedestal con un espejo de botiquín encima y un sencillo inodoro blanco.

Me agarro a ambos lados del lavabo y me hundo hasta los huesos. Dejo caer la barbilla sobre mi pecho y respiro. Dentro y fuera. Lindo y lento.

—Todo estará bien —susurro—. Él llamará.

Pero, con cada palabra, puedo sentir mis pulmones cada vez más apretados. Intento inhalar profundamente. Mis hombros se mueven, pero no pasa nada más. Es como si mis pulmones estuvieran congelados y se negaran a recibir oxígeno.

Silbo una pequeña cantidad de aire en mi cuerpo y lo exhalo. *¿Qué me está pasando?*

Enciendo el lavabo y me lavo la cara con agua fría.

Relájate. Relájate. Relájate. Repito la palabra como un mantra, como un latido del corazón. Pero crece cada vez más y más rápido, empezando a igualar el ritmo de mi propio corazón,

salvajemente fuera de control.

¿Qué pasa si Adrik está muerto?

Yo estaba justo allí… lo escuché. Escuché el momento en que murió. El momento en que salió volando por los cielos.

O aplastado bajo el techo que se derrumba.

O quemado vivo.

Imágenes horribles aparecen en mi mente como malas hierbas. Quiero arrancarlas, pero no puedo respirar. ¿Por qué no puedo *respirar*, joder?

Mi pecho arde. Me alejo del lavabo y golpeo la pared de enfrente. Tan pronto como lo hago, me deslizo hasta el suelo. Alzo las piernas hasta el pecho y dejo caer la cabeza entre mis rodillas.

El peso sobre mi pecho se vuelve más ligero, pero sigue ahí. Tratando de aplastarme.

Quizá esté vivo, quizá no. Pero el bebé que llevo dentro… *nuestro* bebé… está vivo. Isabella está viva. Yo estoy viva.

Eso me tranquiliza durante un suspiro estremecido y desesperado. Entonces…

Ay, Dios. Otro pensamiento, otra pesadilla. Si Adrik está muerto, ahora tengo *dos* hijos que criar. Dos vidas inocentes por proteger.

La idea me sorprende más que el agua fría que me salpiqué en la cara. No podía cuidar de Isabella por mi cuenta. Por eso terminé atada a Malcolm Waters en primer lugar. Por eso acudí a Adrik en busca de ayuda.

Y ahora se ha ido y todo es culpa mía.

Si Yasha no me hubiera reconocido, quizá no se habría rebelado contra Adrik. Quizá no habría intentado incriminarlo. Quizá Adrik estaría casado con otra persona, una adecuada esposa Bratva que obedece las órdenes y entiende su mundo y no siembra el caos en su vida.

Quizá aún estaría vivo.

El agua gotea en el suelo, y de repente me doy cuenta de que no es agua. Son lágrimas. Estoy llorando.

Las lágrimas corren por mi rostro en silencio. Ahora puedo respirar, pero las respiraciones son sollozos desgarradores. Jadeos violentos que me arrancan y dejan dolor a su paso. Intento sofocar el sonido contra mi antebrazo. No quiero que Isabella escuche.

Pero alguien toca la puerta.

Sollozo y me limpio la cara. —Disculpa. Estoy… Solo un segundo.

—¿Puedo entrar? —es Stefan.

Yo suspiro. —Estoy bien.

La puerta se abre y el rostro de Stefan aparece en la rendija. Me mira y entra al baño. —No lo

estás.

—¿Dónde está Isabella?

—Jugando un juego —señala el pulgar sobre su hombro—. Realmente le gusta esa tableta.

Asiento. —Normalmente, establezco límites de tiempo frente a la pantalla.

—Sí, bueno, dadas las circunstancias, decidí que teníamos cosas más importantes.

—Vale, pero tú pagas la terapia si su cerebro se pudre —sollozo.

Stefan cierra la puerta y entra al baño. La habitación ya era pequeña, pero se siente todavía más pequeña ahora que somos dos aquí. Aunque a él no parece importarle. Se sienta sobre la tapa cerrada del inodoro y me mira.

—Así que, ¿qué pasó?

—Yasha lo incriminó —lucho contra mi voz temblorosa—. Puso el cadáver de Pietro en el vestíbulo y llamó a la policía.

—Joder —Stefan cierra los ojos con fuerza—. ¿Qué hizo Adrik?

—Me obligó a irme. Me dijo que saliera de allí y le mintiera a la policía acerca de que me tenía como rehén si era necesario. Pero él se quedó atrás.

—¿Fue arrestado?

Me encojo de hombros, justo cuando otra lágrima se desliza por mi mejilla. —No lo sé. Estaba arrastrando a Pietro al calabozo cuando me fui. Estaba prendiendo fuego al lugar, pero mientras yo corría, hubo una gran explosión y humo y…

—Presionó el botón de autodestrucción.

Lo miro fijamente. —¿El *qué*?

Stefan se pasa una mano por el cabello. —Adrik pensó que sería inteligente tener el lugar equipado con explosivos, en caso de que alguna vez realmente se arme la gorda. Y hoy, supongo que así fue. Hijo de puta. No puedo creer que tuviera razón. Nunca dejará que me olvide de esto.

—Pero ¿fue…? ¿Él… pudo salir a tiempo?

Stefan se encoge de hombros. —No tengo ni idea. Adrik nunca le contó a nadie cómo funcionaba. Ese es el tipo de información que no quieres que se filtre, especialmente a los enemigos. O sea, Rurik era un puto chivato. Si hubiera sabido lo de los explosivos, podría haberlos activado cuando estábamos todos dentro, o algo así.

Tiene sentido que Adrik no se lo haya contado a nadie, pero joder, desearía que Stefan supiera algo. Lo que sea.

—Me estoy muriendo aquí —lloriqueo con la cabeza entre mis rodillas—. Es una tortura.

—Él está bien —las palabras de Stefan son lo que necesito escuchar. Pero su voz es débil y poco persuasiva, y su mirada está baja entre sus pies, igual que la mía.

—¿Se supone que eso me convencerá?

Él niega con la cabeza. —No. Porque no estoy seguro de que sea verdad.

La pequeña esperanza que encontré se convierte en polvo en mis manos. —Entonces, ¿estás mintiendo?

—No, sopeso las probabilidades —dice—. Estuve con Adrik en algunas cosas serias. Hubo un momento en que…

—Ay, Dios, por favor, no. Lo último que necesito es más material para mis pesadillas.

Stefan se ríe y luego se pone serio otra vez. —Lo que quiero decir es que Adrik siempre lo resuelve. Siempre. Así que estoy pensando… de toda esa muerte, destrucción y caos, ¿cuáles son las probabilidades de que hoy sea el día en que falle? ¿Cuáles son las probabilidades de que hoy sea el día en que muera?

No puedo pensar en eso. No quiero encontrar esperanza donde no la hay, y Dios sabe que ya tengo suficiente desesperación.

—No soy muy partidaria de apostar —murmuro.

—Bueno, yo sí —dice Stefan—. Y, cuando llegue el momento, apostaré siempre por Adrik Tasarov. Sin preguntar.

Le ofrezco una pequeña sonrisa. —Espero que tengas razón, Stef. Dios, espero que tengas razón.

A través de la ventana, la nube de humo se oscurece.

ADRIK

El sol es un recuerdo lejano. El aire es polvo y humo. Me tapo la boca y trato de no respirar, pero aun así encuentra su camino hacia mi garganta, rasca y araña su camino hacia mis pulmones.

La explosión en el calabozo funcionó tal como esperaba. Un nivel cayó sobre otro como un castillo de naipes que se derrumba. Pero eso no impidió que el desastre se extendiera.

Me zumban los oídos. Estuve lo suficientemente cerca de la explosión como para probablemente tener un agradable zumbido en el tímpano durante al menos un par de horas. Pero todavía puedo escuchar las sirenas que vienen del frente de la casa.

Viene la policía, pero es la menor de mis preocupaciones. Solo dos cosas importan en este momento.

Tengo que salir de aquí.

Y tengo que encontrar a Yasha.

Me acerco a lo que creo que es la línea de árboles, aunque es difícil saberlo a través del humo y los escombros. Si Emery me escuchó… y espero que lo haya hecho, joder… ya debería estar a medio camino de casa de Stefan. Tengo tantas ganas de acercarme a ella, tomarlas a ella y a Isabella en mis brazos y prometerles a ambas que todo estará bien.

Pero hay algo más que necesito atender.

Al principio pensé que probablemente Yasha conduciría lo más rápido que pudiera en la dirección opuesta del complejo, intentando alejarse de la escena del crimen con una coartada inquebrantable. ¿Por qué se quedaría y se arriesgaría a verse involucrado en su propia incriminación?

Pero, cuando me arrojé fuera del ala derrumbada de la casa, me di cuenta de que Yasha no se perdería este espectáculo por nada del mundo.

Siempre tuvo talento para lo dramático. Esta es toda su obra, su elaborada producción… y no hay manera de que se pierda el espectáculo.

Cuanto más camino, más claro es el aire. Por fin, el cielo sobre mí es de un azul polvoriento en vez de un marrón turbio, y me arriesgo a respirar profundamente. El aire que baja por mi garganta todavía es arenoso. Mis pulmones protestan por todo el humo y el polvo que inhalé.

Cuando miro a través de la bruma, veo el nido del águila.

—¿El nido del águila? —dije—. Pensé que serías más original que eso, Yasha.

Él solo tenía diecisiete años. Todavía era flaco, pero empezaba a engordar. Me dio la espalda desde la comodidad de su sillón reclinable. —No seas celoso, Adrik.

Me reí. —Heredaré una mansión. No me importa si tienes una casita de juguete triste, en un edificio abandonado al final de la calle.

Yasha se levantó y se acercó a las ventanas. Rodeaban el nivel más alto del edificio, ofreciendo una vista panorámica del terreno circundante. Habríamos demolido el viejo agujero de mierda, pero era el lugar perfecto para colocar cámaras de seguridad. Nuestro ojo en el cielo, cerniéndose sobre cualquiera que intentara acercarse demasiado.

—En ningún lugar del complejo se tiene esta vista —argumentó Yasha—. Esto es más genial. Nadie viene aquí. Nadie lo quiere.

—No es de extrañar que te guste. Nadie te quiere a ti tampoco.

—Cállate —se rio, empujándome—. Simplemente me gusta poder ver lo que viene.

De regreso al presente, miro hacia el nido del águila. Hasta donde yo sé, hace años que no sube allí. Pero apostaría cada centavo a mi nombre a que ahora está ahí arriba.

La pregunta es si puede verme llegar.

Una vez que llego a los árboles, encuentro una de las cajas de seguridad escondidas en varios puntos de la propiedad. Esta es una de las más pequeñas, encajada en el hueco de un árbol parcialmente podrido. Dentro hay un botiquín de primeros auxilios, una pistola y un par de cargadores.

Cojo el arma y las municiones y dejo el botiquín de primeros auxilios. Estoy seguro de que podría usarlo, pero no hay tiempo. No si quiero atrapar a Yasha.

Solíamos jugar por aquí. Cuando éramos pequeños jugábamos al escondite, aunque, a medida que envejecimos, el nombre del juego también lo hacía. *Cazar o Ser Cazado* fue la evolución final. Apropiadamente sombrío.

Le daba quince minutos de ventaja y luego lo seguía entre los árboles. Al principio era fácil perseguirlo. Seguía sus torpes pasos y las ramas rotas directamente hasta donde estaba escondido. No tardó mucho en mejorar. Para cuando tenía trece años, sabía cómo correr. Cómo esconderse. Cómo maquinar.

Miro hacia arriba, medio esperando verlo encaramado en una rama encima mío, con un arma falsa apuntando hacia mí.

—*Bang* —diría él, apretando su gatillo imaginario—. *Estás muerto*.

Me estremezco. Me pregunto si las semillas de su locura ya estaban echando raíces.

Camino entre los árboles sin nada más que mi instinto. Aunque nunca me falló antes. Efectivamente, los árboles se separan de pronto, abriéndose a un terreno nivelado, con la fábrica

plantada en el centro.

Solía haber un terreno de grava alrededor del edificio oxidado, pero hace tiempo que fue tragado por las malas hierbas. Uno de los postes de luz se cayó hace años. Todavía está de lado como un animal atropellado, con la bombilla rota. El otro sigue en pie, pero a duras penas. Parece a punto de colapsar en cualquier momento. Las enredaderas trepan por los lados del edificio, introduciéndose en las ventanas rotas y ahogando las tuberías de desagüe.

No veo ningún coche en el aparcamiento, pero eso no significa nada. En el complejo Tasarov hay muchos lugares donde esconder lo que no debería verse.

Pero aquí no tengo ningún lugar donde esconderme. Entre la línea de árboles y el edificio hay unos treinta o cuarenta metros de grava. No hay ninguna cobertura.

—No puedo dar marcha atrás ahora —murmuro.

Prácticamente, puedo oír la voz de Emery en mi cabeza. *¡Por supuesto que puedes dar marcha atrás! ¿Por qué no puedes dar marcha atrás? ¡Idiota testarudo!*

Hago una mueca. Con suerte, podrá decirme todas esas cosas más tarde.

Después de que Yasha esté muerto.

Salgo de los árboles y doy unos pasos. La grava, enterrada bajo capas de enredaderas, tréboles y hierba, cruje bajo cada uno de mis pasos. Aquí afuera, lejos de la explosión y las sirenas, suena increíblemente fuerte.

Estoy a solo seis metros del borde de los árboles cuando escucho otro sonido mucho más fuerte. Un atronador estallido metálico.

Como una gran puerta que se abre.

—Joder —salgo corriendo por el costado del edificio. Tan pronto como doblo la esquina, escucho un segundo estallido.

Yasha está abriendo las puertas dobles para escapar. Apuesto mi jodida pelota izquierda a que tiene un coche ralentí dentro del garaje, y en cualquier momento el motor rugirá y saldrá volando y no podré hacer nada al respecto. Me mostrará el dedo medio, se reirá y desaparecerá por completo.

Paso corriendo las puertas y doblo la esquina hacia la fábrica. El interior está oscuro, la mayoría de las ventanas tapiadas o engrasadas con negro, pero puedo ver el coche justo dentro de las puertas. Los faros brillan y el motor ronronea.

Pero está vacío.

—Bang. Estás muerto.

Giro a la derecha y Yasha está allí, con un arma apuntando a mi cabeza. Pero, a diferencia del juego que jugábamos cuando éramos niños, no tiene nada de fingido. Esta arma es real.

—Déjame adivinar: ¿ya me viste? —pregunta. Luego, sacude la cabeza—. No, no lo creo. Creo que esta vez te tengo, hermano mayor.

—Ciertamente lo estás intentando —le admito y retrocedo unos pasos con cautela—. Dejar el cuerpo de Pietro en la casa fue un movimiento audaz.

—Es el único tipo de movimiento que hago, Adrik.

—¿Es así como le dices a escabullirte en el dormitorio de una mujer en medio de la noche? —pregunto—. ¿Eso es ser *audaz*? Porque, desde donde estoy, me parece jodidamente cobarde.

Solo hablarlo me hace hervir la sangre. Debería dispararle ahora mismo. Terminar con esto rápido y volver con mi familia. No sería difícil esquivar su disparo y eliminarlo antes de que pueda recalibrarse.

Pero Yasha no es un soldado de infantería idiota. Está entrenado. Es violento. Y, más que eso, es mi hermanito. Se merece unas palabras de despedida.

Yasha niega con la cabeza. —Pensé que tu esposa y yo podríamos manejar nuestro asunto sin involucrar a nadie más.

—Tú y mi esposa no tienen ningún asunto —gruño.

—¡Qué protector! —sonríe Yasha—. ¿Crees que el gusto en las mujeres es genético? Eso explicaría por qué tú y yo tenemos el mismo apetito.

La rabia chispea dentro de mí y estoy listo para que esto termine. Le dispararé entre los ojos y lo dejaré morir. El niño que conocí… el hermano menor que amaba… no puede ser el mismo hombre que está frente a mí.

Así que, ¿qué pierdo realmente al matarlo?

Nada que no haya perdido ya.

—Solo necesitaba saber por qué terminó casada contigo. *Cómo* terminó casada contigo —dice—. ¿Se están metiendo conmigo?

—No tiene nada que ver contigo. Se casó conmigo porque se lo pedí —digo—. La verdadera pregunta es cómo diablos terminaste violándola. Especialmente después de lo que pasaste. ¿Cómo pudiste hacerlo?

Su rostro se oscurece. —Estábamos borrachos. No fue lo mismo.

—Emery dice que la drogaste.

—¿Y le crees más a ella que a tu propio hermano?

—Teniendo en cuenta que mi hermano amenazó a mi esposa, atacó a mi encargado y trató de incriminarme por asesinato… sí, confiaré en Emery.

Los ojos de Yasha se estrechan. Es un extraño. Es un hombre poseído.

—Te estaba dando la oportunidad de retroceder —espeta—. Todo eso fue un favor para ti… darle una paliza a Sasha y dejar a Pietro. Una advertencia.

—No necesito una advertencia. Pero tampoco creo que sea eso lo que hacías.

Pone los ojos en blanco. —Te preguntaría qué quieres decir, pero sé que me lo dirás de todos modos. Siempre fuiste muy prolijo.

—¿Recuerdas aquella vez que acampamos al norte del estado? Probablemente tenías doce, quizá trece.

—¿Es hora de contar historias? —se queja.

Continúo como si no hubiera hablado. —Vimos ese oso negro cerca del campamento y te asustaste mucho. Pensé que te ibas a mear encima.

Se pone rígido. —Cállate, Adrik. Cállate, joder.

Doy un paso lento hacia él. —¿Recuerdas lo que hice?

Vuelve a empuñar su arma, nervioso. Hay gotas de sudor en su frente, pero no dice nada.

—Hice ruido —respondo mi propia pregunta—. Rugí y golpeé una cuchara de madera contra una de nuestras ollas. Me hice grande y ruidoso, y el oso se asustó y salió corriendo.

Yasha se encoge de hombros. —¿Tiene algún punto esta historia?

Asiento. —Lo tiene. Porque creo que haces mucho ruido y causas mucho caos, esperando que el oso grande y aterrador se asuste y huya. Pero no funcionará, Yasha. Al final del día, soy una bestia salvaje. Y tú no eres más que un niño asustado con una olla y una cuchara.

Veo el destello de frustración en los ojos de Yasha. —Tomaré lo que quiera —sisea—. Ya sea que me des la Bratva de buena gana o no, la tomaré. Y haré que sufras cuando lo haga.

Justo cuando Yasha está terminando, me lanzo hacia un lado y disparo en su dirección.

Mi historia lo adormeció con una falsa sensación de seguridad. Tal como esperaba, se relajó. Perdió de vista la amenaza que tenía adelante: yo.

Dejó caer los hombros, bajó el brazo y retiró el dedo del gatillo. Me dio suficiente espacio para hacer un movimiento.

Yasha cae al suelo y luego dispara salvajemente alrededor de la fábrica. Los disparos resuenan en las paredes de metal. En algún lugar cercano, el vidrio se hace añicos.

Me agacho por la salida y me escondo detrás de una de las puertas del garaje, abiertas de par en par.

—No tenemos que hacer esto —dice Yasha. Grita. Su voz llena la fábrica vacía—. La única razón por la que estamos peleando es porque te casaste con la mujer equivocada.

Me inclino por la puerta y le grito. —Estamos peleando porque violaste a mi esposa.

—Antes de que fuera tu esposa. Antes, cuando te preocupabas por mí —escupe Yasha—. ¿Recuerdas cuando torturaste a un hombre durante diez años por hacerme daño?

—Y luego me incriminaste por su asesinato. Yo diría que estamos a mano.

—Al final habrías matado a Pietro —dice Yasha—. Si no hubiera escapado, lo habrías asesinado.

Una vez que hubiera sufrido lo suficiente. Pero quién sabe cuándo habría sido eso, ¿no? Diez años de tortura no fueron suficientes. Lo que me hizo… no lo podías perdonar. La muerte no era un castigo lo suficientemente severo.

—Cualquiera que lastime a otra persona de esa manera —apenas controlo el temblor de mi voz —, merece algo peor que la muerte.

Hay un momento de silencio antes de que Yasha hable. —¿Eso me incluye ahora, hermano?

Presiono mi espalda contra el costado del edificio. Está caliente a través de mi camisa. Los dolores empiezan a aparecer después de haber transportado a Pietro al calabozo. De la explosión. De algún lugar más profundo y misterioso también.

—Recuerdo cuando prometiste que nadie volvería a lastimarme —continúa Yasha—. Después de que te llevaste a Pietro, dijiste que me mantendrías a salvo. Y ahora, míranos.

Mis pensamientos dan vueltas salvajemente. Emery no quería que Yasha muriera. En el momento en que le dije por primera vez que mataría a quienquiera que fuera su violador… sin tener idea de que era mi propio hermano… pude ver en su cara que ella no quería eso.

Quizá haya una manera de que todos podamos salir de esto.

Yasha no puede volver a casa. Lo sé. No quiero volver a verlo. Pero tal vez pueda salir de esta guerra sin matarlo. Tal vez…

Un ruido sordo atraviesa mis pensamientos.

Me lleva un segundo entender qué es el sonido. Solo un segundo. Pero es todo lo que necesito.

Me doy vuelta justo cuando el coche sale volando por las puertas del garaje.

—¡Joder! —grito, levantando mi arma.

Por un segundo, apunto a la ventana del lado del conductor. Tengo un ángulo decente para disparar. Puedo ver la cabeza de Yasha perfectamente centrada en el marco de la ventana. Podría hacerlo. Podría acabar con él. Podría terminar con todo esto.

Pero, en el último segundo, apunto mi arma al suelo.

Apunto a los neumáticos. Uno de mis disparos impacta en un tapacubos y rebota sin causar daño. Los otros dos muerden la tierra.

Pierdo mi oportunidad.

Luego, Yasha gira hacia el camino de grava cubierto de maleza y desaparece.

EMERY

—Está oficialmente oscuro. Hora de irse —me levanto por tercera vez en los últimos quince minutos.

Stefan mira por la ventana delantera. —Apenas anochece. Siéntate. No vamos a ninguna parte.

Acordamos que, cuando oscureciera por completo, iríamos a buscar a Adrik. Más específicamente, Stefan dijo que enviaría un grupo de búsqueda. Pero planeo formar parte. No importa lo que diga.

—No puedes mantenerme aquí.

Stefan arquea una ceja y no dice nada más. No hace falta. Ambos sabemos que es más que capaz de mantenerme aquí en contra de mi voluntad. Después de todo, aprendió de los mejores.

—¿Cómo puedes simplemente sentarte aquí y jugar con tus pulgares? —chasqueo—. ¡Es tu mejor amigo! Debería importarte que él pueda estar… que pueda estar…

Me detengo. No puedo ni siquiera hablar de esa posibilidad.

Adrik no puede estar muerto. Sería como si el sol se apagara. Todo lo demás moriría. Si Adrik estuviera muerto, lo sabría. Lo sentiría en mis huesos.

Stefan suspira. —También es mi jefe. Y mi jefe me ordenó que vigilara a su obstinada esposa y a su hija. Que evitara que hicieras algo estúpido. Así que eso es lo que haré.

—¿En serio…? —hago una mueca de frustración—. Vamos, Stefan.

—¿Qué?

—¿Realmente vas a sentarte aquí y esperar?

—Eso es exactamente lo que vamos a hacer —sus ojos permanecen fijos en la ventana.

Isabella ha estado quedándose dormida en su silla frente al televisor durante los últimos veinte minutos. Por lo general, ya la habría llevado a su cama, pero no quiero instalarme aquí. No quiero quedarme aquí. Quiero estar *ahí* fuera, buscando a Adrik.

—Joder —gruño—. ¿Qué pasa con todos ustedes, hombres Bratva, y su obstinada y testaruda negativa a cambiar de planes? Digo, claro, Adrik te dijo que te quedaras aquí con Isabella. Luego

me envió aquí. Pero ¿no crees que en algún momento entre entonces y la explosión del complejo podría haber cambiado de opinión?

—Habría llamado —dice Stefan, con cara de piedra. Supongo que mi discurso no lo conmueve.

—¡Podría estar muerto! —grito.

Las palabras flotan como peces moribundos entre nosotros. Stefan me mira con disgusto. Como, si Adrik está muerto, será culpa mía. Soy yo quien lo dijo primero, ergo la culpa es mía.

Mi barbilla se tambalea y me cruzo de brazos. —Solo digo la verdad. Podría estar muerto, ¿sabes? Podríamos estar sentados aquí esperando a un hombre que actualmente está plano como un panqueque bajo una montaña de bloques de hormigón de su propia puta casa. O un hombre que tiene dos docenas de agujeros de bala, cortesía de los simpáticos chicos de azul. Él. Podría. Estar. Muerto —enuncio cada palabra.

Stefan abre la boca para responder. Pero la siguiente voz que escucho no es la suya.

—Los informes sobre mi fallecimiento son muy exagerados.

Me doy vuelta y miro hacia la cocina. A mis ojos les lleva un segundo comprender lo que el resto de mi cuerpo ya sabe.

Entonces me muevo. Mi corazón late con fuerza en mi pecho, mis pies me llevan a través de la habitación, las lágrimas queman la parte posterior de mis ojos y luego mis brazos rodean el cuello de Adrik antes de que mi mente pueda siquiera entender lo que está pasando.

—No estás muerto —suspiro contra él.

Se ríe. Siento el áspero estruendo en su pecho. Su voz es ronca y apesta a humo. —No, no lo estoy.

Me alejo de él. —¿Qué te pasó? ¿Estás bien? ¿Dónde has estado?

Con cada pregunta sucesiva, la frustración, la desesperación y la desesperanza que he estado sintiendo toda la tarde salen a la superficie. Al final, le doy una palmada en el brazo.

—¿Por qué no llamaste? —jadeo, ahogo un sollozo—. Estábamos preocupados. Estaba aterrada. Pensé…

—Pensaste que estaba muerto —dice. Luce decepcionado—. Lo mencionaste. ¿Todavía no confías en mí?

—Por supuesto que confío en ti. Pero no eres un superhéroe.

Stefan silba. —¿El hombre regresa de entre los muertos por ti y lo insultas? Qué fría.

Le devuelvo la mirada, pero Stefan le sonríe a Adrik por encima de mi cabeza. Hombres clásicos restando importancia a la gravedad de una situación literalmente de vida o muerte tras otra.

—La casa se derrumbó —le recuerdo, por si se le olvidó—. Hubo un incendio y una explosión, y no tenía idea de si estabas dentro.

—No lo estaba.

—¡Obviamente no! —digo, señalándolo—. Pero yo no lo sabía. Stefan no lo sabía. Podrías haber llamado.

Él niega con la cabeza. —Estaba persiguiendo a Yasha.

—Espera, ¿qué? Pero dijiste que se fue hace mucho. Que huyó.

—Me equivoqué —responde Adrik—. Después de que te fuiste, me di cuenta de que Yasha probablemente estaría vigilando el complejo. Él querría saber qué pasó.

Stefan suspira. —El nido del águila.

No tengo idea de lo que eso significa, pero no importa. Hay asuntos más importantes entre manos. Agarro a Adrik de nuevo y paso mis manos por sus brazos. —¿Estás bien? ¿Estás herido? ¿Dónde está Yasha?

La expresión de Adrik se vuelve pétrea. Sea lo que sea que haya pasado, no está contento con eso. Eso es seguro.

—Se ha ido —dice.

—Pero no ganó —interviene Stefan—. Hoy hizo un movimiento serio y lo evitamos.

Adrik mira más allá de mí, hacia la ventana. —Por ahora. ¿Ya vino alguien aquí? ¿La policía o los detectives?

Stefan y yo negamos con la cabeza.

—Bueno, vendrán —gruñe Adrik—. No podemos quedarnos aquí.

—¿No podemos? —noto un atisbo de decepción en mi voz. Hace apenas unos minutos, lo único que deseaba era salir de esta casa. Pero, ahora que Adrik está aquí, quiero cerrar las ventanas, las puertas y quedarme para siempre.

—Stefan es mi socio más cercano. Ayuda que viva fuera de la propiedad, por lo que la policía podría tardar un poco más en localizarlo. Pero no mucho. Estarán aquí pronto. Y, si me encuentran… *nos* encuentran… juntos —me señala—, no será bueno.

—Pero estamos casados.

—Lo que te convierte en cómplice. A ti también —señala a Stefan con la barbilla.

Stefan asiente. —Ustedes, tortolitos, tienen privilegio conyugal y no tienen que testificar el uno contra el otro, pero, a menos que quieran hacer de este matrimonio un trío, soy un eslabón débil. Será mejor que se larguen.

Miro a Isabella. Todavía está dormida en su silla, con la cabeza inclinada hacia un lado.

—Empaca sus cosas —dice Adrik—. Nos encontraré un lugar donde quedarnos.

Se vuelve hacia la cocina. Mi instinto inmediato es preocuparme por no volver a verlo. Cada vez que nos alejamos, me preocupa que sea la última vez. No quiero ese sentimiento para mí, y estoy muy segura de que no lo quiero para Isabella.

—Ve —murmura Stefan, empujándome—. Adrik parece una mierda. Necesita que solo obedezcas esta noche.

Asiento de mala gana y camino por el pasillo para empacar las pocas cosas que Isabella trajo consigo.

Cinco minutos después, vuelvo a la sala de estar. Adrik le da a Stefan un antiguo teléfono de concha.

—¿Volveremos a la Edad de Piedra para que Yasha no pueda rastrearnos? —pregunto.

Adrik me entrega otro igual. —Desechables. Todos ellos están programados con los números de cada uno. Este es el círculo de personas en las que podemos confiar ahora mismo.

—Club exclusivo —Stefan estudia el teléfono un segundo y lo deja sobre la mesa de café.

—Será mejor que no hagas nada para perder tu membresía —Adrik mira el teléfono con recelo.

Stefan lo agarra y lo mete en su bolsillo trasero. —No te preocupes. Tengo todo bajo control. Solo preocúpate por dónde vas a pasar la noche.

—¿No podemos volver a la cabaña? —pregunto.

Adrik niega con la cabeza. —Yasha la conoce. La policía también lo hará. Pero encontré un lugar para nosotros.

—¿Dónde?

Él se encoge de hombros. —Pedí un favor. Nos alojaremos en un piso en la ciudad.

—¿Antonio? —Stefan se ríe—. ¿Pediste un favor o hiciste una amenaza?

Adrik se ríe con saña. —Le dije que, como favor, no lo mataría mientras dormía si me daba la llave y nos dejaba quedarnos allí mientras él se largaba de la ciudad.

—Adrik —me quejo.

Se da vuelta a la velocidad del rayo, y está en mi cara en un segundo. —¿Quieres un lugar seguro para tu hija esta noche o no?

—Sí, pero…

—No, sin peros. Es así de simple —dice—. Necesitábamos un lugar seguro al que ir, y yo encontré un lugar seguro al que ir. Tu conciencia haría que nos mataran. Di “gracias” o no digas nada.

Tengo una discusión en la punta de la lengua, lista para estallar. Pero Stefan tenía razón: Adrik parece agotado. Su voz es ronca, le sangran las manos y está sucio, salpicado de solo Dios sabe qué. No necesita que lo cuestione ni que pelee… necesita que le obedezca. Que esté agradecida de que esté vivo y siga cuidándome.

No es difícil demostrarlo. Sí *estoy* agradecida.

—Gracias —murmuro—. En serio.

Adrik asiente bruscamente y luego se gira hacia la ventana. —No hay nadie afuera. Deberíamos ir ahora.

Stefan ayuda a subir a Isabella al coche. Ella está dormida incluso antes de que salgamos del camino de entrada.

Mientras nos vamos, veo a Stefan mirándonos desde la ventana de la sala. Luego, justo antes de llegar al final de la cuadra, cierra las cortinas y la casa se queda a oscuras.



CUANDO SALGO DEL BAÑO, con el cabello recogido en una toalla, Adrik está sentado en la cama tamaño king.

Está sin camisa. Normalmente, me distraería por completo la extensión de piel bronceada en exhibición. Y la ondulación de sus músculos… la forma en que la luz juega con sus abdominales y las líneas talladas de su pecho… es muy atractiva. Pero no puedo dejar de concentrarme en los cortes y rasguños que tiene por todas partes.

Me arrastro por la cama y paso mi mano sobre su hombro y bajo su pecho. —¿Estás bien? —pregunto en voz baja—. O sea, en serio, estás bien.

—Bien —dice, encogiéndose de hombros para intentar alejarme—. Parte del trabajo.

Arqueo una ceja. —¿Casi ser quemado vivo y explotado es parte del trabajo?

—Hoy lo fue.

Suspiro y me acuesto a su lado. —Quisiera que dejes de restarle importancia a lo que pasó.

—¿Qué quieres que haga? ¿Que llore? —se burla—. ¿Se supone que debo tener el corazón roto por perder mi casa o enfrentarme a mi hermano menor?

Asiento con la cabeza. —Sí. Tal vez. ¡Una persona normal lo estaría!

—Deja de decir eso, maldita sea. Tú y yo… no somos normales, Emery.

—Pero igual somos humanos —argumento—. Puedes tener sentimientos.

—¿Quieres saber qué siento ahora mismo? —ladra.

—¡Desesperadamente!

Nuestras voces se elevan, casi gritando, y no estoy segura de por qué. No estoy enfadada con Adrik… estoy asustada. Estoy preocupada por él, por lo que le hace esta enemistad con Yasha. Está haciendo tanto para cuidar de Isabella y de mí. ¿Cuándo “tanto” es “demasiado”?

Todo hombre tiene su punto de quiebre, ¿verdad? ¿Dónde está el suyo? ¿Estamos cerca?

—Siento que fallé —gruñe. Su voz todavía está llena de ira, pero debajo de eso hay algo más. Melancolía, quizá. Penitencia.

—¿Le fallaste a quién?

—Te fallé a ti. Le fallé a la niña que duerme en la habitación de al lado.

Parpadeo, sorprendida. —¿Estás preocupado por Isabella?

Niega. —Es una niña fuerte. Sé que estará bien. Pero… quería más para ella.

Mi corazón se abre. Me inclino sobre la cama y apoyo mi mano en su hombro. —Ella te ama, Adrik.

—Eso no cambia nada. El amor nunca salvó a nadie.

—Lo cambia todo —insisto—. Hoy todo el día Isabella preguntó dónde estabas. A ella no le importaba dónde estuviéramos, siempre y cuando tú estuvieras con nosotros. Y eso no cambiará si vivimos en un piso o una cabaña en el bosque, una mansión expandida o una tienda de campaña en la acera.

—La mansión está fuera de discusión por un tiempo.

Yo sonrío. —Mi punto es que no importa dónde vivamos. Solo queremos estar contigo.

Adrik hace una mueca. —Ustedes dos no pertenecen a esta mierda.

—Imposible —digo—. Ahora somos un paquete. Nosotros tres. Y…

Cierro mis ojos. Es hora.

El embarazo fue un secreto durante demasiado tiempo. Esperé el momento adecuado para decírselo, un momento en el que no tuviera miedo. Quizá una vez que esta guerra terminara y supiera con certeza que todos estaríamos a salvo. Pero parece menos posible cada día. Nada está prometido. Nada está garantizado.

El único momento es ahora.

Abro los ojos de nuevo y lo miro. —Nosotros tres y… tal vez uno más.

Adrik arquea una ceja oscura y me provoca escalofríos con su mirada. Parece que por eso estoy en este lío en primer lugar. Es como si el mismo diablo sonriera y te mostrara todo lo que siempre quisiste, ahí mismo, en la palma de su mano, y te dijera: *Tómalo, es tuyo.*

Respiro entrecortadamente. —Te tengo que decir algo.

ADRIK

Ella piensa que no lo sé.

Emery está sentada a mi lado, sonrojada, nerviosa y buscando palabras a tientas. Ella piensa que no sé nada del bebé.

Algún día, quizá aprenda a no seguir subestimándome.

—Vale —retumbo, haciéndome el tonto por ahora—. ¿Qué pasa?

Emery se retuerce las manos y se arrodilla. Mete las piernas debajo de ella y se suben los pantalones cortos, revelando la extensión larga y delgada de sus muslos. Mi polla se pone rígida.

—Debí habértelo dicho antes —sacude la cabeza—. Pero estaba… asustada. Y estaban pasando tantas cosas.

—¿Me ocultaste algo?

Ella levanta sus ojos hacia los míos. Son de un verde esmeralda vibrante. Y ahora mismo están rodeados de blanco, más abiertos que nunca.

—Esperaba el momento adecuado. No… no quería mentir. Yo solo… —ella suspira y mira hacia otro lado.

Extiendo la mano y agarro su barbilla. Obligo a sus ojos a mirarme. Ella se relame los labios. Necesito de todo lo que hay en mí para no inclinarme hacia adelante y reclamar su boca.

—Dime —ordeno.

—Estoy… estoy embarazada —sostiene mi mirada durante unos segundos, esperando que responda. Luego mira hacia otro lado—. Sé que debería habértelo dicho. Te gusta prepararte para todo, y ocultarte cosas no es seguro. Pero me dijiste lo peligroso que puede ser el embarazo para una esposa Bratva, y tienes mucho más de qué preocuparte. No quería agregar más.

—Tienes razón.

Emery me mira. —¿Tengo razón en qué?

—Me gusta planificar —digo—. Y el embarazo puede ser peligroso para la esposa de un don. Muchas cosas pueden salir mal. Es vital que sepa lo que pasa con mi propia familia lo antes

posible.

Ella tuerce la boca hacia un lado, al parecer, avergonzada.

—Afortunadamente, Toma me lo dijo en el momento en que recibió el resultado positivo de tu prueba.

Emery levanta su mirada hacia la mía. —¿Qué?

—Toma me lo dijo —repito—. Lo supe antes que tú.

Si es posible, sus ojos se abren aún más. —¿Lo supiste todo este tiempo y no dijiste nada?

—Podría decirte lo mismo.

Frunce el ceño. —¿Toma no hizo algún tipo de juramento? ¿Qué pasa con… sobre… ¡Esto es una violación de HIPPA!

Me río. —Toma trabaja para mí. La verdadera violación habría sido si hubiera mantenido en secreto información importante.

—Pero esa es mi información médica. ¡Es privado!

—Tu colesterol también está un poco alto —comento casualmente—. Toma dice que es genético, pero, aun así, deberías…

De repente, Emery se lanza hacia adelante como si fuera a abofetearme. Me río y agarro su brazo en el aire, sujetándolo a la cama. Lo intenta con el otro brazo, más frustrada. En un segundo, sus dos brazos están inmovilizados y yo estoy sentado a horcajadas sobre sus caderas, mirando a la pequeña, obstinada y ardiente *kiska,* y preguntándome si sabe lo mucho que ha llegado a significar para mí.

—Quítate de encima —gruñe, luchando contra mi agarre.

Me inclino y le doy un beso en el cuello.

Emery grita, tratando de liberar sus brazos. —¡Suéltame!

—De ninguna puta manera.

Se hunde en la cama con un resoplido, los ojos brillantes y enojados. —Toma no debió habértelo dicho.

—Sí, debió hacerlo —digo simplemente—. Porque Toma parece entender algo que tú todavía no estás dispuesta a reconocer.

—¿Y qué sería eso?

Me inclino sobre ella, mirándola directamente a los ojos, mis labios susurrando contra los de ella. Siento su brusca inhalación. Siento la forma en que se arquea hacia mi cuerpo sin siquiera quererlo, sin siquiera saber que lo hace.

—Eres mía —le susurro. Le agarro ambas muñecas con una mano y arrastro la otra sobre su hombro y la curvatura de sus pechos. Presiono mi palma contra su aún plano estómago—. Y este

bebé también lo es.

La expresión de Emery se suaviza. El ceño de sus cejas se suaviza. Su pecho sube y baja debajo de mí, y puedo ver el constante latido de su pulso en el delicado arco de su cuello.

Las personas son criaturas muy frágiles. Tan llenas de vulnerabilidades y puntos débiles. Lugares donde la hoja puede deslizarse y girar, acabando con todo.

Y Emery Tasarov es mi mayor debilidad hasta ahora.

De repente, se arquea lejos de la cama y me besa como si nunca pudiera volver a hacerlo. Encuentro sus labios y la presiono contra el colchón, acomodándola hacia abajo con mis labios y mi mano errante. Sigo la curva de su cintura hasta la curvatura de su cadera. La agarro con fuerza, mis dedos hundiéndose en su suave carne.

Es un recordatorio de que está aquí. Ambos lo estamos. Toda la mierda que nos lanzaron y todavía estamos en pie. Todavía luchando.

Mientras yo me salga con la mía, siempre lo estaremos.

Enrosco mi mano hacia la parte delantera de sus pantalones cortos de pijama y deslizo mis dedos debajo de la cintura. Emery levanta las caderas a modo de invitación. Lentamente, tomo su cálido centro y ella se aprieta con entusiasmo contra mi palma, gimiendo suavemente en el beso.

La siento intentar liberar sus manos, pero mi agarre es aplastante. No irá a ninguna parte.

La beso más fuerte cuando siento su calor. Sus movimientos se vuelven más febriles, su respiración se vuelve más dificultosa y trata de liberar sus manos nuevamente.

—Suéltame —protesta—. Quiero tocarte.

Sacudo la cabeza. —No hasta que te dé permiso.

Sus ojos se abren de golpe. —¡Adrik!

—Emery.

—¿Qué estás haciendo?

—Creo que es bastante obvio lo que estoy haciendo —sonrío y deslizo mi mano dentro de sus bragas de seda.

El ceño fruncido de su rostro se disipa en una O con la boca abierta mientras arrastro mi dedo sobre su hendidura y hago círculos con mi pulgar sobre su centro dolorido. La protesta de Emery muere en sus labios mientras sus ojos se cierran de nuevo.

—Te estoy dando una lección.

Se pone rígida, intentando con todas sus fuerzas luchar contra el placer que le provoco. —Adrik, lo siento. Te dije que lo siento. Debí haberte dicho…

—¿Por qué? —pregunto mientras paso un dedo dentro de ella—. Dime por qué.

Le acaricio las entrañas y ella gime, abre las piernas para darme un mejor acceso. Niega con la

cabeza, ahora con los ojos firmemente cerrados. Con cada movimiento de mi dedo, ella levanta las caderas y se encuentra conmigo a mitad de camino.

—Te hice una pregunta. ¿Por qué debiste hablarme del bebé? —pregunto—. Respóndeme.

—Porque era… p-peligroso —jadea. Se muerde el labio inferior mientras le deslizo un segundo dedo—. Podría haber sido… Alguien podría haber… Fue un… *Ay, Dios mío.*

Emery aprieta mis dedos, su cuerpo se contrae con un orgasmo.

—¿Ya te vienes? —sonrío—. Vaya, vaya, *kiska*. Eso es muy codicioso de tu parte. Todavía tenemos mucho camino por recorrer.

Estoy seguro de que hay algo con lo que le gustaría responder, pero en este momento está un poco incapaz de hablar. Los brazos siguen inmovilizados sobre su cabeza. Intenta en vano liberarlos, pero no tiene ninguna posibilidad. Su espalda se arquea sobre la cama y se gira de un lado a otro, intentando escapar del placer abrumador con el que todavía la estoy bombeando.

Mi polla es sólida como una roca entre mis piernas, palpita con mi propia necesidad. Emery se ve increíble. Todavía está vestida, por el amor de Dios. Pero la forma en que se mueve, la forma en que su cuerpo responde al mío… nunca me canso.

Podría follarme a esta mujer para siempre.

Pero eso llegará un poco más tarde. A diferencia de mi pequeña codiciosa esposa, tengo suficiente moderación para ser paciente. Para llevar esta pequeña lección de principio a fin.

Apenas se recuperó cuando agrego un tercer dedo y hago girar mi pulgar sobre su clítoris.

—Adrik —gime—. Lo siento. Lo siento.

—¿Lo sientes porque quieres que pare? —me meto profundamente en ella y me giro.

Niega con la cabeza. —¡No! No, por favor. No pares.

—Porque podría, sabes —le recuerdo—. Podría parar cuando quisiera. Estás clavada a la cama. ¿Qué harías al respecto?

Sus ojos están pesados, ebrios de satisfacción y de una necesidad que simplemente no puede saciar a menos que yo se lo permita. —Por favor, déjame tocarte.

Sonrío y sacudo la cabeza. —No hasta que me digas por qué cometiste un error. Dime por qué debiste haberme hablado del bebé.

—¡Porque el bebé también es tuyo! —grita mientras curvo los dedos y la acaricio. Ella está tan mojada. Tan necesitada. Me resulta difícil concentrarme.

—Sí. ¿Qué otra cosa?

Quiero que ella haga esto bien. Quiero que responda para poder enterrarme dentro suyo. Por un segundo esta tarde, no supe si tendría otra oportunidad de hacerlo. Cuando me quedé atrapado en el horno al otro lado de la puerta de metal, lanzando mi peso contra ella… por un segundo, no pensé que lo lograría.

Y pensé en Emery, y eso me liberó.

Ahora ella está atrapada detrás de una puerta metafórica. Antes de volver a meterle mi polla, necesito que Emery entienda qué es esto entre nosotros. Necesito que reclame su papel y comprenda el mío.

Solo entonces podrá ser verdaderamente libre.

Ella se contorsiona cuando otra ola comienza a crecer dentro suyo. Se gira hacia un lado y entierra su cara contra su brazo, gimiendo mientras la hago entrar en fervor.

—Vamos, *kiska* —la animo—. Córrete para mí. Córrete.

Es todo lo que se necesita. Emery grita con otro orgasmo. Su cuerpo se queda perfectamente quieto durante unos segundos, cada músculo de ella tenso y duro y tembloroso.

Luego, de repente, se suelta. Sus pulmones se liberan, su cuerpo se relaja y se hunde en la cama. —Santo cielo —suspira—. Yo… nunca me había sentido así. Fue…

—Contéstame —susurro por última vez.

Emery me mira. Sus ojos verdes están nublados, su respiración ronca. —Porque soy tuya. ¿Es eso? ¿Es eso lo que quieres oír?

No respondo. Intenta liberar sus manos, pero todavía me niego a soltarla. La confusión arruga su frente. —Lo dije, ¿no? Suéltame.

—Cerca —digo, inclinándome para besarle la clavícula hasta el escote—. Pero no del todo.

—Soy tuya —repite, cada vez más frustrada—. Soy tuya, Adrik. Y tú eres mío. ¡Eso es todo! Por eso debí habértelo dicho. Sé que esa es la respuesta.

Agarro la fina tela de su camisa y tiro. La camisa con cuello en V se rasga en su cuello, dejando al descubierto sus senos.

—¿Cómo pensaste que podrías ocultarme algo? —reflexiono mientras chupo su pezón.

Sisea ante la sensación. —Adrik, me estás matando —gime, arquea su cuerpo dentro de mi boca para darme más de ella—. Dime qué decir y lo diré. Lo que quieras. Solo… déjame tocarte.

—Te estás calentando.

—¡Te escucharé! —prácticamente grita—. ¡Obedeceré! Haré lo que quieras. Solo… ay, por favor, Dios, fóllame ya.

Quizá realmente soy un monstruo. Porque, cuanto más se frustra Emery, más quiero negarle. Se vuelve un nudo apretado, y me encanta saber que soy el único que puede cortarlo.

Con mi boca en su pecho, agarro la parte superior de sus pantalones cortos de pijama y tiro de ellos hacia abajo. Emery levanta las caderas para ayudarme, y juntos deslizamos la tela por sus piernas. Ella se los quita, y luego queda desnuda y ahí para que la tome.

Termino el último desgarro de su camisa, dividiéndola por el centro hasta que ella queda expuesta a mí. Luego, meto la mano en mis pantalones y libero mi dolorosa erección.

Veo el brillo en sus ojos. Emery cree que cederé. Ella piensa que estoy cediendo.

Pero no tiene idea de hasta dónde estoy dispuesto a llegar.

—Me temo que no puedo darte lo que quieres —acaricio mi longitud, siseando por la fricción—. No hasta que sepa que lo entiendes.

Ella me mira con ira. —¿Qué vas a hacer, correrte tú mismo?

Asiento. —Si tengo que. Llegaré aquí encima de ti.

—Adrik —suplica—, no me hagas esto.

—No quiero, *moya zhena*. Realmente no quiero. Pero hay que enseñar duras lecciones. No importa cuánto tiempo lleve —me acaricio lentamente todo el tiempo que hablo. Es un pobre sustituto de lo que realmente quiero… su coño orgásmico apretando mi polla, ordeñando todo lo que tengo… pero algunas cosas deben tener prioridad.

Ella gime. —Soy tuya. Fóllame, soy tuya.

—Eres mía —le digo—. Este bebé es mío. Isabella es mía. Eres mía. La Bratva es mía. Tú me das todo y yo te mantengo a salvo. Ese es el trato que hicimos. Ese es el voto que hice.

Las lágrimas se acumulan en los ojos de Emery. Ella asiente. —Nos cuidas bien.

Finalmente lo entiende.

Me acomodo entre sus piernas, con mi dolorosa erección colocada en su centro. —Y no lo olvides, joder.

Antes de que pueda decir algo más, me deslizo dentro de ella hasta el fondo.

Emery me rodea con sus brazos, sus uñas clavándose en mi espalda mientras encontramos un ritmo juntos. Dos, tres, cuatro embestidas superficiales y ya quiero explotar, pero me detengo porque la vista y el sonido de ella retorciéndose debajo de mí es demasiado jodidamente delicioso como para rendirme tan rápido.

—Estás tan mojada por mí —murmuro—. Tan caliente y tan apretada.

Todo lo que se necesita son unas cuantas embestidas para borrar la sonrisa del rostro de Emery. Tengo que apretar los dientes, reprimiendo la liberación que necesito desesperadamente desde que confesó que estaba embarazada.

Pero no hasta que ella se corra una vez más.

—Córrete por mí —ordeno, aumentando mi ritmo—. Sé una buena chica y córrete.

Emery cierra los ojos con fuerza. Su respiración alcanza un crescendo y se detiene. Siento su abrazadera alrededor de mi longitud.

Y luego acaba.

Grita cuando el orgasmo la lleva. Yo también caigo y vacío chorro tras chorro dentro suyo. Ambos aguantamos, jadeamos, nos mordemos y aferramos al otro con desesperación salvaje.

Cuando termina, nos quedamos en silencio. Está bien. No queda nada importante por decir.

ADRIK

Cuando despierto por la mañana, una mano cálida está tocando mi pecho.

—¿No tuviste suficiente anoche? —mi voz es ronca por el sueño y el humo. Siento el ardor agudo en mis pulmones peor que ayer. Pero en todos los demás aspectos, me siento rejuvenecido.

Una noche de buen polvo puede tapar una multitud de pecados.

—Nunca —Emery besa mi pecho desnudo—. Pero en realidad solo tengo hambre. Iba a ver si querías algo.

—Podría comerme un caballo.

—¿Qué deseas? —pregunta.

—Acabo de decirte.

Me golpea el pecho con los ojos en blanco, pero su mano se demora después, acariciando mis costillas con sus dedos. Me encanta que no pueda dejar de tocarme.

—Pero, pensándolo bien, prefiero comerte a ti.

De repente, me doy vuelta y me deslizo por su cuerpo. Antes de que Emery pueda siquiera jadear de sorpresa, estoy entre sus piernas, enganchando sus rodillas sobre mis hombros y lamiendo el interior de su muslo.

—Ay, no, no, no —protesta, aunque su rostro está dividido en una amplia sonrisa—. De ninguna manera. Estoy agotada, Adrik. Me agotaste.

—Entonces, recuéstate —le digo. Paso una mano por su estómago y coloco mis dedos entre sus senos—. Déjame cuidarte.

Se ríe, pero su risa se transforma en un gemido cuando arrastro mi lengua por su muslo.

—Realmente solo quería desayunar —murmura, enterrando su mano en mi cabello.

—Ya lo tendrás. Después.

Ella suspira contenta y luego asiente con la cabeza. —Después.

Beso mi camino hasta su muslo y alrededor de su estómago. Estoy a punto de pasar mi lengua

por su centro cuando suena mi teléfono desechable.

Emery se pone rígida. —¿Es Stefan?

Me aparto y tomo el teléfono de la mesita de noche. Por lo general, me molesta que me interrumpan. Pero si llama al desechable, sé que es algo serio.

—¿Qué? —ladro.

—Todavía estás vivo —dice Stefan—. Excelente.

—¿Se supone que no debo estarlo?

—Eh —hace un ruido evasivo—. Teniendo en cuenta las últimas veinticuatro horas, nunca se sabe. ¿No te alegra que yo esté vivo?

Pongo los ojos en blanco. —¿En este preciso instante? No. Salvo que tengas algo importante que decirme.

—¿Interrumpo algo? —pregunta—. ¿Tú y tu esposa celebraban con un poco de alegría mañanera?

—Stefan —le advierto.

Él suspira. —Disculpa. Solo intento agregar algo de ligereza.

—¿A qué?

—Al hecho de que la policía te persigue —dice—. Estuvieron aquí hace apenas media hora quizá.

Me siento erguido. —¿Te tomó media hora llamar?

—Quería asegurarme de que no me estuvieran escuchando.

—¿Lo hacían?

—Todavía no —dice—. Pero no parecieron creer que no te vi en los últimos días. Volverán.

Emery está sentada en la cama, mirándome. Todavía está desnuda, pero no parece molestarle en absoluto. Cualquier otro día, estrellaría este teléfono desechable contra la pared y la arrojaría bajo las mantas. Pero hoy…

—¿Te dijeron algo?

—Encontraron el cuerpo de Pietro, pero no lo identificaron. Incluso piensan que podrías ser tú.

Durante medio segundo, me permito imaginarme escenificando mi propia muerte. Emery, Isabella, el bebé y yo podríamos desaparecer. Comenzar de nuevo. Sería como vivir en la cabaña, pero mejor. Absolutamente un nuevo comienzo.

Pero lo descarto. Es en serio lo que le dije a Emery una y otra vez: no existe un camino hacia la normalidad para nosotros. Es esta vida o nada.

—Pronto se darán cuenta de que no soy yo.

—Mantendré mi oído en el suelo. Llamaré si hay alguna noticia.

Colgamos y Emery envuelve su mano alrededor de mi bíceps. —¿Todo va bien?

—La policía está empezando a husmear.

Sus ojos se agrandan. —¿Tienes un plan?

—Tengo opciones —le digo—. Pero no tenemos que hablar de eso ahora.

—Puedes hablar conmigo, Adrik.

—Puedo, pero no lo haré. Cuanto menos sepas, mejor.

Ella suspira. —Ya lo sé todo. Y jamás te delataría.

—Tal vez no a propósito.

—No, nunca —insiste—. Nada me haría volverme contra ti.

La miro y puedo ver en su rostro que ella cree eso. Lentamente, enrosco mis dedos en su cabello rubio. Todavía está desordenado por lo de anoche, así que es fácil que se me enrede la mano. Luego, un solo apretón de dedos y Emery queda a mi merced.

—¡Ay! —grita, golpeando mi brazo—. ¡Adrik, suéltame!

La ignoro. —Nunca fuiste torturada —tiro suavemente de su cabello hasta el final de la cama—. No conoces las diferentes formas en que pueden provocar dolor en el cuerpo humano.

Ella se aferra a mi muñeca. —Pueden matarme si quieren. No les diría nada.

—Desearás estar muerta —digo, inclinándome más cerca.

El miedo cruza su rostro, pero no alcanza. Ni de cerca. Tiene que entender lo que está en juego. Agarro su garganta con ambas manos y le inclino la cabeza hacia atrás. —Un ligero giro y te rompería el cuello.

Ella traga. —Dijiste que no me matarían.

—No te mataría. Te paralizaría —le explico—. Pero aún sentirías dolor. Estarías viva durante cada segundo insoportable, pero no serías capaz de luchar. No podrías huir.

Puedo sentir su pulso acelerarse contra mi palma.

—Un buen torturador tiene a su disposición infinitas herramientas y métodos —explico—. Se divertirían contigo. Incluso cuando cedieras… y lo harías muy pronto… probablemente te mantendrían cerca para divertirse. Si tienen algún gusto, claro está.

Emery aparta mi mano. —Lo entiendo, Adrik.

—¿Lo haces? —pregunto, mirándola desde arriba—. ¿De verdad? Porque necesito que entiendas por qué no cedo a todos tus caprichos. Por qué no llego a casa y hablo sobre mi día como la gente “normal” con la que estás tan obsesionada.

—No estoy obsesionada con…

—No soy normal —gruño—. Esta vida no es normal. Y todo lo que hago es para asegurarme de que estés a salvo.

—Lo sé —alza la mano y me agarra la cara, bajándola hasta que nos miramos a los ojos—. Tú cuidarás de mí.

La miro fijamente y ella levanta las cejas en una mirada del tipo *¿Estás feliz ahora?*

Finalmente, asiento. —Buena chica —solo entonces la dejo ir.

Emery se deja caer en la cama y suspira. —¿Por qué todo es siempre tan difícil?

—Así es la vida, hasta donde yo sé. Infinitamente cruel.

Se levanta sobre los codos. Sus tetas realmente se ven increíbles. Las hormonas del embarazo hacen cosas maravillosas por su cuerpo.

—¿Qué pasó entre ustedes dos ayer? —pregunta—. Tú y Yasha, quiero decir.

—Tú estabas ahí. Intentó incriminarme por asesinato.

Niega. —No. Después. Dijiste que lo viste en…. ¿El nido del águila? ¿Así era?

Asiento.

—¿Qué pasó en el nido del águila? —pregunta.

—Él estaba allí, como pensaba. Pero se fue.

—¿A pie?

—Lo habría perseguido si estuviera a pie —espeto—. Tenía un auto. Y un arma. Me vio venir desde la torre.

Definitivamente no menciono que podría haberle disparado a mi hermano en la cabeza. Podría haber terminado todo esto ejecutándolo a través de la ventana del auto, y en su lugar, intenté dispararle a sus neumáticos. Maldito tonto.

Emery se sienta y se desliza hasta el final de la cama. Sus piernas se abren y entro en ellas, dejándola arrastrar sus manos por mi estómago. Ella ignora mi erección de la misma manera que yo ignoro sus pezones puntiagudos… con mucho autocontrol. No durará mucho más.

—Lo atraparás la próxima —dice. Luego se ríe—. Sueno como una madre dando una charla de ánimo. Pero lo digo en serio… Sé que dije que no eres un superhéroe… y no lo eres —advierte señalando con el dedo y entrecerrando los ojos—. No deberías lanzarte a situaciones de vida o muerte tan voluntariamente. Pero eres el bueno en este escenario. Y, en mi mundo, los buenos siempre salen victoriosos.

—¿Tu mundo también tiene unicornios y cascadas hechas de chocolate?

Emery me golpea el pecho. —Eres un gilipollas.

—Uno hambriento. ¿Qué hay para desayunar?

—Realmente tenía ganas de gofres.

Asiento y acaricio su labio inferior con mi pulgar. —Pídelo y se te dará.

Sonriendo, se levanta para salir rápidamente de la habitación, pero luego se detiene a medio camino de la puerta. —Espera. ¿Qué se supone que debo hacer con la ropa? —pregunta—. Isabella tenía una maleta, pero yo lo único que tengo es la ropa que se arruinó ayer y el pijama que se arruinó anoche.

Miro su cuerpo desnudo. —No veo el problema.

Ella entrecierra los ojos. —Realmente no eres gracioso.

—Le pedí al dueño que organizara una entrega —señalo el armario—. Todo debe ser de tu talla.

Se asoma al armario y luego me mira con una amplia sonrisa en su rostro. —Realmente eres otra cosa, Adrik Tasarov.

Le sonrío. —Vístete. Iré a preparar el desayuno —le doy una palmada en el trasero para despedirla. Ella chilla y se escabulle dentro del armario. Riéndome, bajo las escaleras.

Afortunadamente, Antonio debió haber ido de compras justo antes de que yo tomara el control de su piso. El hombre actuó como si fuera un verdadero inconveniente cuando le pregunté si podíamos venir aquí, pero sé con certeza que tiene dos casas. En una viven su esposa y su hijo. Esta es solo para cualquier amante con la que esté follando en ese momento.

Es extraño cómo se puso tan susceptible cuando le revelé que estaba al tanto de esa información. Aunque me resulta útil.

Meto los gofres de la puta de Antonio en la tostadora y sirvo dos vasos de zumo de naranja. Cuando están listos, lo pongo todo en un plato y lo llevo arriba.

Oigo a Emery todavía hurgando en el armario. —¿Todavía te estás vistiendo? —pregunto.

Sale del armario con las manos en las caderas. —Solo estoy explorando. ¿De dónde es esta ropa? Es increíble.

Emery lleva un par de jeans de cintura alta que le quedan como un puto guante. Se amoldan perfectamente a las curvas de sus piernas y hacen que su trasero luzca increíble. La blusa que lleva puesta es solo una camiseta corta blanca, pero el material es delgado y delicado. Cae sobre su pecho, revelando suficiente escote como para devolverle la vida a mi polla.

Reprimo mi gruñido de deseo y en lugar de eso frunzo el ceño. —¿Te gustan? —pregunto, incrédulo.

Su rostro cae mientras se mira a sí misma tímidamente. —Em… Sí. Yo… Sí, eso pensé. Son solo jeans y una camisa, así que yo…

Dejo su plato sobre la cómoda y me acerco. —No, no. No sirve en absoluto. No está bien.

—¿Qué no está bien? —suena casi asustada. Pobre pequeña *kiska*. Tan frágil. Tan perfecta para mí.

—Esta camisa, es… —pellizco la parte inferior de la camisa entre mis dedos y tiro de ella por encima de su cabeza—. Inadecuada.

Lleva un sujetador de encaje blanco debajo. Paso mis dedos sobre el delicado material, tomándola en mi palma.

Emery sonríe y niega con la cabeza. Ahora entiende el juego que jugamos. —Ah, ¿sí?

—Absolutamente —asiento, arrastrando mis manos hasta los jeans colocados en su cintura—. Y estos jeans tampoco están nada bien. Deberías quitártelos. Los haré a medida.

—Ah, ¿está tu sastre aquí? —pregunta Emery. Mira juguetonamente a su alrededor—. Pensé que habría dejado de trabajar contigo después de que follamos en una pila de sus vestidos de novia.

—Sigue hablando sucio así y tendré que ponerte algo en la boca para callarte, *kiska* —gruño en broma.

Llevo a Emery de vuelta a la cama y la dejo al borde. Pone los ojos en blanco, pero no puede dejar de sonreír. No lucha cuando desabrocho sus jeans y empiezo a bajarlos por sus piernas.

—¿Alguna vez podré comer?

—Después —digo.

—Sigues diciendo eso. Lo creeré cuando lo vea.

Le quito rápidamente los jeans y paso las manos por sus muslos, separándolos para poder acomodarme entre ellos. Una vez más, presiono mis labios contra sus cálidos muslos internos, acercándome cada vez más a su coño mojado.

Ella enrosca sus manos en mi cabello y su respiración se vuelve más pesada a medida que me acerco. Ella quiere esto tanto como yo.

Aparto sus bragas. Ella está ahí para saborearla, madura, reluciente y jodidamente dulce. Toco su raja con la punta de mi lengua y luego…

Suena mi teléfono.

Emery suelta una carcajada y se deja caer en la cama. —Estás bromeando. ¿De nuevo?

Atiendo. —¿Qué carajo pasa ahora, Stefan? Si no es información vital que necesito saber en este momento, entonces cuelga. Porque estaba en medio de algo.

—Adrik.

La voz de Stefan es tranquila, calma. Sin señales de diversión. Su habitual alegría desapareció.

Joder. —¿Qué pasa?

Hay un momento antes de que Stefan se aclare la garganta y responda—: Es tu papá.

EMERY

Todas las habitaciones del hospital son estériles e inhumanas, pero esta parece especialmente horrible. Las luces blancas iluminan las paredes blancas y los azulejos blancos. Las sábanas son blancas, la estructura de la cama es blanca, el televisor es un paisaje nevado crepitante de un blanco estático. Incluso Vadim Tasarov está blanco en la camilla, con el rostro pálido, cetrino e hinchado como papel empapado.

Todo blanco… excepto Adrik.

Es un agujero negro en medio de todo. Discordante y violento, vestido de negro de pies a cabeza. Ojos negros, cabello negro, alma negra.

Me siento tentada de ofrecerle mis condolencias o aliento, pero estoy bastante segura de que es lo último que quiere. Salimos de casa a toda prisa. No dijo mucho desde entonces, excepto amenazar a los empleados de la guardería de abajo con que, si algo le pasaba a Isabella, no vivirían lo suficiente para llegar a una cama de hospital en el piso de arriba.

Trago y lo miro. Parece vibrar de rabia y una tristeza que nunca admitiría sentir. Como si la muerte que viene por su padre fuera una afrenta personal.

Doy un paso tímido hacia adelante. —¿Estás bien? —murmuro.

—Mejor que él.

Inclina la cabeza hacia un lado, estudiando a su padre, y me doy cuenta de lo mucho que se parecen. No en este momento exacto. Pero antes de que Vadim se hundiera y se marchitara, tenían la misma mandíbula fuerte, la misma frente, perpetuamente fruncida.

Trago y pruebo una táctica diferente. —¿Eras cercano a él?

—Soy su heredero.

Si se supone que esa es una respuesta, no me dice mucho. Pero no quiero entrometerme.

—Creo que es bueno que puedas estar aquí —le digo. El pitido mecánico de las máquinas a las que Vadim está conectado llenan cada silencio. Los lentos latidos de su corazón son un metrónomo para la conversación. *Boom-boom. Boom-boom. Boom-boom.*

—No está despierto para notar la diferencia —dice Adrik.

Pongo una mano en su hombro. —Creo que él lo sabe.

Él se burla. —Lo dudo. Está muriendo. Es lo que pasa.

Me pongo rígida, pero Adrik no parece notarlo. —Sí —digo—, tienes razón… Los humanos mueren todos los días. Pero tu papá solo muere una vez.

Adrik se queda quieto. Sus ojos se oscurecen aún más, de alguna manera. Luego se vuelve hacia mí. —¿Que estás tratando de hacer?

—Nada —alzo las manos en señal de rendición—. Solo quiero asegurarme de que estás bien.

—Estoy perfectamente bien, joder. Sabía que este día llegaría. Por eso estamos casados. Esto no es una sorpresa.

No estoy segura de si Adrik pretendía que sus palabras fueran tan profundas, pero lo son. En una frase socava todo nuestro matrimonio. Todo lo que pensé que empezaba a parecer real… extrañamente real, increíblemente real, pero realmente real… se esfuma.

Reprimo un sollozo enojado y miro hacia otro lado. Puede que sea Adrik quien se despide de su padre moribundo, pero soy yo quien llora.

Lo siento dar un paso hacia mí, pero, antes de que pueda decir algo, la puerta detrás de nosotros se abre. No miro. No quiero que la enfermera me vea molesta. Pero entonces, Adrik rápidamente me empuja detrás de él.

—¿Qué carajo estás haciendo aquí? —gruñe.

—¿No es obvio?

Me congelo. No es una enfermera.

Miro alrededor de Adrik y veo a Yasha de pie en la puerta. Lleva jeans y una camiseta, las manos metidas casualmente en los bolsillos. Las saca y mueve los dedos, revelando que no tiene armas.

—Renunciaste a tu derecho a estar aquí —gruñe Adrik.

—¿Estoy desterrado? —resopla Yasha—. No me di cuenta de que tenías ese poder.

—Dale una hora y lo tendré.

—No pareces muy destrozado por Papá. Supongo que estás ansioso por reclamar la corona.

—“Pesada es la corona” —recita Adrik—. Tú nunca entendiste eso. Por eso él nunca te consideró como líder.

Yasha sigue sonriendo, pero entrecierra los ojos. —No vine para discutir contigo, Adrik.

—No deberías estar aquí en absoluto.

—Él también es mi padre.

Adrik exhala bruscamente y pongo una mano en su hombro. Gira la cabeza ligeramente, sin dejar de mirar a Yasha.

—Tiene razón —digo en voz baja.

—¿Hasta tu esposa está de acuerdo conmigo? —Yasha se ríe—. Quizá sí podamos ser una gran familia feliz, después de todo. Final de libro de cuentos.

Lo miro con ira. —No hago esto por ti, gilipollas —me inclino más hacia Adrik y bajo aún más la voz—. Lo estoy haciendo por *ti*. Esta es tu familia. Tu papá y tu hermano. Lo que esté pasando con todos ustedes, pase lo que pase… no quiero que se arrepientan de no tenerlo aquí.

—Lo único que me arrepiento es de que él no esté muerto también —gruñe Adrik.

Paso una mano por su bíceps. —No pude despedirme de mi padre. Lo odiaba… todavía lo odio… pero eso no cambia lo que siento. Y, cuando todo esto termine, no quiero que te arrepientes de nada.

Adrik respira profundamente y luego quita la mano de mi brazo. Lentamente, se lo lleva a la boca y me besa los dedos. Es un beso tierno. Me da esperanza. —Que así sea. Pero no te quiero aquí.

Escucho el eco de lo que dijo antes de que llegara Yasha en sus palabras. *Sabía que este día llegaría. Por eso estamos casados.*

Soy plenamente consciente de cómo y por qué empezó todo esto. Supongo que había empezado a esperar que se hubiera convertido en algo más desde el principio. Quizás eso fue ingenuo.

Me duele el corazón cuando asiento y salgo en silencio de la habitación, evitando a Yasha.

Bajo a la guardería del primer piso. El centro colocó una banda en el tobillo de Isabella y en mi muñeca. Está diseñado para alertarme si sale de la propiedad, y no sentí ningún zumbido que lo indique, pero igual suspiro de alivio cuando la veo sentada en la sala de juegos con los colores del arcoíris.

Ella parece contenta y no estoy de humor para entretenerla. Hay una fila de sillas en el pasillo. Me dejo caer en una como si hubiera estado de pie durante semanas.

Anoche no dormí lo suficientemente bien como para soportar todo lo que me depara el día. Y ahora, Yasha está aquí…

Me estremezco al saber que estamos en el mismo edificio. Defender su derecho a estar con su padre en sus últimas horas me hizo sentir sucia, pero sé que fue la decisión correcta. Con suerte, Adrik también lo verá de esa manera.

Me duele pensar en mi marido. Anoche y esta mañana parecieron una segunda luna de miel… o una primera luna de miel, en realidad, pues la nuestra fue bruscamente interrumpida. Saber que Adrik estaba vivo y bien me hizo sentir mareada de alegría. Quizás por eso su tono hoy resulta tan duro. Porque me engañé a mí misma pensando que siempre podría ser como fue anoche. Fácil, juguetón y puro.

Puedo oír la voz de Adrik en mi cabeza. *Estás viviendo en un cuento de hadas.*

Pero ¿qué tienen de malo los cuentos de hadas? ¿No vivirían todos en uno si pudieran?

Unas risas desde el cuarto de juegos llaman mi atención, Me levanto y miro por la ventana

nuevamente.

Isabella está en su silla frente a una mesa pequeña. Una niña rubia está sentada a su lado. La niña se sonroja y su boca se mueve a un kilómetro por minuto, aunque no puedo oír una palabra. Isabella dice algo y ambas chicas se ríen.

—Al menos alguien se lo está pasando bien —murmuro.

—Ella se parece a mí.

Me sobresalto y doy vueltas. Yasha está detrás de mí, mirando a través del cristal.

Instintivamente, me pongo entre ellos. —Aléjate de ella.

Apenas se mueve. —Ella ni siquiera sabe que estoy aquí. Relájate.

—¿Alrededor tuyo? Nunca —espeto—. Tendrás que volver a drogarme si quieres que eso suceda.

Él arquea una ceja. —Eso puede organizarse.

Un escalofrío me recorre, pero me mantengo firme. Nada me haría renunciar a mi posición entre él y mi hija. *Mi* hija. No suya. Nunca suya.

—¿Dónde está Adrik? —hago lo mejor que puedo para no sonar tan asustada como me siento.

—Vigilando a su jefe —dice—. Sospecho que quiere presenciar el momento en que la Bratva le pase oficialmente. De todos modos, eso es lo único que le importa.

Hay una asombrosa cantidad de amargura en la voz de Yasha. Más de lo que pensaría que un monstruo como él es capaz de sentir. Y, por alguna razón, me siento… mal por él. ¿Qué demonios me pasa?

—Eso no es cierto.

—¿Crees que lo conoces tan bien? —pregunta Yasha—. ¿Crees que se preocupa por ti?

Yasha presiona un doloroso hematoma emocional, pero levanto la barbilla. —Sé que lo hace. Y también se preocupa por ti. O… lo hacía. Antes de que arruinaras todo.

La barbilla de Yasha forma hoyuelos cuando mueve la cabeza hacia adelante y hacia atrás, sopesando mis palabras. —Bueno, tienes razón en una cosa: él ciertamente se preocupa por mí.

Pongo los ojos en blanco. —Lleva tus juegos mentales a otra parte. No me lo creo.

—No estoy mintiendo —responde Yasha—. No es un juego. Es un hecho.

—¿Crees que sabes cómo es nuestra relación? Bueno, no. No sabes nada sobre nuestro matrimonio.

—"*Nuestro matrimonio*" —Yasha prácticamente se ríe—. Dios, él realmente te tiene bien. Siempre dije que preferiría tener el cerebro que la apariencia en la familia, pero ahora, viéndote toda preocupada por Adrik, quizá estaba equivocado. La buena apariencia puede llevarte tan lejos cuando hay chicas estúpidas involucradas.

Aprieto los dientes. —No soy una colegiala tonta enamorada. Amo a Adrik por mil razones. Ninguna que un monstruo como tú pueda entender.

Las cejas de Yasha se alzan. Me doy cuenta de lo que dije, de lo que admití. Mi cara arde. Él no se lo pierde.

Sonríe. —Pobre cosa. Enamorada de un hombre que te usa. No te sientas mal… estás bien acompañada. La mayoría de los matrimonios Bratva son más políticos que cualquier otra cosa.

—¡Eso no es lo que es esto!

—¿No? —Yasha se encoge de hombros—. Vale, entonces quizá entendí mal lo que pasó ayer. Quizá interpreto demasiado sobre ello —se gira lentamente y camina hacia las puertas.

Sé que me provoca, que intenta que muerda. Que pregunte qué quiere decir. Lo último que quiero es darle a Yasha lo que quiere. Y aun así…

—¿Qué pasó ayer? —pregunto, odiándome a mí misma en el momento en que las palabras salen de mi boca.

Adrik me contó lo que pasó. Se enfrentó a Yasha en el nido del águila, pero Yasha escapó. No necesito escuchar la versión de la historia de nadie más. Y menos aún la de Yasha.

Pero las palabras han salido a la luz y ya no hay forma de retractarse.

Yasha se da vuelta y su boca se curva en media sonrisa. —Mi hermano te dijo que me encontró ayer, ¿supongo? Estoy seguro de que te dijo que me localizó y peleó duro. Tal vez incluso te haya dicho que me escapé apenas de entre sus dedos.

—Como la serpiente que eres —escupo.

La diversión es clara en el rostro de Yasha cuando se inclina y baja la voz. —Bueno, entre nosotros dos… no estoy seguro de que el corazón de mi hermano mayor tuviera muchas ganas.

Hablando de corazones, el mío late fuera de mi pecho. —¿Qué quieres decir? —pregunto. Mi voz suena entrecortada, asustada.

—El gran y fuerte Adrik. Siempre guapo. Siempre atleta. No importa cuánto practiqué, no importa cuánto lo intenté, nunca pude vencerlo. Pero ayer fue fácil escapar.

—Estoy seguro de que hay una razón —espeto, pero las palabras fracasan incluso en mis propios oídos.

Yasha lo sabe. Él ríe. —Ay, ciertamente. El pobre acababa de volar su propia casa. Fue un día duro. Apuesto a que solo tenía un poco de sueño —su sarcasmo es lo suficientemente cruel como para hacerme retroceder.

—Quizá tuviste suerte.

—Quizá —admite—. O quizá es como decía y Adrik solo estaba cansado. Quizá estaba tan cansado que ni siquiera pudo levantar su arma y apuntarme mientras pasaba junto a él. Quizá por eso disparó tres tiros al suelo en lugar de a mi cabeza. Quizá por eso ni siquiera intentó matarme.

Parpadeo hacia él. Yasha simplemente sonríe.

—Pero dices que conoces a mi hermano, así que debes saber lo importante que es la familia para él —dice Yasha, con voz aceitosa y cruel—. Y yo también lo conozco bien. Si me preguntas, creo que disparar al suelo fue su forma de elegir a su familia en lugar de un pedazo de culo usado.

Yasha ya no presiona el hematoma emocional… lo abre de par en par. Me siento como una herida sangrante, abierta, en carne viva y dolorida.

Entrecierro los ojos. —Conozco a tu hermano. Y estoy segura de que te dijo exactamente con qué rapidez debes abandonar las instalaciones.

El ligero cambio en el rostro de Yasha me dice que tengo razón.

Le apunto la puerta. —Yo lo haría, si fuera tú. A menos que quieras que las próximas dos balas que Adrik dispare sean un poco más precisas —extiendo la mano y toco su frente para enfatizar. Me sorprende que mi dedo no se incendie.

Yasha mira por encima de mi hombro. Podría jurar que percibo una pizca de nerviosismo en su rostro.

Antes de que pueda decir algo más, me doy vuelta y me alejo.

Afortunadamente, cuando llego a los ascensores, miro hacia atrás y veo que Yasha dobla la esquina. Estoy a punto de subir cuando dos policías doblan la misma esquina detrás de la que él acaba de desaparecer.

El corazón instantáneamente salta a mi garganta. No hace falta mucho para aumentar mi frecuencia cardíaca estos días. ¿Están aquí por Adrik? ¿Por mí? ¿Por Isabella?

Pero entonces veo a una mujer pequeña esposada entre los agentes. La llevan a mi lado y a una habitación más al final del pasillo.

Apenas se van, tomo el ascensor hasta el piso de Vadim. Adrik alza la vista cuando paso por la puerta. Todavía está de pie junto a la cama de su padre. Su expresión sigue siendo preocupantemente plana. La habitación está en silencio.

Hay tantas cosas que quiero decir. Tantas cosas que quiero preguntar. Pero parece que no puedo encontrar las palabras.

En lugar de eso, digo—: Policías.

—¿Qué?

—Policías —digo, tratando de recuperar la compostura—. Los vi abajo. No estaban aquí por nosotros. Había una mujer esposada. Pero…

—Deberíamos irnos —Adrik entiende de inmediato.

—¿Está bien? —miro a su padre—. Podemos quedarnos si tú…

—No es necesario —Adrik avanza y coge la parte superior de la sábana de su padre. Con un movimiento de muñeca, arroja la sábana sobre su cara—. Él está muerto.

De repente, me doy cuenta de por qué hay tanto silencio aquí.

No hay máquinas que bombeen medicamentos o líquidos. Ningún chirrido mecánico, registrando cada latido del corazón de Vadim.

Porque ya no hay latidos que medir.

Adrik rodea la cama y camina hacia la puerta sin tocarme. —Vámonos.

No sé qué necesita que diga. O qué debería decir. Así que no digo nada.

Simplemente lo sigo fuera de la habitación y hacia el pasillo, dejando a su padre muerto detrás de nosotros.

ADRIK

Estoy encorvado sobre el escritorio, con montones de documentos de mi padre apilados frente a mí. Hago lo posible por leer sus escritos cuando Stefan entra y se aclara la garganta.

Lo miro. He estado mirando el papel tanto tiempo que mis ojos tardan un segundo en acostumbrarse. —¿Qué? —ladro.

Stefan traga. —No tenemos que hacer esto hoy, ¿sabes? De todos modos, estuviste sentado en la mayoría de estas reuniones y eres como un puto elefante cuando se trata de recordar cosas, así que no es que necesites las notas de tu papá. Además, revisaré y transcribiré todo lo que necesites. Así que hoy… puedes ir y…

—¿Ir y hacer qué? —interrumpo—. ¿Qué debería hacer hoy?

—¿Llorar? —sugiere con una mueca de dolor y se encoge de hombros—. Joder si lo sé. Mi viejo era un pedazo de mierda. Cuando murió festejé. No sé qué se supone que debes hacer.

—Se supone que debo hacer esto —señalo el montón de papeles esparcidos sobre el escritorio—. Nací para liderar la Bratva. Para eso me entrenó mi padre. Tengo que poner las cosas en orden.

Stefan suspira y toma asiento frente al escritorio. —Eres don en todos los aspectos importantes desde hace mucho tiempo. Tú lo sabes.

—Fuimos atacados.

Él asiente. —Lo sé.

—¿No te dice eso que no sabíamos lo suficiente? ¿Que no estábamos preparados?

—Sabíamos que los Volandris eran una amenaza —responde—. Lo sabemos desde hace años.

—Sin embargo, aún tengo un jodido agujero en el costado de mi casa, lo suficientemente grande como para que pase un crucero —gruño—. Y ellos todavía están vivos.

Stefan frunce el ceño. —Sin embargo, Pietro está muerto.

Entrecierro los ojos. —Sacar a relucir los pecados de mi hermano no es la forma de conseguir lo que quieres.

Levanta ambas manos en una especie de rendición. —No quiero nada de eso, Adrik.

—Entonces, ¿qué? —ladro—. ¿Qué carajo quieres de mí?

¿Qué carajo quieren *todos* de mí? Pude sentir a Emery mirándome toda la noche. Como si estuviera esperando que me derritiera en un patético charco de pena.

Estoy acostumbrado a que la gente ande de puntillas a mi alrededor. Estoy acostumbrado a miradas nerviosas y susurros en voz baja. Pero normalmente es porque tienen miedo. No porque estén preocupados. Todo este maldito lío me está provocando picazón en la piel.

—Solo quiero asegurarme de que estás bien —admite finalmente Stefan—. Eres mi mejor amigo, hombre.

Lo miro directamente a los ojos. —Si esperas que llore mucho y deje salir mis sentimientos, entonces no me conoces en absoluto.

Dicho esto, vuelvo a los papeles que tengo delante. Stefan se recuesta en su silla y reflexiona. Nos quedamos en silencio por un rato. ¿Media hora? ¿Una hora? No estoy seguro. Una de las criadas paró el reloj encima del escritorio de mi padre a la hora y minuto de su muerte. Una vieja costumbre de la Bratva. Cursi, en mi opinión, pero es la menor de mis preocupaciones en este momento.

Finalmente, Stefan vuelve a romper el silencio. —¿Hay algo útil allí?

—Libros de contabilidad —me quejo, apartando de mí los recibos escritos a mano. En este punto, incluso yo me estoy inquietando—. Joder, tal vez debería dejarte hacer esto.

—¡Gran idea! —Stefan aprovecha la oferta—. Hay que tirar la mayor parte de esta mierda. Tiene años. Y no necesitamos un rastro. Tu papá debió haber estado triturando estas cosas.

—Esa no era su manera.

—Bueno, por suerte para nosotros, su manera ya no importa. Es tu manera ahora. Así que la pregunta es: ¿cuál es tu primer paso, don Tasarov?

Todavía me estoy adaptando al título, pero solo tengo que pensarlo un segundo. —Eliminar a la mafia Volandri.

—¿Por qué motivos?

—¿Por qué putos motivos? —chasqueo—. Porque se asociaron con un político cerdo corrupto para tratar de superarnos. Porque se atrevieron a poner un pie en mi complejo. Porque el dolor que sufrieron palidece en comparación con el dolor que merecen, con el dolor que *sufrirán* ahora que yo uso la corona.

Stefan sonríe. Arrugo la frente. —¿Por qué diablos estás sonriendo?

—Nada —dice—. Esto es solo música para mis oídos. ¿Qué tienes en mente?



CUANDO SE ABRE la puerta de mi oficina, apenas lo noto.

Stefan y yo estuvimos analizando cada fragmento de información que la Bratva reunió sobre los movimientos de la mafia Volandri. Ubicaciones de almacenes, aliados, refugios, rutas comerciales, territorio. Hay muchísimo para cubrir, pero todo es importante. Si queremos que un ataque dé frutos, tenemos que saber dónde son más vulnerables.

—¿Estamos dispuestos a dividir los recursos, con Yasha causando estragos? —pregunta Stefan —. Podríamos necesitar a todos nuestros hombres para un ataque eficiente.

—¿Causando estragos? —repito, mirándolo. Entonces es cuando veo a Emery parada en la puerta, con un plato en la mano.

Stefan se encoge de hombros. —Así es como se siente. Un niño haciendo un berrinche.

—Matar a un hombre e incriminar a Adrik por el asesinato es un poco más que un berrinche — interviene Emery.

Stefan se da vuelta. —Ah, vaya. Esta es silenciosa como la noche —dice, colocando el pulgar sobre su hombro. Él mira el plato en su mano—. ¿Eso es el almuerzo?

—Para Adrik —ella me mira y me ofrece una sonrisa nerviosa—. Has estado aquí por un tiempo. Pensé que podrías tener hambre.

—¿No te preguntaste si yo también podría tener hambre? —Stefan se queja.

Emery resopla. —No soy tu esposa. Así que, hasta que te cases o las chicas con las que te relacionas en los clubes comiencen a prepararte la comida, no tendrás suerte.

Suelto una carcajada y Stefan nos mira a ambos con ira. —Vale. Iré a buscar mi propia comida. ¿Luego continuamos?

Asiento y Stefan sale de la habitación.

—Pensé que te gustaba Stefan —digo mientras desliza un plato con un sándwich y una ensalada César sobre mi escritorio.

—Sí —dice—. Pero él no necesita acostumbrarse a que yo le traiga en palmitas.

—¿Solo yo recibo ese tratamiento?

Ella me dedica una sonrisa maliciosa. —Si eres bueno.

—Nunca soy bueno.

—Tienes tus momentos —me guiña un ojo—. Y quizá mi definición de “bueno” sea un poco diferente a la de la mayoría.

Agarro el sándwich y le doy un mordisco. El pan está tostado y la lechuga entre las capas de carne y queso queda crujiente. Es un sándwich muy bueno.

—Tendrá que ser muy diferente para que clasifique. Pero tengo formas de conseguir lo que quiero de ti, quieras dármelo o no.

—Suena como una amenaza.

Sacudo la cabeza. —Una promesa.

Emery suspira y reclama el asiento que Stefan acaba de dejar libre. —¿Vas a cumplir estas promesas o estarás ocupado trabajando todo el día?

Suena bastante casual, pero puedo escuchar la preocupación en sus palabras. Ella tampoco cree que yo debería trabajar tanto. Quizá ella y Stefan estén conspirando, tratando de atacarme desde ambos frentes.

—Hay mucho que hacer.

—Has estado aquí desde antes de que saliera el sol.

—Y me quedaré aquí hasta que termine.

—Entendido —se traga su decepción—. ¿Parece que ustedes dos planeaban un ataque?

Asiento y mastico.

—¿Es eso una buena idea?

Trago lentamente y la miro. Ella me mira con esos ojos preocupados otra vez, como si estuviera parado en una cornisa y ella estuviera esperando que saltara.

—No tengo malas ideas.

—Eso no es lo que quise decir —dice—. Solo quiero decir… bueno, Yasha ha sido un poco una distracción.

—Demasiado —gruño—. Y me ocuparé de él a tiempo. Pero los Volandris tienen que saber que no pueden lanzar un ataque contra nosotros sin enfrentar consecuencias. Necesitan saber que no nos daremos por vencidos y lo aceptaremos.

—¿Pero necesitan saber eso ahora mismo?

Aparto mi plato y la miro fijamente. —¿Qué sugerirías entonces, princesa?

Si nota el sarcasmo en mi voz, no muestra ninguna señal. Cruza las manos sobre su regazo, las dobla y desdobla mientras piensa. —Tu papá acaba de morir, Adrik.

—Soy muy consciente.

—¿Lo eres? —espeta. Suspira y parece arrepentirse de su tono de inmediato—. Es solo que… has estado tan ocupado trabajando que realmente no te has tomado el tiempo para…

—Trabajar es todo lo que hay ahora —gruño—. Es lo único que importa.

El dolor destella en sus ojos verdes. —¿Es eso lo que realmente crees?

—Mi padre se ha ido. Mi hermano se ha ido. Esta Bratva es todo lo que queda de lo que construyó mi familia. Si la dejo caer, no quedará nada.

Emery asiente lentamente. Veo su garganta moverse, y sus ojos vidriosos. —Vale. Em… bueno, entonces te dejo con tu importante trabajo.

Se levanta y se da vuelta lentamente, como si esperara que la detuviera. Como si esperara que la llamara y la acercara. Que le diga que tantas cosas me importan… tanta gente. Ella e Isabella, sobre todo.

Pero no lo hago. Porque no lo haré o porque no puedo. No estoy seguro.

Cualquiera sea el caso, la dejo irse.

Y luego vuelvo al trabajo.

ADRIK

Ya es tarde cuando salgo de mi oficina. Stefan y yo llegamos tan lejos como para empezar a esbozar las líneas generales del ataque contra los Volandris, pero hasta él se fue hace una hora.

Mi plan es irme directo a la cama. Estoy jodidamente exhausto. Pero, cuando salgo al pasillo, escucho el sonido amortiguado del televisor desde la sala de estar.

Las luces están apagadas, pero puedo ver el brillo azulado del televisor reflejándose en el techo, parpadeando mientras se reproduce el comercial de un concesionario de automóviles. Cuando entro en la habitación, un hombre calvo con un traje de la bandera estadounidense agita los brazos delante de una fila de coches.

—Ven y consigue todo lo que quieras sin compromisos —alardea—. En Finchland Motors hacemos realidad todos sus sueños.

—Mis sueños te harían cagar encima, gordo —murmuro.

Me vuelvo hacia el sofá, esperando que Emery o Isabella digan algo, pero están dormidas. Isabella está dormida en su silla de ruedas, con la cabeza inclinada hacia un lado. Emery está tumbada en el sofá, con un brazo bajo la cabeza y la otra mano extendida hacia su hija.

Están tomadas de la mano.

Travis es el único que está despierto. Se anima cuando me acerco, moviendo la cola, pero no se mueve del lado de Isabella.

—*Molodetz* —le susurro en ruso. *Buen chico*.

El perro se mueve y se reacomoda, cruzando las patas. Me agacho y le rasco entre las orejas. Luego, levanto a Isabella.

Su respiración se detiene por un segundo mientras la acomodo en mis brazos, pero, un segundo después, vuelve a respirar profunda y uniformemente.

Los niños son una maravilla. No puedo imaginar cómo sería vivir con ese nivel de confianza. Ser tan vulnerable, dormir en los brazos de otra persona y no preocuparse en absoluto.

Subo las escaleras y la pongo en su cama, ubicándola para que pueda dormir cómoda toda la noche. Travis me sigue al interior de la habitación y lo rasco una vez más. Luego, regreso a la sala de estar para buscar a Emery.

Por un momento, considero despertarla sacudiéndola y decirle que me voy a la cama. Pero luce tan pacífica. La preocupación en su rostro desapareció. Está tranquila, perfectamente relajada. Y quiero que eso dure. Se lo merece.

Con cuidado, muevo mis brazos debajo de sus rodillas y alrededor de sus hombros, y la levanto del sofá. En el momento en que está en el aire, sus ojos se abren de golpe.

—¿Qué estás haciendo?

—Secuestrándote —digo casualmente.

—Eso no es gracioso.

—¿Aún es demasiado pronto?

Presiona una palma contra mi pecho. —Bájame. Puedo caminar.

—No.

—Adrik, baja…

—No —digo con más firmeza—. Quiero cargarte, así que voy a cargarte.

—¿Lo que yo quiero no importa?

—Depende —me encojo de hombros—. Si quieres que te baje para que puedas caminar, entonces no, no importa. Pero ¿si quieres que te baje para que podamos follar contra la pared del pasillo? Bueno, eso lo consideraría.

Incluso en la oscuridad, puedo ver sus mejillas sonrojarse. Se aleja de mí. —Pensé que estarías demasiado ocupado con tu importante trabajo para algo así.

—Nunca estoy demasiado ocupado para eso —digo en voz baja.

Se vuelve hacia mí y sus grandes ojos verdes estudian mi rostro. Su frente se frunce. Prácticamente puedo oírla intentando perforar mi cabeza para leer mis pensamientos.

Entro a nuestro dormitorio. La luz de la luna llena entra por la ventana abierta, arrojando un brillo plateado. Coloco a Emery en el borde de la cama. Sus piernas se abren y entro en el espacio y tomo sus manos entre las mías.

Su respiración se acelera. Me gusta saber que soy la razón.

—No quiero hablar de mi papá —le advierto mirándola a los ojos.

Ella frunce el ceño, pero asiente. —Vale.

—Pero —agrego—, la Bratva no es todo.

Sé cómo interpretó lo que dije esta tarde. En cierto modo, es verdad. La Bratva es todo lo que queda de mi familia.

Pero no lo es todo. ¿Cómo puede serlo cuando esta mujer está sentada frente a mí?

—¿No? —se muerde la comisura de la boca, preocupada.

Me agacho y le doy un beso allí. —No.

—¿Qué más hay?

Lentamente, le suelto las manos y la presiono de nuevo contra el colchón. A diferencia de ayer por la mañana, el ambiente entre nosotros es sombrío. Casi sagrado. Le bajo los jeans y Emery permanece en silencio mientras beso los muslos cremosos hasta su centro.

Ella se apoya en los codos cuando la miro a los ojos. —Tú, Isabella y este nuevo bebé… —digo con voz áspera—. Ustedes son todo.

Puedo notar por su expresión que no me cree. Todavía no.

Pero lo hará.

Deslizo sus bragas hacia abajo y arrastro mi lengua sobre su raja. Emery jadea mientras la abro lentamente, con movimientos largos. Cada vez que toco su clítoris, su cuerpo se sacude. Aumento mi ritmo, chupándola y mordisqueándola hasta que aprieta sus caderas contra mi boca y sus dedos tiran de mi cabello.

—Adrik —gime. Sus caderas flotan fuera de la cama, buscando su liberación.

Respondo metiendo mi lengua dentro de ella y haciendo círculos con mi pulgar sobre su calor húmedo. Eso es todo lo que hace falta. Se corre y gime hasta que finalmente todo su cuerpo queda inerte sobre la cama.

Limpio su dulzura de mi barbilla y me arrastro sobre ella, quitándome mi propia ropa a medida que avanzo. Emery se abre a mí y me rodea con sus brazos y piernas.

—Se supone que debo ser yo quien te consuele —hace pucheros, enroscando sus dedos en el cabello en la base de mi cuello.

Sé que esto es una distracción. Sé que no es suficiente para resolver las cosas difíciles que acechan entre nosotros en este momento. Pero necesito la distracción. Necesito la liberación.

Estoy jodidamente seguro de que ella también.

—Suéltalo —digo, justo mientras me posiciono en su apertura—. Entrégate.

Luego me deslizo hasta la empuñadura.

La boca de Emery se abre cuando entro en ella. La atrapo exhalando en mi boca, besándola hasta que jadea.

La follo a un ritmo fácil y rítmico. Agarro sus muslos y arrastro su cuerpo contra el mío una y otra vez. Sus manos recorren mi torso, arañan mis hombros y aprietan mis bíceps. No es hasta la mitad que Emery agarra el dobladillo de su camisa y se la pasa por la cabeza, dejando al descubierto sus senos.

Me meto un pezón en la boca mientras la lleno más profundamente que nunca y ella arquea la espalda.

—¿Por qué eres el único que puede hacerme esto? —suspira asombrada.

Agarro su estrecha cintura y la embisto, nuestros cuerpos chocando con cada conexión. El placer baja, apretándose hasta que tengo que apretar los dientes para contenerlo.

—Porque fuiste hecha para mí, *kiska*.

Como si dije las palabras mágicas, Emery arrastra sus dedos por mi estómago y los suelta.

Es jodidamente hermosa. La forma en que sus músculos se flexionan y relajan. La forma en que aprieta mi polla, extrayendo mi placer con el suyo.

—Espera —dice con voz áspera, presiona mi pecho y me empuja hacia atrás—. Espera.

Emery aleja sus caderas y luego se desliza fuera de mí y baja por el costado de la cama. Un segundo después, su mano está alrededor de mi longitud y me presiona contra sus labios.

—Emery —respiro, ya tan cerca del borde—. Voy a…

—Entonces, hazlo —dice, mirándome a los ojos.

Luego me lleva a su cálida boca, deslizándose por mi eje hasta que su nariz presiona contra mi estómago.

Y suelto todo lo que tengo con un gemido profundo y gutural.

—Maldita sea —agarro un puñado de su cabello y pulso en su boca.

Sé que necesita respirar, pero no puedo parar. No puedo renunciar a lo bien que se siente. Y Emery no me aleja… sino que me acerca más. Sus manos se envuelven alrededor de mis piernas, aceptándome.

Así que la dejo. Me corro más fuerte que nunca en mi vida.

Y luego, por primera vez desde que el monitor de frecuencia cardíaca de mi padre se silenció, puedo volver a respirar.

EMERY

Estoy demasiado inquieta para dormir.

Ayer me desperté y Adrik ya estaba levantado y trabajando en la oficina. La noche anterior estaba callado. Inquietantemente silencioso sobre su padre, sobre ver a Yasha en el hospital.

Pensé en darle una noche para dormir antes de hablar por la mañana. Pero luego se fue.

No quiero que eso vuelva a suceder.

Así que doy vueltas en la cama toda la noche, preocupada de que se escape tan pronto cuando finalmente me permita relajarme. Después de follar, nos metimos desnudos en la cama y no nos preocupamos por cerrar las persianas. Así que, cuando Adrik se sienta con los primeros toques rosados del amanecer entrando por las ventanas, su silueta se recorta contra el cielo y el arce de azúcar que roza el cristal.

Se gira para levantarse de la cama, pero me acerco y agarro su muñeca. —¿A dónde vas?

Apenas me mira. —Vuelve a dormir, Emery.

Incluso cuando estaba dentro de mí anoche, sentí un abismo entre nosotros. Como si estuviéramos en lados opuestos de un precipicio. Por muy bien que se sintiera dentro de mí, preferiría saber qué está pasando dentro de su cabeza.

Ahora es el don de la Bratva Tasarov. ¿Qué significa eso para él?

¿Qué significa eso para nosotros?

Soy más consciente que nunca de que nuestro matrimonio siempre estuvo destinado a ser temporal. Esto es lo que estábamos esperando. Así que ahora todo simplemente… ¿se acabó?

Sacudo la cabeza para protegerme de los interminables pensamientos invasivos. —No estoy cansada.

Se desliza hasta el borde de la cama. Su espalda es suave y musculosa. Me estiro y paso mi mano por su columna.

—Tengo trabajo que hacer hoy —dice—. Regreso más tarde.

—¿Pero a dónde vas?

—Afuera.

Es tremendamente injusto lo hermoso que es. Está completamente desnudo y perfecto, cruzando la habitación hacia la cómoda.

Arrastro mis ojos hasta su rostro y me levanto contra la cabecera. —Pero, ¿dónde afuera? Quiero saber dónde estarás en caso de que pase algo.

—Nada va a pasar.

—No lo sabes, Adrik.

Se pone un par de jeans oscuros y una camiseta, y quiero desgarrar la ropa de su cuerpo con mis dientes y envolverme a su alrededor. Quiero aferrarme a él hasta que me diga lo que piensa, lo que *siente*. Hasta que me deje entrar.

A Adrik le gusta retratarse como un monstruo desalmado, pero yo lo conozco mejor. Él siente cosas.

Solo quiero saber cuáles son esas cosas. Si coinciden con las mías.

—Sé más de lo que puedas imaginar —dice bruscamente.

—¡Solo porque no me cuentas nada! —resoplo de frustración y me envuelvo con la sábana mientras me levanto—. Solo quiero ayudarte, Adrik. Quiero saber qué está pasando. Tu papá está muerto, y no estoy segura de qué…

—Ya te dije que no quiero hablar de eso —su voz es un gruñido tan profundo que lo siento tanto como lo escucho.

—Lo sé, pero…

—No —espeta—. Esto no es una negociación. Tengo que irme.

Agarro su brazo. —Estamos casados. Ahora somos socios. Eres mi marido. Quiero ayudar.

—Soy solo una cosa —su voz es áspera, sus ojos negros como la medianoche—. El don.

Sigo esperando que diga algo más, pero no lo hace. No es necesario. Ha dicho suficiente.

Él es el don. Él es el jefe. Él está a cargo.

Yo solo soy su esposa. Y tal vez ni siquiera seré eso por mucho más tiempo.

—Vuelve a dormir, Emery —suspira de nuevo.

Luego, libera su mano de mi alcance y desaparece por la puerta.

Solo tengo unos segundos para decidir qué hacer. Unos segundos antes de que sea demasiado tarde y ni siquiera tenga opción.

Mientras estoy decidiendo, suena el intercomunicador de la cocina. Adrik responde. —¿Sí?

—El servicio de limpieza está aquí, Sr. González —dice el portero—. ¿Puedo enviarlos?

Sr. González, el propietario de este piso, debe tener un servicio de limpieza regular. Qué conveniente.

—Sí, está bien —dice Adrik.

Un segundo después, oigo el sonido del ascensor y las puertas se abren.

Y mi decisión está tomada.

Tan pronto como se cierran las puertas del ascensor, me visto, reviso a Isabella para asegurarme de que todavía duermo y luego me apresuro hacia a la cocina para encontrarme con las criadas cuando suben.

Las encuentro en la puerta del vestíbulo. Una de ellas es una pequeña rubia con largas trenzas y la otra es una morena alta y corpulenta, con una cola de caballo alta. Ambas se detienen tan pronto como me ven.

—Hola —sonrío como el gato de Cheshire, pero parece que no puedo evitarlo. No sé cómo ser indiferente—. Tengo que irme por unos minutos.

—Vale —dice la rubia—. No es un problema. Cerraremos cuando…

—En realidad, mi hija todavía está aquí —digo—. Está durmiendo y lo estará por un par de horas más. ¿Les importaría quedarse aquí hasta que regrese? No debe ser mucho tiempo.

No tengo manera de saberlo. Ni siquiera sé a dónde va Adrik. Pero, si no puedo terminar esta conversación rápidamente, lo perderé de todos modos.

La morena frunce el ceño. —Em… realmente no nos pagan por…

—Quinientos dólares —espeto—. Cada una. Les pagaré a ambas para que se queden hasta que yo regrese.

Las mujeres intercambian una mirada, todavía inseguras.

—Estarán aquí limpiando, de todos modos —presiono—. Y les prometo que ella no se despertará. Es dinero fácil.

Lo estoy vendiendo demasiado. Cada palabra que digo las hace sospechar aún más.

—Seiscientos —ofrezco.

La morena entrecierra los ojos, considerándolo. Luego, extiende la mano y la estrechamos.

—Pero no soy niñera —advierte—. Si ella se despierta, no haré el desayuno o…

—No se despertará —digo mientras paso corriendo junto a ella—. Simplemente limpia en silencio y volveré pronto.

Me salto el ascensor y bajo las escaleras de dos en dos hasta el vestíbulo principal. La noche en que llegamos al edificio de pisos era tarde. Demasiado oscuro para ver mucho de nada. Y, cuando nos fuimos el día anterior, estaba tan preocupada por cómo estaba Adrik con la noticia de su papá que no miré mucho a mi alrededor. Nada en el vestíbulo me resulta familiar.

Excepto Adrik.

Me agacho detrás de una maceta mientras él cruza el vestíbulo de metal y vidrio y sale a la concurrida acera frente al edificio. Cuando para un taxi, corro hacia las puertas.

En el momento en que está dentro del taxi, salgo y paro a uno propio.

—Sigue ese taxi —señalo a través del parabrisas donde Adrik desaparece entre la maraña de autos—. Haz lo que sea necesario.

El anciano suspira como si hubiera escuchado esto un millón de veces antes, pero se aleja de la acera con un chirrido y se mete en la línea de tráfico.

Me siento en el borde del asiento de vinilo agrietado, sin dejar que mis ojos se desvíen del auto de Adrik. En un semáforo en rojo, cuando mi conductor lo pierde por un segundo, rápidamente le señalo qué auto debe seguir y seguimos su rastro.

—¿Este tío realmente vale la pena? —murmura el conductor.

—Solo quédate cerca de él —respondo bruscamente.

No tengo idea de a dónde va Adrik, pero no puedo evitar la sensación de que esto tiene algo que ver con Yasha. Todavía no sé qué viejas heridas pudo haber abierto Yasha en el corazón de Adrik. O qué nuevas podría haber agregado, por si acaso.

—¿Estás segura de que aquí es donde quieres estar? —pregunta el conductor, sacándome de mis pensamientos.

Giramos por una calle lateral. A nuestro alrededor se levantan edificios bajos y sucios que bloquean el sol. La mitad de las ventanas están rotas. Hay tantos grafitis en las partes inferiores de los edificios que ni siquiera se pueden ver los ladrillos. Estoy bastante segura de que podría acercarme y quitar la pintura en aerosol en una sola capa gruesa.

Miro hacia arriba y veo el taxi de Adrik detenerse en un edificio de la siguiente cuadra.

—¡Sí, para! —grito.

El conductor se queja de quedarse sordo del oído derecho y se detiene.

—¿Hay alguna posibilidad de que me esperes aquí? —pregunto.

El hombre pone los ojos en blanco. —Dame veinte y ve si tienes suerte.

Le pago su pasaje y nada más. Antes de siquiera cerrar la puerta, él se aleja de la acera.

—Gilipollas —murmuro.

Sola en la acera, me siento infinitamente más vulnerable. Con cada paso hacia el edificio en el que desapareció Adrik, siento que me invaden las dudas.

¿Qué estoy haciendo aquí? Dejé a mi hija en compañía de extrañas solo para seguir a un hombre que dejó muy, muy claro que no quiere que lo sigan.

Pero no me muestra lo que hay dentro de su cabeza. No me deja entrar en su corazón. Tengo que

saber lo que nos espera para poder protegerme. Para poder proteger a mi hija.

Y quizás, sobre todo, para poder proteger a Adrik de sí mismo.

El edificio al que entró es más bonito que algunos de los demás, pero todavía está claramente abandonado. Supongo que fue uno de los últimos de la zona en quedar desierto. Un cartel colgado en lo que queda de la ventana delantera indica el horario de atención, que ya no parece particularmente relevante. La puerta está abierta y medio rota, inclinada hacia las bisagras. Tan silenciosamente como puedo, la abro y entro.

El suelo está lleno de fragmentos de vidrio. Camino de puntillas alrededor de ellos y entro en el edificio. El vestíbulo es una gran plaza con un hueco de ascensor vacío frente a mí y un largo pasillo perpendicular. Me acerco con sigilo para echar un vistazo por el pasillo y luego escucho…

—¿Hola? —es la voz de Adrik, profunda y resonante.

Está llamando por el pasillo en mi dirección y el corazón se me sube a la garganta.

Mierda, mierda, mierda. Él me escuchó y ahora lo arruiné todo y nunca voy a descubrir qué estaba haciendo aquí, y…

—Estoy aquí —responde otra voz masculina.

Mis pensamientos de pánico se congelan. Me golpeo contra la pared, tratando de decidir de dónde viene la voz. Y de quién es.

¿El hombre suena como Yasha? No lo creo, pero mi corazón late tan fuertemente que no puedo estar segura.

—¿Por qué te escondes? —pregunta Adrik. Casi suena divertido.

Nuevamente creo que me habla a mí antes de que el otro hombre responda.

—Quizá tienes seguridad paga para cuidarte, pero yo no —ahora estoy segura de que no es Yasha. ¿Pero quién entonces? —Y esta es una mierda muy buscada. Estoy rompiendo, como… todas las reglas aquí.

—Si te doy el dinero, ¿te callarás y me lo entregarás? —Adrik gruñe.

¿Entregar *qué*? Estoy desesperada por saber de qué están hablando. Quiero ver lo que está pasando, no solo escuchar desde detrás de una pared. Pero parece que están parados en el pasillo, a solo unos metros de distancia. Me verían si echara un vistazo.

Escucho una bolsa arrugarse. El movimiento de algo que cambia de manos.

—No estoy seguro de cuánto más puedo conseguirte —dice el hombre.

—Conseguirás todo lo que necesito.

—No es que esto sea de venta libre —argumenta el hombre—. ¿Sabes lo que tengo que hacer para conseguirlo sin que me atrapen? ¿Lo que me harán si descubren que lo tomé?

—No es nada comparado con lo que te haré si no lo haces —espeta Adrik.

—Oye, hombre. Tómalo con calma. Solo digo…

—Dices que no harás lo que te pago para hacer —dice Adrik—. Eso es robar y no tolero a los ladrones. Te pago bien por tu riesgo. Si no te gusta… bueno, estoy seguro de que hay otras formas de hacerte cambiar de opinión.

El hombre suspira. —Tienes mi número. Llámame cuando necesites más. Pero, si pudieras racionarlo un poco… darme más tiempo para…

—Dos semanas —espeta Adrik—. Como siempre.

Puedo sentir la tensión crepitar entre los dos hombres.

Entonces, escucho pasos. Por un segundo entro en pánico, pensando que se están acercando a mí. Pero luego me doy cuenta de que se están volviendo más silenciosos. Escucho cerrarse una puerta al final del pasillo… y luego nada…

Respiro tranquilamente, contando los segundos mientras espero.

No hay sonido. No hay movimiento.

Estoy sola. Estoy segura.

Lentamente, me alejo de la pared y asomo la cabeza por el largo pasillo.

Y encuentro los ojos azules de Adrik, mirándome.

Grito a todo pulmón. Grito tan fuerte que me asusto y vuelvo a saltar por el sonido que retumba en las paredes polvorientas.

Adrik me agarra y me arrastra hacia el pasillo.

—La próxima vez, lanza volantes desde el cielo —ladra. Sus dedos se clavan en mi brazo mientras tira de mí hacia las puertas—. "*Soy una mujer asustada y sola. Ven a buscarme*." Ay, por el amor de Dios, deja de gritar.

Mi corazón finalmente está volviendo a algo así como un ritmo normal. Lucho contra el agarre de Adrik. —¡Suéltame!

Él se niega y me arrastra hacia la puerta. Entonces, por puro instinto animal, lo pateo.

En el momento en que mi pie conecta con la parte posterior de su rodilla, Adrik deja caer mi brazo y gira. Sus ojos azules hoy son de un gris tormentoso, lo que hace que la expresión de su rostro sea incluso más siniestra. Da un paso adelante, elevándose sobre mí, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás para poder verlo.

—Nos vamos —dice.

Retrocedo, sacudiendo la cabeza. —¡No! No hasta que me digas qué es…

—No te debo ni una sola puta palabra de explicación.

—¡Y una mierda!

—Se suponía que debías quedarte en la casa —dice furioso, cerrando la distancia entre nosotros

nuevamente. Pero esta vez no tengo a dónde ir. Me retuerzo contra la pared y Adrik se presiona contra mí—. No escuchaste.

—¡Porque me mentiste!

—Ni siquiera te dije a dónde iba.

—La omisión es una mentira. Especialmente cuando estás… —miro lo que sostiene por primera vez. Es una bolsa marrón, con la parte superior enrollada formando una especie de asa. Los nudillos de Adrik están blancos a su alrededor—. ¿Viniste aquí por drogas?

Adrik pone los ojos en blanco, como si yo fuera una niña que está teniendo un ataque. Le doy una patada de nuevo. Ni siquiera se inmuta. ¿Qué es él, el hombre de titanio?

—Si crees que te dejaré estar cerca de Isabella mientras estás colocado, estás loco —le digo—. No la dejaré cerca de ninguna de esas cosas. No me importa si tenemos que irnos.

—¿Crees que te dejaré ir tan fácil? —dice—. ¿De verdad crees que puedes huir de mí?

—Te seguí hasta aquí, ¿no?

Su ceja oscura se arquea con diversión, pero eso no me hace sentir mejor. Un escalofrío se instala en mis huesos.

—Y supe que estabas detrás de mí todo el tiempo —ante mi evidente shock, su sonrisa crece—. ¿Pensaste que no me daría cuenta de que un taxi me seguía por toda la ciudad? Te vi cruzar el vestíbulo incluso antes de salir del edificio de pisos.

Mi cara se sonroja. La vergüenza me recorre. ¿De verdad pensé que podía engañar a Adrik Tasarov? Por un segundo… sí, lo hice.

—Entonces, ¿por qué no me detuviste, si era tan obvio?

—Porque quería ver hasta dónde lo llevarías. Quería saber de qué sospechabas tanto. Y no pensé que me lo dirías si te lo preguntaba.

—No te habría dicho nada porque claramente eres un mentiroso —golpeo la bolsa marrón, pero Adrik la cuelga fuera de mi alcance—. Simplemente me habrías mentido si te lo hubiera preguntado directamente. Tuve que seguirte porque me estás ocultando cosas.

—Ah, ¿lo hago? —Adrik niega con la cabeza—. No. Eres tú quien me las oculta.

—De qué estás…

—Estás preocupada —dice—. Hay algo en tu mente. Algo que no me estás contando.

Aprieto mis labios. ¿Soy realmente tan transparente?

Adrik chasquea los dedos y me señala. —Ahí está otra vez. Según tu propia definición, eres tú quien me miente, Emery. Omisión, ¿recuerdas?

—Si lo que he oído es cierto, no tienes fundamento. Tú mentiste primero —entrecierro los ojos, lo estudio, recorro su rostro en busca de pistas mientras avanzo—. Me dijiste que Yasha escapó. ¿El otro día, en el nido del águila? Dijiste que escapó. Pero eso no es lo que pasó, ¿verdad,

Adrik? Lo dejaste ir.

Espero una reacción, pero Adrik no me dice nada. Su expresión es plana, inmutable. Es como si no hubiera dicho nada en absoluto.

Finalmente, asiente. —Te dije que se escapó y que la próxima vez estaría mejor preparado. Eso fue y sigue siendo cierto.

—Yasha me dijo que podrías haberlo matado. Me dijo que disparaste al suelo en lugar de a su cabeza. Él dijo…

—¿Escuchas a mi hermano ahora? ¿Están reparando barreras? —Adrik pregunta con amargura —. Ojalá lo hubiera sabido antes de comenzar esta guerra. Me habría ahorrado un montón de jodidos dolores de cabeza.

Sacudo la cabeza. —¡No hagas eso! No lo des vuelta. Yasha vino a verme y me dijo algo que ni siquiera tú mismo me dirías. Al menos él me doce la verdad.

—Es conveniente que la verdad de Yasha te haga dudar de la mía, ¿no crees?

Hay tantas cosas que dudo, quiero decir. *¿Me amas? ¿Te quedarás conmigo? ¿Cuánto falta para que este matrimonio termine y yo vuelva a estar sola y asustada?*

Todas esas preguntas permanecen sin formular en la punta de mi lengua.

—Me hiciste dudar de ti cuando mentiste —murmuro—. No quiero confiar en Yasha, pero, si no me hablas, no tengo otra opción.

—Siempre tienes otra opción —gruñe.

—¡Y tú también, Adrik! Tenías la opción de matar a tu hermano y poner fin a esta guerra o dejarlo vivir y lo dejaste vivir. Y luego me mentiste. ¿Qué opción tenía? ¿Qué se supone que debo pensar sobre eso?

Aprieta aún más la bolsa de papel marrón en su mano. —Me importa un carajo lo que pienses. Solo necesito que escuches. Que obedezcas. Pero no lo haces. Eres imprudente y desobediente.

—Ah, ¿ahora lanzas la primera piedra? —chasqueo—. Dice el hombre que se escabulle para comprar drogas antes de que salga el sol. Dice el hombre que… que no puede matar a su hermano por violarme y atacarme, pero puede matar a su prometida por espiar…

Ni siquiera pronuncio la frase antes de que Adrik haya acortado la distancia entre nosotros.

Me empuja contra la pared, su mano alrededor de mi mandíbula. Estoy de puntillas y ya casi ni toco el suelo. Me aferro a sus muñecas, intentando en vano liberarme. Pero está claro que no iré a ninguna parte.

Su aliento es caliente en mi cara cuando se inclina hacia adelante. —Si quieres irte, Emery, entonces *vete*. No eres mi rehén.

Mis ojos están llorosos. —Pero dijiste que no podía correr.

—No tendrás que correr. Eres libre de irte —dice—. Mi padre está muerto. Yo soy el don. Nuestro trato está cerrado y soy un hombre de palabra.

Quizá sea bueno que Adrik me esté sosteniendo. Porque siento como si el mundo se me hubiera escapado de debajo de los pies.

Parpadeo para contener las lágrimas. —Si no nos quieres cerca, entonces nos…

—*Tú* puedes irte —aclara poniendo especial énfasis—. Pero Isabella se quedará conmigo.

Llega el silencio, cálido y espeso.

—¿Qué? —por fin respiro.

—Soy yo quien puede cuidar de ella —dice—. Está mejor conmigo y ambos lo sabemos. Ambos niños lo están. Así que puedes irte, pero Isabella se queda. Y estaré presente para recoger a mi hijo cuando llegue el momento.

El miedo y la tristeza dentro de mí cristalizan en rabia. —¡Tú… no puedes hacer eso!

Sus ojos brillan. —Puedo hacer lo que quiera.

—Eres psicótico si piensas…

—No *pienso*… lo sé —dice—. Ambos se quedarán conmigo.

Adrik tiene derechos sobre el niño que llevo en mi vientre. Lo sé. Es una de las razones por las que dudé siquiera en decírselo en primer lugar.

¿Pero Isabella? Ella es mía. *Toda* mía.

—¿Qué te hace pensar que tienes algún derecho a quedarte con Isabella? ¿Cómo puedes cuidarla mejor que yo?

Adrik suelta mi mandíbula de repente y tropiezo hacia adelante. Mientras intento recuperar el equilibrio, él levanta la bolsa de papel.

—Por esto.

Me lo lanza. Lo atrapo con manos temblorosas y miro dentro.

Me toma un segundo procesar lo que estoy viendo. En lugar de la bolsa suelta de pastillas o polvo que esperaba, hay una caja blanca, fabricada con una etiqueta de prescripción en el costado. El nombre de Isabella está impreso cuidadosamente en la parte superior.

—Waters sacó a Isabella del ensayo clínico antes de morir —gruñe. Vuelve a quitarme la bolsa de las manos y esta vez no hago ningún esfuerzo por luchar contra él—. Me aseguré de que no perdiera el acceso a los medicamentos.

Mi boca se abre y se cierra, fallándome. Finalmente, sacudo la cabeza. —Adrik, yo…

—Hago lo que sea necesario para lograr lo que necesito, Emery. Incluso si tengo que levantarme de la cama y cruzar la ciudad hasta un edificio abandonado. Y no tengo que explicarte ni una puta parte de esto.

Se da vuelta y camina hacia la puerta, dejándome atrás.

Por un segundo, estoy absolutamente congelada. Entonces, Adrik se da vuelta. —Es hora de hacer tu elección, *kiska*. ¿Te quedas o te vas?

Mi cabeza es una confusa maraña de ira, gratitud y confusión, pero sé que no dejaré atrás a mi niñita. Estaré allí para ella. Estaré allí con ella.

Sin importar lo que pase.

ADRIK

—¿Vas a montar una fiesta? —le pregunto a Stefan con incredulidad. Aparto el teléfono de mi oreja por un segundo para comprobar que estoy hablando con la persona adecuada. Pero es él.

—Yo personalmente no —dice Stefan—. No la voy a montar. Pero la gente sí. Ni siquiera sé si lo llamaría fiesta. Supongo que es más un conmemorativo. Para tu papá.

—Sé para quién es —digo arrastrando las palabras.

—Quieren decir adiós. Y emborracharse mucho —añade—. Más que todo quieren emborracharse, si tuviera que adivinar.

Yo suspiro. —Y lo que estás diciendo es…

—Sí, probablemente deberías estar allí.

—Hijo de puta.

—Parecerá que corres asustado si no aparecieras —dice Stefan—. No es el mensaje que quieres enviar en tu segundo día como don.

—Hijo de la gran puta —digo de nuevo.

—Vamos, no seas tan amargado. Será divertido. Lleva a toda la familia.

Hago una mueca. De repente me palpitan las sienes. —Joder, no. No me arriesgaré a eso.

—¿Por qué no? Estarán a salvo. Toda la puta Bratva estará ahí. Sería como atacar el Pentágono.

—No me preocupa la seguridad de la Bratva. Me preocupa que Emery siga con esta mierda.

—Oh, oh. ¿Problemas en el paraíso?

—Que te jodan.

Stefan se ríe. —Ustedes están en un balancín emocional. Vuelvan a estar asquerosamente enamorados durante un par de horas. Dios sabe que tienes el encanto para lograrlo.

—Tal vez no me escuchaste la primera vez: que te jodan.

Hay mil millones de razones para mantener a Emery bajo llave. Ella es una carga, por un lado. No puedo confiar en que ella obedezca órdenes que incluso un perro puede entender.

Siéntate. Quédate. No hagas nada estúpido.

Y segundo… ella me cabreó.

Mencionar la muerte de Sofía fue un intento de molestarme. De deslizarse bajo mis defensas y perforarme donde soy vulnerable. No funcionó, pero eso no cambia el hecho de que lo intentó. De que tomó una información que le confié y trató de manipularme.

Ella sabe que me culpo por la muerte de Sofía. Joder, se lo dije.

Otra razón más por la que es mejor no confiar en nadie.

—Entonces… —Stefan interrumpe mi cavilación—. ¿Ustedes dos, niños locos, lo resolverán y estarán allí?

—Quiero todas las especificaciones de la ubicación: salidas, ventanas, vulnerabilidades —digo en respuesta—. Y quiero doble seguridad en la parte delantera y trasera.

—Pida y recibirá, alteza —dice Stefan—. Te veo esta noche.

Cuelgo, guardo el teléfono desechable y camino por el pasillo. La puerta está entreabierta. La abro completamente.

Emery está en el medio de la habitación, con los brazos sobre la cabeza y los ojos cerrados. La veo estremecerse cuando entro, pero intenta fingir que no me nota.

Eso está bien para mí. Porque puede que esté enojado, pero eso no significa que esté ciego.

La mujer está vestida en lycra de pies a cabeza. Las mallas le aprietan el culo y los muslos y lleva un sujetador deportivo que levanta sus pechos. Su vientre plano está desnudo y reluciente de sudor. Me apoyo en el marco de la puerta y lo admiro todo, esperando a que se rompa.

Treinta segundos después, lo hace. Con un suspiro, Emery deja caer los brazos y abre los ojos. Me mira. —¿Qué?

—Nada —me encojo de hombros.

Ella coloca las manos en sus caderas. —Es difícil tener una práctica de yoga relajante contigo mirándome lascivamente como un canalla.

—No estoy mirando lascivamente.

—¿Cómo llamas a esto entonces? —exige, señalando hacia donde estoy—. ¿Solo entras y te quedas en silencio, mirando? Yo diría que esa es la definición de libro de texto de canalla.

—Alguien tiene que asegurarse de que no te vayas, abandones a tu hija y llames a un taxi.

Suspira, murmura algo que no entiendo pero que no puede ser halagador y se deja caer en postura del perro.

Joder.

Su trasero está en el aire, y no me importaría arrancarle esas mallas por los muslos y sacar algunas de mis frustraciones con la pequeña y exasperante *kiska*.

Luego mueve las caderas y me doy cuenta de que eso es exactamente lo que Emery espera.

Pequeña bruja astuta.

Suspiro y camino más adentro de la habitación. —Stefan acaba de llamar.

Se incorpora de golpe, con los ojos muy abiertos. —¿Qué pasa? ¿Qué sucede?

—Nada importante. Si lo fuera, no te lo diría —su labio se curva ante el comentario, pero sigo como si no lo hubiera visto—. La Bratva montará una fiesta. Un conmemorativo a mi padre.

—¿Es una fiesta o un conmemorativo? —pregunta.

Me encojo de hombros. —De dónde vengo, no hay mucha diferencia.

—Excelente. Bueno, diviértanse. No puedo esperar a escuchar sobre todo ello —su sarcasmo no es exactamente sutil.

—Stefan está instalando seguridad en el bar —comento.

Arquea una ceja. —¿Y eso me importa porque…?

—Porque tú e Isabella van a ir.

—¿A un bar? —suelta, con los ojos verdes muy abiertos—. No estoy segura de si conoces los hechos, pero Isabella tiene seis años. Y yo estoy embarazada. No creo que ninguna de las dos tenga por qué estar en un bar.

—No era una pregunta, Emery. Vas a ir.

Resopla. —No puedes darme órdenes. No es así como va a funcionar este matrimonio.

Doy un paso amenazante hacia ella. —Este matrimonio funciona como yo digo que funcionará. ¿A menos que quieras irte?

Los ojos de Emery se estrechan hasta convertirse en rendijas. —Sabes que no puedo irme.

Me encojo de hombros. —Claro que puedes. ¿Por qué no? No te detendré.

—¿Es así como será? —ella pregunta—. ¿Sostener a Isabella sobre mí? ¿Obligarme a hacer cosas que no quiero hacer?

—Nadie te obliga a hacer nada, Emery.

Ella me mira y luego grita de frustración. —Eres tan… tan…

—¿Misericordioso? —ofrezco—. ¿Indulgente? Tomaré uno o ambos, especialmente considerando cuántas veces te perdoné por equivocarte.

Sus ojos son nucleares, prácticamente llameantes mientras cruza la habitación pisando fuertemente. Se detiene frente a mí, lo suficientemente cerca como para que su pecho roce el mío. —Eres tan *delirante*, es la palabra que buscaba. Necesitas ayuda muy, muy seria.

Inclino mi cabeza hacia un lado. —¿Es así?

—Crees que la forma en que ves el mundo es la forma en que lo ven todos —continúa—. O al menos como deberían hacerlo. Estás convencido de que nunca te equivocas. De que todos se doblan a tus caprichos. Es psicótico.

Podría perder el aliento diciéndole a Emery que así es exactamente cómo funciona el mundo. No soy psicótico por creer lo que veo con mis propios ojos todos los días.

Pero hablar no lleva a ninguna parte con esta mujer. Prefiero mostrarle a Emery la verdad.

Levanto la mano y hago girar mi dedo alrededor de la punta de su pezón, visible a través de su sujetador deportivo.

Ella sisea y trata de retroceder, pero la sigo, presionando una mano en su espalda baja y atrayéndola hacia mí. Me importa un carajo su sudor. De hecho, me gusta. Hace que todo esto parezca apropiadamente primitivo.

—¿Estoy delirando también con esto? ¿Sobre cuánto obviamente me deseas?

—No te sientas tan halagado. Son las hormonas del embarazo. Solo eres el cromosoma Y más cercano —se retuerce contra mí, tratando de liberarse. Pero la fricción de su cuerpo contra el mío casi asegura que no lo hará. No es la única emocionándose—. Suéltame, gilipollas.

Me inclino. Emery se pone rígida, pero no se aparta ni esconde su rostro.

Mientras paso por su boca, veo sus ojos cerrarse. Luego presiono mis labios contra su oído y susurro—: Oblígame.

La respiración de Emery se entrecorta. Inhala profundamente. Luego mueve el brazo hacia atrás. —Realmente eres un gilipollas.

Su puño golpea mi pecho. Es un golpe sorprendentemente sólido, aunque no es lo suficientemente fuerte como para lastimarme u obligarme a retroceder. Pero, tan pronto como aterriza, Emery grita.

—¡Joder! —retira la mano y flexiona los dedos—. ¡Joder! Ay. Maldita sea.

La dejo ir y alcanzo su brazo. —¿Qué pasó?

—Tú pasaste —gruñe, se gira hacia mí. Intenta volver a golpearme con su mano herida, pero hace una mueca y aborta la misión a mitad de camino—. ¡Ay, Cristo!

—¿Puedes dejar de intentar golpearme y quedarte quieta?

Agarro su brazo y lo giro entre mis manos. Emery intenta tirar de él hacia atrás, pero vuelve a gritar de dolor.

—Quédate quieta —le ordeno.

Finalmente, escucha, gimiendo mientras le toco la muñeca. —Creo que te lo torciste.

—*Tú* lo torciste —argumenta, tirándolo hacia atrás y acunando su muñeca contra su pecho.

Pongo los ojos en blanco. —Claro. Te torcí la muñeca cuando intentaste golpearme en el pecho. Mi error.

—Fui provocada.

Emery gira su muñeca, probándola, y veo lágrimas brotar de sus ojos. Ella hace lo mejor que puede en parpadear para deshacerse de ellas.

Y, mientras lo hace, siento una incómoda sensación en el pecho.

Esto no debería funcionar. Emery hace un berrinche como de costumbre. Se lastimó tratando de pelear conmigo como de costumbre. Pero verla herida saca a la superficie una sensación de protección que llevaba mucho tiempo enterrada. Quiero cuidar de ella.

Como. De. Costumbre.

—Ven conmigo. Lo envolveré.

Ella levanta la barbilla. —Lo hare yo misma.

—¿Con una mano? —me burlo. Su confianza flaquea y asiento—. Eso pensé. No seas terca. Vamos.

Con un suspiro, baja la cabeza y me sigue al baño. Hay un botiquín de primeros auxilios en el armario debajo del lavabo del baño. El envoltorio médico todavía está en la caja original, intacto. Lo desdoblo y con cautela empiezo a envolver su muñeca.

Hace una mueca en las primeras vueltas, pero luego se relaja. La presión ya está ayudando.

—Eres bueno en esto.

—Soy bueno en todo —digo.

Resopla. —A eso me refiero. Delirante.

Cuando termino de envolver su muñeca, meto el extremo debajo de una de las capas y luego la miro, con su brazo todavía acunado en mi mano.

—¿Crees que puedes cuidar a Isabella sola? —le pregunto. La miro directamente a los ojos.

El rostro de Emery se transforma a medida que las emociones la recorren en rápida sucesión. Enojo. Determinación. Miedo. Todo lo que hemos trabajado desde el principio.

Y, por fin, el momento que todos esperábamos.

Realización.

Suspira. —No. No de la manera que tú puedes.

Extiendo la mano y acaricio su labio inferior con mi pulgar. Es pleno y cálido, tan sensual como siempre. Asiento con la cabeza. —Buena chica.



EL BAR ESTÁ lleno de vasos vacíos. Dreno lo que queda del mío y agrego otro a la colección.

—No estaban preparados para la cantidad que puede beber una Bratva —dice Stefan, deslizando

otro vaso vacío en la mezcla.

—Claramente. ¿Quién diría que el duelo podría provocar tanta sed en la gente?

Stefan se ríe. —También celebran —alza la mano vacía en el aire y grita a la multitud—: ¡Por el don Tasarov!

Un aplauso estalla en el bar y todos beben lo que hay en sus vasos. Stefan hace como si bebiera su bebida imaginaria, y luego me da una palmada en la espalda. —Me alegro de que hayas venido. Se siente como en los viejos tiempos.

Miro hacia la mesa donde están sentadas Isabella y Emery. Isabella acaricia distraídamente a Travis, mirando al grupo de niños sentados en la mesa de al lado. Lleva media hora mirándolos, pero todavía no reúne el valor para ir a hablarles.

Emery está sentada a su lado, sonriendo a la gente que pasa mientras apuñala torpemente la comida en su plato. Su mano izquierda ilesa no tiene mucha práctica en llevar comida a la boca.

—Todo todavía me parece diferente —digo.

Stefan me empuja el hombro. —Sí, ahora estás casado, tienes una niña y un perro. El maldito sueño americano, sin la valla blanca. Además, eres el hombre a cargo. Tienes demasiadas responsabilidades como para emborracharte y destrozar este bar conmigo.

—Si destrozas este lugar, el dinero sale de tu sueldo. La Bratva no pagará por ello.

—Boo —sisea, con el pulgar hacia abajo—. Convertirte en don te ha hecho aburrido.

Le doy un codazo en el costado, fuerte, y él gruñe y se ríe, alejándose de mí y regresando a la multitud. —Vale. No destrozaré el lugar. Ahora sal de aquí, viejo. Ve a ver a tu familia.

Stefan ya está tres cuartos borracho, así que dejo pasar todas sus bromas. Me vengaré mañana cuando esté con su resaca. Veremos entonces quién se siente viejo.

El camarero desliza otro dedo de whisky en mi dirección. Le agradezco y lo llevo conmigo a la mesa.

—¿Cómo está la comida? —pregunto, deslizándome en el banco junto a Emery. Miro más allá de su montón de patatas fritas con queso y veo una mancha amarilla en su camisa—. Tan buena que la estás guardando para más tarde, ya veo.

Ella pone los ojos en blanco. —Ja, ja, ja, joder —dice, para nada divertida—. Burlémonos todos de la mujer embarazada, herida y hambrienta.

Giro mi mirada hacia Isabella para ver si escuchó, pero sus ojos todavía están fijos en los niños a nuestro lado. Están practicando lanzarse tapas de botellas de cerveza.

—Ve, princesa —le insto, empujando su silla de ruedas con mi pie—. Ve a jugar con ellos.

Se muerde el labio nerviosamente durante unos segundos más, pero un poco de estímulo debe haber sido todo lo que necesitaba, porque se aleja de la mesa y gira hacia los niños.

—Vaya —respira Emery—. Le dije que fuera allá durante la última hora y no quiso. Pero una palabra tuya y…

Me acerco. La voz de Emery se apaga.

—Nadie sabe sobre el embarazo —gruño—. Me gustaría que siguiera así.

—Nadie me escuchó —protesta, tratando de alejarse.

La sigo, sin ceder ni un centímetro. —Y no les darás otra oportunidad.

Parece que discutirá por un minuto. Luego, suspira. —Sí, lo sé. Tienes razón. Solo estoy cansada… y hambrienta. No estaba pensando.

Agarra el tenedor con la mano izquierda, ajustando y reajustando los dedos en el mango antes de probar las patatas fritas con queso. Después de algunos intentos, logra perforar una, pero se cae y el queso vuelve a gotear sobre el plato. Emery hace todo lo posible para torcer su mano y contener el desorden, pero cuando se inclina para darle un mordisco, termina untándose queso en la mejilla.

—Vaya.

Me mira. —¿Qué?

—Solo estoy impresionado.

—¿Por qué?

Sonrío. —Por tu total y absoluta falta de coordinación.

—Eres un gilipollas —dice con una mirada fulminante.

Pero sabe que tengo razón. Frustrada, Emery deja caer el tenedor y se recuesta en la mesa. Cruza los brazos sobre el pecho y no puedo evitar reírme.

Cojo el tenedor y le doy un bocado de queso grasiento y patatas fritas. —Ten.

—¿Me vas a dar de comer? —se burla, mirando a su alrededor tímidamente.

—¿Quieres comer o prefieres seguir untándote la cara con la comida?

Emery me mira fijamente y luego al bocado, sus ojos moviéndose de un lado a otro. Puedo notar que está tentada, pero su orgullo se interpone en su camino. Así que me encojo de hombros y lo meto en mi boca.

Tan pronto como cierro los labios alrededor del tenedor, Emery jadea. —¡Oye!

—No ibas a comértelo.

—¡Sí, iba! —argumenta—. Estaba a punto de hacerlo cuando tú…

Le doy otro bocado y se lo ofrezco. —Entonces, come.

Con sus ojos entrecerrados y fijos en los míos, Emery se inclina y envuelve sus labios alrededor de la comida.

Y justo así, estoy duro.

No tenía idea de que comer pudiera ser tan sensual. Sus labios son regordetes y carnosos alrededor del tenedor. Cuando retrocede lentamente, se fruncen más. Observo cómo cambia la comida a una mejilla y luego a la otra antes de masticar y tragar.

Luego, abre la boca y espera otro bocado.

Joder.

Vuelvo a extender el tenedor y repetimos el proceso. Cada vez, pienso que esto no debería ser tan erótico. Pero Emery podría hacer que registrar mis impuestos fuera erótico. La mujer me hace algo.

No soy el único afectado. Cuando terminamos el plato, Emery se ha acercado a mí en la mesa. Nuestras piernas se tocan debajo de la mesa y su mano buena está sobre mi rodilla.

—¿A qué sabe? —pregunto suavemente.

Gime suavemente. —Bien.

—¿Solo bien?

Sus ojos se cierran. —Realmente bueno.

Paso lentamente mis dedos sobre su pierna, abriéndome camino hacia el calor entre sus muslos mientras ella se inclina hacia adelante y da otro mordisco. Este conmemorativo está a punto de volverse mucho más memorable si Emery no me lo impide. La follaré con los dedos hasta llegar al orgasmo aquí mismo, en esta mesa, con toda la Bratva como testigo.

Y eso es justo lo que estoy a punto de hacer…

Cuando un fuerte grito atraviesa la fiesta.

EMERY

No podía soportar verlo hace media hora, y aquí estoy, literalmente comiendo de su mano.

¿Cómo me hace esto?

Más importante aún, ¿cómo puedo asegurarme de que nunca jamás se detenga?

Abro ligeramente las piernas, lista para darle todo… cuando se oye un grito fuerte y estridente.

Sé de inmediato quién es. El llanto de mi hija es como veinte duchas heladas sobre mi libido. Empujo a Adrik a un lado y me arrastro sobre él, parándome de la mesa.

Isabella está sentada en la mesa de al lado, con la cabeza echada hacia atrás mientras solloza. Me arrodillo junto a ella. —Bebé, cariño, ¿qué pasa?

—Lo siento —lloriquea—. No vi… no sé… solo estaba…

Llora tan fuerte que apenas puede recuperar el aliento. Todos los demás niños nos miran fijamente, y un buen número de adultos también. Como si la niña en silla de ruedas no recibiera suficientes miradas. Estoy a punto de decirles a todos que se jodan y se ocupen de sus propios asuntos cuando la sombra de Adrik cae sobre nosotros.

—Continúa —dice, logrando de alguna manera el equilibrio perfecto entre amenazador y casual. Un movimiento de su mano y todos se dan la vuelta. Justo así. Maldito titiritero.

Isabella se agacha en su silla y yo la agarro por los hombros. —Respira hondo —le digo—. ¿Qué ocurre?

Hipa mientras intenta calmarse. Al final, todo lo que puede decir es una palabra. —Travis.

Me recuesto y miro a mi alrededor, pero la bestia peluda que normalmente se agacha junto a las ruedas de su silla ya no está. Estaba tan preocupada por ella que ni siquiera me di cuenta.

—¿A dónde fue? —pregunto.

—N-no lo sé —logra decir Isabella.

Adrik se inclina a mi lado. —¿Qué pasa?

—Travis se ha ido —le digo.

Se levanta y comienza a moverse por el perímetro del bar. Stefan, de rostro rubicundo y ojos inyectados en sangre, se une a él.

—Lo encontraremos —digo, alisando su cabello oscuro hacia atrás—. No te preocupes. Tiene que estar por aquí.

Isabella solloza. Agarro una servilleta de la mesa para limpiarle la nariz.

—Lo siento —gime de nuevo—. Se supone que la gente no debe acariciarlo mientras trabaja. Es una de las reglas. Pero los niños querían acariciarlo, así que dije que estaba bien y luego… y luego…

Ella vuelve a llorar y le doy unas palmaditas en la espalda. —Lo encontraremos, cariño.

Y, durante unos minutos, realmente lo creo. Es un perro de servicio perdido dentro de un bar. ¿A dónde pudo haber ido?

Pero cuando Adrik y Stefan regresan con los rostros sombríos, mi corazón se aprieta.

—¿Dónde está?

—Aquí no —murmura Stefan—. Miré por todas partes.

—Probablemente estás viendo doble, así que no estoy segura de que eso me haga sentir mucho mejor —espeto.

Stefan abre la boca para discutir, pero Adrik interviene. —Él no está aquí, Emery. Debe haberse escapado.

Nuestros ojos se encuentran y siento que toda mi cara se sonroja. Incluso después de confesar que no le importo… al menos no tanto como yo me preocupo por él… iba a dejar que Adrik me tocara en medio de un bar lleno de gente, con mi hija a cinco pies de distancia.

¿Qué carajo me pasa?

—¿Está Travis aquí? —pregunta Isabella, tirando de la manga de mi camisa—. ¿Mamá?

Me arrodillo de nuevo y le doy unas palmaditas en la rodilla. —Podría haber salido, pero lo encontraremos.

Nuevas lágrimas corren por las mejillas de Isabella. Los otros niños regresan con sus padres, preocupados de estar en problemas.

—Respira, princesa —le dice Adrik a Isabella con la voz más amable que jamás haya escuchado de él—. Lo encontraré.

Isabella mira a Adrik y puedo ver lo que ve: Adrik iluminado desde atrás como un superhéroe, con su capa ondeando al viento. Adora a este hombre. Una palabra suya y sus problemas se solucionan.

Los míos, en cambio, apenas empiezan.

Los celos surgen en mí… junto con una saludable dosis de miedo. Miedo por lo que viene después. Por la angustia que experimentará cuando Adrik ya no esté en nuestras vidas. Y, cada

día que pasa, esa posibilidad parece más probable.

Entonces, antes de que pueda contemplarlo demasiado, me levanto. —Yo iré —anuncio.

Adrik frunce el ceño. —No. Alguien tiene que quedarse aquí con Isabella.

—Aquí hay todo un bar de gente.

—Yo estoy aquí —Stefan levanta la mano. El movimiento lo hace tropezar ligeramente.

Adrik resopla. —Sí, y estás muy borracho.

Incluso en su preocupación y dolor, Isabella jadea.

Adrik hace una mueca. Luego se vuelve hacia mí. —Tú quédate.

—A Travis le gusto más. Él vendrá cuando lo llame.

—No, no lo hará —responde Adrik—. Porque no te escuchará desde el interior del bar, donde te quedarás.

—Alguien más puede vigilarla —digo—. ¡Quiero ir a ayudar!

Antes de que Adrik pueda decir algo, Toma da un paso adelante. El amable médico ha estado sentado en la mesa detrás de mí toda la noche, y levanta la mano con una pequeña sonrisa. —Me sentaré con ella.

Puedo ver que Adrik quiere discutir, pero Isabella le sonríe al buen hombre. Tiene debilidad por él desde que se conocieron. Y Adrik, a pesar de su dominio y mando, no se atreve a borrar la sonrisa del rostro de Isabella.

Me señala con un dedo. —Vale. Quédate cerca.

Beso la parte superior de la cabeza de Isabella y luego sigo a Adrik fuera del bar, hacia la calle.

Es tarde y el bloque está casi vacío. Los insectos zumban alrededor del resplandor amarillo de las farolas. Adrik debería verse descolorido y enfermizo, pero parece más bien una estatua de bronce. Un ejemplar perfectamente esculpido.

—¿Deberíamos separarnos? —sugiero. Quería ser yo quien resolviera el problema de Isabella, pero no pensé en que tendría que estar a solas con Adrik.

—Sí. Y tal vez deberíamos llamar a la policía mientras estamos en eso.

—No digas eso como si fuera una idea tonta.

—Entonces no sugieras más ideas tontas.

—Cubriremos más terreno si nos separamos —argumento.

Adrik inclina la cabeza como si lo considerara. —Y me desharía de tu terco trasero de una vez por todas. Tentador, pero tal vez no deberíamos dejar que Isabella pierda a su perro y a su madre en la misma noche —me agarra el brazo con fuerza—. Solo sígueme y cállate.

Adrik me arrastra por la acera unos pasos antes de finalmente soltarme. Sus piernas son largas y

tengo que correr para seguirle el ritmo.

—Estás caminando tan rápido que podrías pasar junto a Travis y ni siquiera darte cuenta.

—Es un perro en medio de la ciudad. Tenemos que actuar rápido antes de que se aleje demasiado —espeta Adrik—. Iría aún más rápido si no estuvieras conmigo.

Aparto sus palabras, fingiendo que no duelen. —Así es. Me olvidé. Soy una carga enorme para ti. No hago más que hacerte la vida más dura.

—Suena correcto.

Aprieto los dientes. Me hace sentir como un dolor en el trasero a propósito. Para que me sienta y siga sus órdenes. Para que no haga preguntas, no lo desafíe.

—Eso no es lo único que te hago más duro, ¿verdad? —canturreo.

Adrik no reduce el ritmo, pero veo que sus hombros se tensan.

—Me parece que, si no hubieras estado tan desesperado por meterte en mis pantalones, ambos habríamos podido prestar atención a Isabella y Travis, y esto no habría sucedido.

Le lanzo la granada de culpa, pero estoy en el punto de mira. La culpa revuelve mi estómago.

Yo debí haber estado prestando atención.

Yo debí haber mantenido mis ojos en Isabella.

Esto es culpa mía más que de nadie más.

Entre un paso y el siguiente, Adrik se da vuelta y está parado frente a mí. Casi choco con él, pero logro detenerme justo a tiempo.

—Si soy tan terrible, ¿por qué soy el único que realmente busca al puto perro?

—Estoy buscando…

—Pareces pensar que puedes mantenerla a salvo por tu cuenta, pero abrías las piernas para un asesino a sangre fría —dice Adrik—. Tu juicio es, en el mejor de los casos, cuestionable.

Jadeo, pero antes de poder decir algo, Adrik señala el bar. —Regresa y espérame en el bar.

—No, voy a…

Agarra mi brazo bueno y tira de mí hacia él, su aliento caliente en mi cara. —Afirmas que te preocupas por los intereses de Isabella, pero me frenas. Regresa y espérame en el bar. *Ahora*.

Quiero discutir, pero siento que eso solo probaría su punto. Y si vuelvo al bar, Adrik consigue lo que quiere. Ha creado una situación en la gana de cualquier forma. Lo odio por eso.

Horas, días y *semanas* de frustración comienzan a burbujear en mí. Se estuvo gestando bajo la superficie, incapaz de salir, y ahora puedo sentir que quema la parte posterior de mis ojos. Voy a llorar.

Pero de ninguna manera lo haré delante de Adrik.

Así que, justo antes de que caiga la primera lágrima, giro sobre mis talones y pisoteo hacia el bar. No sé si Adrik me ve caminar la cuadra y media hasta el bar. Cuando llego a las puertas de entrada y me giro para comprobarlo, ya no está.

—Gilipollas —murmuro, limpiando mis ojos traidores.

—¿Disculpe?

Me sobresalto ante la voz inesperada detrás de mí, y me giro para encontrar a una mujer de cabello oscuro parada cerca de la acera… con una correa en la mano.

Siento como si mis ojos tardaran siglos en rastrear la correa hasta el perro que lleva atado. Pero por fin mi cerebro se pone en marcha. Corro hacia adelante y rodeo el cuello del perro con mis brazos.

—¡Travis! Ay, Dios mío —nunca me sentí tan feliz de ver un perro en toda mi vida—. ¿Dónde estabas?

La mujer se ríe. —Entonces, ¿este es tu perro?

De repente, me doy cuenta de que estoy de rodillas en la acera frente a una extraña. Me enderezo rápidamente. —Sí. Lo siento. Lo es. Yo…

Por primera vez miro a la mujer y veo más allá de su cabello oscuro y brillante. Su cara tiene muchas cicatrices. La piel moteada y dañada cubre al menos el sesenta por ciento de su rostro.

En cualquier otra situación, tendría más control de mi expresión. Podría registrar su apariencia sin quedarme boquiabierta. Pero estoy tan desequilibrada por mi pelea con Adrik y la sorpresa de encontrar a Travis que sé que el asombro está claro en mi cara.

La mujer me dedica una sonrisa educada pero tensa que me saca de mi estupor. Finalmente, parpadeo.

—Lo siento —murmuro, mis mejillas sonrojadas—. Es el perro de servicio de mi hija, Travis.

—Ah. Un perro de servicio, ¿eh? Eso explica el chaleco naranja.

Asiento con la cabeza. —Mi hija tiene distrofia muscular.

Y pasó toda su vida siendo observada como yo acabo de observar a esta extraña. Me siento asquerosa. Odio a la gente que mira boquiabierta a Isabella y se lo acabo de hacer a esta mujer.

Me tranquilizo y la miro a los ojos, haciendo lo mejor que puedo para corregir mi error.

—Entonces, este chico tiene un trabajo importante que hacer —ríe la mujer, acariciando la cabeza de Travis—. Me alegro de haber podido traerlo de vuelta.

Le quito la correa y Travis se sienta a mis pies. —¿Dónde lo encontraste?

Señala la cuadra en la dirección opuesta a la que estábamos caminando Adrik y yo. —Alrededor de la manzana. Me detuve en algunos otros restaurantes en el camino, para ver si alguien lo extrañaba. Estaba a punto de probar el bar cuando me encontraste.

—Estábamos buscándolo por todas partes. Mi… —tropiezo con la palabra, aclarándome la

garganta antes de poder continuar—. Mi esposo y yo fuimos a mirar en la dirección opuesta.

La mujer mira hacia la cuadra donde Adrik acaba de desaparecer. —Ah, ¿sigue buscando? Voy hacia allá. Podría encontrarlo y decirle que Travis está en casa, sano y salvo.

Le hago un gesto para que lo olvide. —Está bien. De todos modos, me está molestando esta noche. Un paseo le vendría bien.

La mujer me mira pensativa, con el ceño fruncido. Y, por un segundo, creo que fui demasiado familiar con ella. Pero luego echa la cabeza hacia atrás y se ríe. Puede que su rostro tenga profundas cicatrices, pero, cuando se ríe, es hermosa.

—Sé cómo es eso, créeme —dice con una sonrisa de complicidad—. Mi ex era todo un personaje.

—¿No lo son siempre?

—No tienes idea —suspira y se inclina para acariciar a Travis—. Bueno, amigo, fue un placer conocerte. Mantente alejado de las calles, ¿vale?

Las orejas de Travis se presionan hacia atrás contra su cabeza y su cola, que se mueve perpetuamente, se queda quieta. Por primera vez desde que lo tenemos, escucho la sutil onda de un gruñido gestándose en su pecho. Qué extraño.

Se levanta y se ajusta el lazo de su blusa de seda sobre los hombros. Por primera vez me doy cuenta de lo que lleva puesto. Es lindo. *Muy* lindo. No estoy segura de por qué eso llama mi atención, pero lo hace.

—Gracias de nuevo —digo, tratando de inyectar la verdadera profundidad de mi gratitud en cada palabra—. Claramente tenías otras cosas sucediendo esta noche. Lamento que hayas tenido que dedicar tiempo a lidiar con esto.

—No, no te preocupes por eso —dice—. Voy a casa. Y amo a los perros. Ya tendría una jauría, pero mi ex nunca me dejó tener uno.

No puedo imaginar a esta mujer dejando que un hombre le diga qué hacer.

—Entonces, deberías conseguir uno ahora —digo—. ¡Que se joda!

Vuelve a reír. —Me gustas. Quizás lo haga.

Ella se da vuelta para irse. Siento la extraña necesidad de detenerla, preguntarle su nombre, vomitar la historia de mi vida y rogarle que me diga qué hacer a continuación.

Algo en la mujer me resulta familiar. Pero definitivamente recordaría haberla conocido. Tanto por sus cicatrices como por su fácil confianza. Me pregunto si una llevó a la otra. Hay que ser fuerte para soportar todas las miradas y comentarios que conlleva tener una lesión tan visible.

No hay manera de que la conozca. Lo más probable es que reconozca en ella todas las cosas que desearía poder ser.

La mujer camina calle abajo, balanceando sus caderas de un lado a otro. Cabeza alta, barbilla orgullosa. Travis solo se relaja una vez que ella está fuera de vista. Me aferro un poco más a su

correa.

—Vamos, Trav —le digo, jalándolo hacia la puerta—. Vamos a ver a Isabella.

EMERY

Isabella vuelve a llorar cuando ve a Travis. —Gracias, Mamá —dice una y otra vez, con la mano apretada en el pelaje de Travis.

Sé que está mal, pero me siento satisfecha de haber sido yo quien haya encontrado al perro. *¿Soy* yo *el eslabón más débil? Eso es lo que tú crees, Adrik.*

Malvado, lo sé. Supongo que soy malvada.

Pero tal vez si hubiera ido un poco más lento, la mujer lo habría atrapado a tiempo para evitar que deambulara por las calles toda la noche. De hecho, todavía no regresó.

—Nunca dejaré que te escapes otra vez —le susurra Isabella a Travis—. Jamás. Estás a salvo.

Es precioso lo mucho que ama al perro. Hacer amigos siempre ha sido difícil para ella. Los niños se ponen nerviosos por su silla de ruedas y ella tiene miedo de unirse. Pero Travis la amó incondicionalmente desde el primer segundo.

—Travis regresó justo a tiempo —Stefan le sonríe a Isabella—. Afuera está a punto de llover a cántaros.

—¿A cántaros? —pregunta Isabella, con la cara toda arrugada.

—Es una expresión, princesa.

Miro por las ventanas delanteras. La mayoría está tapiada con anuncios de licores y letreros de neón, pero a través de algunos de los huecos puedo ver el comienzo de una desagradable tormenta, golpeando contra el cemento.

—¿Adrik aún no ha regresado? —pregunto.

Stefan niega con la cabeza.

—Entonces, ¿no debería alguien ir a buscarlo? ¿Decirle que Travis está bien?

Stefan niega. —Nos dijo a todos que nos quedáramos aquí y cuidáramos a Isabella.

Quiero arrancarme el cabello por la frustración. Si Adrik les dijera a estos hombres que saltaran por un acantilado, no hay duda de que todos lo harían felices. Robots, todos y cada uno de ellos.

—Probablemente le gustaría saber que no necesita deambular bajo la lluvia —insisto.

—Probablemente —coincide Stefan. Pero, según la forma en que se recuesta en su asiento, con los párpados cada vez más pesados, no parece que planee hacer nada al respecto. Quizá si no se hubiera bebido la mitad del bar estaría más preocupado.

De repente, el televisor que cuelga sobre el bar emite una alarma aguda. Me doy la vuelta justo cuando aparece un cartel rojo de alerta en el centro de la pantalla.

Alerta de Clima Severo. Aviso de Inundación. Manténganse alejados de las carreteras. Busquen terreno más alto si es necesario.

—Joder —siseo.

Isabella jadea ante mi elección de palabras. Hago una mueca y paso mi mano por su frente. —Lo siento, cariño. Pero se avecina una gran tormenta.

—Sí, así es. Mira el radar —Stefan silba. Parece que su lengua es demasiado grande para su boca —. Eso es una locura.

Las noticias están reproduciendo el radar en bucle, mostrando un enorme sistema de tormentas rojas, que se dirige en espiral hacia nosotros. Como si fuera una señal, retumba un trueno y las luces del bar parpadean.

Leo el resto de la advertencia meteorológica en voz baja. —"…lluvias intensas, vientos dañinos y granizo del tamaño de una pelota de tenis". ¡Dios, alguien tiene que ir a buscar a Adrik! —me giro hacia Stefan, pero él solo mira la pantalla con los ojos vidriosos—. ¡Stefan! *Alguien tiene que ir a buscar a Adrik.*

Él niega con la cabeza. —Él nos dijo que nos quedáramos aquí, y nosotros…

Antes de que pueda terminar, giro sobre mis talones y me muevo hacia la puerta.

Todo el mundo está tan ocupado mirando la televisión o ignorándolo todo y bebiendo hasta el olvido que nadie me detiene cuando paso y salgo.

La lluvia golpea el pavimento. Suena como una línea de tambor justo en mis oídos. A los pocos segundos de salir, estoy empapada.

—No tiene sentido dar marcha atrás ahora —murmuro.

Agacho la cabeza para protegerme de la lluvia y corro por la cuadra en la dirección a la que se dirigía Adrik la última vez que lo vi. Podría estar absolutamente en cualquier lugar, así que trato de pensar como él. Si Adrik estuviera buscando un perro, ¿dónde buscaría? ¿Cuál sería su estrategia?

Probablemente, daría vueltas alrededor del área inmediata y luego giraría hacia afuera, aumentando el radio de búsqueda con cada giro. O al menos espero que eso sea lo que haría. Porque eso es lo que haré y terminaré como una rata ahogada si no funciona.

La lluvia me pega el cabello a la cabeza y me empapa los pantalones. Quedan sueltos en mis caderas, lo que dificulta correr. Pero me muevo lo más rápido que puedo. Mi cabeza gira mientras doy la vuelta a la manzana una vez y luego comienzo con la siguiente espiral.

Ya no hay nadie en las calles. Al pasar por restaurantes y negocios, algunos lugares incluso me

abren la puerta.

—Los clientes pueden refugiarse aquí —me grita una anciana, aunque apenas la oigo bajo la fuerte lluvia—. ¡Compra algo pequeño y sal del lío!

Le hago un gesto para despedirla y sigo corriendo, incluso mientras los relámpagos atraviesan el cielo. El mundo se vuelve blanco por un momento.

Sigo buscando. Un tercer bucle, un cuarto.

En mi quinta pasada, estoy cansada. Me arden los pulmones y la carretera por la que voy está tan desierta que se me erizan los pelos de la nuca.

Hay puertas empotradas en los ladrillos, pero no hay señales. No hay anuncios ni carteles que me digan qué son. Si un asesino a sueldo necesitara un escaparate, aquí se instalaría aquí.

Estoy desacelerando, frustrada y cuestionando todo mi proceso. Pero, justo cuando reduzco la velocidad a un ligero trote, capto una sombra en mis periféricos. Una sombra muy grande.

Me giro justo cuando una mano aprieta con fuerza mi bíceps.

—¡Quítate! —grito, retrocediendo.

Mi pie resbala en el pavimento mojado y me caigo hacia atrás, gritando de nuevo. Pero unas manos grandes me atrapan y me impiden caer de espaldas. —¿Podrías relajarte?

Reconozco el profundo gruñido al instante. Me limpio la lluvia de los ojos y miro a Adrik.

Lleva una chaqueta oscura y una capucha que le cubre la cabeza, lo que arroja su rostro en sombras. Sus ojos azules son brillantes, y su boca pecaminosa está fruncida.

—¿Qué carajo estás haciendo aquí? —gruñe, poniéndome de pie.

—¡Buscándote!

Él pone los ojos en blanco. —No necesitaba que me encontraran. Stefan me envió un mensaje de texto.

—¿Por qué no dijo eso antes de que me fuera?

Ahora que lo pienso, me fui en medio de la frase de Stefan. Quizás iba a decirme que lo tenía todo bajo control.

—Porque deberías haber escuchado y quedarte en el bar —gruñe Adrik.

Entrecierro los ojos. —¡Te buscaba para que no estuvieras bajo la lluvia, gilipollas!

Su brazo todavía está alrededor de mi cintura. Lo miro mientras el agua gotea de las puntas de su cabello oscuro. Su camisa está empapada debajo de la chaqueta, los botones superiores abiertos para revelar su pecho y un mechón de cabello oscuro. Cada prenda se adhiere a él como una segunda piel.

Me siento como un hámster empapado, pero parece que Adrik acaba de salir de uno de esos locos anuncios de fragancias sin sentido. Listo para una sesión de fotos.

Y está a punto de responder cuando un relámpago vuelve a cruzar el cielo, seguido medio segundo después por un trueno desgarrador. El suelo se balancea bajo mis pies y Adrik me atrae contra su pecho.

Entonces, comienza el granizo.

Balas de hielo del tamaño de una moneda de un centavo crujen contra la acera, acercándose cada vez más rápido a cada segundo. Uno me golpea en la cabeza y grito.

—Joder —Adrik abre su chaqueta y la sostiene sobre mi cabeza como un ala—. Vamos.

Me lleva por la calle estrecha y desierta hasta la única puerta con un dosel colgando sobre ella. Es un voladizo de tela roja que parece original, no solo del edificio, sino de la ciudad misma. Quizá de todo el puto país. Cualquiera sea el caso, la cosa no ha sido reemplazada en mucho tiempo y ya puedo ver agujeros y desgarros preexistentes, que se hacen más grandes debido a la fuerte lluvia y el granizo.

—Tenemos que entrar —digo.

—No me digas —Adrik mira a un lado y a otro de la calle, calculando, evaluando.

El golpe del granizo se hace más fuerte a medida que las bolas de hielo del tamaño de una moneda de un centavo se convierten en monedas de veinticinco centavos, y luego en dólares de plata. En algún lugar a lo lejos, escucho una sirena de alerta de clima severo.

—¿Es esto el apocalipsis o algo así? —grito por encima del ruido.

Adrik se gira y golpea la puerta detrás de nosotros. Es de vidrio, pero le pegaron cartón por dentro para que no podamos ver nada. Y, después de treinta segundos de llamar, está claro que nadie responde.

—Tenemos que salir corriendo —digo—. Quizá haya algo a la vuelta de la esquina. ¿Un restaurante o algo en lo que podamos escondernos?

Adrik mira hacia la calle y yo sigo su mirada justo cuando un trozo de granizo del tamaño de una pelota de golf se estrella contra el cemento y rueda hasta detenerse a nuestros pies. A diferencia del granizo anterior, esta pieza no es aguanieve. Es hielo sólido. Mortal, en manos de un dios del clima vengativo. Incluso dar una pequeña vuelta a la manzana podría ser demasiado peligroso. Pero ¿qué otra opción tenemos?

—¡Cúbrete la cara! —Adrik grita para hacerse oír por encima de la tormenta.

Creo que me va a llevar al pasillo, así que hago lo que me dice. Me tapo la cara con ambos brazos y cierro los ojos con fuerza.

Entonces, escucho un sonido estremecedor.

Miro por debajo del brazo y veo a Adrik rompiendo el panel inferior de vidrio de la puerta frente a nosotros.

—¡Oye! ¿Qué estás…?

Se inclina y desliza una pierna dentro de la puerta. Luego levanta la mano y agarra mi mano

buena. —Sígueme.

—¡Adrik! Esto es una entrada forzosa. ¡Es una invasión! No podemos…

Mis palabras se pierden en el sonido del metal raspando contra el ladrillo mientras el pequeño dosel que cuelga sobre nosotros es arrancado violentamente del edificio y succionado en espiral hacia el cielo. Intento seguir la trayectoria, pero la lluvia y el granizo me azotan desde todas direcciones.

Adrik tira de mi brazo y un segundo después, cruzo la puerta y me encuentro en un pasillo oscuro y extraño.

Me coloca detrás de él mientras mira a su alrededor. Su brazo todavía está alrededor de mi cintura. Para variar, no me importa. Estoy temblando y un poco asustada por la intensidad de la tormenta. Sin mencionar los delitos ocasionales que estamos cometiendo.

—¿Dónde estamos? —susurro.

—Fuera de la tormenta.

Yo suspiro. —Siempre puedo contar contigo para una respuesta irritante.

Adrik se detiene abruptamente frente a una puerta de metal. Luego alcanza el mango.

—Oye, ¿qué estás haciendo? —susurro—. ¿Por qué no nos quedamos en este pasillo? Estamos fuera de la tormenta. Podemos quedarnos aquí…

—Estaríamos aquí durante horas —dice—. Antes de tener que perseguirte, estaba sentado en un bar a media cuadra de distancia. Vi la tormenta en la televisión.

—Entonces, ¿estabas bien?

Él asiente. —Stefan envió un mensaje de texto diciendo que el perro había regresado. Iba a esperar que pasara el clima.

—Y luego salí corriendo detrás de ti y…

Él extiende sus brazos mojados. —Arruinaste todo, más o menos.

Las lágrimas que logré contener antes vuelven a brotar. Esta vez no hay dónde esconderse. Parpadeo, esperando que Adrik piense que solo es lluvia en mi cara. Pero el hombre es demasiado observador para eso. Me agarra la barbilla y me levanta la cara.

—¿Son lágrimas de enojo? —pregunta.

Intento apartar mi barbilla, pero su agarre es como de hierro. Me veo obligada a mirarlo a los ojos mientras respondo. —Sí.

—¿Estás enojada conmigo?

Asiento.

—¿Por ir a buscar el perro perdido de Isabella? ¿O por salvarte de morir azotada por el granizo?

—Bueno, ahora estoy enojada contigo porque esas son preguntas capciosas. Porque eres terco y

engreído. Y porque… porque odio estar enojada contigo —admito, frotándome las mejillas con la mano buena—. Eres tan infinitamente frustrante. Y nunca me dejas tomar una decisión por mí misma. Pero nos cuidas muy bien a mí y a Isabella. Y…

—¿Y? —presiona. No muestra ninguna reacción a lo que he dicho hasta ahora.

Me trago los nervios y decido que llegó el momento de confesar. De exponer todo. —Y estoy enojada porque me haces tan fácil depender de ti. Estoy cómoda y contenta y… tengo miedo de lo que pasará cuando ya no estés. Me temo que no sabré cómo volver a la vida como era antes de ti. Me temo que me has arruinado.

El toque de Adrik se suaviza en mi mandíbula. Su pulgar roza mi piel. Con esos ardientes ojos azules mirando a los míos, susurra… tan bajo que no puedo oírlo, y quizá ni siquiera estaba destinada a hacerlo—: Igualmente.

Luego, deja caer la mano y se aleja. Su voz, tan suave hace un momento, vuelve a su tono áspero normal.

—¿Un poco de comida ayudará?

Arrugo la frente. —¿Qué vas a…?

Antes de que pueda formular la pregunta, Adrik empuja la puerta de metal para abrirla. Una pequeña tienda se extiende frente a nosotros.

Las luces están apagadas y las puertas metálicas de las ventanas están bajadas, pero los estantes están completamente llenos con todas las delicias del depósito. Patatas fritas, galletas y barras de proteínas. Los refrigeradores de cerveza y refrescos en la parte trasera zumban agradablemente. No se ven otros signos de vida.

Paso mis manos por un estante de dulces como nunca antes lo había visto. Algo en el lugar parece extrañamente mágico cuando está vacío y es todo nuestro.

—Pero no podemos estar aquí.

Adrik suspira. —Dejaré dinero en efectivo para todo lo que tomemos, si eso te tranquiliza la conciencia. El doble, solo por molestias del propietario.

Me vuelvo hacia las ventanas del frente y me maravillo ante el diluvio que inunda las alcantarillas. El granizo se acumula alrededor de los cubos de basura y de los postes de luz. Nunca había visto una tormenta como esta.

—Vale —saco una bolsa de patatas fritas de la rejilla y la abro. Le sonrío por encima del hombro a Adrik—. Son seis dólares.

Coge uno para él. —Que sean doce.

Caminamos por los pasillos de la tienda, tomando bocadillos y botellas de agua y refrescos. Incluso encuentro algunas velas con imágenes de celebridades pintadas para que parezcan santos en los costados. Adrik coge un encendedor de la caja. Luego, en la parte trasera de la tienda, organizamos un picnic. Adrik extiende una manta de lana con una imagen de la Estatua de la Libertad, y nos acomodamos encima para comer.

—Son como noventa y cuatro dólares —digo, examinando nuestro botín—. Con la manta, son ciento treinta. Si todavía pagas el doble, claro está.

—El dinero no es un objeto, pero que me condenen si nos llevamos esta puta manta con nosotros. No derrames nada encima y lo dejaremos aquí para que algún turista idiota se babee más tarde —se queja.

Me río y muerdo una barra de granola de chocolate amargo. —Espero que Isabella no esté preocupada.

Adrik niega. —Stefan la llevará de regreso al piso tan pronto como la lluvia disminuya. Le dije que estaremos allí tan pronto como podamos.

—¿Tan pronto como podamos?

¿Eso es decepción en mi voz? Adrik también lo oye.

—¿Quieres quedarte aquí más tiempo, *kiska*? —pregunta, una sutil sonrisa hace que su ya hermoso rostro sea aún más irresistible.

Me encojo de hombros con indiferencia. —Trabajamos mucho para montarlo. Parece una pena dejar que se desperdicie.

Lo que no digo es que estar aquí con él… se siente como si estuviéramos lejos del mundo. Como si todos nuestros problemas no existieran.

Pero debo saber que no es tan fácil escapar de la realidad. Dios sabe que lo intenté.

—Entonces supongo que ya no estás enojada conmigo.

—Probablemente nunca dejaré de estar enojada contigo —suspiro—. Pero, por el momento, solo por este momento, la balanza se inclina hacia no odiar tu presencia.

—Verdaderamente una crítica entusiasta. Mi corazón se desmaya.

Nuestros ojos se encuentran y mi corazón hace lo mismo que el suyo.

¿Qué tiene este hombre que me atrae una y otra vez? Tiene una atracción gravitacional que no puedo resistir.

Rápidamente aparto la mirada y abro el paquete de rosquillas de chocolate. Le ofrezco una. —¿Rosquilla?

Desliza su dedo en el centro de la rosquilla en un movimiento que parece diseñado para hacerme pensar en cosas en las que intento con todas mis fuerzas no pensar, pero finjo no verlo.

—¿Te dijo Stefan que una mujer encontró a Travis caminando por la calle? —pregunto, cambiando de tema.

—Está demasiado borracho para decirme mucho de nada. —Adrik frunce el ceño—. Me dijo que el perro había vuelto. Supuse que lo habías encontrado.

Sacudo la cabeza. —Yo no. Esta mujer realmente agradable lo encontró. Se detuvo en todos los restaurantes de la cuadra, buscando a los dueños. ¿No es lindo?

—Suena estúpido para mí.

—¿Qué significa eso?

Adrik señala las ventanas. —Probablemente quedó atrapada en esta tormenta por su buena acción.

La lluvia azota las ventanas, hace sonar los cristales. Me estremezco. —Ni siquiera lo pensé. Bueno, con suerte, logró llegar a un lugar seguro.

Adrik suspira. —¿Cómo se llamaba?

Arrugo la frente. —En realidad no lo sé.

—Supongo que entonces no podemos pagarle por sus problemas.

Recuerdo su camisa de seda, su forma elegante de comportarse. —No parecía precisamente necesitada de dinero en efectivo. Dudo que quisiera el dinero. Pero sería bueno agradecerle.

—Claro, alineemos toda la maldita ciudad y encontrémosla.

Pongo los ojos en blanco. —Bueno… no sé su nombre, pero tenía una cicatriz.

Adrik sonríe. —¿Como un villano de Bond?

—¡No! —luego lo considero y me encojo de hombros—. Vale, quizá un poco. Su cara estaba muy marcada. No debería ser demasiado difícil encontrarla. Especialmente, porque tú mismo eres básicamente un villano de Bond.

—Así es. Yo soy el gran malo —Adrik sonríe, pero no parece bromear. Capto un atisbo de amargura allí y creo que sé por qué.

—Adrik —digo con suavidad, giro una rosquilla en mis manos—. Solo quiero decir… lo siento.

—¿Por?

—¿No puedes simplemente deducirlo?

Él niega con la cabeza. —Dilo, Emery. Usa tus palabras por una vez.

Por supuesto que Adrik haría una disculpa tan difícil como todo lo demás. Me quejo. —Perdón por lo que dije… sobre Sofía. Y tu hermano. Sé que todo es complicado con Yasha, no te culpo por no haberlo matado. Yo no podría haberlo hecho. Y tampoco creo que hayas matado a Sofía.

—Entonces, ¿por qué lo dijiste?

—Porque estaba enojada —admito, finalmente mirándolo—. Se sintió como… Se *siente* como si te estuvieras alejando de mí. Estaba asustada y herida y no lo sé. Supongo que también quería hacerte daño.

Lentamente, Adrik deja su comida a un lado y comienza a apartar nuestro picnic del camino. Luego, toma de mi mano la rosquilla que estuve haciendo girar y la deja a un lado también. Estoy tan ocupada mirándolo que realmente no tengo tiempo para preguntarme qué está haciendo hasta que toma mi cara entre sus manos y me mira a los ojos.

—No voy a ninguna parte —respira—. Tú, Emery Tasarov, eres mía.

Por tercera vez esta noche, las lágrimas se acumulan en mis ojos. Pero, por primera vez, no es por la ira.

Adrik me besa con ternura, sus labios suaves y cálidos contra los míos. Al instante me quedo flácida, me derrito contra él. Me toma en sus fuertes brazos y me acuesta con cautela sobre la manta de lana.

Va quitando nuestra ropa mojada poco a poco y luego estoy desnuda, presionada contra la extensión de la piel cálida y bronceada de Adrik, y me siento como un animal.

No me importa que estemos en una bodega abandonada en el suelo.

No me importa que haya una tormenta más allá del cristal.

Lo único en lo que puedo pensar es en tener su cuerpo sobre mí y a mi alrededor y *dentro* de mí y Dios mío, si no sucede en este instante, podría morir.

Me acerco y envuelvo mi mano alrededor de su dura longitud. Él suelta un suspiro, abro las piernas y lo presiono contra mi entrada.

—Ahora —lloriqueo—. Por favor. Te deseo ahora.

Adrik pasa sus dientes por mi clavícula y luego besa mi cuello mientras me embiste. —Yo te deseo siempre —susurra.

Lo rodeo con mis brazos y lo acepto una y otra vez. El placer aumenta constantemente, alcanza un punto máximo y luego se rompe de una manera suave y fácil. Mi cuerpo late a su alrededor, y es tan dulce y gentil que podría llorar.

Pero ya he hecho más que suficiente de eso esta noche.

—Te siento —dice Adrik, moviendo sus caderas contra las mías—. Te corriste para mí.

Me paso los brazos por encima de la cabeza, estirándome. —Lo hice.

Se inclina hacia adelante y toma mi pezón con su boca, haciendo girar su lengua alrededor de mí antes de arrastrar sus dientes sobre mi piel sensible. Luego, me mira y sonríe. —Mi turno.

De repente, Adrik me rodea con su brazo y me coloca boca abajo. Luego agarra mis caderas, inclinándome como quiere y se desliza dentro de mí nuevamente.

Sus movimientos son fuertes y seguros ahora. Clava sus dedos en mí mientras me golpea una y otra vez.

Y así es con él. Todo. En un minuto, las cosas son suaves y tranquilas; al siguiente, son trascendentales y están fuera de control.

Pero me encanta todo.

Arqueo la espalda y trato de darle más de mí, trato de llevarlo más profundamente.

—Joder —gime, arrastrándome con más fuerza hacia él.

Me sentí agotada después de llegar la primera vez, pero puedo sentir un orgasmo cobrando vida en mí nuevamente. Con cada embestida, aumenta mi placer cada vez más.

Pronto, estoy gritando con cada conexión, gritando hacia el techo manchado de agua, rogando a Adrik que acabe conmigo.

—Por favor, por favor —grito—. Déjame llegar. Voy a llegar.

—Córrete para mí, esposa mía —gruñe—. Déjame oír cómo te deshaces.

Y lo hago. Mis piernas tiemblan cuando el placer me atraviesa. Mis músculos se tuercen y se contorsionan. Un segundo después, siento que Adrik presiona su liberación dentro de mí.

Se desploma contra mi espalda, su calor empapa mis huesos y nos quedamos desnudos y agotados.

Cuando se aleja de mí, dejo caer mis brazos sobre la arrugada manta de lana. Miro hacia abajo y veo a la Señorita Libertad mirándome directamente desde el bordado, con lo que parece ser una expresión de tía criticona en su rostro. Me río.

Adrik se inclina y me besa el hombro. Huele a lluvia, almizcle y rosquillas de chocolate.

Quiero arrastrarme sobre él y hacerlo todo de nuevo. Y tal vez lo haga. Pero primero doy unas palmaditas en la manta. —¿Aún crees que podemos enrollar esto y dejarlo atrás?

Él sonríe. —Joder, no. Me lo llevo como recuerdo.

ADRIK

—Tenemos que idear un plan *ahora* —digo mucho más alto de lo necesario, golpeando la mano sobre mi escritorio. Como beneficio adicional, toco un vaso de bolígrafos en la esquina con el dedo y salen volando, dispersándose y repiqueteando sobre la mesa y el suelo.

Stefan hace una mueca y presiona la palma contra una de sus orejas. Parece como si la muerte se hubiera calentado. —Vale, pero mantengamos el plan en silencio.

—¿Silencio? —rujo y golpeo la mesa con el puño de nuevo—. No. Esta es la máxima prioridad. Necesito a todos en esto.

Stefan me mira fijamente, con los ojos inyectados en sangre y círculos azul oscuro presionados debajo de ellos. —Eres un gilipollas, ¿lo sabías?

Sonrío y me recuesto. —Es lo que te pasa por beberte la mitad del bar tú solo anoche.

En el momento en que Stefan cruzó las puertas del ascensor esta mañana, supe que esto sería divertido. Mi mejor amigo olvida que ya no tiene veinte años. Beber tiene consecuencias una vez que pasas tu mejor momento.

—Ha sido estresante últimamente. Me estaba desahogando —se deja caer en su silla y se masajea las sienes con círculos—. Pero puede o no que me haya excedido.

—¿Qué? —grito, con una mano alrededor de mi oreja y rugiendo—. ¡No puedo oírte!

—Eres un gilipollas —repite—. Gilipollas de grado A.

—¿Es ese el único insulto que se le ocurre a tu cerebro plagado de alcohol? —me río—. Parece que estás pasando tiempo con Emery.

—¿Cómo está, por cierto? —pregunta, ansioso por pasar a un tema más relajado—. ¿E Isabella? ¿Todo bien después del fiasco de Travis?

—Bastante bien. Travis ha vuelto, e Isabella está feliz.

Stefan se anima. Incluso en su increíble estado de resaca, casi puede leer mi mente. —¿Pero…?

—Pero Emery me habló de la mujer que encontró a Travis. La mujer dijo que encontró a Travis corriendo por la calle.

Stefan se encoge de hombros. —Vale, ¿y?

Esto me molestó toda la noche y la mañana. —Es un perro de servicio —le explico—. Está entrenado para permanecer en las aceras. También entrena para permanecer con Isabella en todo momento. Tengo que alejarlo de ella para que salga a orinar.

—Dices que es sospechoso que se haya alejado.

Asiento. —No puedo creer que simplemente saliera por una puerta abierta a la calle. No tiene sentido. Y Emery dijo que la mujer tenía una enorme cicatriz en la cara. Quemaduras o algo así.

Stefan se encoge de hombros. —Eso no es un delito.

—No, pero es inusual. Parece algo que vale la pena investigar.

—¿Cómo se llamaba ella?

Sacudo la cabeza. —Emery no lo supo. Pero nosotros podemos…

—Pediré las imágenes de seguridad del bar —Stefan saca su teléfono—. Dalo por hecho.

Desde que Emery mencionó a la mujer, no puedo evitar la sensación de que algo anda mal. Y, casi siempre, eso significa que algo anda mal. Mis instintos casi nunca se equivocan.

—Y revisa los contactos de Malcolm Waters —agrego.

—Ese era el trabajo de Yasha antes de… bueno, *antes* —dice Stefan—. Lo investigó cuando pensaste que Emery podría ser una espía. Él tenía toda esa información.

—¿Lo obtuviste de él?

Stefan se encoge de hombros. —Puedo comprobar si tenemos copias en algún sitio, pero no lo sé.

—Bueno, quiero saber si Malcolm pudo haber tenido algún contacto con esta mujer. Si lo hizo, entonces también podría estar en contacto con los Volandri.

Stefan asiente, pero luego duda. —Pero sería extraño, ¿verdad? Quiero decir, ¿qué querrían los Volandris o cualquier otra persona con el perro de servicio de una niñita?

—Quizá nada —admito—. Pero no estaría haciendo mi trabajo como don si no considerara la posibilidad.

Por un momento pensé que la mujer podría tener algo que ver con Yasha, pero mi hermano no confiaría ninguna parte de su plan a alguien que no conozca. Se descarriló, pero sigue siendo la misma persona. Y siempre ha sido lento para confiar.

—Más vale prevenir que lamentar.

—Exactamente. Hablando de estar seguro, es un poco arriesgado que estés aquí. ¿Estás seguro de que no te están siguiendo?

—Positivo —dice Stefan con una sonrisa engreída—. El policía que me seguía fue demasiado fácil de sobornar. Tal como dijiste.

—¿Cuánto?

—Veinte mil putos dólares —resopla Stefan—. Su hijo está enfermo, y supongo que con el dinero se pagarían algunas de las facturas. Se llevó el dinero y no lo he visto desde entonces.

—¿Y te aseguraste de que se quedara callado?

Stefan asiente. —Estaba dispuesto a aceptar el soborno por su hijo, así que sé que también se quedará callado por él.

—Amenazar a un niño —digo, silbando—. Sorprendente para un pastelito como tú.

—Tengo que hacer lo que tengo que hacer —dice—. Pero fue fácil, porque sé que no tendré que hacerlo. El policía no dirá ni una palabra.

—Bien. Ahora solo tenemos que descarrilar el resto de la investigación.

Eliminar a un policía del grupo es bastante fácil, pero incluso yo tengo que admitir que hará falta algo de delicadeza para que todo el equipo de investigación trabaje para nosotros. Un desafío, pero no imposible.

Se oye un suave golpe en mi puerta y luego entra Emery. —¿Interrumpo?

Sacudo la cabeza y le hago señas para que entre. Luego, me vuelvo hacia Stefan. —¿Tienes la información de contacto del forense?

—¿Estás hablando de la investigación? —pregunta Emery, sentándose en el sofá de cuero negro contra la pared. Se muerde el labio inferior. Odio que esté nerviosa, pero lo lleva bien—. ¿La policía ha anunciado algún cargo?

Stefan niega con la cabeza. —Dadas las limitaciones de tiempo, Adrik hizo un trabajo minucioso destruyendo la escena del crimen —se vuelve hacia mí—. Y tengo a mis pajaritos trabajando en el forense mientras hablamos. Pronto llegarán a un acuerdo.

—¿Tus pajaritos? —pregunto—. ¿Eres la puta Blancanieves?

Él pone los ojos en blanco. —Lo único que digo es que Pietro debería ser identificado como un Sin Nombre, tipo vagabundo, en cualquier momento. Se está haciendo.

Emery asiente, pero todavía no parece del todo aliviada. No la culpo exactamente. Nada se acaba hasta que se acaba.

Pero, ahora que ella está aquí, esta reunión ha terminado oficialmente.

Aplaudo fuertemente. —Parece que estás en lo cierto, Stefan.

—Y tú parece que estás golpeando platillos —Stefan se levanta—. A menos que haya algo más, me iré de aquí antes de que traigas una banda de música.

—¿Un poco de migraña? —Emery se burla, reprime una sonrisa—. Diría que lo siento, pero dado que anoche me dejaste caminar hacia un huracán… bueno, soy menos comprensiva.

—Te hice un favor anoche —espeta Stefan—. A los dos. Yo tuve que entregarle el cheque al dueño de la bodega esta mañana. Y el hombre tiene cámaras encendidas. Vi algunas de esas

imágenes antes de destruirlas, y ustedes me deben una compensación importante en lo que respecta a mi terapia. Por lo que vi, se divirtieron más que…

De repente, Emery se mete el pulgar y el índice en la boca y suelta un silbido ensordecedor. El sonido estridente resuena en las paredes. Hasta yo hago una mueca.

—¡Maldita sea! —Stefan se tapa las orejas con ambas manos y nos mira a ambos—. Ustedes dos están hechos el uno para el otro. Gilipollas, los dos.

Mientras sale apresuradamente de la habitación, Emery se encoge de hombros. —¿Cuál es su problema?

—Eres cruel —sonrío y sacudo la cabeza—. Me encanta.

Emery mueve las cejas. —Tal vez he aprendido un par de cosas de ti, después de todo.

—Tal vez.

Emery rodea el escritorio y se sienta en el borde, junto a mi silla. Cruza las piernas a la altura de los tobillos y presiona distraídamente una mano contra mi pecho. —No estabas en la cama cuando me desperté.

—Tenía mucho que hacer —digo—. Además, quería reunirme con Stefan temprano.

—¿Porque sabías que tendría resaca?

Sonrío. —¿De qué otra manera aprenderá la lección?

Ella ríe y luego se pasa una mano por el cabello. Rizos rubios desordenados caen sobre su hombro. —Eres más fuerte que yo. Estoy exhausta. Apenas podía abrir los ojos esta mañana.

—Esa tormenta hizo que la noche fuera larga —aprieto su rodilla y luego deslizo mi mano por su muslo.

¿Habrá algún día en el que haya tocado lo suficiente a esta mujer? ¿En el que no me sienta atraído por ella? ¿En el que mi polla no cobre vida en el momento en que su aroma llega a mis fosas nasales?

Ella sonríe con complicidad. —Sí. Aunque probablemente podríamos habernos ido cuando la tormenta terminó a medianoche. No necesitábamos quedarnos encerrados hasta las tres de la mañana.

Arrastro mis ojos sobre su camiseta sin mangas escotada. —Estamos en desacuerdo. Tenía asuntos pendientes.

Un rubor rosado colorea sus mejillas y se muerde la comisura de la boca. —Sí, bueno… estoy exhausta. Y sé que tienes muchas cosas que hacer en este momento.

—No más de lo habitual —arquea una ceja y yo me encojo de hombros—. Bien, tal vez un poco más de lo habitual. Pero nada que no pueda manejar.

—¿Es eso cierto? —se gira hacia mí, pero parece que no puede verme a los ojos—. ¿Puedes manejarlo? Yasha y la policía y los Volandris y descubrir quién era esa mujer… Es mucho. Estoy preocupada.

—No lo estés.

Ella resopla. —No es así de fácil.

—Claro que lo es —la agarro por los hombros y la estiro mientras inhalo—. Respira hondo y confía en mí. Sé lo que hago.

—Lo sé —dice, finalmente me mira a los ojos. Puedo ver la sinceridad allí. Confía en mí. Por fin —. Pero, ¿qué pasa si no se compra a la policía? Podrían enviarte a prisión. Y no tengo idea de qué haría sin ti.

Descarto la preocupación con un gesto de mi mano. —Pase lo que pase, tú e Isabella serán atendidas. Tengo dinero más que suficiente. El valor del dinero de toda una vida. Stefan se ocupará de ambas. Y del bebé también. No tendrás que preocuparte por nada.

Emery extiende la mano y me agarra la cara. Sus dedos se enganchan detrás de mis orejas. —No estoy hablando de dinero, Adrik. Estoy hablando de *ti*. No sé qué haría sin ti.

Me inclino hacia adelante y presiono mis labios contra los suyos, besándola hasta que su cuerpo se suaviza y la tensión desaparece. Luego, me aparto y miro sus brillantes ojos verdes. —Afortunadamente, nunca tendrás que descubrirlo. Porque no me atraparán. Jamás.

Ella me da una pequeña sonrisa, pero, justo cuando abre la boca… probablemente para discutir… se oye un estrépito dentro de la casa.

Emery se congela. Instantáneamente me levanto y me deslizo entre ella y cualquier peligro que pueda haber al otro lado de la puerta.

—¡Mamá!

La voz de Isabella rompe el silencio. Emery y yo salimos corriendo.

—¿Isabella? —grita Emery. Suena frenética—. Cariño, ¿estás bien?

Avanzamos por el pasillo y llegamos a la sala de estar, Emery está solo medio paso delante de mí. Luego, se detiene de golpe y apenas evito aplastarla.

Emery jadea, mira más allá del sofá. —¿Qué pasó?

Sigo su mirada y veo a Isabella tirada en el suelo. Sus extremidades están extendidas en ángulos extraños. Intenta y falla en levantarse. Su cara está incómodamente presionada contra la alfombra.

Me apresuro y la agarro, levantando a la niña con cautela. —¿Estás herida?

—No —dice, con la voz temblorosa. Suena asustada. Hay una impresión de alfombra en su mejilla y una quemadura de alfombra en su frente. Por lo demás, parece estar bien.

La pongo en su silla de ruedas. —¿Te caíste de la silla?

—¿Cómo? —pregunta Emery—. Estás sujeta. ¿Cómo pudiste…?

—No me caí —dice—. Me tropecé.

Emery frunce el ceño. Ambos nos miramos, sin entender.

Emery camina a mi alrededor y se arrodilla frente a Isabella. —¿Qué significa eso, cariño? ¿Cómo te tropezaste?

El rostro de Isabella se ilumina con una sonrisa cautelosa. Parece una niña atrapada con la mano en un tarro de caramelos. —¡Estaba caminando!

Emery se vuelve a tensar y veo la tristeza en su rostro cuando inclina la cabeza. Intenta encontrar las palabras para explicarle a Isabella que no puede caminar. Parece obvio, pero sé que no le resulta fácil decirle a Isabella que no puede hacer algo. Incluso si es verdad.

Ella respira hondo, con la cabeza inclinada. —Pero… pero cariño, no puedes…

—Sí puedo.

Niega con la cabeza. —No. No puedes. Por eso tenemos la silla de ruedas y Travis. Es por eso…

Isabella alza los brazos y los coloca sobre los hombros de Emery. Por instinto, Emery se mueve para apoyar a Isabella en cualquier cosa que intente hacer. Pero, antes de que pueda ayudar, Isabella se levanta. Sus movimientos son entrecortados y forzados, pero lo hace sola. Eso está claro.

Emery jadea e Isabella sonríe. —¿Ves?

—¿Cómo? —pregunto, expresando lo que Emery parece no poder expresar.

Isabella se encoge de hombros. —Solo quería intentarlo, así que lo hice. Y funcionó.

Lo dice como si fuera simple. Como si no fuera un milagro absoluto.

Emery parpadea y tiene la boca abierta. Luego ella me mira. —Debe ser el ensayo clínico. La medicación. Está… ay, Dios mío, está funcionando.

Travis se acurruca entre Emery e Isabella, e Isabella se agacha y agarra su pelaje. Usándolo como un caminante peludo, ella da un pequeño paso y luego otro.

—Ay, Dios mío —Emery se tapa la boca con la mano—. No puedo creerlo.

En el tercer paso, Isabella se tambalea. Me lanzo hacia adelante y la atrapo por la cintura antes de que pueda caer.

—¿Estás lista para sentarte de nuevo? —pregunto.

Ella asiente y la pongo de nuevo en su silla.

Emery cae hacia atrás, sentándose sobre sus talones, aturdida. Luego, sus cejas bajan. —*No* debiste haberlo intentado tú sola, Isabella.

—Estoy bien.

—Afortunadamente —espeta Emery—. Pero podrías haber resultado realmente herida. Podrías haberte golpeado la cabeza o haberte roto algo. Adrik o yo necesitamos estar contigo si intentas eso. ¿Me escuchas?

Isabella deja escapar un suspiro exasperado, pero asiente. —Sí, Mamá.

—Bien —dice Emery con severidad. Pero puedo notar que está encantada. Y no puede contenerlo por más de unos segundos. Vuelve a sonreír—. No puedo creer que hayas dado algunos pasos.

Isabella le devuelve la sonrisa y se abrazan. Me alejo y observo cómo se desarrolla el dulce momento desde la puerta cuando suena el desechable.

—Hola, Stefan. Qué…

—Ataque —me interrumpe con la voz entrecortada—. Disparos en el almacén. Hombres caídos. No sé nada más.

Puedo escuchar un motor acelerando al otro lado del teléfono. Stefan me está dando solo los detalles necesarios mientras acelera hacia la escena.

—Estaré allí —gruño.

—Llamaré si algo cambia.

Stefan cuelga y meto el teléfono en el bolsillo.

Emery e Isabella me miran. —¿Qué pasa?

Quiero decírselo, pero no con Isabella aquí. Tenerla cerca me recordó lo hermosa que puede ser la inocencia en el mundo. Quiero preservar la suya tanto como pueda.

—Tengo que irme —digo en cambio—. Hay un problema y tengo que resolverlo.

Su respiración se acelera. —¿Estarás bien?

—Estaré bien —le digo—. Y ustedes dos también. Tengo seguridad en el edificio.

—¿La tienes? Pero pensé que estábamos aquí solos.

Sacudo la cabeza. —Nunca me arriesgaría a eso. Tienen los ojos puestos en el piso. Si te vas, te seguirán. No vayas a ningún lado salvo que veas que el coche negro te sigue.

Por un momento, espero una discusión. Después de todo, al principio de todo esto, la única petición de Emery fue que no la vigilaran.

Pero en lugar de eso, ella asiente. —Vale.

Me agacho y la beso. Isabella, al no darse cuenta de la tensión en la habitación, arruga la nariz. —Asco. Ustedes son asquerosos.

Extiendo la mano y acaricio su mejilla regordeta rápidamente. —Sé buena con tu mamá.

Mientras salgo por la puerta, me vuelvo y las miro una vez más.

Nunca pensé que este tipo de vida podría ser para mí. Pero cuando veo la escena familiar frente a mí… mi pequeña porción de felicidad doméstica… me doy cuenta de que no hay ningún otro lugar en el mundo en el que prefiera estar que aquí con ellas. Son mi puto todo.

Pero el deber llama. Tengo que responder.

EMERY

Isabella y yo duramos media hora en el piso antes de que prácticamente nos muramos por un poco de aire fresco.

—¿Realmente se nos permite estar aquí? —pregunta mientras bajamos.

—Por supuesto, cariño. ¿Por qué no se nos permitiría?

La calle justo enfrente del edificio de pisos estaba llena de gente y taxis, pero solo unas cuadras al sur y estamos en una ordenada zona residencial. Hago todo lo posible para seguir las señales de la calle, prestando atención a las carreteras de sentido único y a las obras de construcción para que el equipo de seguridad que Adrik nos asignó pueda seguirnos.

Me doy vuelta. El coche negro dobla la esquina. Mantiene una distancia cómoda, pero aun así nos observan.

En un momento, pensé que ser monitoreada constantemente era lo peor que podía imaginar. Pero ahora sé que hay cosas mucho peores que ser seguida por seguridad armada.

La muerte, por ejemplo.

Isabella se encoge de hombros y conduce su silla de ruedas por una grieta en la acera. —Adrik no está con nosotras.

—No tiene que estar con nosotras todo el tiempo —pero incluso mientras lo digo, desearía que Adrik estuviera aquí.

Me gusta imaginar que un día viviremos un día normal juntos como familia. Una mañana tranquila en la que dormir hasta tarde y quizá hacer algunos panqueques juntos. Dar un paseo hasta el parque, dejar que Isabella y el nuevo bebé alimenten a los patos, volver a casa a dormir una siesta entre una maraña de perros, niños, extremidades y felicidad.

—Me gusta cuando está con nosotras —dice Isabella.

—¿Sí?

Ella asiente y yo sonrío. —A mí también.

—¿Viviremos aquí ahora?

—¿En el piso, quieres decir?

—El lugar en el que nos encontramos ahora —dice. Su dulce cara se arruga por la confusión—. ¿Se llama piso?

—Sí, es un piso. Y no, no viviremos aquí para siempre. Solo lo estamos tomando prestado. —suspiro—. Lamento que nos hayamos mudado tanto recientemente. Ha sido un poco loco.

—Está bien —dice ella—. Me gusta cuando estoy contigo. Y Adrik.

Mi corazón se aprieta. —¿En serio?

Asiente. Y luego su rostro se arruga por la concentración antes de soltar—: ¡Y Stefan y Travis!

Al oír su nombre, el perro mira a Isabella y se asegura de que esté bien y que no necesite nada. Luego, sigue trotando junto a ella.

Constancia. Es lo único que siempre quise para Isabella. Durante mucho tiempo pensé que eso significaba conservar nuestro pequeño piso y ser diligentes con nuestro horario. Tenía reglas rigurosas e inquebrantables sobre quién entraba en nuestras vidas. Aunque técnicamente estuve comprometida con Malcolm Waters durante seis meses, Isabella no lo vio ni una sola vez.

Pero ahora me doy cuenta del tipo de constancia que ella realmente necesita.

Amor constante.

Atención constante.

Protección constante.

Y, por mucho que no quiera maldecir esto al pensarlo demasiado, siento cada vez más que encontramos eso con Adrik. Tan pronto como se arregle todo este desastre, todo estará perfecto. Estoy segura de ello.

Caminamos otra cuadra y pasamos junto a un puesto de flores repleto de lirios, peonías y rosas. —¿Puedo tener una, Mamá? Son tan bonitas.

—Lo son, pero no tengo dinero —me doy palmaditas en los bolsillos vacíos—. Lo siento, cariño. Dejé mi billetera en casa.

Gira su silla y mira hacia la calle. —Le preguntaremos a los guardias.

El hombre que trabaja en el puesto parece sorprendido ante la mención de los guardias, pero hace un esfuerzo por mantener la vista enfocada en el libro que está leyendo.

—No quiero molestarlos por dinero —digo en voz baja—. Quizás volvamos mañana y consigamos algo.

Pero Isabella no se da vuelta. Ella todavía estira el cuello para mirar hacia la calle y yo me siento frustrada.

—Cariño —digo con más firmeza—. Hoy no. Vamos. Es tiempo de…

—¿A dónde fueron?

—¿Quién? —pero, incluso al preguntar, me giro y miro calle abajo.

Los coches están alineados junto a las aceras. Un sedán polvoriento tiene multas de estacionamiento metidas debajo del parabrisas y una bota amarilla sujeta a la llanta delantera. Pero, por lo demás, el camino está vacío.

Demasiado vacío.

Me acerco a la acera e intento ver mejor, pero Isabella tiene razón: el coche negro que nos sigue no está.

No entres en pánico. No entres en pánico. Intento mantener la calma, pero puedo sentir el corazón palpitando en mi pecho. Deberían estar ahí. Los hombres de Adrik no toman sus órdenes a la ligera. Pero aparte de una anciana con un bastón y un adolescente que pasea a un puñado de perros, no hay nadie.

Estamos solas.

—No lo sé —digo, dándome la vuelta y tratando de mantener mi voz tranquila. Agarro la manija de la silla de ruedas de Isabella y empiezo a alejarla del puesto—. Pero sigamos adelante.

—Mamá, ¿qué pasa?

—Está bien —miento—. Todo está bien.

Mi plan es doblar la próxima esquina y empezar a volver al edificio de pisos. La siguiente calle está más transitada. Será más difícil que nos pase algo con tantos testigos alrededor.

Pero, antes de que pueda llegar a la esquina, una corredora gira alrededor del edificio y casi choca contra nosotras.

La mujer grita, claramente sorprendida, y salta hacia atrás. —Lo siento mucho —espeta, presiona una mano contra su camiseta deportiva de licra negra—. Disculpa. Debí haber estado prestando… Espera…

Estoy demasiado ocupada tratando de rodear a la mujer para mirarla a la cara. Pero alzo la vista cuando su voz se apaga.

Y suenan las alarmas.

—Te conozco —dice la mujer, su rostro lleno de cicatrices dibujando una sonrisa.

Parpadeo, intentando decidir si debo tirar la cortesía por la ventana y huir o tratar de ser racional al respecto.

No hay manera de que me encuentre con esta mujer al azar dos veces en dos días. Especialmente, justo después de que mis guardias desaparezcan. Es una gran ciudad. Una ciudad realmente grande. Y ya no creo en las coincidencias.

Ella alza la mano a modo de gesto y su sonrisa se ensancha. —Soy la mujer que encontró al perro. La de anoche.

—Claro, sí —digo, haciendo lo mejor que puedo para sonreír—. Recuerdo.

—Me han dicho que tengo una cara memorable —señala su cara con un círculo y luego se ríe—. Lo siento. Mi humor autocrítico tiene resultados mixtos. Incomoda a algunas personas.

Fuerzo una risa. El sonido sale como una especie de tos ahogada. —No, es gracioso. Eres graciosa. Hola. Lo siento. Simplemente no te esperaba.

Quiero mirar por encima del hombro y ver si los guardias ya están allí. Deberían estar ahí. Quiero que estén ahí.

Pero, si esta mujer tiene algo que ver con su desaparición, no quiero que sepa que estoy tras ella. Todavía no. Necesito seguir el juego.

—Esta es mi hija, Isabella. La dueña del perro.

La mujer se inclina y le sonríe. No parece la sonrisa de alguien que planea activamente nuestra desaparición. Simplemente se ve bonita, agradable y no amenazante.

—Me alegra mucho que ustedes dos estén reunidos. ¿Vigilan de cerca a este chico?

La mujer se acerca para acariciar a Travis, pero él se acerca sigilosamente a la silla de Isabella, alejándose de la mujer, con las orejas pegadas al cráneo y la cola inmóvil. Se supone que no debe ser tocado mientras trabaja, pero nunca antes lo vi esquivar activamente a alguien.

Isabella mira a la mujer, sus ojos recorren las cicatrices en su rostro y me mira nerviosa.

Finalmente, asiente. —Él se queda conmigo todo el tiempo.

—Bien —la mujer sonríe y se levanta, sacude sus extremidades y trota ligeramente en el lugar—. ¿Viven por aquí? Corro esta ruta todos los días y nunca las vi.

No quiero decirle dónde vivimos o no. No quiero decirle nada. Pero Isabella responde.

—Solo estamos tomando prestado el piso —dice, repitiendo nuestra conversación de momentos antes—. Vivimos en una casa grande. Una casa muy, *muy* grande.

Las cejas de la mujer se alzan. —¿Es eso así? Como… ¿un castillo?

Isabella sonríe, emocionada porque la mujer comprende. —Sí, un castillo. Mi papá es el jefe y…

Interrumpo con una especie de risa maníaca. No tengo idea de lo que Isabella ha escuchado durante las últimas semanas ni de lo que podría decir. —Los niños y su imaginación.

—No tenía idea de que había rescatado a un perro de realeza —dice la mujer, divertida. Se mete un mechón de cabello oscuro detrás de la oreja, y de repente me doy cuenta de que no suda.

Ella dijo que estaba corriendo. Me encontré con ella mientras corría por la esquina. Y, sin embargo… está completamente seca.

No significa necesariamente nada, ¿verdad? Quizás recién esté comenzando. Y, además, algunas mujeres simplemente no sudan mucho. He estado en muchas situaciones de gimnasio en las que estoy empapada como un monstruo de pantano mientras las mujeres a mi alrededor están secas y listas para la cámara.

Pero la mujer ni siquiera respira con dificultad. Está completamente bien.

Lo que me hace pensar que todo lo demás no está completamente bien.

Me río de nuevo y agarro aún más fuerte la manija de la silla de ruedas de Isabella. —Bueno, deberíamos dejarte continuar tu carrera. Estoy segura de que tienes lugares donde estar.

—En realidad, me atrapaste al principio —hace un gesto por encima del hombro—. Vivo justo al final de la manzana. Si me hubieras atrapado unas cuadras más abajo, estaría hiperventilando.

Bueno, hay una explicación. Una explicación perfectamente normal, perfectamente lógica y perfectamente razonable. Quizá estoy entrando en pánico por nada.

Fuerzo una risa. —Me identifico. El cardio no es mi amigo.

—La única razón por la que salí a correr esta mañana es porque prometí recompensarme con un café helado en un lugar calle arriba cuando regresara. ¿Pero me encantaría saltarme la carrera y tomar un café contigo ahora? —ella inclina su cabeza hacia un lado tentadoramente—. Tienen esta mezcla de crema especial que elaboran internamente y hace que todo sepa diez veces mejor. Entre tú y yo, creo que el ingrediente secreto es o el crack o el azúcar.

—¿No es así siempre? —sonrío, pero las dudas todavía dan vueltas en mi cabeza. ¿Es paranoia o miedo justificado? Adrik lo sabría. Pero Adrik no está aquí.

—Entonces, ¿qué tal? —presiona.

—Ah —digo—. Em… bueno, suena bien, pero no estoy segura…

—También hacen versiones caseras de Pop Tarts —ella mira significativamente en dirección a Isabella—. Tienen un sabor a s'mores que te dejará boquiabierta.

Isabella me mira con los ojos muy abiertos. —¿Podemos, Mamá?

Me muerdo el labio y sacudo la cabeza. —No, bebé. Tenemos que llegar a casa.

La mujer chasquea los dedos decepcionada. —Ay, qué lástima. Bueno, al menos déjenme acompañarlas a casa.

—Realmente no tienes…

—¡Por favor, insisto! —dice tan amablemente que no sé qué decir—. Me estarías haciendo un favor de todos modos. Me muero por posponer esta carrera el mayor tiempo posible.

Me siento más incómoda que nunca en mi vida. —Bueno, solo... quiero decir, vale… realmente tenemos que irnos.

Me arriesgo a mirar por encima del hombro. Todavía no veo al equipo de seguridad. La gente pasa en la siguiente cuadra, las figuras se mueven rápidamente entre los edificios, pero nadie gira por esta pequeña y apartada calle lateral.

La mujer sonríe cuando me vuelvo. —Entonces, lidera el camino.

Trago y empiezo en esa dirección. Isabella viene a mi lado y la mujer sigue el mismo paso.

Mi teléfono está en el bolso, escondido debajo de la silla de ruedas de Isabella. Me agacho y lo saco justo cuando Isabella retoma la conversación.

—¿Cómo te llamas? —pregunta.

—Ah, supongo que todavía no me presenté, ¿verdad? —la mujer ríe—. Bueno, Isabella, mi nombre es Sofía. Sofía Volandri.

Mis pulgares se congelan sobre la pantalla de mi teléfono. Un pánico repentino y completo como nunca antes había sentido se apodera de mí.

Durante unos segundos, no puedo moverme. No puedo respirar.

Incluso bajo las cicatrices, pensé que la mujer me resultaba familiar. Algo en ella emergió un recuerdo lejano y enterrado. Y ahora entiendo por qué.

Porque *sí* la vi antes. En el anuncio de compromiso que encontré en la cabaña. Una foto de una Sofía sonriente y de cabello oscuro parada junto a Adrik.

Solo Dios sabe cómo, pero Sofía está viva.

Y está aquí.

Antes de que pueda comprender la realidad, algo se estrella contra un costado de mi cabeza.

Isabella grita y yo giro hacia un lado. Estrellas dolorosas estallan en mi visión. Tropiezo por la acera, luchando por mantener los pies debajo de mí. Mi cabeza da vueltas.

Cuando alzo la vista, Sofía… su rostro contraído por la ira y las cicatrices… carga hacia mí. Todavía estoy aturdida, pero logro utilizar parte del entrenamiento que Adrik me enseñó. Extiendo un brazo en diagonal para protegerme la cara y pateo fuerte con el tacón de mi zapato. Atrapo a Sofía en su rótula y le toca tropezar.

—No eres tan fácil de derrotar como esperaba —comenta Sofía, dándome una sonrisa cruel—. Pero mi hermano me entrenó. Me temo que tendré que hacer que esto duela.

El miedo bloquea mis procesadores, es casi imposible pensar. Pero la seguridad de Isabella no es un pensamiento que tengo… es un instinto. Es un reflejo. Más cerca mío que respirar.

Sofía se lanza hacia delante para cumplir su promesa, justo cuando grito—: ¡Isabella, vete!

No veo si Isabella me escucha.

No escucho si ella me llama.

No puedo notar si ella grita.

Porque Sofía me da un puñetazo sólido en la mandíbula y me zumban los oídos. Me arrodillo y el mundo se vuelve confuso por los bordes.

Luego hay otro golpe en mi cabeza.

Cierro los ojos y no los vuelvo a abrir durante mucho tiempo.

ADRIK

Cuando llego al almacén, Stefan está parado afuera.

Después de su llamada esta mañana, esperé una pelea. Humo, cadáveres, escombros. Otro intento a gran escala de paralizar a la Bratva Tasarov.

Pero, aparte de una única ventana rota y una pequeña área al lado donde Toma sutura una herida de bala rasante, no hay mucho que ver. Una parte de mí se pregunta si esta es una broma extraña.

Aun así, desenfundo mi arma y salgo del coche. Stefan se dirige hacia mí.

—¿Qué diablos está pasando? —gruño.

Niega con la cabeza. —Es lo que estoy tratando de descubrir. La llamada que recibí fue que estábamos bajo ataque. Supuse que era Yasha o los Volandris. Pero ahora escucho que esto podría haber sido un paso al azar.

—¿Una pandilla local o traficantes de drogas, o algo así?

—Esa es mi mejor suposición —dice Stefan—. Los Volandris no perderían el tiempo con tonterías como esta.

Doy un paso atrás y miro hacia el almacén. Es un edificio de tres pisos. El nivel principal es un frente. Algunos de mis hombres operan un servicio legítimo de entrega y mudanza, en caso de que las autoridades alguna vez vengan a investigar. Una forma sencilla de justificar la entrada y salida de carga, así como los camiones.

Necesitamos esa cobertura porque, en la mitad trasera del edificio, tenemos un enorme almacén de armas y municiones. Todo tipo de cosas que a los Volandris o cualquier otro sindicato criminal de la ciudad les encantaría tener en sus manos.

Y, sin embargo, todo está completamente intacto.

—¿Revisaron todo el lugar? —pregunto—. Bombas, cámaras, ¿buscamos ese tipo de mierda?

Quizá deberíamos evacuar la zona. Por otra parte, quizá eso sea exactamente lo que quiere quien hizo esto. Que el almacén quedara sin vigilancia y mis hombres se quedaran holgazaneando al aire libre. Ganancia fácil. Presas fáciles.

—Ahora tengo hombres investigando —dice Stefan—. Arriba en el techo. Hasta ahora no

encontraron nada. No estoy seguro de que lo hagan. Porque esto parece más una distracción que un ataque real.

Las palabras de Stefan resuenan en mi mente, se vuelven más y más claras con cada repetición.

Distracción. Distracción.

—Una distracción —murmuro.

Stefan se inclina. —¿Qué?

—Una distracción —repito, más seguro—. Esto fue… Esto *es* una distracción. ¡Joder! Es una puta distracción.

Me doy vuelta y corro hacia mi coche y puedo escuchar a Stefan persiguiéndome, la grava esparciéndose bajo sus pies. —¿Una distracción para qué? ¿Deberíamos evacuar?

—No quieren las armas —gruño—. La quieren a ella.



DIOS, odio conducir en esta ciudad.

Tráfico interminable. Demasiadas personas demasiado tiempo en los cruces peatonales. Luces parpadeantes, bocinas a todo volumen, obras de construcción, protestas.

Quiero superar todos los obstáculos en mi camino. Quiero quemar esta ciudad para poder sacar a mi familia de la masacre a salvo.

Pero tengo a la seguridad en ellas, me sigo diciendo a mí mismo. Tengo guardias armados vigilando el edificio, un coche lleno de ellos siguiendo a Isabella y Emery a todas partes. Y no me he ido por mucho tiempo. Probablemente todavía estén en el piso.

Pero ninguno de estos pensamientos alivia la certeza que me corroe las entrañas.

Cuando estoy cerca del piso, siento que pasaron horas, aunque solo hayan pasado treinta minutos. Llamé a Emery repetidamente y volví a marcar su número en el momento en que la llamada pasa al correo de voz. Ella todavía no responde.

—Llámame —escupo en el teléfono—. Y regresa al piso tan pronto como puedas.

Ya llamé a la recepción del edificio de pisos, pero no fueron de ninguna ayuda. —Lo siento, señor, pero nadie vio nada —me dijo la mujer de la recepción—. Si le preocupa la salud o la seguridad de alguien, podemos llamar a la policía para realizar un control de bienestar.

Rechacé, por razones obvias. Lo último que necesito son policías además de toda la otra mierda con la que tengo que lidiar.

Finalmente, estoy a unas pocas cuadras del edificio, avanzando poco a poco entre el intenso tráfico del mediodía, cuando miro y veo un perro ladrando en la acera.

Me toma un segundo ubicar a Travis porque no espero verlo. Pero, tan pronto como lo hago, me

desvío hacia la acera, cortando el paso a una furiosa camioneta detrás de mí, y salto fuera del coche.

—¿Travis? —llamo, aunque estoy lo suficientemente cerca como para reconocer las palabras "Perro de Servicio" bordadas alrededor de su collar naranja brillante.

Las alarmas suenan en mi cabeza, pero trato de silenciarlas. *Calmado. Preciso*. Esas son las cualidades de un don. El pánico solo hace que te maten.

Vuelvo a llamar al perro por su nombre. Se lanza hacia mí, pero no puede ir más lejos. Es entonces cuando me doy cuenta de que todavía está atado. Y el otro extremo de su correa está enredado entre los arbustos detrás de él.

Sigo la línea de la correa hasta una rueda familiar que sobresale del follaje. Las llantas están pintadas de un rosa neón brillante.

—¿Isabella? —salto hacia el arbusto y me abro paso entre el follaje para llegar a la silla de ruedas. Todo sucede tan rápido que no tengo tiempo para considerar lo que encontraré.

O lo que no encontraré.

Ramitas y ramas raspan mi piel y desgarran mi camisa antes de finalmente llegar al otro lado del seto. Antes de finalmente llegar a Isabella.

La niña está encorvada en su silla y tiembla. Pero viva. Gracias a Dios, ella está viva.

Suspiro de alivio, exhalando una tensión que ni siquiera me di cuenta de que llevaba. —Isabella, ¿qué pasó? ¿Estás bien?

Tiembla a pesar de que es un día cálido. Su rostro está pálido, cubierto de sudor frío.

—Estás en shock —observo, aparto el cabello de su cara como vi hacer a Emery tantas veces—. ¿Dónde está tu madre?

Isabella me mira, sus ojos azules muy abiertos e inquietantemente familiares. Veo a Yasha a su edad. Mi hermano menor antes de convertirse en el monstruo que es ahora.

—¿Dónde está tu madre? —repito, apretando sus hombros.

Isabella niega con la cabeza. —Yo… no lo sé. Ella me dijo que me fuera. Así que lo hice.

—¿Por qué te dijo que fueras?

—Porque la mujer estaba ahí y le pegó a Mamá. Se suponía que íbamos a comprar Pop Tarts, pero luego ella le pegó a Mamá y, y, y… no sabía a dónde ir.

—¿Una mujer? ¿Qué mujer?

Las lágrimas brotan de sus ojos. Puedo verla al borde del pánico, así que me arrodillo frente a ella y tomo sus manos entre las mías.

—Respira —le digo, inhalo y exhalo con ella—. Lo estás haciendo genial. Hiciste exactamente lo que tu mamá te dijo, ¿no? Te escapaste. Eres inteligente y valiente. Eres una buena chica, Isabella.

Mi corazón quiere partirse por la mitad, pensando en Emery clamando a Isabella que se escape. Fuera lo que fuese por lo que estaba pasando, estaba tratando de proteger a Isabella.

Ahora yo tengo que protegerla a ella.

—¿Travis está bien? —Isabella pregunta con miedo—. Siguió ladrando y ladrando.

El perro estaba frenético cuando me detuve, pero ahora se relajó. Está de vuelta al lado de Isabella, mirándome como si esperara más instrucciones.

Me agacho y le doy unas palmaditas en la cabeza. —Él está bien. Estaba haciendo su trabajo. Sabía que necesitabas ayuda, así que ladró y llamó mi atención. Es un buen chico.

—Buen chico —murmura Isabella. El perro se da vuelta y apoya el hocico en su regazo.

Quiero sacarle información a Isabella. El tiempo es oro. Necesito saber quién tiene a Emery. A dónde la llevan. Lo que planean hacerle.

Pero ella solo tiene seis años. No puedo presionarla demasiado o se romperá. Las preguntas tendrán que esperar.

Subo a Isabella y Travis a mi coche y vuelo de regreso al piso. En el camino llamo a Stefan y le cuento lo que pasó.

—¿Emery desapareció? —pregunta con incredulidad.

—Eso parece.

—¿Qué le pasó?

Miro por el espejo retrovisor y veo a Isabella mirándome, escuchando. No quiero decir nada que la asuste. —Ahora no. Envía a Toma al piso. Necesito que alguien se quede con Isabella.

—Yo puedo hacerlo. Estaré allí en…

—No, necesito que estés listo para manejar cualquier otro incendio que surja hoy. Tengo la sensación de que esto es solo el comienzo.

Stefan suspira, pero cede. —Vale. Toma se fue poco después que tú. Debe estar cerca. Lo llamaré.

—Gracias, *sobrat*.

Colgamos justo cuando llego al edificio. Isabella guarda silencio mientras caminamos por el vestíbulo y tomamos el ascensor hasta el último piso. No está su alegre habitual, compartiendo cada pensamiento perdido que pasa por su cabeza. No la culpo. Ya pasó por demasiado hoy.

Desafortunadamente, estoy a punto de hacerla pasar por más.

Dentro le doy una manta y una caja de jugo con una pajita. Luego, me arrodillo frente a ella una vez más. —Isabella, necesito que me cuentes todo lo que puedas sobre lo que pasó.

—¿Dónde está Mamá? —pregunta con los labios temblorosos.

—Eso es lo que voy a descubrir. Pero necesito tu ayuda. ¿Me puedes ayudar? ¿Puedes ser

valiente?

Respira profundamente y sus pequeños hombros se levantan ligeramente. Luego, asiente.

—Esa es mi chica —le doy una sonrisa alentadora—. ¿Me puedes decir qué es lo que pasó? Empieza por el principio. ¿Qué hicieron después de que me fui?

Su frente se arruga mientras piensa. —Mamá y yo salimos a caminar. Me preguntó si me gustaba más vivir en el piso o en la casa grande y le dije que en la casa grande. Pero solo te quiero a ti y a Mamá conmigo. Y Mamá dijo que eso también era todo lo que ella quería.

Le aprieto la rodilla. —Bien, bien. ¿Qué más?

—Luego quise comprar una flor, pero Mamá no tenía dólares en el bolsillo. Dije que podíamos pedirles a los hombres en el coche. La segura… segura…

—¿Seguridad?

Llamé al equipo de seguridad de camino a la ciudad y tampoco respondieron. Traté de convencerme de que era porque estaba llamando desde mi desechable. Probablemente mi llamada no pasó por los bloqueadores de spam de su teléfono, o alguna tontería como esa.

Pero esto tiene mucho más sentido.

Fue un ataque coordinado.

Asiente. —La seguridad. Pero ellos no estaban allí. El coche ya no estaba. Mamá me llevaba a casa cuando nos encontramos con la señora. Dijo que encontró a Travis.

—¿Fue la mujer que encontró a Travis anoche? ¿Eso es lo que dijo tu mamá?

—Sí. Tenía una gran pupa en la cara. Y podía ver su ombligo. Su camisa era muy corta.

Los detalles superfluos son dolorosos, pero accedo a mis más profundas reservas de paciencia. *Calmado. Preciso*. —¿Qué pasó después de que viste a la mujer?

—Íbamos a ir a comprar un Pop Tart de s'mores a una cafetería. Pero cuando Mamá revisaba su teléfono, la mujer la golpeó —el labio de Isabella tiembla. Puedo ver que el miedo nubla su visión, el recuerdo en su mente—. Mamá se cayó y luego la mujer la volvió a golpear.

—¿Entonces ella te dijo que te escaparas?

—Mamá me gritó que me fuera, así que lo hice —dice Isabella—. Conduje mi silla de ruedas lo más rápido que pude, pero no sabía adónde ir. La seguridad se había ido y Mamá se había ido y yo solo me escondí porque no sabía a dónde…

La abrazo y acuno su cabeza. —Lo hiciste genial, princesa. Hiciste un trabajo perfecto. Tu mamá estará muy orgullosa de ti cuando regrese a casa.

Ella solloza. —¿En serio?

—Casi tan orgullosa como yo —le doy unas palmaditas en la mejilla—. Ahora necesito que te quedes aquí. Tengo que hacer una llamada y vuelvo.

Entro a la oficina y empujo la puerta para cerrarla, dejando solo una pequeña rendija para vigilar a Isabella. Incluso dentro de mi supuesto refugio, no puedo bajar la guardia. No cuando no sé de dónde vienen los ataques.

Saco mi teléfono. *Mi* teléfono, no el desechable. Ya no hay necesidad de esconderse. No ahora que alguien tiene a Emery.

Me llevo el teléfono a la oreja y espero. No estoy del todo seguro de que alguien vaya a contestar. Pero, justo antes de colgar, la línea se conecta.

Hay silencio. Yo lo rompo primero.

—Hola, Veronika.

Ella suspira. —Adrik.

—¿Esperabas a alguien más?

Ella no responde, pero no necesito que lo haga. Necesito que escuche.

—Se han llevado a Emery —digo, presento la información de la manera más clara y desapasionada que puedo—. Necesito recuperarla.

—¿Y por qué diablos crees que te ayudaré?

—Porque quieres que tu marido viva.

El silencio está cargado. Ella no me lo niega, lo que significa que tengo su atención.

—No sé si Yasha está detrás de esto —continúo—. Y no importa. Todo lo que quiero es que Emery regrese a mí, viva e ilesa. Y, si Yasha hace que eso suceda, lo dejaré vivir.

—Y una mierda que lo harás —espeta—. Eres un mentiroso.

—¿Cuándo mentí, Veronika? ¿Cuándo mi palabra no ha sido de fiar?

Esta vez no dice nada, porque no puede. Sabe que tengo razón. Y ahora mismo estoy dispuesto a cumplir esta promesa.

Claro, Yasha no podrá vivir en Nueva York. Tendrá que encontrar algún sitio remoto en un rincón lejano del mundo para vivir sus días, algún lugar donde nunca volveré a cruzarme con él.

Pero lo dejaré vivir. Es mejor que la agonía que le provocaré si se niega.

—Habla con tu marido —le digo—. Dile que si se la llevó puede devolverla y salvarse la vida. Si no lo hizo, entonces es su deber ayudarme. Y, si hace eso, vive. Transmite el mensaje.

Cuelgo y vuelvo a la cocina justo cuando se abren las puertas del ascensor. Toma entra, luciendo sombrío. Pero en cuanto ve a Isabella, sonríe.

—Hola, pequeña. ¿Cómo estás?

Isabella logra encontrar una sonrisa para Toma, pero es fina y débil.

—Te quedarás aquí con Toma, ¿vale? —le digo, me inclino para mirarla a los ojos—. Él te

mantendrá a salvo mientras yo voy a buscar a tu mamá.

Sus ojos se agrandan. —¿Vas a traerla de vuelta?

—Por supuesto.

Puedo notar que me investiga, buscando asegurarse de que digo la verdad. Luego, con la barbilla temblorosa, asiente. —Vale.

—Gracias por toda tu ayuda —le aliso el cabello oscuro hacia atrás y luego le doy un beso en la parte superior de la cabeza—. Vuelvo enseguida.

Asiento con la cabeza hacia Toma al pasar, le agradezco en silencio y me dirijo al ascensor.

Justo cuando se abren las puertas, Isabella grita. —¿Adrik?

—¿Sí?

Hace pucheros. Veo destellos de Emery en su fulgor. —Cuando veas a Sofía, dile que ya no creo que es agradable.

Me quedo completamente quieto. Las puertas del ascensor se abren y cierran detrás de mí, pero apenas me doy cuenta. El pulso de la sangre retumba en mis oídos. —¿Qué dijiste?

Toma mira a Isabella con una intensidad que nunca antes había visto en él.

—Dile a Sofía que ya no creo que es agradable —repite Isabella—. Ella lastimó a mamá y no me agrada.

—¿El nombre de la mujer era Sofía?

Esto debería ser imposible. Debería estar sorprendido. Pero, curiosamente, no lo estoy.

Isabella asiente.

—¿Sofía tenía el cabello oscuro?

Isabella asiente. —Y una gran pupa en la cara.

Encontré a Sofía justo después del accidente. La saqué de su coche. Vi de cerca las quemaduras en su rostro. Sin embargo, cuando Emery me mencionó las cicatrices de la mujer, nunca se me pasó por la cabeza.

Porque pensé que Sofía estaba muerta.

Pero, como todos los errores, ella vuelve para atormentarme.

Esta vez, sin embargo, sé exactamente lo que hace. Y sé exactamente dónde encontrarla.

EMERY

Lo primero que siento es dolor.

Es un dolor agudo y distante entre mis ojos. Como si mi cabeza estuviera encerrada en cemento. Me zumban los oídos, me pesan los ojos y la boca me sabe a metal.

Entonces, tomo conciencia de mi cuerpo. De la rigidez en mis brazos y piernas, la tensión en mis hombros.

Intento levantar las manos detrás de mi espalda, pero no puedo. La cinta adhesiva me corta las muñecas y la piel de las manos.

Y entonces, mis últimos recuerdos empiezan a desarrollarse en mi mente.

Gritándole a Isabella que huyera.

El golpe en mi cabeza.

Cayendo, cayendo… luego oscuridad.

—Despiértate —me grita una voz femenina al oído.

Me sobresalto, el miedo me recorre.

Sofía.

Lucho por abrir los ojos, luchando contra el deseo de volver a caer en la inconsciencia.

¿Por qué no me mató mientras dormía? Quizá eso me convierta en una cobarde, pero prefiero morir mientras sueño que suplicar por mi vida.

—Ay, no seas bebé. No te golpeé tan fuerte —dice. Puedo oírla dando vueltas a mi alrededor, sus pasos golpeando el suelo.

Levanto la cabeza lentamente, ignorando la forma en que mi cerebro parece chapotear contra los lados de mi cráneo. Con meticulosa determinación, abro los párpados.

Sin embargo, el mundo es brillante. Demasiado brillante. Una luz acuosa me ciega y parpadeo hasta que la imagen comienza a tomar forma. Hasta que puedo empezar a reconstruir lo que estoy viendo.

Un sofá de cuero flexible bajo el sol moteado. Grandes ventanales con vistas al bosque. El cuerpo muerto y ensangrentado de un encargado desmoronado en un rincón.

Quizá esté soñando, después de todo.

Frunzo el ceño y miro alrededor de la habitación familiar. Entonces, finalmente, hace clic. —La cabaña.

—*Mi* cabaña —espeta Sofía, entrando en mi línea de visión.

Se deshizo de las mallas y el sujetador deportivo que llevaba antes y optó por un par de jeans rotos, una camisa negra ajustada y tacones altísimos.

—No es un traje muy práctico para mantener a alguien como rehén —murmuro, molesta por lo débil que suena mi voz. Mi garganta está seca. Le creería si me dijera que he estado inconsciente durante días—. Por otra parte, esa es más tu área de especialización que la mía.

Arquea una ceja esculpida. —Quizá te golpeé más fuerte de lo que pensé. No tienes ningún sentido.

Sacudo la cabeza y miro a mi alrededor en busca de alguien más. Pero estamos solas. Excepto por… ay, Dios, lo que sea que le hizo a Sasha es materia de pesadillas. Está mutilado. Muerto hace mucho tiempo, la sangre de su cara y torso seca hasta formar una costra repulsiva.

—Reconoces este lugar, ¿verdad? —sonríe. Sigue mi mirada para ver a Sasha en la esquina—. Ay, dio una pequeña pelea tan irritante. Pero, en fin, poco importante. Puedo verlo en tus ojos… sí reconoces este lugar. Adrik y tú jugaron un bonito juego de casitas aquí. ¿Te dijo él que primero era mía?

—La cabaña es de Adrik —digo, tomo un profundo sorbo de aire para estabilizar mi cabeza palpitante—. Él la compró.

—Bueno, claro, si quieres ponerte toda legal al respecto —dice—. Pero, llámame anticuada, creo que una vez que follaste en cada habitación de una casa, te da cierto nivel de propiedad.

Por un segundo, la rabia borra mi miedo. Entrecierro los ojos. —Vale. Puedes quedarte con la cabaña. Me conformaré con su corazón.

Sofía me mira fijamente por un segundo y luego se ríe. —De hecho, es exactamente por eso que estás aquí. Es difícil vengarse de un hombre sin debilidades. Mi hermano trabajó para Adrik durante años. Luego me comprometí con él y, aun así, nada. No hay forma de que la mafia Volandri lo moleste y lo debilite.

—Porque Adrik es más fuerte que tú. No puedes tocarlo.

—Ahí es donde te equivocas —menea un dedo hacia mí—. Porque, por alguna razón confusa… él te ama.

Tuve muchas dudas sobre los sentimientos de Adrik por mí. Su vida es complicada y no ama fácilmente. El proceso de llegar a conocerlo y llegar a comprenderlo no estuvo exento de desafíos.

Pero lo hice.

Y sé sin lugar a dudas que Sofía tiene razón.

Sacudo la cabeza, de todos modos. —Adrik no ama a nadie excepto a sí mismo. Nuestro matrimonio es una farsa. Fue solo para asegurarse de que pudiera heredar la Bratva de su padre.

No tengo más remedio que mentir. Si Sofia cree que Adrik y yo estamos enamorados, no tengo ninguna posibilidad.

—No pretendo conocer los detalles —se encoge de hombros, da vueltas detrás de mí nuevamente. Mi columna hormiguea cuando se acerca sigilosa y sus manos descansan sobre mis hombros—. Pero conozco a Adrik. Y sé cómo se ve cuando está enamorado. Lo sé porque él nunca me miró como te mira a ti.

Hay evidente amargura en su voz.

—Eras solo una espía. ¿Por qué te importa si él te amaba o no? —pregunto.

Sus uñas se clavan en mis hombros antes de soltarse y alejarse de mi silla. —No me malinterpretes… él me quería. Nos divertimos. Dios sabe que follamos mucho. Pero nunca fue una conexión profunda. No lo suficientemente profunda como para meterme en su cabeza o aprender sus secretos. No como lo hiciste.

Sofía desaparece por el pasillo. La llamo. —Cualquier información que quieras sacarme, probablemente no lo sé. Pero, incluso si lo sé, moriré antes de decirte algo.

De repente estoy agradecida por todas las veces que Adrik se negó a contarme lo que pasaba o explicarme las cosas. Todo el tiempo me estuvo protegiendo. Me protege desde el día que nos conocimos.

Y no puedo evitar esperar que él venga y me salve una vez más.

Porque realmente no quiero morir. No cuando finalmente parece que vale la pena vivir.

Se me llenan los ojos de lágrimas. Quiero quitármelas, pero mis manos todavía están pegadas con cinta adhesiva. Una lágrima rueda por mi mejilla justo cuando Sofía aparece nuevamente en el pasillo, con una gran caja de cartón en sus manos.

Hace puchero con el labio inferior, fingiendo simpatía incluso mientras una sonrisa se extiende por su rostro lleno de cicatrices. —Pobre cosa. Guarda tus lágrimas. No te interrogaré. Sinceramente, me importa un carajo lo que tengas que decir.

Aprieto mi mandíbula, mirándola. —¿Entonces qué quieres?

Sofía mete la mano en la caja y saca una lata de gasolina color rojo brillante. Extiende el brazo e inclina la lata, salpica gasolina sobre la alfombra de lana, a unos metros de mi silla. —Quiero matarte.

El olor a gasolina es instantáneamente abrumador y me siento mareada. Los vapores no pueden ser buenos para el bebé. Pero ser quemado vivo es sin duda peor.

Un problema a la vez, pienso, mientras mi cerebro en pánico gira como una noria volátil.

—¿Qué resuelve matarme? —pregunto—. No soy nadie. No tengo dinero ni poder. No tengo

nada que quieras.

Sofía salpica gasolina sobre el sofá y las cortinas. Parece casual, como si regara un jardín en lugar de sellar mi destino. —Tienes todo lo que quiero, Emery. Porque quiero venganza.

—¿Qué te he hecho siquiera? —chasqueo—. ¡Pensé que estabas muerta!

Pone los ojos en blanco. —Sé que tienes a Adrik en tus manos, pero el mundo, de hecho, no gira a tu alrededor.

—Que tengo a Adrik en mis… —suelto una carcajada—. ¿Conoces siquiera al hombre? Nadie lo controla.

—Yo sí lo haré —dice, furiosa—. Cuando te mate, seré responsable de poner de rodillas a Adrik Tasarov. Justo donde pertenece el hijo de puta.

De repente, Sofía dirige su atención hacia la puerta principal. Y me doy cuenta de que el pomo de la puerta hace ruido. Alguien está entrando.

Mi corazón salta. La esperanza baila salvajemente detrás de mi caja torácica. *Por favor, que sea Adrik. Por favor, que sea Adrik.*

Entonces, se abre la puerta y una voz grita. —Oh, Lucy, estoy en casa.

Es una voz familiar. Pero no por la que oraba.

Yasha entra en la sala de estar con una sonrisa tranquila en el rostro. Hasta que huele la gasolina.

Su nariz se arruga al instante. —¿Qué carajo es ese olor? —luego, se vuelve hacia mí y su rostro palidece—. Qué…. ¡Sofía! ¿Qué carajo?

Sofía sonríe como una maniática y derrama más gasolina en el suelo. —Hola, Ricky. ¿Tengo que dar algunas explicaciones?

—Deja de joder —gruñe—. ¿Qué hace ella aquí? ¿Qué estás haciendo?

El teléfono de Yasha suena antes de que Sofía pueda responder. Él se queja y responde. —Te dije que te devolvería la llamada, Veronika. No tengo tiempo para…

Su voz se corta. Mientras escucha, sus ojos se dirigen hacia mí y luego se alejan. Aprieta los dientes y maldice. —Vale. Vale. Yo lo manejo.

Cuelga y gira sobre Sofía. —Adrik sabe que ella no está. Ya llamó a Veronika. Si no lo ayudo a encontrarla, me matará.

—Iba a matarte de todos modos. Agua pasada —Sofía se encoge de hombros.

—¡Joder, Sofía! ¡Este no era el plan!

—¿Ustedes dos están trabajando juntos? —sacudo la cabeza—. ¿Por qué? Ella es una Volandri. Su hermano…

Mi voz se apaga cuando Yasha llama su atención hacia mí. Sus ojos son mortales. —*"La miseria presenta a un hombre extraños compañeros de cama".*

—¿Citas a Shakespeare ahora? —Sofía resopla.

Yasha continúa. —Mis sentimientos hacia Pietro no cambian el hecho de que la mafia Volandri es el único aliado que tengo capaz de derrocar a mi hermano.

—Y mi familia habría castigado a Pietro por lo que hizo —dice Sofía, ahora con la voz temblorosa de ira—. No habríamos permitido que él se desviara del plan. Pero Adrik se encargó de que lo ejecutaran. Me quitó a Pietro y ahora yo le quitaré a él a ti. Justicia.

Yasha se queja. —No. Ese no era el plan. El plan era sacar a mi hermano del camino, no matarlo. Nunca hubo ninguna discusión sobre tu venganza personal.

—No puede llorar si está muerto —sisea Sofía. Me mira como un animal hambriento. Luego se vuelve hacia Yasha y le pone la palma de la mano en el pecho—. Adrik no puede pagar adecuadamente por la vida de mi hermano sin experimentar primero un dolor verdadero y paralizante. Tenemos que romper su corazón y sus ganas de vivir. Solo entonces podrá morir.

—¡Adrik ni siquiera mató a Pietro! —dejo escapar.

Yasha se tensa y Sofia se vuelve hacia mí. —Por supuesto que sí. Estaba allí cuando ocurrió.

—Bueno, no estabas allí cuando encontré a Pietro en un calabozo hace apenas un par de semanas —argumento—. Adrik dijo que mató a Pietro, pero mintió. Lo mantuvo con vida y lo torturó durante años.

Sofía parece más divertida que otra cosa. —Creo que sabría si mi hermano estuviera vivo.

—No está vivo —digo—. Al menos, ya no. Murió justo el otro día. ¿No es así, Yasha?

Sofía se vuelve hacia Yasha. Hace todo lo posible para convertir su expresión en una inocencia divertida, pero no es tan hábil como Adrik para ocultar sus verdaderas emociones.

—Estás siendo absurda —dice.

—Yasha lo mató e incriminó a Adrik —digo, trato de apelar a Sofia. Intento abrir una brecha entre mis dos captores—. La persona de la que quieres vengarte ni siquiera hizo lo que dices que hizo.

Sofía me mira fijo, parpadeando. Puedo sentir sus dudas arrastrándose. Puedo ver la incertidumbre en sus ojos.

Luego, se vuelve hacia Yasha. —¿De qué está hablando?

—Putas tonterías —dice—. Por eso deberías apegarte al plan. Te fuiste sola y ahora dejas que esta perra se meta en tu cabeza, tal como se metió en la de mi hermano. Es lo que ella hace.

Suelto una carcajada. —¡De todos los presentes en esta habitación, soy la única que no está jugando juegos mentales!

Sofía me ignora. —Quizás contacte a Adrik y vea qué tiene que decir por sí mismo.

Los ojos de Yasha se agrandan. Niega con la cabeza. —Mala idea. Mi hermano cree que estás muerta.

—Entonces démosle las buenas noticias, ¿vale? —sugiere—. Le haré saber que sobreviví al accidente y fingí mi propia muerte. Y luego podrá decirme si fingió la muerte de mi hermano. Me encanta una buena reunión.

Yasha se muerde el labio inferior, apretándose la piel hasta que estoy segura de que se la abrirá. Luego, se mete la mano en los pantalones y saca un arma. Apunta a la cabeza de Sofía.

Por fin, Sofía parece realmente sorprendida. —¿Qué estás haciendo, Yasha?

—Adrik no puede saber que trabajamos juntos —tartamudea—. Siempre fue parte del plan.

—Morirá de todos modos.

—¡No si se puede evitar! —Yasha ruge—. Se suponía que tú y los Volandris me ayudarían *en secreto* a derrocarlo y luego sentarme en su lugar. Nuestra alianza formal llegaría más tarde… una vez que sea don. Nadie puede saber que trabajamos juntos.

Sofia lanza su brazo en mi dirección. —¿Y qué harás con ella?

—Lo mismo que hice la última vez —Yasha se vuelve hacia mí—. La drogaré y olvidará todo. Bueno, *casi* todo.

Mi estómago se revuelve. ¿Cuánto no sé todavía sobre la noche en que me violó? ¿Qué más me estoy olvidando? Probablemente sea mejor que nunca lo sepa. ¿Pero esto? ¿Ahora? No puedo olvidar. Si salgo de aquí y vuelvo a ver a Adrik, tendré que poder contarle lo que está pasando. Tiene que saber la verdad sobre Sofía y su hermano.

No puedo dejar que ganen.

Sofia da un paso hacia Yasha, casi como si el arma no estuviera entre ellos. Su mano acaricia su pecho, bajando hasta su estómago.

—Yasha —ronronea, inclina la barbilla para que lo único que él pueda ver sea el lado suave como la porcelana y sin cicatrices de su cara—. Es por eso que deberías ser don. Por eso te lo mereces más que tu hermano. Siempre tienes un plan.

Apenas puedo evitar reírme. ¿Ella cree que *esto* es un plan? No sé nada sobre ser parte de una Bratva o una mafia, e incluso yo sé que es una estrategia de mierda.

Yasha baja un poco el arma. —Y es por eso que te pedí ayuda. Tú crees en mí, Sofía. Y yo creo en lo que los dos podemos hacer juntos. Lo que nuestras familias pueden construir. Con tu mano de obra y mi conocimiento de la Bratva Tasarov, podemos paralizar a mi hermano. Imagínate cómo será cuando también tenga el poder de la Bratva detrás de mí.

—Suena como un sueño, amor —murmura Sofía—. Pero tu hermano nunca te dejó tomar la iniciativa. No entiendes cómo funciona esto tan bien como yo.

Yasha niega con la cabeza. —No, tomé la iniciativa muchas veces. Sé que…

—Estuve allí, ¿recuerdas? Estuve casi casada con tu hermano. Vi la forma en que te trató.

—Me trataba como un niño —Yasha aprieta la mandíbula.

—Entonces déjame *a mí* tomar la iniciativa en esto hasta que estés listo. Y, cuando seas don,

tomarás todas las decisiones —dice.

Verlos es como ver una mala película. Los motivos son tan obvios que casi dan risa. Ella es una serpiente. Él es un peón. ¿Seguramente ven eso el uno en el otro?

—Tienes que estar bromeando —digo finalmente.

—¿Qué? —espeta Yasha.

—¡Está jugando contigo! —sacudo la cabeza—. Sofía te está usando para llegar a Adrik. Le importa una mierda convertirte en el próximo don. Ni bien Adrik desaparezca de escena, no me sorprenderá que los Volandris se apoderen del complejo y te derriben como a un perro.

Las cejas de Yasha se alzan como si realmente no hubiera considerado esta posibilidad. Vuelve a levantar su arma y se vuelve hacia Sofía.

—¿Por qué te mataría, Yasha? —pregunta con una risa entrecortada—. Vamos a trabajar juntos. Unir a nuestras familias.

—Porque —interrumpo—, si lo matas, la línea Tasarov está muerta. Entonces, tu familia podrá despojar a la Bratva de todo lo que la familia de Yasha construyó.

Sofía parece estar a segundos de decir al diablo con esto y arrojar una cerilla a la habitación empapada de gasolina. —Soy una mujer de palabra.

—Todo lo que has hecho contradice eso.

Su mandíbula se aprieta. Yasha aprieta más su arma. Puedo ver las fracturas creciendo entre ellos. Pero no me sirven de nada a menos que pueda escapar.

He estado moviendo mis muñecas todo el tiempo que estuvimos hablando. Definitivamente tengo una quemadura por fricción en el interior de mis muñecas, pero puedo sentir que la cinta adhesiva comienza a aflojarse y el adhesivo pierde parte de su fuerza. Tal vez si lo aflojo lo suficiente, pueda salir por la fuerza.

—Se está interponiendo entre nosotros, manipulándonos —dice Sofía, lanza su brazo en mi dirección—. Tal como dijiste. Esta perra es buena para meterse en la cabeza de la gente.

—Quizá. Pero está haciendo algunos buenos comentarios —dice Yasha—. ¿Cómo sé que no pasarás mi cuerpo por una trituradora y me darás de comer a los cerdos? Tu familia todavía es propietaria de esa granja de cerdos en el oeste, ¿no?

El miedo de Yasha es demasiado específico para ser ficción. Un escalofrío recorre mi espalda.

Después de todo, tal vez un incendio sea una forma preferible de morir.

Sofía inclina la cabeza hacia un lado. —Yasha, venga. No hagas esto. Estamos muy cerca.

—No. Te has descarrilado por completo. O sea, ¡mira este desastre!

—¡Mátala conmigo y luego podemos resolverlo! —Sofía suena frenética ahora. Debe poder ver la misma resolución que yo en el rostro de Yasha—. No hagas esto, Yasha. Yo te ayudé. Me lo debes.

Él asiente. —Sí. Después de todo lo que pasaste, te debo una cosa: una muerte digna y sencilla. Mejor que la que le di a tu hermano.

Los ojos de Sofía brillan de comprensión justo cuando Yasha aprieta el gatillo.

Ella se lanza de lado. No tengo idea de si Yasha le dio o no porque, antes de que pueda procesar lo que está pasando, la habitación estalla en llamas por la chispa de la bala.

—¡Joder! —grita Yasha.

Me mira por un segundo. Pero, antes de que pueda apelar a su humanidad, sale corriendo por la puerta principal.

Un segundo después, veo a Sofía a través de un muro de llamas.

Luego, corre hacia la puerta detrás de él, dejándome sola en la cabaña mientras las llamas suben más.

ADRIK

Acabo de salir de la autopista cuando miro hacia arriba y veo el humo.

Una enorme columna de humo sale de los árboles. Sé exactamente de dónde viene. Piso el acelerador de golpe y tomo las curvas del camino de tierra hacia la cabaña demasiado rápido. Pero tengo que llegar allí. Tengo que llegar a Emery. *Ahora*.

Cuando doy la última curva, todo el frente de la cabaña está en llamas. Las ventanas están rotas y dedos anaranjados de fuego bailan en el aire, extendiéndose hambrientos hacia los árboles que rodean la casa.

Piso los frenos, salgo del coche antes de que se detenga y corro hacia la casa. —¡Emery! —grito a pesar de que apenas puedo oírme a mí mismo por encima del rugido del infierno.

No veo otro auto. ¿Sofía la dejó sola ahí dentro? ¿Inició este incendio y luego abandonó a mi esposa para quemarla viva?

Una rabia más caliente que cualquier fuego arde dentro mío. Corro hacia la parte trasera de la casa, rogando a Dios que las llamas no se hayan extendido y haya una manera de entrar.

Pero, tan pronto como doblo la esquina hacia el patio de cemento, veo una figura parada frente a mí.

Está manchada de hollín y con muchas cicatrices, tal como dijo Emery, pero por lo demás Sofía se ve prácticamente igual. Todavía tiene el mismo cabello negro y todavía usa zapatos ridículamente inapropiados.

Y ahora tiene un arma.

—Hola, Adrik —su voz es ronca.

—No tengo tiempo para esto, Sofía.

—¿Qué hay de nuevo? —ríe—. Nunca tuviste tiempo para mí. Siempre trabajando. Ocupado, ocupado, ocupado.

—Se te hizo difícil ser una espía, ¿verdad?

—Solo estaba preocupada por ti, bebé —canta—. Ya sabes lo que dicen sobre todo trabajo y nada de juego.

Miro hacia la casa. Las llamas aún no lo han consumido todo. Si Emery está en la mitad trasera de la casa, todavía podría estar viva.

Y, considerando que Sofía está parada aquí con una pistola en lugar de correr para salvar su vida, eso me dice que mis probabilidades son buenas. Si estuviera segura de que Emery está muerta, se habría ido. No hay razón para quedarse cuando termine el espectáculo.

Esquivo hacia los muebles del jardín a la derecha, con esperanza de rodear la mesa y atravesar la puerta trasera antes de que Sofia pueda disparar.

Pero un disparo atraviesa el aire.

Al principio no siento ningún dolor, pero mi pierna se queda flácida. Se arrastra torpemente detrás de mí y tropiezo, agarrando la mesa justo a tiempo para evitar caer de bruces.

La sangre ya corre por mi muslo y me empapa los pantalones. No creo que haya tocado ninguna arteria, pero supongo que lo descubriré en cuestión de minutos. Moriré por pérdida de sangre o no.

Cuando miro hacia arriba, Sofía sonríe. —Muévete de nuevo sin mi permiso y la siguiente bala te atravesará el cráneo.

—No quieres matarme, ¿eh? —me burlo—. ¿Te sientes sentimental?

—Más bien vengativa —dice—. Esperé mucho tiempo este momento. No quiero que mueras hasta que escuches los gritos de tu esposa.

—Esto es extremo, incluso para ti.

Resopla. —Nunca viste de lo que era capaz. Si lo hubieras hecho, nunca me habrías puesto un dedo encima.

—¿Te crees especial porque follamos? Ponte en fila —resoplo—. Eres una entre un millón.

Sus ojos se estrechan. —Ríete mientras puedes. Sospecho que la risa morirá cuando lo haga Emery.

—Emery no está involucrada en nada de esto —gruño—. Déjala ir.

Sofía avanza como si ni siquiera hubiera hablado. —En realidad, esto es incluso mejor de lo que imaginé. Un asiento en primera fila para el espectáculo de la vida. Puedo ver cómo te das cuenta de que no hay esperanza. Veré la expresión de tu rostro una vez que estés seguro de que está muerta. Dios, eso se sentirá tan bien.

Mi pecho se aprieta con fuerza. Mi esposa está ahí. La madre de mi bebe. La mujer que juré proteger.

Cada segundo que estoy aquí es un segundo menos que tengo para salvarla. Es un fuego más grande por atravesar. Es más pérdida de sangre.

Pero no puedo salvarla si estoy muerto. Y no tengo ninguna duda de que Sofía me meterá un tiro en la espalda sin dudarlo un momento.

Me limpio el ceño fruncido de la cara y miro a la perra vengativa que pensé que se había ido

hace mucho tiempo. —¿Estabas consciente cuando te encontré después del accidente?

Sus ojos se agrandan antes de poder controlar su expresión. Está sorprendida.

—¿No lo sabías? —pregunto suavemente—. Cuando chocaste, corrí y te saqué del coche. Pensé que estabas muerta.

—¿Qué intentas hacer, Adrik? —espeta. El arma oscila en su mano.

Sacudo la cabeza. —Ni una puta cosa.

—Mentiroso —sisea—. Siempre tienes un plan.

—No tenía un plan sobre lo que iba a hacer contigo —admito—. Sabía que eras una espía, pero, cuando me subí a mi coche y te perseguí, no sabía qué pasaría cuando te alcanzara.

—No querías matarme, ¿eh? ¿Te sientes sentimental? —pregunta. Se burla de mis palabras de hace un momento.

—Algo así —me encojo de hombros—. Me preocupaba por ti, a pesar de lo que pareces pensar. Y tu "muerte", si todavía puedo llamarla así, me ha perseguido. Me sentía… responsable.

Puede que Sofía ahora tenga cicatrices, pero todavía puedo leer su rostro tan bien como siempre. Ella no espera este sentimentalismo de mi parte.

Lo que significa que ella tampoco se lo espera cuando me lanzo hacia adelante y me lanzo hacia el arma que tiene en la mano.

Hay un segundo en el que intenta apuntar, recuperar la ventaja, y estoy seguro de que me va a disparar. Pero luego se tambalea sobre sus tacones absurdamente altos y cae hacia atrás.

Sofía cae mientras yo golpeo el patio. El cemento hace que el aire de mis pulmones salga disparado, pero no me detengo. Detenerse significa morir. Me arrastro hacia adelante, sin aliento y decidido, y agarro el tobillo de Sofía.

—¡Quítate! —grita.

El arma debió caerse de sus manos. Sin arma, me patea con el otro pie. Giro la cara justo a tiempo para evitar un golpe en la nariz, pero su tacón se clava en mi hombro, hundiéndose unos centímetros de profundidad en el músculo.

Rujo de dolor, luego envuelvo una mano alrededor de su otro tobillo y tiro de ella hacia mí. El impulso hace que sus brazos vuelen sobre su cabeza. Puedo verla luchando por agarrar algo.

La pistola.

Si la agarra, tengo unos preciosos segundos antes de que baje el brazo y apriete el gatillo. Antes de que una bala entre en la parte superior de mi cabeza y apague la luz. Entonces, usando su cuerpo como una escalera, me arrastro hacia arriba, inmovilizando sus piernas con mis rodillas para sujetarla.

Desde este punto de vista, observo cómo ella envuelve su mano alrededor del arma y levanta su brazo. Lo golpeo de lado, clavando mi codo en su bíceps. Grita, pero se las arregla para sujetar el arma.

Retrocede y se agita ahora, tratando inútilmente de liberarse. Tratando de zafarse de debajo de mí. Hay un momento en el que todo se tambalea al filo de la navaja. Donde ambas opciones… muerte y vida, victoria y derrota, esperanza y desesperación… se inclinan hacia un lado y hacia otro, aún inciertas.

Luego, agarro su muñeca.

—¡Por favor, no! —me ruega mientras le quito el arma de los dedos.

Lanza su brazo por última vez, un último intento de dominarme, pero giro el arma y la presiono contra su frente.

—Adrik —gime cuando ve que perdió la lucha—, no hagas esto. Dijiste que mi muerte te perseguía. Que te sentías responsable. Esto será mucho peor.

El calor del fuego me recorre la nuca. Mi piel está cubierta de sudor incluso aquí, así que solo puedo imaginar cuánto más calor hace dentro de la casa.

Incluso si las llamas aún no la atraparon, ¿podría Emery sobrevivir al infierno? ¿Hasta la última gota de oxígeno quemándose cuando más lo necesita?

Aparto el pensamiento y me concentro en la tarea que tengo delante.

—Por favor —dice Sofía con voz áspera—. No quieres esto.

Tiene razón en una cosa: si aprieto el gatillo esta vez, no habrá duda de que soy responsable. De que yo la maté.

Pasé los últimos seis años lamentando la muerte de Sofía. No porque ella hubiera muerto o porque pensara que no lo merecía, sino porque estaba fuera de mi control. Porque lo sentí como un error. Una ejecución llevada a cabo antes de poder reunir los hechos.

Pero ahora…

Las lágrimas caen por ambos lados de su rostro. Tanto los lisos como los marcados.

—Se siente bien verte así —paso una mano por su mejilla ilesa—. Tus dos lados. Fuiste espía durante mucho tiempo y pudiste desempeñar ambos papeles a la perfección. Y luego tuviste una segunda oportunidad en la vida, pero elegiste volver aquí. A desafiarme. Amenazar a mi familia —giro su mandíbula desde el lado liso hacia el lado marcado—. Pero esto es mejor. Tu exterior finalmente coincide con tu interior.

Niega con la cabeza y sus sollozos transforman su expresión en una fea máscara. —Esta vez desapareceré para siempre. Nunca me volverás a ver. Por favor, Adrik. No hagas…

Aprieto el gatillo.

Sofía se sobresalta y luego se queda quieta. Sus ojos se ponen vidriosos. Su boca se queda flácida. Sus últimas palabras no son más que la áspera exhalación de su último aliento.

Mientras la sangre gotea del pequeño e irregular agujero en su frente y se acumula detrás de su cabeza, no hay ningún arrepentimiento en mí. Ni un gramo de vergüenza.

Mataría a Sofía mil veces por la más mínima posibilidad de salvar a Emery.

Dejo caer el arma caliente y me pongo de pie lo mejor que puedo, cojeando hacia la puerta trasera. El calor se cuela por las grietas. Cuando abro la puerta, una avalancha de humo acre me envuelve. Mis ojos arden al instante y me tapo la boca con un brazo.

—¡Emery! —rujo.

No hay respuesta, así que entro a la cabaña.

Solo doy dos pasos dentro antes de que el mundo que me rodea desaparezca. Aparte de una vaga sensación de brillo que proviene de las puertas abiertas detrás de mí, no puedo ver nada. El único sonido es el rugido de las llamas. Es como estar dentro de una hoguera. Sumergirse en el corazón de una estrella furiosa.

Cada instinto de mi cuerpo me dice que salga. Cada instinto excepto el que me empuja hacia adelante, exigiendo que encuentre a Emery o muera en el intento.

Y ahora sé cómo llamar a ese instinto. Tuve miedo de decirlo, pero ese miedo se quemó junto con todo lo demás. Ese miedo se derrama en el porche trasero. Ese miedo nunca volverá.

El nombre del instinto es amor.

Y, una vez que encuentre a mi esposa, le diré cuánto la amo.

—¡Emery! —vuelvo a gritar. El humo llena mis pulmones y una tos seca me atraviesa el pecho.

Me arrodillo para intentar permanecer bajo la línea de humo, pero no existe tal cosa, no hay refugio seguro. El humo está por todas partes.

El suelo está cubierto de cenizas y fragmentos de cristal de las ventanas rotas. Pero arrastrarme sobre eso, incluso cuando me desgarra las manos y las rodillas en tiras sangrientas, no tiene nada que ver con el dolor que recorre mi pierna. El calor quema la herida de bala. Se siente como si lo estuvieran cauterizando de adentro hacia afuera.

Aun así, me arrastro como un ejército por la cocina y alrededor de la isla. Tan pronto como salgo de detrás de la protección de los armarios, una ráfaga de calor me golpea como un camión. Un muro de llamas ha reemplazado la mitad trasera de la casa. Del suelo al techo, de pared a pared, no hay forma de evitarlo.

Si Emery está allí, no puedo ayudarla. Está más allá de mi alcance.

Avanzo unos metros más antes de que el calor sea demasiado intenso. Pero, justo cuando estoy a punto de retirarme, noto una silla frente a mí.

Es una silla de comedor. No hay ninguna razón para que esté en la sala de estar.

Y está tumbada de lado.

—¡Emery! —llamo de nuevo, girando para escanear el área circundante—. ¡Emery!

Estuvo aquí. Aquí es donde la tenían. En algún momento, Emery estuvo de este lado de las llamas, atada a esta silla. No puede haber ido muy lejos.

—¡Emery!

Cada vez que grito, inhalo una peligrosa cantidad de humo. Pero si existe aunque sea una pequeña posibilidad de que pueda oírme…

De repente, saco el brazo y siento algo suave y sólido. Aprieto y sé al instante que la suave piel debajo de mi mano pertenece a mi esposa.

—Emery —paso un brazo alrededor de su muñeca y tiro, pero su cuerpo está flácido.

Sin vida. Las palabras aparecen en mi mente, pero las ahuyento.

Ya no puedo ver nada. El humo es demasiado denso. Puedo sentir que el fuego se acerca. Tenemos unos minutos, tal vez menos, antes de que toda la casa quede sumergida. Me levanto para ponerme de pie y, agarrando torpemente la mano de Emery mientras engancho mi otro brazo alrededor de su costado, la levanto sobre mi hombro.

Mi herida de bala grita de agonía, pero ignoro el dolor y me muevo hacia donde espero que esté la salida.

—Te tengo —le digo—. Te voy a sacar de aquí.

Tropiezo con los mostradores y tropiezo con mis propios pies al salir. Es imposible saber si Emery respira. Lo único en lo que puedo concentrarme es en llegar a la puerta y salir.

Finalmente, después de lo que parecen horas de dar tumbos, atravieso el umbral y regreso al patio. Paso tambaleante junto al cuerpo de Sofía y me adentro en el bosque, más lejos de la casa. Tan delicadamente como puedo, deslizo a Emery fuera de mi hombro y la dejo en el suelo. Aun así, cae al suelo con un ruido sordo.

Y no se mueve.

—Joder. Joder. Joder. Emery, no —me arrodillo junto a ella y presiono mis dedos en su cuello. No siento pulso, pero su cuerpo está caliente. Podría ser por el fuego, podría ser por la vida que queda en ella—. No te atrevas a dejarme, joder.

Quizás Sofía la mató antes de prender fuego a la casa. Sin embargo, no veo sangre ni heridas obvias.

Presiono mis palmas contra su pecho, bombeando su corazón a un latido que cuento entre toses intensas.

—Vamos —digo con voz áspera, tratando de darle vida a la fuerza con mis propias manos. Después de un rato, inclino su cabeza hacia atrás y soplo aire en su cuerpo. Luego, vuelvo a las compresiones.

Aire.

Compresiones.

Aire.

Compresiones.

Su cuerpo tiembla con cada sacudida. Estoy presionando con fuerza. Tanto que me preocupa romperle las costillas. Aplastarla.

Pero solo necesito que ella…

—Respira, maldita sea —gruño.

Me agacho para soplarle aire de nuevo, pero, justo antes de que mis labios presionen los suyos, la oigo inhalar.

Es suave. Un suspiro débil y áspero. Pero respira.

—¿Emery? —la agarro por los hombros y la levanto y, de repente, está tosiendo—. Tose —le digo, dándole palmaditas en la espalda—. Ahí va. Respira. Dentro y fuera.

Sus ojos están muy abiertos, nublados y llenos de pánico, pero, cuando levanta la vista hacia mí, veo que un alivio insoportable la atraviesa. Se hunde contra mi pecho, aun tosiendo.

Solo la sostengo lo más cerca que puedo. No estaba seguro de poder volver a hacer eso.

Finalmente, deja de toser y se aleja para mirarme. —T-tú… me salvaste.

—¿No lo hago siempre?

Sonríe, pero casi tan pronto como aparece la sonrisa, se desvanece. Las lágrimas ruedan por sus mejillas.

La atraigo contra mi pecho y le doy unas palmaditas en el cabello ahumado. —Estás bien. Te tengo.

—Me salí de la cinta adhesiva —solloza—. Pero el humo era muy fuerte. Yo… me desmayé. No pude lograrlo.

—No tenías que hacerlo —le susurro, besando su sien—. Siempre iba a venir por ti.

Ella asiente, respirando profundamente. Luego, se pone rígida. —¿Dónde están?

—Sofía está allí —señalo más allá de los arbustos, hacia donde se ven sus piernas—. La maté.

—Ay, Adrik. Lo… —me abraza con más fuerza—. Sé que tú no… lo siento.

Agarro su barbilla y fuerzo su rostro hacia el mío. —Lo haría una y otra vez para llegar a ti. Mataré a quien sea, iré a donde sea, haré cualquier cosa. Nunca lo sientas. Porque yo no lo hago.

Ella me da una leve sonrisa y se inclina hacia adelante. Tiene los labios carbonizados y huele a fogata… los dos olemos… pero es el mejor beso que tuve.

Sabe a segundas oportunidades.

La atraigo hacia mí, saboreándola, deleitándome con su calidez contra mí. En la forma en que su mano agarra la tela de mi camisa con tanta desesperación, como si no quisiera dejarme ir nunca más. Siento lo mismo.

Cuando nos separamos, presiono mi frente contra la de ella y la miro a los ojos verdes. Ella se inclina hacia mí. —¿Entonces ambos se han ido?

Sus palabras resuenan en mi mente y adquieren un nuevo significado. Emery fue atacada por dos personas.

Sofía y…

Un gruñido retumba en lo profundo de mi pecho. Una bola de rabia que lucha por ser liberada. Una palabra, llena de tanto odio, dolor y oscuridad.

—Yasha.

ADRIK

Abro la puerta del refugio y espero.

En realidad, no espero que nadie salte con las armas encendidas. Pero después del día que tuve, no puedo estar muy seguro.

Emery intenta pasar a mi lado, pero la sostengo contra mi costado. —Espera. Si insistes en que te traiga aquí, al menos déjame hacer una búsqueda exhaustiva.

Asiente. No la suelto hasta que pueda apoyarse contra el marco de la puerta. Sigue jurándome que no está herida, pero está débil. Exhausta.

Mi fuerza tendrá que ser suficiente para los dos.

Me muevo diligentemente por el refugio, con el arma preparada. Hay comida podrida en el refrigerador y los cajones que abrí para empacar apresuradamente todavía están abiertos donde los dejé. Para mí está claro que nadie estuvo aquí desde la noche en que Yasha irrumpió en la habitación de Emery. Desde la noche en que mi vida y mi familia dieron un vuelco.

—Es seguro —llamo desde el pasillo.

—Gracias a Dios —dice Emery, avanza lentamente hacia la sala de estar—. Gracias por venir aquí. Sé que querías volver al piso, pero…

Le hago un gesto para que lo olvide. —Tienes razón. Tenemos que limpiarnos antes de ver a Isabella. Ya pasó por bastante sin que aparezcamos como si hubiésemos atravesado un infierno.

Emery niega. —Quizá estoy peor de lo que pensé, porque parece que acabas de estar de acuerdo conmigo.

—No te acostumbres.

Emery sonríe. —Entonces, ¿quién se ducha primero?

Cruzo la habitación y la tomo en mis brazos. —Si crees que te dejaré ducharte sola cuando apenas puedes mantenerte en pie, estás loca.

—Puedo lavarme sola —argumenta incluso mientras apoya su cabeza en mi hombro, presionando su peso contra mí.

—No si tengo algo que decir al respecto.

La llevo al baño y la dejo en el lavabo mientras hago correr el agua. El agua tarda unos minutos en calentarse, pero, cuando lo hace, el vapor se eleva en el aire y empaña los espejos.

Emery hace una mueca. —Parece humo.

—Entonces, mantén los ojos cerrados —murmuro—. Yo me ocuparé de ti.

Emery no abre los ojos cuando la levanto y empiezo a desnudarla. Tiro su ropa ahumada en un montón junto a la puerta, rápidamente se une la mía y luego la llevo al agua.

Cada vez que la veo desnuda es un jodido milagro.

Pero hoy estoy asombrado por cada centímetro de ella.

Paso mis dedos por su cabello, mojándolo y luego haciendo espuma con el champú. Al principio el agua sale negra. Cenizas, agonía, polvo y desesperación se arremolinan por el desagüe.

Pero finalmente se aclara y paso a su cuerpo. Cuando paso mi mano entre sus pechos, ella inclina la cabeza hacia atrás y suelta un pequeño suspiro.

—Joder —susurro.

Los ojos de Emery se abren alarmados. —¿Qué?

—Tú —gruño—. Eres la cosa más sexy que he visto en mi vida.

—Algo curioso para decirle a alguien que acaba de sobrevivir a un incendio —sus mejillas se sonrojan. Se da vuelta, coge el gel de baño y lo pone en su propia palma—. Ven. Deja que te ayude.

—Puedo lavarme yo mismo —me burlo, incluso cuando mi polla se contrae en el momento en que sus manos aterrizan sobre mí.

Emery sonríe con timidez. —No si tengo algo que decir al respecto —comienza a pasar jabón por mi pecho y mis abdominales. Sus uñas rascan el rastro de pelo debajo de mi ombligo.

Entonces, Emery jadea.

Me tenso y miro a mi alrededor. —¿Qué?

—Ay, Dios mío —jadea de nuevo, su mano clavándose en mi costado, tratando de llevarme hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —chasqueo.

—Adrik —dice Emery, mirándome con horror en sus ojos—. ¡Te dispararon!

Sigo su mirada hasta mi pierna y suspiro de alivio. —Ah. Sí, lo sé.

—*"¿Sí, lo sé?"* —Emery se enfurece—. ¡Has estado cuidándome y cargándome mientras cuidas una herida de bala! ¡Hay literalmente un maldito agujero en tu cuerpo!

—También hay un agujero en el tuyo —arrastro las palabras sugestivamente—. Solo estoy

interesado en llenar uno de ellos en este momento.

Me golpea el pecho con una mano mojada. —Esto no es cuestión de broma.

Doy un paso adelante hasta que su espalda queda presionada contra las frías baldosas. Ella sisea ante el contacto, luego se inclina y me mira con furiosos ojos verdes.

—Estoy bien —digo claramente. Luego hago un gesto hacia mi erección, que actualmente está presionada contra su estómago—. Queda mucha sangre en mi cuerpo, lo prometo. Justo donde debe estar.

Pone los ojos en blanco. —Debiste decírmelo.

Agarro el rostro de Emery y fuerzo su mirada hacia la mía. —Estabas muerta hace media hora. ¿Entiendes eso? No respirabas. Y ahora estás viva. Mi pierna herida no corresponde con el dolor que sentí cuando pensé que te había perdido.

La ira en ella se desvanece y su barbilla se tambalea. —También pensé que te iba a perder.

El cambio de posición envía mi polla directamente entre sus piernas, y ella se queda quieta por un momento… antes de deslizarse hacia adelante y hacia atrás sobre mi longitud.

Es toda la invitación que necesito. Me presiono contra su abertura y me deslizo dentro suyo.

Es un polvo rápido y furioso. Emery me rodea con sus brazos y piernas mientras la sostengo contra las baldosas. Agarro sus flexibles muslos y su culo y la embisto una y otra vez.

Menos de un minuto después de empezar, Emery arquea su cuerpo y grita. La siento apretarse alrededor de mi longitud y eso es todo lo que necesito para liberarme junto con ella. Superamos los altibajos, abrazados el uno al otro, respirando en sincronía.

El calor de la ducha y el orgasmo nos inundan.

—Me salvaste —dice Emery cuando podemos respirar de nuevo. Se aferra más fuerte.

La dejo en el suelo y le doy un beso en la frente. —Siempre lo haré.



CUANDO REGRESAMOS AL PISO, Isabella está tan feliz de ver a Emery que no menciona su cabello húmedo ni la ropa ridículamente grande que lleva.

La única ropa en el refugio eran uniformes de seguridad adicionales y algunos conjuntos de mis cosas de entrenamiento. Así que Emery lleva pantalones deportivos remangados y una camisa con mangas que le llegan hasta los codos.

Igual luce increíble.

—¿Adrik te encontró? —pregunta Isabella. Apoya su cabeza contra el pecho de Emery—. Dijo que te encontraría. Y que le diría a Sofía que ya no me gusta —ella me mira—. ¿Le dijiste?

—Le dije —digo.

No lo dije exactamente, pero creo que una bala entre los ojos transmite el mensaje bastante bien.

Isabella tiene mil preguntas sobre quién era Sofía y qué pasó, pero Emery no le da muchos detalles.

—Sofía era una mala mujer que estaba enojada conmigo —explica Emery—. Ella quería hacerme daño, pero Adrik me salvó.

Un día necesitará más respuestas. Pero, por ahora, tener a Emery en casa parece suficiente.

Les doy a las dos unos minutos para abrazarse antes de alejar a Emery.

—Tu madre necesita que Toma cuide de ella —le explico.

Isabella parece asustada. —¿Estás enferma, Mamá?

Emery nos hace un gesto a ambos para que nos alejemos. —Estoy bien.

Pero su rostro ha palidecido considerablemente desde que cruzamos las puertas del ascensor. Está agotada y quién sabe qué más.

—Dejaré que me cuide la pierna si dejas que te revise —propongo.

Emery tuerce la boca hacia un lado sopesando la oferta. —Vale, pero tú primero —dice.

—¿No confías en mí?

—¿Con mi vida? Absolutamente —dice—. ¿Pero con la tuya? Ni por un segundo.

Me río. —Me parece bien.

Toma lo resuelve rápidamente. Después de todo este tiempo trabajando para la Bratva, las heridas de bala son como cortes de papel para él.

—Déjala descansar tanto como puedas durante los próximos días —me advierte. Pero luego niega con la cabeza—. Y, cuando ignores ese consejo y la puntada inevitablemente se abra, déjame encargarme de ello. También te recetaré algunos antibióticos.

El hombre me conoce demasiado bien.

—Sí, sí, sí —digo. Salto de la cama y le hago un gesto a Emery para que suba—. Ahora ella.

Ella se acerca. La levanto sobre el colchón por la cintura.

Toma me entrega una máscara transparente mientras continúa instalando su equipo. Me giro hacia Emery y estiro el elástico sobre su cabeza.

—¿Una máscara de oxígeno? —se queja. Su voz está apagada—. ¿En serio?

Presiono un dedo contra mis labios. —Silencio. Deja que Toma trabaje.

Emery me mira entrecerrando los ojos, pero finalmente se relaja en la cama. El cansancio se apodera de ella. Su piel está rosada y en carne viva donde el fuego la lamió. Milagrosamente, nada parece estar muy dañado.

—Como una quemadura de sol grave —dice Toma cuando termina de examinarla—. La sábila será tu amiga en los próximos días. Además, mucho descanso.

—Entonces, ¿puedo quitarme la máscara?

Toma y yo negamos con la cabeza simultáneamente.

—Deberíamos controlar tus signos vitales durante al menos unas horas —dice Toma—. Puramente por precaución.

Me mira entrecerrando los ojos. —No puedo evitar notar que no es necesario controlar tus signos vitales.

—Porque soy un dios entre los mortales. Nada puede detenerme.

—Hola, Toma. Corta a este imbécil y ve si sangra como el resto de nosotros, ¿quieres?

Me río. Toma sonríe y luego me mira. —¿Debo decirle a Isabella que puede entrar ahora?

Emery comienza a asentir, pero lo despido. —Espera un minuto. Necesito hablar con mi esposa. A solas.

Toma inclina la cabeza y luego sale de la habitación, cerrando la puerta detrás de él. Emery inmediatamente se quita la máscara de oxígeno de la cara. —¿Estoy en problemas?

—Siempre. Pero ya has sido castigada suficiente por un día.

Ella sonríe, pero es una fina capa, que cubre sus verdaderos sentimientos. Puedo ver la realidad de lo que pasó comenzando a asimilarse. La forma en que la tristeza tira de las comisuras de su boca y sus ojos.

Doy un paso adelante y me siento en el borde de la cama. —Debí haber matado a Yasha cuando tuve la oportunidad. Entonces esto nunca habría sucedido.

—No. No podrías haberlo detenido. Sofía trabajaba sola —dice—. Ella se extravió para vengarse de ti. Yasha no estaba feliz.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque estuvo en la cabaña y se sorprendió al verme. No me malinterpretes, definitivamente trabajaban juntos. Cuando apareció, decía una frase de *Yo Amo A Lucy*, como una broma interna o lo que sea. Estaban cómodos uno con el otro —dice—. Pero Yasha seguía diciéndole que esto no era “parte del plan”.

—Suena propio de Sofía hacer las cosas a su modo —murmuro—. Pero ¿cuál era el plan entonces?

Emery se tira nerviosamente del labio. —Derrocarte y tomar el control de la Bratva.

—¿Y pensó que los Volandris lo ayudarían? —resoplo—. Mi hermano es un jodido idiota.

Emery asiente. —Es lo que le dije. Obviamente, Sofía lo manipulaba, diciendo que nunca le diste a Yasha ningún papel de liderazgo, nunca le dejaste hacerse cargo de nada. Ella le dijo que él era el mejor hombre para el trabajo.

—Ella iba a eliminarlo una vez que yo estuviera muerto —digo con confianza—. Poner fin a toda la línea Tasarov.

—Esa es mi suposición —coincide Emery. Luego se da palmaditas en el estómago—. Todos excepto uno, de todos modos.

La realidad de cuánto podría haber perdido hoy me vuelve a invadir. Presiono mi mano sobre la suya y, mientras lo hago, juro que puedo sentir la vida en su interior. La vida que creamos. Un vínculo que nunca podrá romperse.

—Pero deberías saber… Yasha no quería matarte. No a menos que fuera necesario.

Resoplo. —Qué considerado de su parte.

—Sé que no es mucho, pero es algo. No es un completo monstruo. Todavía se preocupa por ti.

Sacudo la cabeza. —El hermano menor que conocí se fue. Lo único que queda es el hombre que violó a mi esposa y trató de robarme mi derecho de nacimiento. Lo mataré, Emery. Eso es lo que tiene que pasar.

Emery me agarra del brazo y se desliza más cerca de mí, acurrucándose contra mi costado. —Simplemente creo que esto será más un castigo para ti que para él.

—Yo seguiré vivo.

—Exacto —dice ella—. Seguirás vivo para llevar tú mismo los recuerdos… los buenos y los malos. Yasha ha cometido muchos errores…

—Eso es una subestimación.

—Pero —continúa Emery—, sigue siendo tu hermano menor. Y, en algún lugar ahí dentro, todavía te preocupas por él.

Me giro y la miro a los ojos. —Él te violó. ¿Por qué lo defiendes?

—No lo hago. Me defiendo a mí misma. Te defiendo a ti, Adrik. No quiero que lleves esta carga contigo por el resto de tu vida. Y no quiero ser la razón por la que tuvieras que hacer esta cosa horrible. ¿Qué pasa si llegas a resentirme por eso?

—Imposible.

—Podrías —argumenta—. Ni siquiera tú puedes predecir el futuro.

Arrugo la nariz ante eso y ella sonríe y me da un beso en el hombro. —No hagas nada por mí. Estoy bien… gracias a ti. Isabella y yo estamos a salvo. Estoy viva. Creamos un hijo. Ya has hecho suficiente por mí. Me salvaste cuando pensé que ya no podía salvarme. De nuevo.

Dejo que sus palabras revoloteen en mi mente cuando se abre la puerta y Toma vuelve a entrar.

—Lo siento, señor, pero —me tiende un teléfono—, es una llamada para usted.

Me doy palmaditas en los bolsillos y me doy cuenta de que debí haber dejado mi teléfono en la otra habitación. Lo agarro y respondo. —¿Hola?

Hay una pausa y luego…

—Hola, Adrik.

Yasha.

Hago lo mejor que puedo para mantener mi expresión neutral y mi cuerpo relajado. No quiero preocupar a Emery. Todavía no. No cuando todavía se está recuperando.

—Solo un segundo —digo, con la voz entrecortada.

Me inclino y le pongo la máscara a Emery sobre la boca y la nariz. —Descansa.

Sus ojos se estrechan. Quiere preguntar con quién estoy hablando, pero sabe que no debe esperar una respuesta. Me levanto y salgo de la habitación. Una vez que estoy en la oficina, presiono el teléfono contra mi oreja.

—¿Por qué estás llamando?

—Veronika dijo que la llamaste —dice—. Ella me dijo que se habían llevado a Emery.

—Dices que no tuviste nada que ver —no es una pregunta ni una acusación… es una declaración. Hoy quiero que hable Yasha.

—No tuve absolutamente nada que ver con eso —dice—. Después de que Veronika me llamó, revisé y descubrí que Emery estaba retenida en la cabaña. Intenté llegar hasta ella. Quería salvarla por ti, arreglar las cosas entre nosotros… pero ya era demasiado tarde. Lo siento, hermano.

Me doy cuenta de inmediato: él no sabe que Emery está viva.

Yasha cree que Emery murió en el incendio.

Y esa es la ventaja que esperaba.

—No —digo con voz áspera con dolor fingido, impresionándome con mis habilidades de actuación al segundo—. ¿Estás diciendo que ella está… que Emery está…?

—Murió —dice Yasha solemnemente—. Lo siento. Esto no es lo que quería. Esperaba poder encontrarla y arreglar las cosas, pero la cabaña estaba en llamas. No había nada que pudiera hacer. Lo siento mucho.

Es obvio que Yasha cree que me voy a desmoronar. Y quizá tendría razón… si Emery realmente hubiera muerto.

Fuera de la cabaña, viendo el humo elevarse hacia el cielo, me sentí vacío. Más vacío de lo que jamás me he sentido.

Pero ella está viva.

Y la tristeza que Yasha espera se ha calcificado en odio… odio hacia *él*.

—Quería aceptar tu oferta —dice—. *Todavía* quiero aceptar tu oferta… si es válida.

Qué rápido pasa de las falsas condolencias a salvar su propio trasero.

—No puedo creer que se haya ido —murmuro.

—Esto no es lo que quería —repite Yasha—. Nunca iba a lastimarla. O a ti. Ahora veo que deberíamos habernos mantenido unidos como familia. Lo lamento.

—Gracias por encontrarla. Por descubrir qué le pasó.

—Por supuesto. Para eso están los hermanos. Al menos, para eso está este hermano —dice con una suave risa—. Siempre fui bueno encontrando gente, ¿no?

Él hace un guiño a nuestra historia juntos. Como si recordarme que es un buen rastreador fuera suficiente para hacerme olvidar todo lo demás que hizo.

No lo es. Ni por asomo. Pero él no tiene que saber eso.

—Quiero verte —digo.

—¿Qué?

—Tenemos que encontrarnos. Hablar.

Duda. Obviamente, no tiene tanta confianza en su plan como parece. No está seguro de si le tiendo una trampa o no. —Quizá debería esperar hasta que las cosas se calmen. Estás pasando por muchas cosas y hay mucho por resolver.

—Un trago —digo—. En tu casa. Como en los viejos tiempos.

—No lo sé, Adrik.

—Hice una promesa —le recuerdo—. Le dije a Veronika que vivirías si me ayudabas. Y lo hiciste. O lo intentaste. Mi palabra es buena.

Es cierto… mi palabra es buena. Yasha sobreviviría el día si realmente hubiera intentado ayudar a Emery.

Pero su palabra no vale nada. No me deja otra opción.

—Vale —cede—. Vale. Podemos encontrarnos. Dime cuando.

Sonrío, pero mantengo mi voz solemne. —Ahora mismo.

ADRIK

Cuando se abre la puerta de entrada de mi hermano, su esposa está parada frente a mí.

—Veronika —digo con frialdad.

Sus ojos se estrechan con sospecha. Los nudillos blancos de su mano en el pomo de la puerta no gritan exactamente *"Bienvenido"*. Probablemente me lo golpearía en la cara si pudiera.

Pero entonces Yasha llama desde el interior de la casa.

—Está bien, V —dice suavemente—. Estamos tendiendo puentes esta noche.

Parece que Veronika preferiría construir un foso y ahogarme en él. Pero abre la puerta y se hace a un lado sin decir una palabra. Levanto mi botella de bourbon y camino por el pasillo hasta la sala de estar.

Stefan sabe que estoy aquí. Emery no. Estaba durmiendo cuando me fui, acurrucada bajo un montón de mantas, con una vía intravenosa goteando líquido en su brazo. Solo entraría en pánico si le dijera a dónde iba.

Además… cuando despierte, todo esto habrá terminado.

Yasha se levanta cuando entro a la habitación. Su sonrisa es amplia y familiar, pero mantiene distancia entre nosotros. Como si una silla y una mesa de café fueran suficientes para protegerlo de mi ira.

—Es bueno verte, hermano —comento—. Así, digo. Sin que me apuntes con un arma.

Su expresión se tensa. —Ambos hicimos cosas de las que nos arrepentimos.

—¿Qué tal incriminarme? —pregunto—. ¿Te arrepientes de eso también?

—Vamos directo al grano, entonces —suspira Yasha.

Veronika entra en la habitación detrás de mí. A diferencia de la última vez que la vi vestida de lino suelto y fluido, lleva un vestido ajustado, que enfatiza su creciente barriga. —¿Qué diablos está pasando, Adrik?

—V —advierte Yasha—. Compórtate.

—Él te está acusando —espeta Veronika—. ¿Viniste a tomar una copa o a pelear? Porque no

habría abierto la puerta si hubiera sabido que querías llevar a mi marido a juicio.

Me vuelvo hacia ella. —Los puentes requieren una base. Estoy intentando crear una. Una base de honestidad. De franqueza.

—Tienes una base —sisea—. Él es tu hermano. No necesitas nada más.

—Hablando de un juicio, es posible que pronto me juzguen. Yasha todavía era mi hermano cuando me convirtió en el principal sospechoso de un caso de asesinato.

Veronika mira a Yasha a mi alrededor. —Él no debería estar aquí. Esto fue un error.

—Está bien —dice Yasha con calma—. Siéntate y deja que los hombres se encarguen.

La tensión crepita en el aire. Veronika no está contenta. Pero hace caso.

Yasha suspira. —La incriminación fue un malentendido. Pensé que tendrías más tiempo para cubrir tus huellas. Se suponía que era una amenaza, no una acusación.

—Mataste a un hombre y lo dejaste en mi vestíbulo. Eso no es una amenaza… es un llamado a la guerra.

—Maté a mi abusador —corrige, tajante—. Hice lo que pensé que se había hecho hace diez años.

Asiento lentamente. —Entonces, que esto sea una lección para mí: matar a mis enemigos cuando tenga la oportunidad.

Los ojos de Yasha se dirigen hacia mí. Sé que piensa en ese día en el nido del águila. El día que disparé dos tiros al suelo en lugar de a su cabeza.

Rompo la tensión con una sonrisa dura y me giro hacia Veronika. —Pero un trato es un trato, ¿no?

—Él te ayudó —dice Veronika. Su voz es tensa. Una cuerda demasiado tensa, susceptible de romperse en cualquier momento—. Él trató de ayudar.

Yasha asiente con la mirada baja. No puedo creer que piense que puede engañarme.

Por eso nuestro padre nunca lo puso en las reuniones. La verdad está escrita en todo su rostro. El engaño es claro.

—Te pedí que encontraras a Emery y lo hiciste —le digo—. Sé dónde estaba. Y quién se la llevó. Sé quién la mató. Ahora puedo vengarme.

Levanta la mirada hacia mí y luego rápidamente la aparta, como si el dolor de mi pérdida… o más bien, lo que él cree que perdí… fuera demasiado para poder siquiera mirarlo. —Ojalá hubiera podido ayudar más.

Hago una espectáculo, tragando con fuerza. —Hiciste suficiente.

Su garganta también se balancea mientras traga, igualando la mía. Él monta su propio espectáculo. Desafortunadamente para él, el guion está en mis manos. Y nos acercamos al fin del acto final.

—Yo… no puedo creer que Sofía haya sobrevivido al accidente —dice.

—No debería sorprenderme —respondo—. Las cucarachas como ella pueden sobrevivir a todo. Excepto, al parecer, a una bala en la cabeza.

Yasha se dirige hacia mí. —¿La mataste?

—Por supuesto —dejo el bourbon en la mesa y tomo dos vasos del carrito de bar detrás de mí—. Nunca dejo una deuda sin pagar. Y estoy seguro de que nunca dejaré un error sin corregir.

Sirvo dos tragos. Mientras le entrego uno a Yasha, miro a Veronika. —Supongo que no participarás.

Ella baila una mano sobre su estómago. —Mejor no.

—Beberé por ambos —dice Yasha con una sonrisa. Alza su vaso—. ¿Por qué brindamos?

Yo alzo el mío. —¿Qué tal si brindamos por… por la ruptura de las asociaciones?

Las cejas de Yasha se juntan. —¿Te refieres a tu compromiso con Sofía?

—No te equivocas en eso. Roto, finalmente, gracias a Dios. Pero me refería a una asociación diferente. Una… un poco más reciente.

Un escalofrío recorre el brazo de Yasha. Su vaso tintinea contra el mío. Lo retira y baja el brazo. —Disculpa, supongo que no sé…

—¿No? —pregunto, inclino mi cabeza hacia un lado—. Creo que sí sabes. Creo que *tienes algunas explicaciones que dar*, hermano.

Veronika nos mira desconcertada de un lado a otro, intentando entender lo que está sucediendo.

Pero Yasha ya lo sabe.

Sus fosas nasales se dilatan y su mandíbula se aprieta. —Emery está viva —dice con los dientes apretados.

Veronika jadea. —¿Qué? ¿Cómo…? ¿Qué está pasando?

—Esa es una pregunta excelente, Yasha —digo, dejando mi bebida en la mesa de café—. ¿Por qué no le cuentas a tu esposa lo que está pasando?

Yasha no dice nada mientras saco el arma de mi bolsillo y le apunto directamente a la cara.

—¿Qué diablos? —grita Veronika y se pone delante de Yasha, colocándose ella y su bebé en mi camino—. ¿De qué estás hablando?

Estoy cansado de lidiar con esto. Estoy listo para que termine. Para apretar el gatillo y marcharme.

Pero eliminar a una mujer embarazada no está en mi lista de cosas por hacer. Necesito que entienda quién es realmente Yasha antes de matarlo.

—Tu marido se alió con Sofía Volandri.

Puedo notar que esto es una novedad para Veronika, pero no se mueve. —Ya sabías que Yasha trabajaba para derrocarte. Esto no es exactamente una noticia.

—Quizá no —coincido—. Pero él estaba allí con Sofía cuando Emery "murió" hoy en ese incendio. Y ella realmente habría muerto si yo no hubiera aparecido para sacarla de la casa.

Yasha niega con la cabeza. —No mentí, Adrik. El incendio comenzó por accidente. La gasolina que Sofía arrojó se incendió cuando intenté dispararle. Todo sucedió tan rápido. No hubo tiempo… No pensé que hubiera tiempo para salvar a Emery.

—¿Intentaste dispararle a Sofía? —pregunta Veronika en estado de shock.

Él asiente agresivamente. —¡Sí! Iba a poner fin a la asociación. Ella había ido demasiado lejos y yo me estaba deshaciendo de ella. Yo…

—No te hagas el héroe, *sobrat*. Acababas de descubrir que Sofía planeaba enterrarte tan pronto como tuviera la oportunidad. Iba a matarte y quedarse con la Bratva Tasarov para ella misma —interrumpo—. ¿No es así?

—Eso… eso no es lo que pasó.

—Eso es lo que Emery dijo que sucedió. Pero ya sabes, *él dijo, ella dijo*, ¿verdad? —me encojo de hombros—. Estas aventuras ilícitas pueden volverse muy complicadas, ¿no?

Ante eso, Veronika se voltea. —¿De qué está hablando?

—No fue una aventura. —Yasha me mira y luego a Veronika, sin estar seguro de quién es la mayor amenaza… la persona armada o su esposa—. Fue una asociación. Un acuerdo de negocios.

—Emery dijo que ustedes dos parecían bastante familiares —agrego—. Y no es como si fuera la primera vez, ¿verdad?

—¿De qué diablos está hablando? —exige.

Yasha me mira por encima de su cabeza. —¿Qué estás haciendo? ¿Tratando de sacar todos los esqueletos de mi armario antes de matarme? —luego niega con la cabeza—. No. No me matarás. No lo harías. Torturaste a un hombre durante diez años solo por hacerme daño. No tienes el valor de matarme.

Suena confiado, pero sus ojos siguen dirigiéndose hacia el arma como si pudiera ver la bala viniendo a minutos y kilómetros de distancia, trayendo consigo su muerte.

No se equivoca.

—En algún momento habría hecho cualquier cosa por ti, Yasha. Eres mi familia. Mi hermano menor. Habría dado mi vida por ti —digo—. Pero eso fue antes de descubrir que violaste a mi esposa.

Veronika se aleja de Yasha como si la hubiera empujado. Ya ni siquiera parece preocupada por mí o por el arma. Ella solo necesita alejarse de él.

—¡No violé a nadie! —ruge.

—Puede ser difícil explicar cómo existe la hija de Emery si no hiciste nada.

—Ay, Dios mío —gime Veronika, presionando una mano contra su corazón—. No puedo… no puedo creer esto. Tienes una hija. ¿Qué está sucediendo?

Me siento mal por Veronika. Ella no pidió nada de esto. No lo merece.

Pero Yasha sí.

Él respira hondo. —Escucha, V…

—¡No me llames así! —espeta, señalándolo con un dedo—. ¡No te atrevas! Yo te am… te *amé*. Pero… ahora…

—Veronika —dice suavemente—, Isabella es mía, pero no fue violación. Emery lo quería.

—Maldito mentiroso —siseo—. ¿Recuerdas la noche que conociste a Emery, Veronika? ¿Cuando ella se fue y se escapó? Eso es porque reconoció a Yasha como el hombre que la violó.

—¡Yo no la violé!

Me pellizco el puente de la nariz. Estoy tan jodidamente cansado de todas las mentiras, juegos y secretos. Quiero purgar todo este veneno de mi sistema, de mi mundo.

—Si vas a andar por ahí siendo un terror, al menos reconócelo. Esta mentira es patética. Hagamos las matemáticas sobre la existencia de Isabella, ¿vale?

El rostro de Yasha palidece.

—Isabella acaba de cumplir seis años. ¿Cuánto tiempo llevan ustedes dos juntos?

Los hombros de Veronika se desploman hacia adelante mientras hace los cálculos. Ella toma su rostro entre sus manos. —Siete años. Ay, Dios mío.

Hay que reconocer que Yasha parece realmente arrepentido… por un segundo. Luego, vuelve sus ojos hacia mí y su expresión se endurece. —Mejor me hubieras matado. Esto es peor.

—¿Dónde está la diversión en eso?

—¿Diversión? —resopla—. ¿Es eso lo que crees que es? Tal vez tú y Sofía hacían una buena pareja después de todo. Ella también era una psicópata.

—Dice el violador, el asesino, el mentiroso.

Yasha se encoge de hombros. —Quizás todo eso sea cierto. Pero tú eres el hombre que se sintió culpable por sacar a Sofía de la carretera. Durante años, pensaste que la habías matado y eso te consumió por dentro. ¿Cuánto peor será matar a tu propio hermano?

Las palabras de Emery resuenan en mi cabeza. *Te defiendo a ti, Adrik. No quiero que lleves esta carga contigo por el resto de tu vida.*

La sangre de un hermano en mis manos. Está escrito en piedra, jodidamente bíblico, que esa es una maldición insoportable.

Aparto ese pensamiento por ahora y busco en mi otro bolsillo. Saco un dispositivo de grabación.

—Puedes suplicar por tu vida en un minuto —le digo—. Primero quiero que confieses haber matado a Pietro.

Yasha levanta las cejas. —Estás bromeando.

—Por supuesto que no. No iré a prisión por tu culpa.

—Que te jodan —escupe—. No lo haré.

Veronika todavía está encorvada frente a mí, jadea y farfulla. Muevo ligeramente el arma, apuntando a su cabeza. Los ojos de Yasha brillan de pánico, pero Veronika ni siquiera sabe lo que está sucediendo.

Sostengo el dispositivo y presiono el botón. —¿Qué le hiciste a Pietro, Yasha?

Está furioso. La frustración y la ira salen de él en oleadas calientes. —Pietro abusó de mí —gruñe Yasha.

Asiento solemnemente. —Lo sé.

—Durante años.

Aprieto la mandíbula. —Lo sé. ¿Pero qué le hiciste?

Ahora, mirando a Yasha a los ojos, veo a Isabella. Veo sus ojos muy abiertos y su rostro arrugado en una sonrisa.

Y también veo al pequeño Yasha. El Yasha inocente. La forma en que era tan puro e intacto antes de que este mundo violento lo masticara y lo escupiera.

Ojalá las cosas pudieran ser diferentes. Tengo tantas ganas de que sean diferentes.

Pero hay algunas cosas que ni siquiera un don puede cambiar.

—Lo maté —Yasha levanta la barbilla—. Maté a Pietro Volandri y lo dejé en el vestíbulo de tu complejo para que pareciera que alguien más lo hizo. Para que parecería que tú lo hiciste.

—¿Intentabas incriminarme?

—Quería que sufrieras.

Apago la grabadora y la guardo en mi bolsillo. —Gracias por eso —luego alejo el arma de Veronika. Yasha se afloja muy levemente.

—¿Entonces ahora me mandarás a prisión? —pregunta Yasha.

—Asumes que no voy a matarte a tiros.

—Llámame optimista —gruñe Yasha.

Es un rápido destello del humor de Yasha. Un recordatorio del hermano que solía conocer. Y, de repente, por muy jodido e irracional que sea, sé que no quiero matarlo.

No necesito derramar su sangre. No necesito ver cómo se le escapa la vida.

Solo necesito no verlo.

Solo quiero que se vaya.

Bajo el arma. —Vas a desaparecer.

Veronika lleva un rato en silencio. Pero me mira, incrédula. Lágrimas empapadas de rímel corren por sus mejillas.

—Tú y tu familia tienen que desaparecer —le digo—. No quiero volver a verte mientras viva. Quiero que estés muerto para mí.

—¿Tengo que salir de la ciudad?

—El puto país —gruño—. El hemisferio. Si puedes salir del planeta, hazlo. Necesitas huir y rezar para que olvide el caos que has causado. Y, si alguna vez regresas, te mataré yo mismo.

Hay silencio. La tensión crepita entre nosotros. Por un segundo, creo que Yasha se negará.

Pero luego respira hondo y asiente. —Vale. Vale, sí. Eso es justo.

Su fácil aceptación me dice que se lo dejé demasiado fácil. De todos modos, me dan ganas de retirarlo todo y matarlo.

Pero solo por un segundo.

Entonces, me invade un cansancio que me llega hasta los huesos. Quiero que esto termine y quiero volver a casa. Volver a mi esposa, mi hija y el bebé que pronto se unirá a nosotros.

—No, no es "justo" —siseo—. Lo que estoy haciendo es misericordioso. Una misericordia que no mereces. No lo esperes una segunda vez.

—Nada de esto es justo —dice Veronika con voz áspera—. Nuestra vida… mi vida… está todo arruinado. Me mentiste.

—V, lo siento. Yo…

—¡Me mentiste! —grita, volviéndose hacia Yasha. Veo saliva volando—. Me engañaste. Me mentiste. Y ahora tengo que dejar mi casa, huir y tener un hijo… *contigo*. Arruinaste toda mi vida.

Yasha se acerca a ella, pero Veronika retrocede nuevamente. Ahora, ella está a solo un pie delante de mí, en mi lado de la mesa de café, frente a su marido.

—No me toques —advierte—. Nunca volverás a tocarme.

Yasha abre la boca para decir algo, pero, antes de que pueda formar las palabras, Veronika se da vuelta y me arrebata el arma.

Los siguientes segundos transcurren rápidos y lentos.

Veronika levanta el arma y apunta a Yasha. La conmoción, el asombro y el miedo cruzan su rostro en rápida sucesión.

Él comienza a abalanzarse hacia ella, con el brazo extendido para quitarle el arma.

Pero Veronika aprieta el gatillo.

Mi hermano retrocede. La sangre se extiende por su pecho. Todavía me zumban los oídos por la explosión cuando él cae de rodillas y se deja caer en el sofá.

Veronika se aleja de mí, con el rostro salvaje.

Levanto mis manos. —Emery está embarazada. E Isabella… Me necesitan.

—Mi problema no es contigo. *Él* hizo esto —hierve con una ira salvaje y llena de lágrimas, mirando hacia donde su marido jadea en el suelo—. Pero yo también lo hice. Yo lo elegí a él. Le creí. Yo me lo busqué… ahora vienen las consecuencias.

No estoy seguro de lo que quiere decir. Y luego presiona el arma contra su sien.

—¡Veronika, no…!

Suena el disparo y ella cae al suelo.

Me quedo en silencio, horrorizado por un momento. Miro alrededor de la habitación, esperando que haya alguien más allí. Tal vez la gente saliera de su escondite y anunciara que esto era algún tipo de broma jodida.

Estuve rodeado de muerte en mi vida. Mucha. Pero nunca antes me sentí tan aturdido.

No necesito ir a comprobarle el pulso a Veronika. Está muerta. Se aseguró de eso.

Pero Yasha sigue resollando detrás de la mesa de café.

Doy la vuelta a la pequeña mesa y me dejo caer junto a él. Su sangre empapa mis pantalones. Presiono mis palmas contra su pecho, pero no hay forma de detener el flujo. Brota de él, late cada vez más débil junto con su corazón.

—Joder. Estás… no puedo detenerlo.

—Karma —tose, mientras la sangre gotea de su boca.

—No quería esto —admito. De todos modos, él se irá en un minuto. Mejor podría ser honesto—. Nunca quise matarte.

—Pero ibas a hacerlo, porque me lo merecía —jadea—. Es por eso que estás hecho para ser don. Tú tomas las decisiones difíciles. Yo siempre he sido demasiado egoísta.

La emoción arde en mi pecho y me obstruye la garganta. Pasé gran parte de mi vida cuidando de Yasha. Incontables horas cuidándolo, preocupándome por él, tratando de asegurarme de que se convirtiera en un buen hombre.

Y así termina todo. Con él ensangrentado y sin aliento en el suelo.

—Lo siento —sacudo la cabeza.

Hace un sonido ahogado y me toma un segundo darme cuenta de que se está riendo. La sangre le salpica la barbilla. —¿Ya estoy muerto o Adrik Tasarov acaba de disculparse?

—Cállate, carajo —resoplo—. Nunca volverás a oírlo.

Ya le pedí disculpas una vez… el día que supe lo que hizo Pietro. Esto hace dos veces. No habrá una tercera.

—Sí —murmura. Sus labios ahora son azules y lentos—. Lo sé.

Yasha no dice nada más. Y, cuando miro hacia abajo, entiendo por qué.

Sus ojos miran más allá de mí, hacia la distancia media… hacia la nada.

Mi hermano menor está muerto.

EPÍLOGO: EMERY

UNAS SEMANAS DESPUÉS

El fuerte de mantas no ha sido derribado en dos semanas.

Sábanas y edredones de color blanquecino cubren los muebles y cuelgan de ganchos que atornillé a las paredes. Las luces de cadena brillan en la pared del fondo. Ayer absorbimos la televisión en nuestro reino para poder ver dibujos animados mientras coloreábamos.

—¿Cuándo entrará Adrik? —me pregunta Isabella, sin levantar la vista del libro para colorear que está destrozando.

—¿Dentro del fuerte de mantas? —pregunto.

—Ni siquiera lo ha visto todavía. Es genial. Hicimos ese lado lo suficientemente alto para su gran cabeza.

Isabella había sugerido específicamente que hiciéramos una sección donde Adrik pudiera sentarse sin golpearse la cabeza. Fue desgarradoramente dulce.

—Bueno, está ocupado con un trabajo importante —le recuerdo. Le dije lo mismo durante los últimos catorce días, pero no se vuelve más fácil de decir. Nunca he sido buena mintiendo.

—¿Qué tipo de trabajo?

—Tiene empleados que administrar y… otras cosas de las que preocuparse.

—¿Porque están arreglando la casa grande?

—Eso es parte de ello, sí.

El complejo está en construcción desde unos días después del incendio en la cabaña. Desde unos días después de la muerte de Yasha. Intenté que Adrik se tomara un tiempo y procesara la pérdida, pero inmediatamente contrató trabajadores y organizó la reconstrucción del ala colapsada.

No estuve sola en ese esfuerzo fallido. Incluso Stefan intentó quitarle las riendas. —Este tipo de cosas es para lo que me tienes cerca —protestó—. Déjame encargarme de la construcción.

Adrik negó con la cabeza. —Tú te encargarás de la policía.

—¿Qué quieres decir con “encargarte de la policía”? —pregunté, mirando de Adrik a Stefan.

Nunca antes había visto a ambos hombres con caras tan sombrías—. ¿No te encargaste ya de la situación de Pietro?

Stefan asintió. —Sí, pero con Yasha y Veronika muertos…

Las palabras parecieron succionar el aire de la habitación. El rostro de Adrik no cambió, pero pude ver que le estaba afectando. Sus hombros se tensaron y se mantuvo perfectamente quieto. Como si, de moverse, tuviera miedo de quebrarse.

—Bueno, con los dos muertos, la policía estará husmeando aún más —continuó Stefan.

Adrik sacó una grabadora y la dejó sobre el mostrador. —Aquí está la confesión de Yasha. Lo grabé antes de que Veronika le disparara.

No podía entender que Veronika matara a Yasha y a ella misma. Todavía no puedo. Cada vez que intento imaginar cómo debió haber sido para Adrik estar allí y ver morir así a su hermano y a su cuñada, mi mente se apaga. No dejo que mi imaginación vaya allí.

Así que, que Adrik haya estado allí en persona… es insondable.

—¿No necesita jugar? —pregunta Isabella, devolviéndome al presente—. Me dijiste que jugar es importante.

Me inclino y beso la parte superior de su cabeza. —Es importante. Ahora mismo Adrik tiene otras cosas importantes de las que ocuparse. Pero tan pronto como termine, volverá a jugar. Lo sé.

Oigo el clic de una puerta al final del pasillo y mi corazón da un vuelco.

Isabella no es la única que no ha visto mucho a Adrik. Ha estado encerrado en su oficina la mayoría de las veces, acostándose en la cama después de que yo me duerma y levantándose antes de que yo me despierte. Siento que comparto casa con un fantasma.

—Regresaré enseguida, ¿vale?

Isabella tiene un crayón suspendido sobre una página para colorear y sus ojos están fijos en la televisión. El tema musical de su caricatura favorita acaba de comenzar. Se trata de ponis superhéroes o perros astronautas o algo así. De cualquier forma, estará entretenida durante media hora.

Salgo del fuerte y me apresuro por el pasillo, solo para chocar contra Stefan.

—Uf —me agarra por los hombros y evita que caiga hacia atrás—. ¿Esperas a alguien más?

—¿Es malo decir que dejé de esperar algo? —pregunto en voz baja—. Es peligroso tener esperanza en estos días.

Stefan me ofrece una sonrisa triste. —Solo necesita espacio.

—Le doy espacio, Stef. Mucho. Pero parece que cada día se aleja más.

No esperaba emocionarme, pero se me llenan los ojos de lágrimas. Las limpio antes de que puedan caer, pero la sonrisa triste de Stefan se vuelve aún más comprensiva.

Me da una palmadita en el hombro. —Sé lo que quieres decir. Nunca lo había visto así.

—¿Ni siquiera después de la muerte de Sofía? —me estremezco—. La primera vez, digo.

—Ni siquiera entonces.

—Supongo que tiene sentido. Quiero decir, estamos hablando de su hermano. No dejaba de decirme que quería matarlo, pero sabía que se arrepentiría.

—A veces pienso que matarlo podría haber sido más fácil que esto.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

Stefan se encoge de hombros. —Acababa de decidir perdonar a Yasha cuando Veronika le disparó. Como dijiste, la esperanza es algo peligroso. Adrik esperaba que Yasha viviera y, momentos después, lo mataron a tiros.

—Lo vio morir —digo en voz baja, mi garganta se espesa por la simpatía—. Eso es horrible.

—Adrik puede sobrevivir a cualquier cosa —dice Stefan con confianza—. Es el hijo de puta más duro que conozco. Pero incluso él se lastima de vez en cuando.

—¿Qué podemos hacer?

Stefan se encoge de hombros. —Ojalá supiera. Intento tomar lo que puedo de su carga, pero él se aferra con fuerza. Se mantiene ocupado.

Yo suspiro. —Vale. Tal vez debería… ¿Debería hablar con él?

—Eres su esposa.

—Dices eso como si significara algo —me río sin humor—. No sé si me escuchará.

Stefan extiende la mano y aprieta mi muñeca. —Puede que seas la única persona a la que escuchará en este momento.

Debe ver la total falta de confianza en mi rostro, porque sacude ligeramente mi brazo y luego me empuja hacia la puerta. —Buena suerte.

Me giro para preguntarle qué espera que haga, pero Stefan ya está arrastrándose hacia el fuerte de mantas con Isabella. Me vuelvo hacia la puerta y respiro profundamente.

Entonces, toco.

—¿Qué, Stefan? —ladra Adrik desde el otro lado de la puerta.

La abro y asomo mi cabeza. —Hola.

Él mira hacia arriba, sus ojos azul océano se posan en mí por un segundo antes de volver su atención a su escritorio. —Debo decir, Stefan, que te volviste mucho más atractivo en los últimos treinta segundos.

Sus palabras son juguetonas, pero su voz es plana. Normalmente soy yo la mala mentirosa en esta familia, pero la máscara de Adrik está desgastada hoy.

Me río nerviosamente y entro. —¿Cómo te va aquí?

—Va.

—¿Aún tienes mucho que hacer? —pregunto.

Él responde señalando el escritorio desordenado. Su laptop está abierta y hay montones de papeles esparcidos por todas partes. Los planos que el contratista elaboró están en el borde más cercano a mí. Extiendo la mano y los agarro solo para tener algo que hacer con ellas.

—¿Has oído cómo avanza la construcción?

—Están acelerando todo según mis órdenes —dice—. Debe estar listo en seis semanas. Dos meses como mucho.

—Eso debe ser caro.

—Tengo el dinero —frunce el ceño.

—Sí, lo sé. Pero igual… no tenemos prisa, ¿verdad? A Isabella le gusta el refugio. No estoy segura de que podamos sacarla de ese fuerte cuando llegue el momento de volver —me río.

—Ella puede construir uno nuevo —dice sin una pizca de humor.

Asiento y me inquieto en mi lugar. —Claro. Sí.

Me siento en la silla de la esquina y entrelazo los dedos. Quiero que Adrik diga algo primero, pero por la forma en que está inclinado sobre el teclado con el ceño fruncido, dudo que eso vaya a suceder.

—¿Has oído algo de los detectives que investigan… todo? —pregunto—. ¿Todas las muertes?

Tengo la sensación de que Adrik está frustrado con todas mis preguntas, pero no se enfada. Solo gira su rostro hacia mí bruscamente, con los labios fruncidos. —El asesinato-suicidio en la casa de Yasha fue bastante fácil de afrontar, porque eso es lo que realmente sucedió.

—Bien. Me alegro de que no estés en problemas.

Él asiente. —Y no fue difícil convencer a los detectives de que Yasha tenía una aventura con Sofia y la mató para que no se lo dijera a Veronika.

—¿Pero Veronika se enteró de todos modos y lo mató?

—Exacto —Adrik se pasa una mano por el cabello—. Y tengo grabada su confesión sobre Pietro.

—¿Así que estás a salvo?

—Eso parece.

Legalmente, tal vez tenga razón. Pero Adrik no parece estar a salvo de ningún otro modo. Mentalmente, físicamente, emocionalmente, espiritualmente. Puedo ver una nube gris oscura flotando sobre su cabeza. Está abrumado por el dolor, y lo único que quiero es aliviar sus cargas.

—¿Puedo traerte algo de comer? No has cenado con nosotras en los últimos días.

Desde donde estoy sentada, puedo ver dos envoltorios de barras de proteína en el bote de basura al lado del escritorio.

—He estado ocupado.

—¿Haciendo qué?

Cierra los ojos y exhala con impaciencia. —Di lo que viniste a decir, Emery.

—Qué quier…

—Tú y Stefan dan vueltas conmigo durante semanas. No soy jodidamente frágil. Me apuñalaste en el costado una vez, ¿recuerdas?

—Porque te lo merecías —espeto.

Se recuesta en su silla y se cruza de brazos. —Muy bien. Entonces dame lo que merezco ahora.

—¿Quieres saber lo que te mereces? —pregunto—. Vale. Bien.

Me levanto y camino alrededor de su escritorio. Adrik gira su silla para mirarme, con las manos tensas en los reposabrazos para lo que venga a continuación.

Luego me dejo caer en su regazo, le rodeo el cuello con los brazos y apoyo la cabeza en su pecho.

—Esto es lo que te mereces —le susurro, haciendo un círculo con mi dedo sobre su hombro—. Un abrazo. Amor. Una familia. Felicidad. Todo eso.

—¿Estás diciendo que ya no tengo eso?

Me siento y agarro su rostro, mis palmas rascan su barba de tres días. —No lo estás aceptando. No puedes cuando estás encerrado aquí todo el día.

—Tengo trabajo que hacer.

—La casa está siendo reconstruida. La policía no te está persiguiendo —me encojo de hombros —. Todo lo demás parece bastante menor en este momento, ¿no? No hay suficiente que hacer para no poder ver a Isabella durante dos semanas.

—La he visto.

—No me refiero a tus ojos —espeto—. Digo *verla*. Estar con ella. Te extraña.

Adrik me levanta por las caderas y me pone de pie. Me estoy llenando un poco más debido al embarazo, pero no lo suficiente como para que nadie más que yo lo note. Adrik se daría cuenta, pero apenas me ha tocado en semanas. Me decepciono cuando su mano se aleja sin explorar más, como siempre lo hace.

—¡Y *yo* también te extraño! —agrego amargamente.

Se vuelve hacia su escritorio. —Te dije que te cuidaría, ¿no?

Arrugo la frente. —Sí. Es por eso que estoy aquí para decirte que, en este momento, no lo estás haciendo. Y lo entiendo, Adrik. Sí. Has pasado por mucho. Pero las cosas no mejorarán si te

quedas encerrado aquí…

—Te dije que te cuidaría —repite—. Así que eso es lo que estoy haciendo.

—Adrik, yo… —sacudo la cabeza—. Esto no tiene ningún sentido.

Él resopla y se gira para mirarme. —Juré que cuidaría de mi hermano y mira lo que le pasó. ¿Y Sofía? Planeaba hacerle votos y, vaya, ella también está muerta. Mi historial no es excelente.

La burbuja de frustración que se ha estado expandiendo desde que entré por la puerta de repente estalla. Lo único que queda es tristeza. Desamor.

—Adrik —me arrodillo frente a él y pongo mis manos en sus muslos—. Adrik, nada de eso fue tu culpa.

—Por supuesto que lo fue. Mi trabajo es cuidar de mi familia, la Bratva… y fracasé.

Sacudo la cabeza. —No, Sofía mintió. Tu hermano te traicionó. Y engañó. Y me violó… La lista sigue y sigue. Pero el punto es que eran personas que tomaban sus propias decisiones. Les diste todas las oportunidades para triunfar y no las aprovecharon. Eso es culpa de ellos.

Sacude la cabeza para protegerse de mis palabras. Puedo notar que lo que estoy diciendo no está penetrando su testarudo cráneo.

Así que saco las armas grandes.

Meto la mano en mi bolsillo trasero y saco una hoja de papel doblada. Lo dejo en su regazo. —Isabella quería que deslizara esto debajo de tu puerta.

Él me mira y luego desdobla la hoja de papel. Pero, tan pronto como está sobre su regazo, sus hombros bajan. La tensión en él disminuye.

—Tuve que ayudarla con algo de ortografía —señalo una palabra en la parte superior de la página—. Ella nunca antes tuvo una razón para aprender a deletrear “Papá”.

Adrik mira el papel con tanta atención que creo que podría quemarle agujeros.

Isabella dibujó un retrato con crayones del día en que caminamos por el bosque hasta la cabaña. Yo llevo lo que parece una tienda de campaña y Adrik acuna a Isabella en sus brazos de palo. La Isabella de crayón tiene una gran sonrisa en su rostro con una burbuja que dice—: Amo a Mamá y Papá.

—Me dijiste hace mucho tiempo que siempre tenemos opciones. Bueno, ella te elige a ti —digo suavemente—. Isabella quiere que seas su papá. No porque puedas darle karts, un perro o una fiesta de té de princesa. Te elige porque la llevas por el bosque. Porque la proteges. Porque la haces sentir segura.

Se supone que debo darle a Adrik una charla de ánimo, pero las lágrimas arden en mis ojos. Sollozo y Adrik me mira.

Casi por instinto, extiende la mano y pasa su pulgar por mi mejilla. —¿Y qué hay de ti? —pregunta.

—¿Qué hay de mí? —extiendo mis brazos—. ¡Mírame! Estoy de rodillas, rogándote que seas

parte de esta familia. Obviamente te elijo, Adrik. Una y otra y otra vez.

Surgen más palabras, palabras que están en la punta de mi lengua durante semanas. Quizás incluso meses. Casi me las trago como lo he estado haciendo. Casi las hago a un lado, las guardo para otro día. Pero si no es hoy, ¿cuándo?

Reúno coraje y lo miro a los ojos. —Te amo, Adrik. Te amo… más que a nada.

Deja caer su barbilla sobre su pecho y sus ojos azules están tristes. Luego levanta mi cara. —La muerte y la destrucción me siguen dondequiera que vaya, Emery. No quiero que te enredes en eso. Ninguna de las dos.

Agarro su muñeca y tiro de su mano hacia mi estómago. —¿Sientes esto? Esto no es muerte ni destrucción. Este bebé que llevo es amor. Es resiliencia, pasión y lealtad. Este niño que creamos juntos es todo lo bueno de ambos. Y, sin ti, este niño no estaría aquí. Isabella tampoco. Yo tampoco.

Mueve sus dedos sobre mi estómago, enviando un escalofrío por mi columna. Me estiro y le doy un beso en los labios. Él me devuelve el beso suave y tierno.

Cuando me retiro, él envuelve su mano alrededor de mi nuca. —En ese caso, creo que merezco un poquito más.

Su boca se curva en una sonrisa y mi estómago da un vuelco. —Alguien se vuelve codicioso de repente —bromeo.

—¿Cuando se trata de ti? Absolutamente —se relame los labios y asiente—. Nunca jamás tendré suficiente. Te amo, Emery Tasarov. Te adoro. Te elijo.



Epílogo Extendido

¿Quieres ver más de los felices por siempre? Haz clic a continuación para descargar el Epílogo Extendido especial del dueto de la Bratva Tasarov para echar un vistazo al futuro (¡y ver la sorpresa especial de Isabella!)

DESCARGA EL EPÍLOGO EXTENDIDO